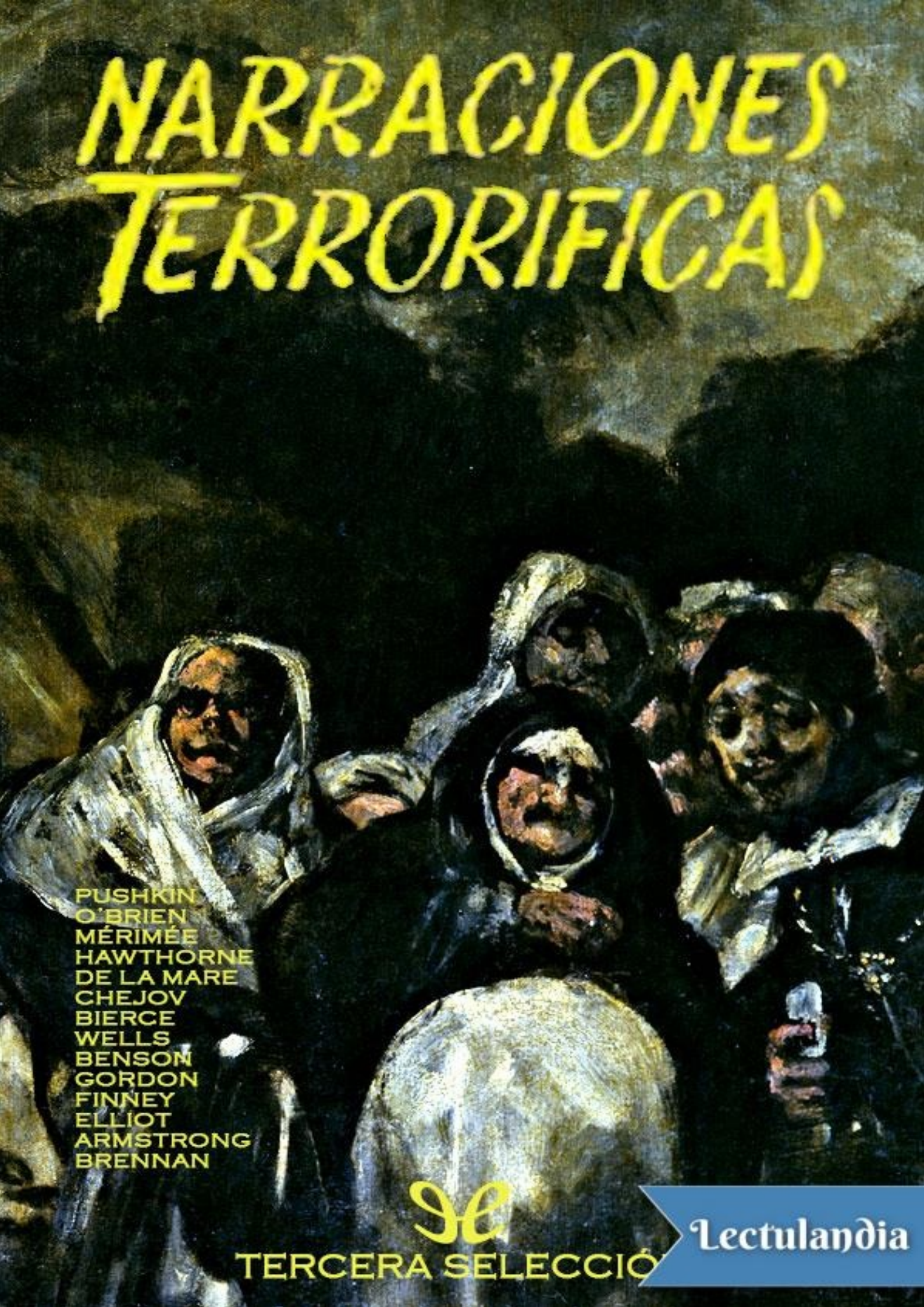
NARRACIONES TERRORIFICAS



PUSHKIN
O'BRIEN
MÉRIMÉE
HAWTHORNE
DE LA MARE
CHEJOV
BIERCE
WELLS
BENSON
GORDON
FINNEY
ELLIOT
ARMSTRONG
BRENNAN

TERCERA SELECCIÓ

Lectulandia

Antología de cuentos de misterio de diferentes autores, publicados por la editorial ACERVO durante los años 1960 y 1970, que se editó en una colección de diez tomos.

Lectulandia

AA. VV.

Narraciones Terroríficas

Narraciones Terroríficas - 3

ePub r1.0
Piolin 16.8.2016

Título original: *Narraciones Terroríficas* ACERVO - Vol. 3
AA. VV., 1963
Selección: José A. Llorens
Retoque de portada: Piolin

Editor digital: Piolin
Escaneo: Walter_Lombardi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NARRACIONES TERRORÍFICAS

Antología de cuentos de misterio

(TERCERA SELECCIÓN)

Selección de

JOSÉ A. LLORENS

EL DISPARO

Alexandr Sergueievich Pushkin

I

ESTABAMOS de guarnición en la pequeña localidad de X.

Ustedes saben de qué se compone la vida de un oficial del ejército en semejantes circunstancias. Por la mañana instrucción y picadero; después, la casa del jefe del regimiento o la taberna de algún judío; por la noche, el ponche y las cartas. En X no había ni una sola fiesta de sociedad, ni una sola muchacha casadera. Nos reuníamos los unos en casa de los otros, sin ver nada fuera nuestros propios uniformes.

Sólo un hombre que no era militar, tomaba parte en nuestras reuniones. Tendría unos treinta y cinco años, por lo cual nosotros le considerábamos viejo. Su experiencia le confería muchas ventajas; por otra parte, su carácter sombrío, sus modales bruscos y su cruda forma de hablar nos impresionaban. Cierto misterio envolvía su persona; parecía ruso, pero su nombre era extranjero. En otros tiempos había servido en húsares, e incluso con fortuna, pero nadie conocía los motivos que le impulsaron a retirarse y a fijar su residencia en aquella pequeña localidad. Su vida discurría entre la pobreza y el despilfarro: iba siempre a pie, vestido con una usada levita negra, y, sin embargo, su mesa siempre estaba puesta para todos los oficiales de nuestro regimiento. Desde luego la comida se componía solamente de dos o tres platos, pero el champaña corría sin tasa. Nadie conocía sus medios de vida, pero nadie se atrevió jamás a preguntarle sobre ello. Tenía libros, en su mayor parte militares, y alguna novela. Los prestaba de buen grado y no los reclamaba nunca y, como contrapartida, no solía devolver los libros que se le prestaban. Su ocupación preferida era disparar con pistola. Las paredes de su habitación, por efecto de las balas, estaban tan llenas de agujeros que parecían panales. Una gran colección de pistolas era el único lujo en la pequeña casa que ocupaba. La habilidad que había alcanzado en el tiro era tan extraordinaria que, si hubiese querido tomar como blanco una manzana colocada sobre una cabeza, ninguno de nosotros habría dudado en prestarse a ello. Nuestras conversaciones giraban, con frecuencia, en torno a los duelos. Silvio (le llamaré así) nunca tomaba parte en ellas. Cuando alguien le preguntaba si se había batido alguna vez, respondía que sí, con sequedad, sin entrar en detalles; era evidente que estas preguntas le molestaban. Suponíamos que sobre su conciencia debía pesar alguna víctima infortunada de su terrible destreza. Jamás se nos habría ocurrido que en él existiesen timidez o cobardía. Hay hombres cuyo solo aspecto disipa tales sospechas. Pero un suceso casual nos dejó estupefactos a todos.

En cierta ocasión comíamos unos diez oficiales en casa de Silvio. Bebimos como de costumbre, es decir muchísimo. Después de la comida propusimos al anfitrión jugar a las cartas y que él fuese el banquero. Durante largo rato se resistió, porque él no jugaba nunca; al fin, dio orden de que trajeran los naipes, arrojó sobre la mesa medio centenar de billetes de diez rublos y se dispuso a tallar. Nosotros le rodeamos y el juego empezó. Silvio se mantuvo en silencio absoluto mientras jugaba; ni discutía

ni daba explicaciones. Si alguien se equivocaba en la cuenta, él inmediatamente pagaba el resto o anotaba el sobrante. Nosotros lo conocíamos y le dejábamos actuar. Pero aquella vez concurría a la reunión un oficial recién llegado a nuestro regimiento. Pues este joven oficial, en un momento de distracción, se apuntó un punto de más. Silvio tomó la tiza y rectificó el error, según tenía por costumbre. El oficial, creyendo que Silvio había obrado sin motivo, comenzó a dar explicaciones. Silvio siguió tallando en silencio. El oficial, perdida la paciencia, tomó el cepillo y borró lo que parecía erróneo. Silvio tomó la tiza y restableció la cifra. Enardecido por la bebida, el juego y la risa de sus compañeros, el oficial se consideró terriblemente agraviado; cogió con furia un candelabro de cobre que había sobre la mesa y lo arrojó contra Silvio, que milagrosamente pudo rehuir el golpe. Nosotros quedamos sobrecogidos. Silvio se levantó, pálido de rabia, con los ojos echando chispas, y dijo:

—Tenga la bondad de salir, y de gracias a Dios que esto ha ocurrido en mi casa.

Nosotros no poníamos en duda las consecuencias del incidente y dábamos ya por muerto a nuestro nuevo camarada. El oficial abandonó la casa, después de haber dicho que estaba dispuesto a responder de la ofensa en la forma que prefiriese el señor banquero. El juego se prolongó unos minutos más, pero se veía que nuestro anfitrión no prestaba atención a las cartas, por lo que nos levantamos uno a uno e iniciamos la marcha, haciendo comentarios acerca de la próxima vacante.

Al día siguiente mientras hablábamos sobre este asunto en el picadero, se presentó el teniente. Le preguntamos cómo había arreglado la cuestión. Su respuesta fue que hasta entonces no había tenido noticia alguna de Silvio. Aquello nos sorprendió. Un poco más tarde fuimos a visitar a Silvio; le encontramos en el patio, ocupado en meter bala sobre bala en el as de una baraja que había pegado a la puerta. Nos recibió como de costumbre, sin referirse para nada a lo ocurrido el día anterior. Pasaron tres días más y el teniente seguía vivo. Nosotros nos interrogábamos, sorprendidos, si sería posible que Silvio no se batiera. Silvio no se batió. Conformose con una explicación muy ligera, e hicieron las paces.

Aquello le perjudicó extraordinariamente en nuestra opinión. La falta de valor es lo que menos perdona le gente joven, que generalmente ve en él la cumbre de las virtudes humanas y la justificación de toda clase de vicios. Mas todo se fue olvidando poco a poco, y Silvio recuperó su antigua influencia.

Yo era el único que no podía comportarme como antes. Dotado de una imaginación romántica, me había encariñado más que nadie con aquel hombre, cuya vida era un enigma que me hacía pensar en el héroe de alguna novela misteriosa. Él me estimaba: por lo menos, sólo conmigo olvidaba la forma de hablar envenenada que le era habitual y se expresaba con sencillez y amenidad extraordinaria. Pero después de aquella noche desgraciada, la idea de que su honor había quedado en entredicho y que había renunciado a esclarecerlo voluntariamente, me daba vergüenza y rehuía mirarle a la cara. Silvio era demasiado inteligente y poseía demasiada experiencia para no advertirlo y no adivinar la causa. Mi actitud parecía

apenarle; por lo menos advertí un par de veces sus deseos de darme una explicación, pero yo los esquivé y Silvio se apartó de mí. A partir de entonces no le veía más que en presencia de otros camaradas, y ya no volvimos a nuestras sinceras conversaciones de antes.

Los habitantes de la capital no tienen la idea de las muchas distracciones que llenan la vida de los habitantes de las aldeas o de las ciudades pequeñas; una de ellas, por ejemplo, es la espera del día de correo. Los martes y los viernes las oficinas de nuestro regimiento estaban llenas de oficiales: unos esperaban dinero, otros cartas, otros periódicos. Las cartas eran abiertas allí mismo, los oficiales comunicaban unos a otros las noticias y las oficinas ofrecían un aspecto animadísimo. Silvio recibía sus cartas dirigidas a las señas del regimiento, y, por lo general, era uno de los que se hallaban presentes. Cierto día le entregaron un pliego, del que rompió los sellos con extraordinaria impaciencia. Al recorrer la carta sus ojos centelleaban. Los oficiales, ocupados cada uno con sus propias misivas, no observaron nada.

—Señores —dijo Silvio—, las circunstancias exigen mi marcha inmediata. Parto esta misma noche. Espero que no me negarán ustedes el honor de comer conmigo por última vez. Le espero también a usted —agregó volviéndose hacia mí—, le espero sin falta.

Dicho esto, salió rápidamente, y nosotros, después de convenir que nos reuniríamos en casa de Silvio, nos fuimos cada uno por nuestro lado.

Llegué a casa de Silvio a la hora fijada y encontré allí a casi todos los oficiales del regimiento. El equipaje estaba ya hecho, no quedaban más que las paredes desnudas y agujereadas por las balas. Nos sentamos a la mesa. El anfitrión estaba de buen humor y su alegría no tardó en contagiársenos; los corchos de las botellas saltaban continuamente, los vasos burbujeaban y nosotros deseamos a Silvio de todo corazón un viaje excelente y toda clase de felicidades. Nos levantamos de la mesa ya entrada la noche. En el momento en que cada uno buscaba su gorra, Silvio, que estaba despidiéndonos, me tomó del brazo y me detuvo cuando me disponía a salir.

—Necesito hablar con usted —me dijo en voz baja.

Me quedé.

Los invitados se habían ido; estábamos solos. Sentados uno frente al otro, encendimos en silencio nuestras pipas. Silvio parecía preocupado; ya no quedaban ni huellas de su agitada alegría. Su sombría palidez, sus ojos resplandecientes y el espeso humo que salía de su boca le daban un aspecto verdaderamente diabólico. Pasaron algunos instantes hasta que rompió el silencio.

—Quizá no nos volvamos a ver —me dijo—; pero antes de marchar quisiera darle una explicación. Usted habrá podido observar que yo no me preocupo mucho de la opinión ajena, pero le estimo y siento que me sería muy penoso que usted guardase de mí una impresión injusta.

Se detuvo y comenzó a llenar de nuevo la pipa; yo callaba, con los ojos bajos.

—A usted le pareció extraño —continuó— que no pidiera satisfacciones a ese

borracho y cabeza rota de R. Convendrá conmigo que, teniendo yo derecho a elegir las armas, su vida estaba en mis manos; en cambio, la mía no corría un gran peligro. Podría yo atribuir mi moderación a mi espíritu magnánimo, pero no quiero mentir. Si hubiera podido castigar a R sin exponer en absoluto mi vida, no le habría perdonado.

Yo miré asombrado a Silvio. Tal confesión me había dejado completamente perplejo. Él prosiguió:

—Como le digo: yo no tengo derecho a exponer mi vida. Hace seis años recibí una bofetada, y mi enemigo vive aún.

Mi curiosidad se hallaba sumamente excitada.

—¿No se batió usted con él? —pregunté—. ¿Tal vez las circunstancias se lo impidieron?

—Me batí —respondió Silvio—, y he aquí el recuerdo de nuestro duelo.

Silvio se levantó, sacó de una caja de cartón una gorra roja con galones y una borla dorada (lo que los franceses llaman *bonnet de police),* y se la puso. La gorra tenía un orificio una pulgada más arriba de la frente.

—Usted sabe —continuó Silvio— que yo he servido en el regimiento de húsares de X. Ya conoce mi carácter: estoy acostumbrado a ser el primero en todo, pero cuando era joven esto constituía en mí una verdadera pasión. En nuestros tiempos estaban de moda los escándalos: yo era el primer juerguista del regimiento. Nos enorgullecíamos de nuestras borracheras: le gané en beber al famoso Burtsov, cantado por Denis Davidov. En nuestro regimiento había duelos a cada instante: en todos ellos era yo testigo o actor. Mis compañeros me adoraban, y los jefes del regimiento, que cambiaban constantemente, veían en mí un mal necesario.

»Yo gozaba tranquilamente (o intranquilamente) de mi fama, cuando llegó al regimiento un joven de familia rica y noble (no quiero decir su nombre). ¡Jamás he encontrado a un hombre tan afortunado y brillante! Imagínese usted: juventud, inteligencia, belleza, la alegría más desbordante, la valentía más despreocupada, un nombre conocido, dinero, que gastaba a manos llenas sin agotarlo jamás, y comprenderá la impresión que produjo entre nosotros.

»Mi supremacía estaba en peligro. Seducido por mi fama, quiso buscar mi amistad, pero yo le acogí fríamente, y él se apartó de mí sin el menor resentimiento. Llegué a odiarle. Sus éxitos en el regimiento y entre las mujeres me desesperaban. Comencé a buscar pendencia con él. A mis burlas contestaba con burlas que siempre me parecían más agudas que las mías y que eran, indudablemente, mucho más despreocupadas; él bromeaba y yo estaba furioso. Por fin, durante un baile en casa de un noble polaco, al verle objeto de la atención de todas las damas, y en particular de la anfitriona, con quien yo tenía relaciones, le dije al oído un insulto soez. Él no pudo contenerse y me dio una bofetada. Echamos mano a los sables, mientras las damas se desmayaban; nos separaron y aquella misma madrugada nos batimos.

»Amanecía. Yo estaba en el lugar convenido con mis tres padrinos y esperaba la llegada de mi adversario, desasosegado por una inexplicable impaciencia. El sol

primaveral había salido y empezaba a sentirse calor. Le vi desde lejos. Venía a pie, con el dormán colgado del sable, en compañía de un solo padrino. Salimos a su encuentro. Él se acercaba con su gorra llena de cerezas. Los padrinos midieron doce pasos Me correspondía disparar; pero el despecho me agitaba con tanta violencia que no podía seguir confiando en la seguridad de mi mano, y, para concederme el tiempo suficiente para recobrarme, le ofrecí que disparase él primero. Se negó. Entonces decidimos echarlo a suerte: la fortuna sonrió una vez más a su eterno favorito. Apuntó, y su bala atravesó mi gorro. Me había llegado el turno. Su vida estaba finalmente entre mis manos; le contemplé con avidez, sin ver en su rostro la menor sombra de inquietud. Y, mientras yo le apuntaba, escogía las cerezas maduras de su gorra y escupía hacia mí los huesos, que casi me alcanzaban. Su sangre fría me enfureció. "¿Por qué tengo que privarle de una vida a la cual concede tan poco valor?", pensé. Una idea pérfida se deslizó en mi mente. Incliné mi pistola.

»—No creo que sea éste el momento más oportuno para matarle —le dije—. Está usted desayunando y me sabría mal interrumpir su desayuno.

»—No me molesta usted lo más mínimo —replicó—. Dispare, por favor… Claro que, si no quiere hacerlo, no puedo impedírselo. Tiene usted derecho a disparar y puede hacerlo cuando le plazca.

»Me volví hacia los testigos, declarando que, de momento, no sentía ningún deseo de disparar; y así terminó el duelo…

»Pedí el retiro y me vine a vivir aquí. Desde entonces, no ha pasado un solo día sin que me haya acosado la idea de la venganza y hoy ha llegado mi hora.

Silvio sacó de su bolsillo la carta que había recibido aquella mañana y me la dio a leer. Alguien de Moscú (probablemente su agente de negocios) le escribía que *la persona en cuestión* iba a unirse próximamente en matrimonio con una muchacha joven y de gran belleza.

—Supongo que habrá adivinado usted —dijo Silvio— quién es esa *persona en cuestión.* Me voy a Moscú. Veremos si, en la víspera de su boda, acepta la muerte con tanta indiferencia como la esperaba en otra época, comiendo cerezas.

Tras haber pronunciado estas palabras, Silvio se puso en pie, tiró al suelo su gorra y empezó a pasear de un lado a otro de la habitación, como un tigre enjaulado.

Ni hice ningún comentario; me sentía poseído por unos sentimientos extraños y contradictorios. El criado entró y anunció que los caballos estaban dispuestos. Silvio me estrechó fuertemente la mano; nos abrazamos. Montó en el carruaje, en el cual se encontraban ya dos maletas: una con sus efectos personales, otra con las pistolas. Nos despedimos de nuevo y los caballos emprendieron un rápido galope.

II

Unos años más tarde, motivos familiares me obligaron a establecerme en un pueblo muy pequeño y muy pobre del distrito N… Mientras me ocupaba de las cuestiones domésticas, no cesaba de suspirar añorando mi existencia de otros tiempos, agitada y llena de emociones. Lo más difícil para mí era el acostumbrarme a pasar las veladas de primavera y de invierno en una completa soledad. Me las arreglaba bastante bien hasta la hora de cenar, charlando con el estaroste, paseando por el campo o visitando los nuevos establecimientos. Pero, en cuanto se acercaba el crepúsculo, no había qué hacer. Me sabía de memoria los escasos libros de mi biblioteca. Mi ama de llaves Kirilovna me había contado hasta el aburrimiento todos los cuentos que sabía; las canciones de las campesinas me entristecían. Si el alcohol no me hubiese producido dolores de cabeza, me habría entregado a la bebida; además, temía convertirme en un *borracho por tristeza,* es decir, en uno de esos pobres desgraciados que tanto abundan en nuestro distrito.

No tenía apenas vecinos, aparte de dos o tres de esos borrachines cuya conversación se compone esencialmente de hipos y de suspiros. Era preferible la soledad. Finalmente decidí cenar más tarde y acostarme más temprano; de este modo acortaba las veladas, alargando un poco el día.

A cuatro verstas de distancia de mi casa se extendía la rica hacienda de la condesa B…, hacienda que sólo estaba habitada por el colono; la condesa no había visitado su dominio más que una sola vez, el año de su boda, y su estancia no se prolongó más de un mes. Sin embargo, en la segunda primavera de mi reclusión, corrió el rumor de que la condesa y su marido vendrían a pasar el verano en su finca. En efecto, llegaron a primeros de junio.

La llegada de un vecino rico es un acontecimiento importante para los habitantes de un pueblo campesino. Los, propietarios y sus allegados hablaron del suceso desde dos meses antes de que se produjera, y seguían hablando de él tres años después. En cuanto a mí, lo confieso, la noticia de la llegada de una vecina joven y bella me produjo una gran impresión; ardía en impaciencia por verla, y, el primer domingo después de su llegada, después de cenar, me encaminé a la finca para presentar mis respetos a Sus Excelencias y para ofrecerme a ellos como su más próximo vecino y su más humilde servidor.

Un lacayo me introdujo en el gabinete del conde y fue a anunciar mi visita. La amplia estancia estaba amueblada con todo el lujo que imaginarse pueda; a lo largo de las paredes, altas estanterías llenas de libros; sobre cada estantería, un busto de bronce; encima de la chimenea de mármol, un enorme espejo. El suelo estaba cubierto con una alfombra verde, en la cual se hundían muellemente los pies.

Hacía mucho tiempo que no había tenido ocasión de ver nada tan fastuoso y me sentí como intimidado. Esperé la llegada del conde con la aprensión de un provinciano que hace antecámara en casa de un ministro, al cual acude con una

solicitud.

La puerta se abrió y dio paso a un hombre de unos treinta años, muy guapo. El conde se acercó a mí con aire cordial y amistoso; su acogida me animó un poco. Tomamos asiento. Su conversación, franca y jovial, disipó prontamente mi timidez; había recobrado por entero el dominio de mí mismo, cuando de repente apareció la condesa y volví a sentirme confundido. La condesa era muy hermosa. El conde me presentó; quise aparecer desenvuelto, pero cuanto más me esforzaba en adoptar un aire despreocupado, más cohibido me sentía. Para darme tiempo a recobrarme de mi evidente confusión, el conde y la condesa se pusieron a hablar entre ellos, tratándome como a un antiguo conocido y sin ninguna ceremonia. Incapaz de permanecer sentado, me paseé a lo largo de la estancia, examinando los libros y los cuadros. No soy un entendido en pintura, pero una de las telas me llamó la atención. Era una reproducción de un paisaje suizo; lo que me impresionó no fue el cuadro en sí, sino el ver los orificios que dos balas habían dejado en la tela.

—Buen disparo —comenté, dirigiéndome al conde.

—Desde luego —asintió—. ¿Es usted buen tirador?

—Sólo pasable —contesté, alegrándome en mi fuero interno de que la conversación abordara un tema que me era familiar—. A treinta pasos de distancia puedo perforar un naipe, disparando con unas pistolas que me sean conocidas, por supuesto.

—¿De veras? —inquirió la condesa, contemplándome con una nueva atención—. Y tú, amigo mío, ¿serías capaz de perforar un naipe a treinta pasos de distancia?

—Algún día lo probaremos —dijo el conde—. En otros tiempos, estaba considerado como un buen tirador. Pero hace cuatro años que no he tocado una pistola.

—En tal caso, me atrevería a apostar que Vuestra Excelencia no acertaría a un naipe a veinte pasos de distancia; la pistola requiere un ejercicio cotidiano: lo sé por experiencia. En nuestro regimiento, estaba considerado como uno de los mejores tiradores. En cierta ocasión me pasé un mes entero sin tocar una pistola; las mías estaban en reparación. Pues bien, ¿sabe usted lo que me ocurrió, Excelencia? La primera vez que volví a disparar, a veinte pasos, fallé cuatro disparos seguidos contra una botella. Teníamos un capitán, muy bromista, que estaba presente en aquel momento y que me dijo: «¡Caramba, amigo mío! ¡Pareces haber adquirido un repentino respeto por las botellas!» Créame, Excelencia, no hay que descuidar la práctica… El mejor tirador que he conocido nunca dejó de practicar todos los días antes de cenar. Era para él una especie de aperitivo.

El conde y la condesa parecían encantados al verme entregado de lleno a la conversación.

—¿Y era tan buen tirador como todo eso? —preguntó el conde.

—Juzgue usted mismo, Excelencia: se posaba, por ejemplo, una mosca en la pared… ¿Se ríe usted, condesa? Le juro que es verdad. Bien, como iba diciendo, se

posaba una mosca en la pared: «¡Kuzka! ¡Una pistola!», gritaba. Kuzka le entregaba una pistola cargada. ¡Bum! Y la mosca se hundía en la pared.

—¡Asombroso! —exclamó el conde—. ¿Cómo se llamaba?

—Silvio, Excelencia.

—¡Silvio! —exclamó el conde, poniéndose bruscamente en pie—. ¿Ha conocido usted a Silvio?

—Desde luego, Excelencia. Éramos muy amigos. Perteneció a mi regimiento. Pero hace cinco años que no he tenido noticias suyas. ¿Le conoce también Vuestra Excelencia?

—Le he conocido; le he conocido muy a fondo. ¿Acaso le contó a usted alguna vez una aventura muy singular?

—Como no se trate de un bofetón que le propinó un joven ligero de cascos, en un baile…

—¿Y le dijo a usted el nombre de aquel joven ligero de cascos?

—No, Excelencia, no me lo dijo —respondí. Y de repente adiviné la verdad—. ¡Oh! Le ruego que me perdone… ¿Acaso era usted…?

—Sí —respondió el conde, muy emocionado—. Y en ese cuadro está usted viendo la señal de nuestro último encuentro.

—¡Oh, querido! —exclamó la condesa—. ¡Por amor de Dios! No continúes, es demasiado espantoso.

—¡No! —replicó el conde—. Voy a contarlo todo. Nuestro visitante sabe cómo ofendí a Silvio, y quiero que sepa también cómo se vengó.

El conde me invitó a sentarme y escuché con la más viva curiosidad el relato siguiente:

—Me casé hace cinco años. Pasé la luna de miel aquí, en esta finca, que fue testigo de los mejores momentos de mi vida, pero que al mismo tiempo me recuerda unos acontecimientos muy penosos.

»Una tarde salimos a dar un paseo a caballo, mi esposa y yo; el caballo que montaba mi esposa se encabritó, ella se asustó, me entregó la brida y decidió regresar a pie. Llegué a la casa antes que ella. En el patio había un carruaje; me dijeron que un hombre me estaba esperando en la biblioteca; no había querido dar su nombre, limitándose a decir que tenía que tratar de un asunto conmigo. Entré en esta misma habitación, medio a oscuras, y vi a un hombre, cubierto de polvo, con la barba sin recortar, que estaba de pie junto a la chimenea. Me acerqué a él, tratando de reconocer sus facciones.

—¿No me conoces, conde? —me preguntó.

»—¡Silvio! —exclamé, y confieso que los cabellos se me pusieron de punta.

»—A tus órdenes —me dijo—. Me toca a mí disparar; he venido a terminar nuestro duelo. ¿Estás dispuesto?

»Sacó una pistola de su bolsillo. Medí doce pasos y me coloqué allí, en aquel rincón, rogándole que disparase lo más pronto posible, antes de que regresara mi

esposa.

»Pero Silvio no se apresuró y exigió que trajeran algunas luces. Los criados trajeron unas velas. Cerré la puerta con llave, para impedir la entrada a cualquiera que fuese, y le rogué de nuevo que disparase. Me apuntó… Conté los segundos, pensando en mi esposa… ¡Transcurrió un horrible minuto! Silvio bajó el brazo.

»—Lamento —dijo— que mi pistola no esté cargada con huesos de cerezas… el plomo es pesado… Esto no tiene ya aspecto de duelo, sino más bien de un asesinato; no estoy acostumbrado a disparar contra un hombre desarmado. Empecemos de nuevo, y que la suerte decida quién debe disparar primero.

»La cabeza me daba vueltas… No estaba dispuesto a acceder, pero finalmente cargamos una segunda pistola, introdujimos dos números en su gorra, que conservaba el agujero de mi bala, y saqué de nuevo el número uno.

»—Tienes una suerte endiablada, conde —me dijo Silvio, con una sonrisa que no olvidaré nunca.

»No comprendo lo que me pasó, ni cómo pudo obligarme a disparar… Pero lo hice, y mi bala atravesó esa tela (el conde señaló con el dedo el cuadro agujereado por dos balas; su rostro estaba encendido; la condesa, en cambio, estaba más blanca que su pañuelo; no pude reprimir una exclamación).

»Disparé —continuó el conde—, y, afortunadamente, erré el tiro. Entonces, Silvio empezó a apuntarme. De repente, se abrió la puerta. Macha entró corriendo y se precipitó a mi cuello, lanzando un agudo grito. Su presencia me devolvió todo mi valor.

»—¡Querida! —le dije—. ¿No ves que estamos bromeando? No debes asustarte. Anda, ve a beber un vaso de agua y vuelve. Te presentaré a un viejo amigo y camarada.

»Pero Macha no creyó mis palabras.

»—¿Es cierto lo que dice mi marido? —preguntó, dirigiéndose al terrible Silvio —. ¿Es cierto que están ustedes bromeando?

»—Su marido bromea siempre, condesa —respondió Silvio—. En cierta ocasión me dio una bofetada… en broma; en otra atravesó con una bala esta gorra, también en broma; acaba de fallar, en broma, el tiro que iba dirigido contra mí. Ahora me ha llegado el turno de bromear…

»Y alzó la pistola, apuntándome de nuevo. Macha se arrojó a sus pies.

»—¡Levántate, Macha! ¡Lo que estás haciendo es vergonzoso! —grité, enfurecido —. En cuanto a usted, caballero, deje ya de asustar a una pobre mujer. ¿Quiere disparar de una vez, sí o no?

»—No dispararé —dijo Silvio—. Estoy satisfecho: te he visto asustado, te he obligado a disparar contra mí… Estoy satisfecho, pero tú te acordarás de mí. Te dejo con tu conciencia.

»Antes de marcharse, se detuvo y, casi sin apuntar, disparó contra el cuadro que yo había agujereado. A continuación desapareció.

»Mi esposa se había desvanecido; mis criados no se atrevieron a detener a Silvio y le contemplaron con terror mientras subía de nuevo a su carruaje. Antes de que me hubiera recobrado de la impresión, el cochero había arreado a los caballos.

El conde se calló. Así me enteré del final de la historia cuyo comienzo tanto me había impresionado.

No he vuelto a ver a nuestro héroe. Se dice que a raíz de la sublevación de Alejandro Ipsilanti, Silvio mandaba un destacamento de los heteristas y que murió en el curso de la batalla de Skulani.

EL FORJADOR DE MARAVILLAS

FITZ-JAMES O'BRIEN

I

Golosh Street y sus habitantes

UNA pequeña calleja (he olvidado su nombre o, a decir verdad, prefiero no recordarlo) parte oblicuamente de Chatham Street, inmediatamente antes de que esta impetuosa arteria se precipite en el Parque, luego se bate bruscamente en retirada y desciende hasta el East River, como si, disgustada por el olor de sus viejas ropas, hubiera decidido lavarse en aquel curso de agua. De todos modos, es evidente que con esta excelente intención ha contribuido a llevar a cabo la construcción de la calzada imaginaria mencionada en el antiguo adagio[1], ya que sigue siendo una calle sucia, en toda la acepción de la palabra. Nunca ha podido librarse de la tara de la basura hebraica que ha heredado de la arteria de la cual nace. Está cubierta de un barro grasiento, como si fuera hermana gemela del *ghetto* de Roma.

Me gustan las calles llenas de cuchitriles; no es que sea desaseado por naturaleza (no hay una sola gota de sangre napolitana en mis venas), pero por regla general descubro cierto sedimento de filosofía en esos arroyos. Una calle limpia resulta espantosamente prosaica. La mente no encuentra ningún alimento en unas aceras cuidadosamente barridas, en unos adoquines estériles, en unas casas trivialmente inmaculadas. En cambio, cuando paso por una calle abandonada a sí misma durante tanto tiempo que ha acabado por adquirir unas características claramente definidas, encuentro en ella muchos temas de reflexión. Los trozos de papel mojados por la lluvia que yacen en la calzada tienen un sentido: contienen quizá las desesperadas súplicas dirigidas por Tom, el oficial panadero, a Amelia, la hija del mercero que vende siempre con pérdida a causa del incendio que acaba de arrasar su tienda. Tal vez es Tom en persona el que pasa ante mí con su delantal blanco, y miro las ventanas de la mercería (que no muestra ninguna huella de un incendio reciente) con la esperanza de ver a Amelia agitando un pañuelo blanco. Ese trozo de piel de naranja sobre la acera me inspira otros pensamientos. ¿Quién caerá al resbalar en ella? ¿Quién, sino la atareada madre de seis hijos, el menor de los cuales tiene apenas nueve meses, y que viven todos de su trabajo? La veo resbalar y caer; veo su pálido rostro convulso por el sufrimiento, y los inútiles esfuerzos que hace por levantarse; la muchedumbre compadecida que se amontona alrededor de ella y que la priva del aire que necesita; el joven médico que acertaba a pasar por allí; su examen del miembro roto de la víctima quejumbrosa, su dubitativo movimiento de cabeza, la camilla a hombros de cuatro hombres, las puertas del hospital de Nueva York que se abren, la investigación del lugar del accidente… También encuentro tema de meditación en la persona de ese niño de tres años, cubierto de harapos, que lleva una máscara de mugre, y que lanza un trozo de ladrillo a otro niño de tres años, igualmente cubierto de harapos y también con una máscara de mugre. No es difícil predecir que está

destinado a vivir emboscado en la sombra hasta su muerte. Su rostro achatado y feo (al menos lo que puede verse de él) no tiene aspecto de estar hecho para la luz del día. El fango en el cual se revuelca ahora no es más que un símbolo del fango moral en el cual se revolcará más tarde. La débil y pequeña mano que en este momento se alza para golpear a su camarada, medio en serio, medio en broma, la alzará para siempre contra todos sus semejantes.

Golosh Street (con este nombre quise bautizar a aquella calleja anónima) es un lugar muy interesante. Los comercios más raros parecen haberse dado cita en ella para formar una colonia mercantil de las más excéntricas. En una esquina se encuentra la tienda de un pajarero, cuyas paredes están cubiertas de pequeñas jaulas que contienen pardillos, papafigos, canarios, mirlos, minos[2] y otras cien especies que sólo los naturalistas conocen. Inmediatamente en frente hay un almacén en el cual venden únicamente adornos hechos con hojas de otoño de vivos colores, barnizadas y pegadas de modo que asuman diversas formas. Un poco más abajo hay un tenderete de libros viejos, que parece una garita achatada y ofrece la notable característica de no contener una sola serie completa de ninguna obra. Entre dos inmuebles de mediana altura hay una especie de hueco en el cual un hombrecillo bonachón, un francés, fabrica y vende ojos artificiales, varios ejemplares de los cuales, alineados en el escaparate sobre un almohadón de terciopelo negro, os miran al pasar con una mirada fija, hasta el punto de que os estremecéis y apresuráis el paso, pensando cuán horrible sería el mundo si todos los hombres estuvieran privados de párpados. En Golosh Street se encuentran tiendas de cambalacheros que parecen contener todos los clavos viejos del arca de Noé y todo el cobre viejo de Corinto. Mme. Filomel, la echadora de cartas, vive en el número 12, segundo piso: la campanilla está a mano izquierda. Al lado está la tienda de Herr Hippe, más conocido por el nombre de Forjador de Maravillas.

La tienda de Herr Hippe es la mayor de Golosh Street, y, a juzgar por las apariencias, es también la menos abastecida. Aparte de algunas cajas de embalar, de una rueda de torno de madera y de un enorme mapa mural de Europa, el interior de la tienda está completamente vacío. El escaparate, muy amplio, aunque ennegrecido por la suciedad, contiene el único objeto agradable del lugar. Es un soberbio teatro en miniatura… más exactamente, la orquesta y el escenario. Está provisto de un bonito decorado y de todos los aparatos necesarios para los cambios de decorado. Hay minúsculos escotillones, montacargas delicadamente construidos, una escalera de verdad… En el patio de orquesta, un diminuto director de orquesta está de pie ante su pupitre, rodeado de figurillas que sostienen toda clase de instrumentos musicales: violoncelos, flautas, oboes, timbales, etc. En el escenario hay también unos personajes. Un templario que lleva una capa blanca arrastra a una mujer desvanecida hacia el parapeto de un puente en ruinas, mientras que, a la izquierda, se ve, oculto

detrás de una gran roca negra, a un hombre arrodillado que apunta al corazón del caballero con su arcabuz. Pero la orquesta permanece silenciosa, el director de orquesta no agita nunca la batuta, los músicos no tocan nunca una sola nota; el templario no lleva nunca a su víctima más cerca del puente; el vengador oculto apunta eternamente al raptor. Aquella inmovilidad no parece natural; las figuras están ejecutadas tan admirablemente que parecen llenas de vida. Al mirarlas se tiene casi la impresión de que se encuentran bajo los efectos de un sortilegio que paraliza sus movimientos. A cada instante se espera oír la estrepitosa detonación del arcabuz, ver elevarse una espiral de humo azulado, y al templario caer al suelo, mientras la orquesta interpreta el réquiem del culpable.

Pocas personas sabían cuál era el oficio de Herr Hippe o a qué comercio se dedicaba. Era evidente que debía llevar a cabo algún trabajo, ya que, de no ser así, ¿para qué hubiese servido la tienda? Algunos se sentían inclinados a tomarle por un inventor, un mecánico. Su taller se encontraba en la trastienda, santuario en el cual sólo entraba él. Había llegado a Golosh Street ocho o diez años antes, y, una mañana, los vecinos, al abrir los postigos de sus ventanas, se habían dado cuenta de la presencia de un inquilino en el número 13. Un hombre alto y delgado, de tez amarillenta, estaba encaramado a una escalera en la fachada de la tienda, ocupado en clavar un gran cartel que tenía escritas las siguientes palabras, en letras negras sobre fondo ocre: «Herr Hippe, Forjador de Maravillas».

Durante mucho tiempo, las gentes se preguntaron unas a otras lo que podía ser un Forjador de Maravillas. Nadie fue capaz de dar una respuesta. Mme. Filomel, consultada, adoptó un aire grave y declaró que aquello no la afectaba para nada. Mr. Pippel, el pajarero, que era alemán y debía saber mejor que nadie de qué se trataba, dijo que, en su opinión, aquel nombre se aplicaba a una extraña profesión teutona; pero sus respuestas fueron tan vagas, que la curiosidad de Golosh Street quedó insatisfecha. Solon, el pequeño jorobado que atendía el tenderete de libros viejos, no proyectó tampoco ninguna luz sobre el asunto. Finalmente, las gentes se vieron obligadas a concluir que Herr Hippe era, o bien un mago o bien un monedero falso. Una botella llena de almas.

II

Una botella llena de almas

Era un triste atardecer de diciembre. En Golosh Street, el comercio holgaba; las puertas de la mayoría de los almacenes estaban cerradas. Hacía ya más de una hora que Herr Hippe había cerrado su tienda, y los pájaros de Mr. Pippel, con la cabeza debajo del ala, estaban sumidos en su primer sueño.

Herr Hippe estaba sentado en su salón, iluminado por un gran fuego de troncos. En la estancia no había ninguna vela encendida, y las llamas vacilantes dibujaban sombras fantásticas en las paredes de color gris pálido. Teorías de formas negras e indistintas cruzaban los techos color de plomo y se desvanecían en los rincones oscuros. Cada nuevo chisporroteo de los troncos caprichosos suscitaba nuevas imágenes. Ora era un cortejo fúnebre con personajes con la cabeza inclinada, el féretro tapizado en negro, los penachos de plumas oscilando como llamas a punto de extinguirse; ora era un desfile de caballeros, con lanzas y banderas, y unos extraños caballos que galopaban sin ruido hasta un rincón de la estancia para atravesar luego la pared caracoleando y desaparecer.

Sobre una mesa, muy cerca de Herr Hippe, reposaba una gran caja cuadrada de madera oscura, cuya tapa llevaba un revestimiento de acero tan minuciosamente labrado de arabescos que parecía una brillante puntilla azul levemente extendida sobre la superficie de la madera. Herr Hippe, voluptuosamente tendido en su sillón, contemplaba el fuego con aire soñador. Era alto y delgado, y su piel tenía un deslucido tinte azafranado. Largos cabellos lisos, rasgos regulares, un fino y largo bigote que se enrollaba como un áspid negro alrededor de su boca (cuya expresión era tan amarga y cruel que parecía destilar el veneno de la serpiente ideal), un cuerpo óseo y musculado: tales eran las principales características del Forjador de Maravillas.

El profundo silencio que reinaba en la estancia quedó roto por alguien que arañó la puerta de un modo especial, como se hacía en otras épocas en la Corte de Francia en vez de llamar, cuando se estaba obligado a solicitar el acceso a los departamentos reales. Herr Hippe se estremeció, alzó su feroz cabeza que pareció vibrar sobre su largo cuello como la cabeza de una cobra a punto de atacar, y, tras un instante de silencio, dejó oír un sonido gutural y extraño. La puerta se abrió y una mujer rechoncha, ancha de hombros, con una expresión salvaje en sus grandes ojos orientales, entró silenciosamente en la estancia.

—¡Ah, Filomel! ¡Por fin llegó usted! —dijo el Forjador de Maravillas, dejándose caer de nuevo en su sillón—. ¿Dónde están los otros?

—No tardarán en llegar —respondió Mme. Filomel, instalándose en un sillón demasiado angosto para su persona, la cual se desbordó a cada lado del asiento como un *pudding.*

—¿Ha traído usted las almas? —preguntó el Forjador de Maravillas.

—Aquí están —dijo la echadora de cartas, sacando de debajo de su mantón una gran botella negra, muy panzuda—. ¡Ah! Me han dado muchos quebraderos de cabeza.

—¿Son de buena clase: salvajes, violentas, diabólicas? Ya sabe usted que no necesitamos ni miel ni leche. Para nuestro proyecto necesitamos unas almas amargas como el acíbar y ardientes como el rayo.

—¡Ya verá usted, ya verá usted, Gran Duque de Egipto! Cada una de ellas es un demonio de los aires. ¿Cree usted que una mujer con tanta experiencia como yo no sabe distinguir, en el momento mismo del nacimiento, el grito del niño-diablo del grito del niño-querubín? Pregunte usted a un músico cómo distingue, en medio de las tinieblas, una nota emitida por Thalberg de una nota emitida por Liszt.

—Estoy impaciente por someterlas a prueba —exclamó el Forjador de Maravillas, frotándose alegremente las manos—. Estoy impaciente por ver cómo se portan los pequeños diablos cuando les hayamos dado una forma. ¡Ah! Para nosotros será una fecha gloriosa el día que los soltemos sobre esos malditos niños cristianos. Recorrerán el país en todos los sentidos; por doquiera que pase nuestro pueblo errante, doquiera que se encuentren los niños de los cristianos, los niños de los cristianos morirán. Entonces, nosotros, los bohemios despreciados, los egipcios, como se nos llama, seremos de nuevo los dueños y señores del mundo, como lo fuimos antaño, en la época en que esas cosas malditas llamadas ciudades no existían, cuando los hombres vivían libremente en los bosques y cazaban a su antojo en ellos. ¡Juguetes, desde luego! ¡Sí, les daremos juguetes a esos niños! ¡Juguetes que dormirán todo el día juiciosamente en sus cajas, simples trozos de madera en apariencia rígidos y sin vida, pero que, al llegar la noche, cuando las almas penetren en ellos, se levantarán y asaltarán los lechos de los niños dormidos para atravesarles el corazón con la afilada punta de sus cuchillos impregnados de veneno! ¡Juguetes, desde luego! ¡Oh, sí! ¡Voy a vender muchos juguetes!

Y el Forjador de Maravillas estalló en una risa horrible, mientras su bigote se retorcía como si realmente poseyera el poder de morder como una serpiente.

—¿Tiene usted lista su primera hornada, Herr Hippe? —preguntó Mme. Filomel —. ¿Están todos preparados?

—¡Oh, sí, todos están preparados! —respondió el Forjador de Maravillas ávidamente, al tiempo que abría la caja cubierta de una puntilla de acero azul—. Aquí están.

El cofre contenía un gran número de figurillas de madera de ambos sexos, esculpidos de un modo exquisito, y tan hábilmente pintadas que cada una de ellas era la exacta reproducción en miniatura de un hombre o de una mujer. En realidad, eran unos admirables ejemplares de esos juguetes que los niños se complacen en colocar sobre una mesa en las posturas más diversas: alineados en regimientos, sentados ante una mesa de comedor o agrupados bajo los árboles verdes y rígidos que siempre les

acompañan en las cajas en que son vendidos en las tiendas de los comerciantes de juguetes.

Sin embargo, las marionetas de Herr Hippe no eran notables únicamente por la exactitud con la cual sus rasgos y sus miembros imitaban a la naturaleza: sobre el rostro de cada una de ellas el escultor había imprimido una espantosa expresión de maldad. Cada una de las minúsculas fisonomías expresaba un tipo especial de ferocidad. Los delgados labios expresaban una horrible crueldad; en los diminutos ojos negros y redondos brillaba el fuego de un odio universal. Todas las figurillas de ambos sexos tenían en la mano un arma en miniatura. Los hombres, con una mueca diabólica, empuñaban en sus dedos de madera unas espadas tan finas como agujas de coser. Las mujeres, cuyos rostros reflejaban la perfidia y la maldad, empuñaban a su vez unas minúsculas dagas, con las cuales parecían disponerse a ejercer alguna terrible venganza.

—¡Son perfectas! —dijo Mme. Filomel, tomando una de las figurillas de la caja y examinándola atentamente—. ¡Trabaja usted bien, duque Balthazar! Todos esos pequeños son de buena clase; tienen aspecto de estar dispuestos para el mal… ¡Ah! Ahí están nuestros hermanos.

En aquel momento se oyó el mismo rasgueo que había precedido la entrada de Mme. Filomel, y Herr Hippe respondió a él con un grito ronco y gutural. Casi inmediatamente entraron dos hombres. El primero era de pequeña estatura y tenía unos ojos sumamente brillantes. Se envolvía en una larga capa y llevaba en la cabeza un extraño gorro de un tipo indefinible, como los que se ven en las salas de billar de los bajos fondos de París. Su compañero era alto, delgado, desmadejado; y su traje, a pesar de ser de corte corriente, tenía algo de pintoresco, sea por su colorido, sea por la actitud descuidada y graciosa del que lo llevaba. Los dos hombres tenían el mismo acusado aspecto oriental que caracterizaba al Forjador de Maravillas y a Mme. Filomel. Tenían el aire de auténticos gitanos: podían haber sido vistos diciendo la buenaventura, o robando gallinas en los verdeantes senderos de la campiña inglesa, o errando al son de una extraña música, haciendo juegos de manos, a través de pueblos y aldeas.

—¡Sed bien venidos, hermanos! —dijo el Forjador de Maravillas—. Llegáis a tiempo. Nuestra hermana Filomel ha traído las almas y vamos a ponerlas a prueba. Señor Kerplonne, quítese la capa. Hermano Oaksmith, tome una silla. Les prometo una velada divertida; por lo tanto, pónganse cómodos. Aquí hay algo que va a ayudarles a pasar el tiempo.

Y mientras el francés Kerplonne y su alto compañero, Oaksmith, obedecían a la invitación de Hippe, éste alargaba la mano hacia un pequeño armario abierto en la pared y sacaba de él una botella panzuda y algunos vasos, que colocó sobre la mesa.

—¡Bebed, hermanos! —dijo—. Esto no es sangre de cristiano, sino vino generoso de Oporto. Calienta el corazón como el sol del mediodía.

—Es excelente —dijo Kerplonne, chasqueando los labios con entusiasmo.

—¿Cómo es que no tiene usted aguardiente? ¡Al diablo con el vino! —exclamó Oaksmith, después de haberse tragado dos copas de Oporto.

—¡Ni pensarlo! El aguardiente ha sido la perdición de la gente de nuestra raza. Nos ha convertido en unos imbéciles y unos ladrones. En mi casa no entrará nunca una sola gota de ese brebaje —respondió el Forjador de Maravillas con voz indignada y sombría.

—Sin embargo, un poco de aguardiente no hace daño, duque —dijo Mme. Filomel—. Nos consuela de nuestras desdichas; vuelve a darnos las coronas que llevábamos antaño; nos devuelve el poder que habíamos ejercido; nos transporta, como por arte de magia, hacia el país del sol del cual nos expulsó el destino; desvanece el recuerdo de todas las desgracias que hemos soportado desde hace siglos.

—El aguardiente es una cosa diabólica. ¡Maldito sea! —exclamó Herr Hippe en tono vehemente—. Me robó a mi hijo, el joven más hermoso de toda Curlandia. Sí, mi hijo, el hijo del *voïvode* Balthazar, Gran Duque del Bajo Egipto, murió loco furioso en un arroyo, con una botella de aguardiente vacía en la mano. Si la planta no fuese sagrada para los de nuestra raza, maldeciría la uva y la viña que la lleva.

Ese violento discurso fue pronunciado con tal energía, que los tres gitanos guardaron silencio. Oaksmith se sirvió otro vaso de Oporto, y la echadora de cartas siguió columpiándose sin pronunciar palabra en su sillón, demasiado asustada por el estallido del Forjador de Maravillas para atreverse a contestarle. Kerplonne no había tomado parte en la discusión; parecía perdido en una contemplación admirativa de las marionetas que había sacado de la caja, manejándolas con precaución.

Al cabo de un minuto largo, Herr Hippe rompió bruscamente el silencio preguntando:

—¿Qué pasa con su ojo, Kerplonne?

—Lo he terminado, duque. Aquí lo traigo. —Y el pequeño francés se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un gran ojo humano artificial. Únicamente su tamaño permitía adivinar que no se trataba de un ojo natural: era por lo menos dos veces mayor que un ojo humano corriente; pero en su pupila, que parecía contraerse y dilatarse como la pupila del ojo de un ser vivo, había un espantoso brillo, meditativo que hacía de aquel objeto una horrible paradoja. Se hubiera dicho que era el ojo desnudo del Cíclope, arrancado de su frente, ardiente aún de cólera y de deseo de venganza.

El francés emitió una risa de satisfacción mientras sostenía el ojo en la palma de su mano y contemplaba aquella enorme y sombría pupila que parecía devolverle la mirada con una expresión de desconfianza y de desprecio.

—Es realmente un diablo de ojo —dijo el hombrecillo, frotando la superficie esmaltada con un viejo pañuelo de seda—, es capaz de leer como un demonio. Mi sobrina —¡la desgraciada!— tiene un miserable pretendiente, y durante mucho tiempo temí que se hiciera raptar por él. No podía leer su correspondencia, ya que mi sobrina tiene siempre su secreter cuidadosamente cerrado con llave. Pero ayer le pedí

que pusiera este ojo en un lugar seguro. Lo puso en su secreter, de acuerdo con mis cálculos, y, gracias a él, he leído todas sus cartas. La ingrata se proponía huir el lunes próximo, pero quedará desagradablemente decepcionada.

Y el hombrecillo se echó a reír de buena gana por el éxito de su estratagema, sin dejar de frotar y de acariciar el ojo, hasta que este último ofreció un aspecto dolorido bajo el efecto de aquella fricción.

—Veo que también usted ha trabajado, Herr Hippe. Sus figurillas son perfectas. Pero ¿dónde están las almas?

—En esta botella —respondió el Forjador de Maravillas, señalando con el dedo la gran botella negra panzuda que Mme. Filomel había traído—. Sí, señor Kerplonne —continuó—, mis figurillas están muy bien hechas. He solicitado la ayuda de Abigor, el demonio de la soldadesca, y él me ha inspirado. Esos pequeños muñecos se convertirán en famosos asesinos cuando tengan un alma. Vamos a someterles a prueba esta misma noche.

—¡Estupendo! —exclamó Kerplonne, frotándose alegremente las manos—. Nos acercamos a Año Nuevo. Vamos a fabricar millones de esos pequeños asesinos y a venderlos en grandes cantidades; cuando todo el mundo duerma en las casas y los niños de los cristianos esperen la llegada de San Nicolás, nuestros pequeños amigos saldrán en tropel de sus cajas y los niños de los cristianos morirán. ¡Ésa sí que será una hazaña! ¡A la salud de Abigor!

—Sometámoslos a prueba sin más tardanza —pidió Oaksmith—. ¿Se ha acostado ya su hija Zonéla, Herr Hippe? ¿Podemos estar seguros de no ser molestados?

—Nadie se mueve en la casa —respondió el Forjador de Maravillas en tono sombrío.

Filomel se inclinó hacia Oaksmith y le dijo en voz baja:

—¿Por qué ha pronunciado usted el nombre de su hija? Ya sabe que no le gusta que se hable de ella.

—Voy a asegurarme de que nadie nos molestará —dijo Kerplonne, poniéndose en pie—. Voy a colocar mi ojo delante de la puerta, por la parte exterior; hará de centinela. Abrió la puerta y colocó el enorme ojo en el suelo, con un gran cuidado. Mientras estaba inclinado, una forma negra, que ni él ni su ojo pudieron ver, se deslizó sin ruido a lo largo del pasillo y se perdió en las tinieblas.

—¡Ahora, vamos a ello! —exclamó Mme. Filomel tomando su gran botella negra —. ¡Herr Hippe, prepare sus muñecos!

El Forjador de Maravillas sacó las figuritas de su caja, una tras otra, y las colocó sobre la mesa. Nunca se había visto un conjunto semejante de rostros desalmados. Un ejército de matones italianos vistos a través de un telescopio al revés o una tropa de galeotes de Liliput, podrían dar una idea muy vaga de su aspecto. Mientras Mme. Filomel descorchaba la botella negra, Herr Hippe cubría las figurillas con una especie de tienda de finísima tela que sacó asimismo de la caja. Una vez hecho esto, la echadora de cartas aplicó el gollete de la botella a la abertura de la tienda, apretando

cuidadosamente los pliegues sueltos de la tela alrededor del vidrio. Inmediatamente se oyeron unos débiles ruidos en el interior de la tienda. Mme. Filomel retiró su botella, y el Forjador de Maravillas levantó la tela con la cual había cubierto a su pequeño ejército.

Se había operado una milagrosa transformación. Las figurillas de madera, perdida su rigidez, iban y venían en todos los sentidos. Los ojos redondos y brillantes giraban vivamente en sus órbitas; malévolas pasiones hacían temblar los labios delgados y crueles; las manos minúsculas desenvainaban y volvían a envainar sables y dagas. Aquí y allá se desarrollaban episodios de la vida cotidiana. Aquí, dos marionetas de aspecto marcial hacían la corte a una hermosa muchacha de rostro astuto, que les sonreía alternativamente, mientras daba su mano a besar a un tercer muñeco, un pequeño malvado de rostro odioso oculto detrás de ella. Allá, otros dos homúnculos que parecían estar en muy buenas relaciones se paseaban cogidos del brazo, mientras cada uno de ellos acechaba la ocasión de apuñalar al otro por la espalda.

—Creo que servirán para el caso —dijo el Forjador de Maravillas, que observaba aquellos incidentes cloqueando de risa—. Pérfidos, crueles, sanguinarios… Hasta ahora todo va bien. Pero, un momento: voy a someterles a la prueba capital.

Así diciendo, sacó de su bolsillo una moneda de oro de un dólar y la dejó caer en medio de la multitud de muñecos de madera. Apenas la moneda hubo tocado la mesa, todos los muñecos se inmovilizaron, con la cabeza vuelta hacia el dólar. Luego, las diminutas figurillas, en número de veinte, se precipitaron hacia la reluciente moneda de oro. Una de ellas, más rápida que las otras, saltó encima de la moneda y desenvainó su espada. Un instante después todos los muñecos se encontraban reunidos alrededor de aquel nuevo centro de atracción. Hombres y mujeres luchaban y se empujaban para acercarse a la moneda de oro. Apenas el primer liliputiense estuvo encima de aquel tesoro, cien hojas relucientes salieron de sus vainas para contestar al desafío lanzado por la suya, y una docena de hombres, empuñando la espada, saltaron sobre la amarilla plataforma y obligaron a su camarada a batirse en retirada. Se entabló una lucha general. El furor y la codicia desencajaban las facciones de los minúsculos rostros. Cada marioneta, exasperada, trataba de hundir su daga o su espada en el cuerpo del vecino o de la vecina; las mujeres parecían estar poseídas por mil diablos.

—¡Van a hacerse pedazos! —exclamó Mme. Filomel, que contemplaba ávidamente aquella lucha salvaje—. Será mejor separarles, Herr Hippe. Voy a hacer el vacío en mi botella y a aspirar las almas que animan sus cuerpos.

—¡Oh! ¡Son unos consumados demonios! ¡Son unos espléndidos diablillos! —exclamó el francés con entusiasmo—. Hippe, es usted un hombre asombroso. Hermano Oaksmith, ninguno de sus gitanos ingleses puede compararse a Herr Hippe.

—Tiene usted razón… hasta cierto punto —respondió Oaksmith ásperamente—. Pero tenemos hombres capaces de dar a un caballo de doce años el aspecto de un caballo de cuatro años; hombres que podrían cogerles, a usted y a Herr Hippe, con

una sola mano y lanzarles por encima de su hombro.

—¡Dios me libre de ello! —exclamó el pequeño francés—. Esa clase de diversiones no me gustan. Las encuentro muy desagradables.

Mientras Kerplonne y Oaksmith intercambiaban esas frases, el Forjador de Maravillas había vuelto a colocar la tienda encima de los combatientes, y Mme. Filomel, después de haberse entregado a misteriosas manipulaciones con su botella negra, aplicó de nuevo el gollete a la abertura que servía de puerta. El confuso ruido que reinaba en su interior cesó en un instante. Mme. Filomel volvió a tapar rápidamente la botella. El Forjador de Maravillas levantó la tienda, y he aquí que los muñecos enfurecidos estaban de nuevo rígidos e inmóviles, su rostro había vuelto a adquirir la misma expresión siniestra y fija.

—Esto no basta, necesitan sangre —dijo Herr Hippe, recogiéndolos y devolviéndolos a su caja—. A esta hora, Mr. Pippel, el pajarero, estará durmiendo. Yo tengo una llave que abre la puerta de su tienda. Vamos a dejarlos en medio de los pájaros; será algo divertido.

¡Estupendo! —exclamó Kerplonne—. Vamos hacia allá. Pero, antes, dejen que recoja mi ojo.

El francés se puso el ojo en el bolsillo, después de haberlo frotado una vez más con su pañuelo de seda; Herr Hippe apagó la lámpara; Oaksmith se tragó un último vaso de Oporto; y los cuatro gitanos emprendieron la marcha hacia la tienda de Mr. Pippel, cargados con la caja de figurillas.

III

Solon

La sombra que se había deslizado a lo largo del pasillo, en el momento en que M. Kerplonne había puesto su ojo de centinela ante la puerta del salón de Herr Hippe, subió rápidamente la escalera que conducía a los altos de la casa. Llegado allí, llamó a la puerta de una de las habitaciones. No hubo respuesta.

—Zonéla, ¿estás durmiendo? —preguntó la sombra, en voz baja.

—¡Oh, Solon! —respondió una voz dulce y melodiosa—. Creí que el que llamaba era Herr Hippe. Pasa, por favor.

La sombra abrió la puerta y entró. No había ni lámpara ni vela en la estancia; pero a través de la ventana penetraba la débil claridad de las estrellas, que permitía distinguir a una forma femenina sentada en un taburete en medio de la habitación.

—¿Te ha vuelto a dejar sin luz, Zonéla? —preguntó la sombra, volviendo a cerrar la puerta—. He traído mi pequeña linterna.

—Gracias, Solon —respondió la llamada Zonéla—. Eres un gran muchacho. En cuanto se hace de noche me obliga a acostarme, sin darme nunca nada con que alumbrarme. A veces me gusta quedarme a contemplar la luna y las estrellas; especialmente las estrellas, que parecen devolverme la mirada y contemplarme fijamente, como si me dijeran: «Te vemos, tenemos piedad de ti, y te ayudaríamos de buena gana si pudiéramos hacerlo». Pero ¡resulta tan lúgubre contemplar siempre esas miradas de ojos melancólicos! ¡Y tengo tantas ganas de leer los hermosos libros que me has prestado, Solon!

Mientras Zonéla pronunciaba esas palabras, la sombra había encendido su linterna y había dejado de ser una sombra. Una gran cabeza cubierta de abundantes cabellos rubios; un hermoso rostro pálido iluminado por unos grandes ojos soñadores; largos brazos, manos finas, piernas delgadas y una enorme joroba: ése era Solon. En cuanto el jorobado hubo encendido su linterna, Zonéla se levantó del taburete en el cual había estado sentada y estrechó afectuosamente la mano del joven entre las suyas.

Era evidente que Zonéla no tenía una sola gota de sangre gitana en sus venas. Aquella encantadora criatura de cabello castaño claro, de piel blanca y transparente bajo la cual se adivinaba el calor de una sangre generosa, de grandes ojos color de avellana tan dulces como los dé un cervatillo, no había sido engendrada por un zíngaro. Zonéla parecía tener dieciséis años; su cuerpo, algo delgado y anguloso, tenía toda la gracia ingenua de la juventud. Llevaba un viejo vestido de algodón estampado, cuyo dibujo había sido en otros tiempos sumamente atractivo, pero que ahora no era más que una simple reminiscencia de su pasado esplendor; alrededor de la cabeza llevaba enrollada, a modo de turbante, una bufanda de seda verde con lunares rojos. Aquella especie de capuchón le daba el aspecto de un duendecillo.

—He vagado todo el día por las calles tocando el organillo, y estoy rendida de

fatiga, Solon… No tengo sueño, pero me siento tan cansada… El pobre Falbala se caía de sueño y se ha ido a acostar.

—Yo también estoy cansado, Zonéla; no siento la misma fatiga que tú, desde luego, puesto que he estado sentado todo el día en mi tenderete, en tanto que tú arrastras un organillo de Barbarie y un mono, tocando viejas melodías para recoger unos céntimos… Pero estoy cansado de mí mismo, de mi vida, del peso que llevo sobre mis hombros…

Y, al pronunciar estas últimas palabras, el pobre jorobado miró de reojo hacia su propia espalda, como para atraer la atención de la joven hacia su deformidad.

—¡Vamos, vamos! No debes sentirte triste en medio de tus libros, Solon. ¡Dios mío! ¡Si yo pudiera permanecer sentada al sol, leyendo, como tú, sería muy dichosa! Pero es tan fatigoso arrastrarse por las calles todo el día con ese maldito organillo, y levantar los ojos hacia las casas, a cuyos habitantes sé que fastidio; y, además, los chiquillos le gastan siempre bromas pesadas al pobre Falbala: le arrojan monedas que han hecho enrojecer al fuego, y se quema sus pobres manecitas al recogerlas… Y, además, a veces… ¡Oh, Solon! A veces, en la calle, los hombres me dan mucho miedo: me hablan y me miran de un modo tan extraño… Preferiría quedarme sentada en tu tenderete, leyendo.

—En mi tenderete sólo tengo volúmenes desapareados —respondió el jorobado —. Y quizá sea justo que ocurra así; ya que, después de todo, yo mismo no soy más que un volumen desapareado.

—Vamos, nada de tristezas, Solon. Siéntate y cuéntame una historia. Voy a buscar a Falbala para que te escuche.

Así diciendo, Zonéla se dirigió hacia un rincón de la lúgubre estancia y regresó inmediatamente llevando en sus brazos a un pequeño mono del Brasil, pobre animalito dulce y soñoliento que tenía aspecto de haberse dormido cansado de llorar. La muchacha se sentó en su pequeño taburete, con Falbala sobre sus rodillas, y movió la cabeza en dirección a Solon, como diciéndole: «Habla, te escuchamos».

—De modo que quieres que te cuente una historia —dijo el jorobado con una sonrisa melancólica—. Pues bien, te voy a contar una. Pero ¿qué dirá tu padre si me sorprende en tu compañía?

—Herr Hippe no es mi padre —exclamó Zonéla en tono indignado—. Es un gitano, y yo sé que soy una niña robada; si supiera adonde ir, huiría lejos de aquí. ¿Crees que me trataría como me trata si fuese hija suya? ¿Que me haría vagar todo el día por las calles de la ciudad con un organillo de Barbarie y un mono (¡pobre Falbala! De todos modos, le quiero mucho…), que me dejaría vivir en una buhardilla y que apenas me daría de comer? Sé que no soy hija suya, porque me odia.

—Escucha mi historia, Zonéla; luego volveremos a hablar de todo eso. Permíteme que me siente a tus pies…

Y, después de haberse arrebujado a los pies de la muchacha, empezó de este modo:

—Hace mucho tiempo, en una gran ciudad muy parecida a nuestra ciudad de Nueva York, vivía un pobre jorobado. Tenía un tenderete de libros de ocasión, y ganaba el dinero suficiente para no morirse de hambre. A veces estaba muy triste, porque no conocía casi a nadie y los que conocía no le querían. Durante su infancia, había llevado una existencia retraída y enfermiza. Los muchachos de la vecindad se negaban a jugar con él, porque su aspecto físico era distinto al de ellos; y, cuando andaba por las calles, la gente le miraba con piedad o se burlaba de él. Su pobre corazón se llenaba de amargura cuando contemplaba el paso de los hombres bien formados y de las hermosas mujeres que pasaban casi cada día cerca de él por las arterias de la gran ciudad. Y maldecía a su destino mientras el coche de los bomberos de pies ágiles, desbordantes de una fuerza y de una vitalidad magníficas, cruzaban raudos con un sonoro repique de campanillas… Pero le quedaba un consuelo, una gota de miel en la jarra de hiel, una gota tan suave que endulzaba toda la amargura de su vida. Si Dios le había dado un cuerpo deforme, su espíritu era sano y recto. De modo que el pobre jorobado se encerraba en el mundo de los libros, donde encontraba, si no la felicidad, al menos grandes satisfacciones. Vivía en compañía de héroes románticos, de mujeres asombrosamente bellas; y aquellos hombres y mujeres estaban tan esmeradamente educados, que ninguno de ellos prestó nunca la menor atención a su espalda torcida ni a su andar vacilante. Su amor a los libros aumentó con la edad. Sus costumbres estudiosas fueron notadas; y el día que los dos humildes seres a los cuales llamaba su padre y su madre (y que no eran sus padres más que de nombre) murieron, un librero compasivo le regaló un fondo de libros suficiente para montar un modesto tenderete. A partir de entonces, permaneció sentado al sol todo el día, esperando a los escasos clientes y leyendo las hazañas de los hombres de épocas pasados o los bellos pensamientos de los poetas, que habían calentado ya millones de corazones y que ardían para él con un fuego inextinguible. Un día estaba leyendo un libro que, a pesar de su pequeñez, era lo bastante grande como para ocultar a sus ojos el mundo entero, cuando de repente oyó sonar una música en la calle. Apartó su mirada de las páginas impresas, y vio a una muchacha de ojos grandes que tocaba el organillo, mientras un mono pedía una limosna a una multitud de ociosos que no tenían en sus bolsillos otra cosa que sus manos. La muchacha tocaba el organillo, pero al mismo tiempo estaba llorando. Sus lágrimas servían de mudo acompañamiento a las notas alegres de la polka. Tenía un aspecto muy triste, y su mono parecía haberse contagiado de su tristeza, ya que sus grandes ojos pardos estaban húmedos, como si también él estuviera llorando. El pobre jorobado sintió una gran piedad y llamó a la muchacha para darle una moneda… y no, mi querida Zonéla, porque deseara hablar con ella. La muchacha se acercó a él y charlaron unos instantes. La muchacha volvió al día siguiente (ya que habían descubierto que eran vecinos), y al otro día, y todos los días. Se hicieron amigos. Los dos estaban tristes y solitarios, pero entre ellos existía una diferencia: ella era hermosa y él… él era jorobado.

—¡Oh, Solon! —exclamó Zonéla—. ¡Pero si nosotros nos conocimos exactamente en las mismas circunstancias…!

—A partir de aquel momento —continuó Solon, sonriendo levemente—, la vida se convirtió en música para el pobre jorobado; le pareció que una grandiosa armonía llenaba el universo. En el chirrido de las ruedas de los pesados carromatos que transportaban los barriles de harina desde los muelles hasta los almacenes, creía distinguir alegres melodías, triunfales sinfonías nacían del sordo rumor de las calles de comercio. Semejante al viajero que, después de haber recorrido una región desolada sin prestarle mucha atención, se da cuenta de la esterilidad de las tierras que acaba de cruzar en el mismo momento en que llega a las llanuras fértiles que señalan el final de su viaje, el jorobado, después de haber contemplado la fresca visión de aquella flor apenas abierta, se recordó, por primera vez, la deplorable existencia que había llevado hasta entonces. Pero se prohibió a sí mismo mirar hacia atrás. El presente tenía tantos encantos que acaparaba todos sus pensamientos. ¡Estaba prendado de la muchacha que tocaba el organillo, Zonéla!

—¡Oh! ¡Qué bonito! —exclamó Zonéla, con toda la inocencia del mundo, mientras pellizcaba a Falbala, el cual estaba a punto de abandonarse de nuevo al sueño—. Tu historia se va a convertir en una historia de amor.

—Sí… Pero, verás, Zonéla, él no sabía si ella correspondía a su amor. No olvides que era un deforme.

—Desde luego —respondió la muchacha en tono grave—. Pero era bueno.

El rostro de Solon se iluminó con una repentina claridad parecida a los primeros fuegos de la aurora. Alargó bruscamente la mano, como para coger la de Zonéla y estrecharla contra su corazón; pero una inexplicable timidez pareció contener su arrebato, y se limitó a acariciar la cabeza de Falbala; el mono entreabrió dos o tres milímetros uno de sus grandes ojos pardos, y, viendo que se trataba de Solon, volvió a cerrar inmediatamente sus párpados y continuó soñando en una ciudad en la cual no existían los organillos de Barbarie y donde todas las monedas de bronce estaban heladas.

—El jorobado se sentía alternativamente lleno de esperanza y de temor —continuó Solon en voz baja y triste—. Pero, a veces, se sentía horriblemente desgraciado, ya que consideraba imposible que le estuviera reservada la dicha de ser amado por aquella hermosa e inocente muchacha. Por la noche, en su lecho, mientras el mundo entero soñaba, permanecía desvelado horas y horas contemplando los viejos libros que se alineaban en las paredes y haciendo proyectos para ganar el corazón de su adorada. Una noche, mientras estaba sumido en sus pensamientos, con los ojos clavados en los lomos enmohecidos de los volúmenes desapareados que parecían devolverle la mirada con un aire nostálgico, como diciéndole: «También nosotros estamos como tú: esperando ser completados», le pareció oír un rumor de hojas al ser vueltas. Luego, uno a uno, los libros descendieron de sus estantes hasta el suelo, como transportados por unas manos invisibles; sus cubiertas roídas por la

polilla se abrieron, y el jorobado vio salir de entre sus páginas una extraña muchedumbre de pequeños seres que empezaron a bailar por la habitación. Cada una de aquellas criaturas se parecía a una de las letras del alfabeto. Un muchacho alto, de largas piernas, recordaba la letra A; otro, con su amplia barriga y su enorme cabeza, era el modelo de la B; un hombrecillo con la mirada baja hubiera podido representar la letra Q; y así para todas las otras letras. Aquellos duendes (ya que eran unos duendes) se encaramaron sobre el lecho del jorobado y se agruparon sobre su almohada como un enjambre de abejas. «¡Ven! —le gritaron—. Vamos a conducirte al reino de las hadas». A continuación le cogieron de la mano y el jorobado se encontró repentinamente en un país maravilloso, en el cual la luz no procedía del sol, ni de la luna, ni de las estrellas, sino que flotaba alrededor y en el interior de cada objeto, como si fuera la atmósfera. De todas partes llegaban misteriosas melodías cantadas por voces extrañamente musicales. El paisaje no ofrecía ningún aspecto completamente definido; sin embargo, cuando Solon contemplaba las vagas armonías de color que se interponían ante sus ojos experimentaba una inexplicable sensación de belleza. A su alrededor revoloteaban seres resplandecientes que cruzaban en todos los sentidos el espacio luminoso. No eran pájaros, y, sin embargo, volaban como los pájaros; cada vez que uno de ellos pasaba ante él, una extraña sensación de placer conmovía su cerebro e, inmediatamente, una voz interior parecía cantar bajo la cúpula de su frente un verso que encerraba un hermoso pensamiento. Durante todo aquel tiempo, los pequeños duendes no habían cesado de bailar y de moverse a su alrededor, colgándose de su cabeza y de sus hombros, o manteniéndose en equilibrio sobre la punta de sus dedos. «¿Dónde estoy?», les preguntó por fin. «¡Ah, Solon! —le contestaron, con una voz que parecía el tintineo lejano de unas campanillas de plata —. Este país no tiene nombre; pero aquellos a quienes conducimos aquí, que pisan este suelo, que respiran este aire, que ven flotar esta luz resplandeciente, se convierten para siempre en poetas». Después de haber pronunciado aquellas palabras se desvanecieron, y con ellos desapareció el bello paisaje inconcreto, bañado por una atmósfera luminosa… El jorobado volvió a encontrarse en su habitación, donde el claro de luna temblaba sobre el suelo, donde los volúmenes polvorientos, alineados contra las paredes, parecían más severos y más enmohecidos que nunca.

—Te has traicionado. Te has llamado Solon —exclamó Zonéla—. ¿Acaso es un sueño que has tenido?

—No lo sé —respondió Solon—. Pero, a partir de aquella noche, me convertí en poeta.

—¿Poeta? —inquirió la muchacha—. ¿Un verdadero poeta, que hace versos que todo el mundo lee y de los que todo el mundo habla?

—La gente dice que soy poeta —respondió Solon, sonriendo tristemente—. Ignoran que me llamo Solon, ya que firmo con un seudónimo; pero elogian mis versos y repiten mis canciones. A pesar de ello, Zonéla, no puedo aligerar, cantando, mi espalda de su fardo.

—¡Al diablo tu joroba! —exclamó Zonéla, levantándose de un salto—. Eres poeta, y esto es suficiente. ¡Me siento tan dichosa de que seas poeta, Solon! Vas a recitarme lo mejor que has escrito, ¿verdad?

Solon hizo un gesto de asentimiento.

—No me has preguntado —dijo— quién era la muchacha amada por el jorobado.

El rostro de Zonéla se tiñó de púrpura. Se volvió bruscamente y huyo a un rincón oscuro de la estancia. Un instante después regresaba llevando en brazos un viejo organillo de Barbarie.

¡Toca, Solon, toca! —gritó la muchacha—. Me siento tan feliz que quiero bailar. ¡Falbala, ven a bailar en honor del poeta Solon!

Era una confesión de amor. Una súbita llama se encendió en los ojos del jorobado. No dijo nada, pero su rostro se iluminó con una sonrisa de triunfo. Zonéla, en cuyas mejillas brillaba aún el rosado crepúsculo de su rubor, cogió al perezoso Falbala por sus pequeñas patas delanteras; Solon giró la manivela del organillo, el cual dejó oír las notas de una polka tan alegre como su alma le permitía, y la muchacha y el mono empezaron su extraña danza. Apenas habían dado unos pasos cuando se abrió repentinamente la puerta y en su umbral se recortó la alta silueta del Forjador de Maravillas. Los rasgos de su rostro estaban convulsos de ira, y la serpiente negra que temblaba sobre su labio superior parecía dispuesta a lanzarse sobre el jorobado.

IV

La matanza de los pájaros

Los cuatro gitanos salieron de la tienda de Herr Hippe con paso prudente y se dirigieron hacia el almacén de Mr. Pippel. Golosh Street dormía. Nada se movía en la sórdida calleja, a excepción de un perro encaramado sobre un montón de basura, ocupado en roer un hueso que le infligía el suplicio de Tántalo, ya que si bien sabía aún a carne no tenía la menor partícula de ella. Mientras los gitanos se deslizaban furtivamente en las tinieblas, ofrecían un aspecto sanguinario y siniestro que no hubiera dejado de llamar la atención al agente de policía del barrio, si ese eminente personaje no se hubiese encontrado, en aquellos momentos, cómodamente instalado en la vecina taberna del Arco Iris, escuchando las improvisaciones de Mr. Harrison, un cantante lleno de talento, que componía versos improvisados sobre todos los temas posibles e imaginables, acompañado por un guitarrista italiano de rostro melancólico, envuelto en una amplia capa, al cual el dueño del Arco Iris daba un dólar y cierto número de copas por velada.

La tienda de Mr. Pippel no estaba muy lejos de la del Forjador de Maravillas. En unos instantes, los cuatro gitanos se encontraron ante la puerta. Por medio de una llave que Herr Hippe sacó de su bolsillo, abrieron y se deslizaron silenciosamente hacia el interior. Una vez dentro, el Forjador de Maravillas sacó una linterna sorda de debajo de su capa y proyectó un haz de luz sobre una segunda puertavidriera que daba acceso a la tienda propiamente dicha. Herr Hippe abrió esa segunda puerta como había abierto la de la calle, gracias a una llave que sacó de su bolsillo. Cuando los cuatro gitanos estuvieron dentro de la tienda, volvieron a cerrar la puerta detrás de ellos.

Era un pequeño mundo de pájaros. Por todas partes, en jaulas grandes o pequeñas, veíanse bolas de plumas multicolores de pie sobre una pata y respirando apaciblemente. Una pareja de *inseparables*[3], apretados uno contra el otro, con la cabeza bajo el ala y todas sus plumas desgreñadas, hasta el punto de que parecían dos pequeños bloques de malaquita; alondras de Inglaterra, con el pecho cubierto de plumón rosado, alas grises y cabeza negra; gorriones de Java, gordos, relucientes y limpios; *cuadrilleros*[4], de plumaje tan brillante y tan espléndido que parecían revestidos con la famosa armadura del Príncipe Negro, la cual era de color de azabache y estaba ricamente damasquinada en oro; un gallo de brezo, rojo como bola de fuego, que tenía el reflejo del sol poniente; el campanero del Brasil, blanco como la nieve, plácido y silencioso: todos, en compañía de la humilde mansedumbre de los pardillos, de los canarios, de los petirrojos y de los pájaros burlones[5], dormían apaciblemente en sus jaulas, las cuales cubrían por completo la superficie de la pared.

—¡Estupendo! —exclamó M. Kerplonne—. ¡Aquí hay dónde elegir! ¡Vamos a

pasar un buen rato!

—De modo que Pippel no duerme en su tienda… —dijo Oaksmith.

—No; vive en una de las avenidas —respondió Mme. Filomel—. La otra noche vino para que le predijera el porvenir. Desde luego, no le revelé —añadió la echadora de cartas, riendo— que iba a tener en su casa a unos aficionados a la caza tan distinguidos…

—Vamos —dijo el Forjador de Maravillas, mostrando su caja de figurillas—, prepare usted las almas, Mme. Filomel. Estoy impaciente por ver a mis pequeños matando por primera vez.

En el preciso instante en que el Forjador de Maravillas pronunciaba esta frase, los cuatro gitanos se sobresaltaron al oír una voz ronca, procedente de un rincón de la estancia, preguntando en un tono sumamente gutural: «¿Qué va usted a tomar?», una pregunta que ponía de manifiesto costumbres nada abstemias. Apenas emitida aquella estúpida invitación, una segunda voz, todavía más espesa que la primera, se dejó oír en el rincón opuesto de la tienda (una voz ruda y tan enronquecida que parecía proceder de una garganta desgarrada y quemada por la lava ardiente de muchas tabernas) y respondió: «Un vaso de aguardiente».

—¡Eh! ¿Quién está ahí? —preguntó Herr Hippe en voz baja, paseando la luz de su linterna alrededor de la estancia.

Oaksmith se subió las mangas de la chaqueta, como si se dispusiera a luchar; Mme. Filomel se deslizó, o, mejor dicho, rodó hacia la puerta; y Kerplonne hundió la mano en su bolsillo, como para asegurarse de que su ojo seguía allí.

—¿Qué va usted a tomar? —graznó de nuevo la primera voz.

—Un vaso de aguardiente —respondió inmediatamente la segunda voz.

Después de lo cual, como si los dos interlocutores se hubiesen puesto de acuerdo de antemano, siguió un fuego graneado de invitaciones a beber y de aceptaciones, emitidas con una increíble volubilidad.

—¿Quién diablos puede ser? —murmuró el Forjador de Maravillas, mientras dirigía a uno y otro lado la claridad de su linterna—. ¡Ah! Son esos minos…

Así diciendo, se detuvo debajo de una de las jaulas de mimbre colgadas muy altas, y levantó la linterna por encima de su cabeza para ver mejor. Aquella jaula estaba ocupada por el hospitalario animal que invitaba tan generosamente a beber. Era un mino de gran tamaño, inmóvil en su columpio, con el pico anaranjado ligeramente apoyado en su espalda y su ojo blanco y astuto clavado en el Forjador de Maravillas.

La voz que le había contestado pertenecía a otro mino apelotonado en un rincón oscuro, en una jaula idéntica; también él contemplaba atentamente al Forjador de Maravillas.

—¿Qué va usted a tomar? —repitió el mino, clavando su otro ojo en Herr Hippe.

—¡Dios mío! ¡Vaya un pájaro! —exclamó el francés—. En realidad, está muy bien educado.

—No sé lo que voy a tomar —dijo Hippe, como si le contestara al pájaro—. Pero sé lo que vas a tomar tú, amigo mío. Filomel, abra usted las jaulas y deme la botella.

Filomel abrió, una tras otra, las innumerables jaulas, interrumpiendo el sueño de sus emplumados moradores, los cuales abrieron el pico, estiraron sus patas y contemplaron con aire de estupefacción la linterna y los visitantes nocturnos.

Entretanto, el Forjador de Maravillas se había entregado a las mismas manipulaciones misteriosas con la botella negra, y las figurillas habían salido en tropel de su caja, espada y daga en mano, los negros ojos llenos de un brillo feroz, mostrando los blancos dientes a través de los labios crueles, ahora entreabiertos. Los diminutos seres parecían oler su presa. Los gitanos, agrupados en el centro de la tienda, contemplaron ávidamente a los liliputienses mientras se dirigían en tropel hacia la pared y empezaban a trepar de jaula en jaula. No tardó en oírse el rumor producido por innumerables alas agitándose desesperadamente, mezclado a los débiles piídos de los desdichados pájaros. Casi en cada jaula había un feroz muñeco ocupado en hundir su espada o su daga en el blando cuerpecito de su morador. El espectáculo recordaba la antigua leyenda de la batalla de las Grullas y de los Pigmeos. Los pobres inseparables yacían en el fondo de su jaula, con su plumaje esmeralda teñido con la sangre de su corazón, unidos en la muerte como lo habían estado en la vida. Los canarios lanzaban el último suspiro, mientras el agua de su diminuta fuente se teñía de rojo. El pecho de las alondras adquirió un tono rojizo que no era natural. El pájaro burlón, con las patas al aire, las agitaba espasmódicamente en las últimas convulsiones de la agonía: una espada minúscula había atravesado su melodiosa garganta, otrora llena de una maravillosa música y perlada ahora de gotas escarlatas. Las marionetas se mostraban implacables. Su rostro reflejaba una ferocidad indecible, mientras iban de jaula en jaula, matando con un furor que parecía imposible de apaciguar. Los aleteos y piídos de desesperación fueron haciéndose más débiles, hasta apagarse por completo; en cada jaula yacía un pobre pájaro asesinado, que nunca más cantaría. Sin embargo, dos de las jaulas eran una excepción, y las dos estaban colgadas muy altas: en cada una de ellas brillaban dos ojos de expresión furiosa y un pico anaranjado, duro como el acero, estaba dirigido hacia el suelo de modo amenazador. Empuñando sus espadas chorreantes de sangre todavía cálida, con sus redondos ojos brillando a la claridad de la linterna, los diminutos asesinos se dividieron en dos grupos y escalaron las jaulas hasta alcanzar las de los minos. El primero les vio llegar: había escuchado atentamente la agonía de sus camaradas y se había olido algo desagradable. Estaba preparado para recibir a los asaltantes, de pie en la barbacana de su castillo, el pico en ristre como una lanza. Las marionetas se lanzaron valientemente al asalto. El mino graznó: «¿Qué va usted a tomar?», en voz baja y, con un sólo picotazo, sembró el desorden en las filas de sus enemigos, varios de los cuales cayeron al suelo donde permanecieron inmóviles, con los miembros rotos. Pero los pequeños autómatas estaban llenos de bravura; se reagruparon y volvieron a la carga. De nuevo los ojos blancos brillaron, de nuevo el pico anaranjado

sembró el desorden y la muerte. La lucha parecía decidida en favor del mino, cuando de repente fue atacado por la espalda por dos pérfidos autómatas que se habían deslizado furtivamente a través de los barrotes de la jaula. Rápido como el rayo, el pájaro se volvió para contestar al ataque, pero era demasiado tarde; dos delgadas hojas de acero vibrante se había hundido en su cuerpo, y el mino retrocedió hasta un rincón de su jaula; un largo estremecimiento le sacudió desde la cabeza hasta la punta de las alas; abrió el pico como para respirar, y luego, agitando todas sus plumas en un movimiento convulsivo, graznó una vez más con voz débil la frase: «¿Qué va usted a tomar?» Inmediatamente, desde el otro rincón de la tienda llegó la respuesta habitual, más débil aún que la pregunta, un simple gorgoteo en el cual apenas se distinguían las palabras: «Un vaso de aguardiente». Luego se hizo el silencio. Los minos estaban muertos.

—Vierten la sangre como si fueran humanos —dijo el Forjador de Maravillas, contemplando a los autómatas con ternura—. Serán unos estupendos asesinos.

V

Prisionero

Herr Hippe se erguía en el marco de la puerta, las cejas fruncidas, el aspecto amenazador. Sus ojos parecían quemar al pobre jorobado, cuyo cuerpo deforme se replegaba sobre sí mismo bajo aquella mirada funesta y llameante, mientras su cabeza se erguía valerosamente como para compensar la cobardía de su cuerpo. Su actitud recordaba la de la serpiente: el cuerpo blando y doblado, pero la cabeza erguida y amenazadora. En cuanto a Zonéla, se había quedado inmóvil en la posición en que fue sorprendida: ninfa danzarina de mármol coloreado; agilidad paralizada; elasticidad petrificada.

Falbala, sorprendido por aquel repentino cambio, y dándose cuenta, con aquella misteriosa rapidez instintiva propia de los animales, del carácter enigmático de la situación, paseó su mirada melancólica y suplicante sobre los tres personajes inmóviles, como si les pidiera que iluminaran lo antes posible a su humilde inteligencia (y que los naturalistas me perdonen por utilizar la palabra «inteligencia» a propósito de un mono). No habiendo recibido la información deseada, hizo lo que hubiera hecho cualquier animal amaestrado: imaginar que aquella entrada inesperada y el cuadro dramático que había provocado estaban relacionados con sus obligaciones. En consecuencia, soltó la mano de Zonéla y trotó hacia la feroz silueta del Forjador de Maravillas, con su pobre patita tendida para recibir la moneda habitual. En el cerebro de aquella criatura sin alma habían grabado una sola idea: pedir limosna. Pero el Forjador de Maravillas, por toda respuesta, propinó al mono lo que podría llamarse un puntapié de doble efecto… un puntapié elevado a la segunda potencia cuando el pie tocó el objeto, multiplicado por cuatro cuando la pierna formó un ángulo de 45 grados con la columna vertebral. La larga pierna musculada del Forjador de Maravillas golpeó al pequeño animal en medio del cuerpo, plegó en dos su forma parda y peluda hasta el punto de darle el aspecto de un guante de pieles, y le hizo voltear por los aires hasta el otro extremo de la habitación donde se desplomó en un rincón, desmadejado y sin sentido.

La venganza que Herr Hippe acababa de ejercer sobre Falbala pareció haber desempeñado el papel de válvula de seguridad, y Herr Hippe recobró el uso de la palabra.

—¿Quién eres? —le preguntó al jorobado con voz sibilante.

Y, al oír aquella quintaesencia de silbido, se hubiese podido creer realmente que procedía de la serpiente negra enrollada sobre su labio superior.

—¿Quién eres? —repitió—. Perro deforme, ¿quién eres? ¿Qué haces aquí?

—Me llamo Solon —respondió la intrépida cabeza del jorobado, mientras su cuerpo encogido y temeroso se estremecía y se enroscaba sobre sí mismo en un rincón.

—¿De modo que vienes a visitar a mi hija en plena noche durante mi ausencia? —continuó el Forjador de Maravillas en tono sarcástico (y las palabras caían como gotas de veneno de su boca, donde la serpiente negra enroscaba sus anillas)—. ¡Eres un hermoso galán, desde luego! ¿Dónde has ganado esa Orden de la Maldición Divina que adorna tu espalda? Supongo que las mujeres se vuelven a mirarte cuando pasas por la calle, ¿no es cierto? ¡Rendidas de admiración ante ese cuerpo perfecto, ante esos miembros llenos de gracia, ante ese cuello esbelto como el tallo del loto! Contrahecho cristiano, conquistador elegante, ¿qué estás haciendo en la habitación de mi hija? ¿Podéis imaginar a Júpiter, cuya ira y poder no conocen fronteras, en el momento de lanzar con su poderosa mano montaña tras montaña sobre Encelade, que se debate inútilmente? ¿Podéis imaginar al Titán hundiéndose más y más en el seno de la tierra, aplastado, agonizante, mientras emergen únicamente, bajo las masas superpuestas del Pelión y de la Osa, una cabeza gigantesca y dos ojos llameantes de los cuales surgen aún, a pesar de que la muerte se refleja ya en ellos, rayos de desafío contra el enemigo divino? Éste era el cuadro que ofrecían Herr Hippe y Solon: a una escala reducida, pero la acción era la misma. El débil cuerpo de Solon parecía hundirse y desaparecer en la nada bajo los horribles sarcasmos que le lanzaba su enemigo; pero la amplia frente valerosa, los ojos invictos, oponían aún una resistencia magnética.

De repente, el pobre jorobado notó que le oprimían el brazo. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Se sintió rodeado de una cálida atmósfera, perfumada y vivificante. Le pareció que le envolvían los miembros con invisibles vendas que le daban una extraña fuerza. Sus piernas vacilantes se afirmaron sobre el suelo. Sus brazos recobraron su vigor. Asombrado, miró a su alrededor y vio que Zonéla había enlazado con sus blancos y mórbidos brazos sus hombros deformes. Todo el amor del mundo brillaba en sus grandes ojos color de avellana. Entonces, el poeta conoció la gran fuerza, el gran apoyo del amor. Se irguió con altivez.

—¡Búrlese de mi pobre cuerpo! —exclamó con voz recia y vibrante, extendiendo uno de sus largos brazos y uno de sus delgados dedos hacia el Forjador de Maravillas, como si pretendiera ensartarlo como se ensarta a un escarabajo en una aguja—. ¡Humílleme, si puede! No me importa. Usted es un miserable y yo soy honrado y puro. Esta muchacha no es hija suya. Se parece usted a uno de esos magos de los cuentos de hadas que encadenan la belleza y la castidad por medio de sus infernales sortilegios. No le temo a usted, Herr Hippe. En el barrio circulan muchas historias acerca de ustedes, y la gente dice que, cuando usted pasa, siente planear una influencia maligna sobre sus hogares. Usted persigue a esta muchacha. Usted es su tirano. Usted la detesta. Yo no soy más que un pobre contrahecho. La providencia ha puesto esta joroba en mi espalda. Esto no es nada. El camello, salvaguardia de los hijos del desierto, ha sido provisto de su joroba para poder llevar mejor su carga humana. Esta niña, que no tiene más hogar que el árabe nómada, es la carga que me ha sido destinada, y, si Dios quiere, la llevaré sobre mi espalda, por jorobada que sea.

He venido a verla porque la amo… y porque ella me ama. No tiene usted ningún derecho sobre ella; por eso voy a llevármela.

Rápido como el rayo, el Forjador de Maravillas dio unos pasos hacia adelante y cogió al pobre jorobado, tembloroso aún por el vendaval de su furor. Lo cogió entre sus manos musculadas, como hubiera cogido a un perrito faldero, y lo mantuvo a la distancia de sus brazos, jadeante y sin fuerzas; mientras Zonéla, pálida, sin aliento, suplicante, caía de rodillas.

—Su esqueleto interesará a los hombres de ciencia cuando esté usted muerto, señor Solon —dijo el Forjador de Maravillas—. Pero antes de darme el placer de reducirle al estado de pieza anatómica, como no dejaré de hacer, deseo felicitarle por su poder de penetración o por sus fuentes de información, ya que ignoro si sus conocimientos sé deben a sus investigaciones mentales o a los esfuerzos de otros. Está usted en lo cierto al afirmar que esta encantadora persona que todos los días recorre las calles de la ciudad con un organillo y un mono (este último, desgraciadamente, se encuentra indispuesto en estos momentos), expuesta a las viles galanterías de tipos groseros y hombres depravados… está usted en lo cierto, señor, al decir que no es hija mía. En efecto, es la hija de un gentilhombre húngaro que tuvo la desgracia de incurrir en mi enojo. ¡Fruto deforme de entrañas cristianas! Has de saber que en otro tiempo tuve un hijo. Un hijo muy distinto a ti, espantapájaros viviente… Un hermoso joven de elevada estatura y aspecto orgulloso, como correspondía al hijo de un hombre cuya ascendencia se remonta a los Faraones… un joven que bailaba con la misma gracia ligera con que las sandalias de oro del sol danzan sobre las olas en verano. Era virtuoso y bueno; como pertenecía a una noble raza y vivía en un país donde su rango, por gitano que fuese, era reconocido por todos, alternaba con los grandes de la comarca. Un día, trabó conocimiento con ese húngaro maldito, bebedor encarnizado de esa sangre del diablo que se llama aguardiente. Hasta entonces, mi hijo había evitado aquel azote de nuestra raza. Bebía el vino generoso, porque el alma del sol, nuestro antepasado, palpita en él. Pero hasta la hora nefasta en que se dejó seducir por aquel cerdo cristiano, nunca había pasado por sus labios una sola gota de aguardiente (que es un vino caído y maldito, del mismo modo que los diablos son ángeles caídos y malditos). A partir de aquel momento, su existencia fue una continua y ardiente francachela cuyas llamas sólo se apagaron con las olas negras de la muerte. Entonces juré vengarme del que había sido causante de la perdición de mi hijo, y cumplí mi palabra. Le robé su hija a aquel hombre. No he tramado su muerte, pero he marchitado su vida, la he sumergido en el seno de la pobreza y de la miseria, y hoy (doy gracias por ello a las legiones infernales) acabo de descubrir un nuevo medio para torturar su corazón. ¡Creyó endulzar su existencia con una aventura amorosa! ¡Ah! ¡La encantadora epicúrea! ¡Tendrá su galán contrahecho, vaya si lo tendrá! Frío, rígido, lívido, con los hombros aplastados bajo aquella enorme joroba, aquella negra y pesada joroba, que ninguna espalda, por ancha que sea, puede llevar impunemente: ¡La Muerte!

Había algo tan terrorífico y tan demoníaco en aquel discurso y en el modo como fue pronunciado, que Zonéla perdió el sentido y adquirió el aspecto de una figura de piedra cuyos ojos hubieran quedado obstinadamente fijos en el rostro feroz y cruel del Forjador de Maravillas. En cuanto a Solon, estaba paralizado por las manos de su enemigo. Lo había oído todo, pero no podía contestar. Sus grandes ojos, desmesuradamente dilatados por el horror, expresaban un indecible tormento.

Apenas el gitano hubo pronunciado su última frase sacó de su bolsillo un largo cordel y rodeó el cuerpo del jorobado con una red inextricable. La delgada cuerda rodeó una y otra vez los impotentes miembros del pobre Solon: cuando la operación quedó terminada, tenía el aspecto de haber sido encerrado de pies a cabeza entre las mallas de una red insalvable.

—Y ahora, hermoso galán —dijo Herr Hippe con una risotada y echándose a Solon al hombro, del mismo modo que un pescador podía cargarse una red llena de peces—, vamos a meterte en tu pequeña jaula hasta que tu pequeño ataúd esté listo. Entretanto, encerraremos con llave a tu adorada mendiga para permitirle que llore a sus anchas tu prematuro fin.

Así diciendo, salió de la habitación llevándose a su cautivo y cerró cuidadosamente, con dos vueltas de llave, la puerta detrás de él.

Cuando hubo desaparecido, Zonéla volvió a la vida y, profiriendo un grito de, angustia, se dejó caer junto al inanimado cuerpo de Falbala.

VI

El veneno

Era la víspera de Año Nuevo; acababan de sonar las once de la noche. En todo nuestro gran país, y en cada gran ciudad, unas cabecitas rizadas reposaban sobre blancas almohadas, soñando en la llegada del generoso San Nicolás. Innumerables medias estaban colgadas al pie de innumerables camas. Visiones de magníficos juguetes, desfilando en maravillosos cortejos a través de las miríadas de habitaciones suavemente iluminadas, hacían latir más aprisa millones de pequeños corazones de niños dormidos. ¡Ah! ¡Cuántos juguetes celestes contemplaban en sueños niños y niñas en el curso de aquella noche mística! Vehículos pintados cuyas ruedas musicales dejaban oír una armonía más deliciosa que la armonía de las esferas. Muñecos ágiles, de cuerpo cilíndrico, que saltaban de improviso fuera de las cajas de aspecto inocente en los cuales se encontraban, sus mejillas escarlata y sus patillas llenas de una ferocidad sobrenatural. Maravillosos rebaños de corderos, de vellón tan imposible como el que Jason fue a conquistar; animales completamente insensibles al agua y a la hierba, a las garrapatas y a la enfermedad. Caballos de piel manchada con una regularidad asombrosa, y equipados con los más ingeniosos sistemas de locomoción. Extranjeros de cuerpo, larguirucho, vestidos con unas túnicas terriblemente cortas, que se pasaban la vida entera descendiendo cabeza abajo una escalera muy empinada, al final de la cual quedaban tendidos, agotados, hasta que eran colocados de nuevo en lo alto de la escalera, que volvían a bajar como si nada hubiese pasado. Cisnes majestuosos que parecían tener algo de avestruz, ya que nadaban sin cesar persiguiendo un trozo de hierro que había que mantener ante ellos, como si estuvieran hambrientos de aquel metal. Peras que, aplicadas a unos labios infantiles, emitían sonidos melodiosos y excitantes. Regimientos de soldados que efectuaban unas evoluciones precisas pero limitadas sobre unos campos de batalla plegados. Todos esos objetos, idealizados, transfigurados, bañados por la luz y la atmósfera todopoderosa del país de los sueños, eran contemplados por millones de niños dormidos durante la noche de aquella víspera de Año Nuevo a que me refiero.

En el curso de aquella misma noche en que el Tiempo se disponía a cambiar de piel y a convertirse en más joven, más dorado y más brillante que nunca; en que, en las amplias salas del universo se llevaban a cabo silenciosos e ineludibles preparativos para la maravillosa eclosión del año nuevo; en que se destilaban rosas místicas para su bautismo, y en los aires se afinaban instrumentos místicos para desearle la bien venida; en el curso de aquella noche solemne y sagrada, el Forjador de Maravillas y sus tres compañeros se hallaban reunidos en asamblea secreta en el pequeño salón de Herr Hippe.

En la chimenea ardía un fuego infernal. Sobre una mesa, casi en el centro de la estancia, veíase una enorme garrafa de vino de Oporto, que brillaba a la luz de las

llamas que iluminaban la estancia como un frasco de fuego carmesí. Amontonados por todas partes, inertes, pero con la misma expresión feroz pintada en su rostro, yacían miríadas de muñecos, empujando con sus manos de madera sus minúsculas armas. El Forjador de Maravillas sostenía un pequeño tarro de plata lleno de una sustancia verde y fluida que aplicaba cuidadosamente, con ayuda de un pincel de pelo de camello, a la punta de las espadas y de las dagas. Una horrible sonrisa distendía su amarillento rostro… una sonrisa de aspecto tan horrendo como la pálida claridad que proyectan encima de los cementerios las emanaciones malsanas. ¡Hermanos, bebamos a largos tragos! —exclamó, interrumpiendo un instante su extraña tarea para llevarse a los labios un vaso lleno hasta los bordes de la reluciente bebida—. Bebamos por nuestro inminente triunfo. Bebamos por el gran veneno, Macoucha. Sutil semilla de muerte, impetuoso huracán que arrastras a la Vida con tus alas, amplio martillo que aplastas con tu peso irresistible corazón, cerebro y arterias… ¡Bebo a tu salud!

—Es una admirable cocción, duque Balthazar —dijo Mme. Filomel, reclinada en su sillón, engullendo su vino a grandes tragos—. ¿Dónde la consiguió usted?

—Este veneno —dijo el Forjador de Maravillas, después de haberse bebido otro vaso de Oporto— está preparado en el silencio y el misterio de los bosques de la Guayana. Una sola tribu de indios, los indios Macouchi, conoce su secreto. Se obtiene mediante la ebullición de unas plantas, y el indio encargado de prepararlo muere durante la operación. El lugar donde se fabrica está considerado como un lugar maldito, y nadie se acerca a él a menos de una milla a la redonda. Los demonios revolotean encima del caldero donde se cuece; y los pájaros que vuelan muy altos en el aire, caen muertos al suelo si respiran la menor emanación.

—Y, mata muy de prisa, ¿verdad? —preguntó el fabricante de ojos artificiales, cuyos propios ojos relucían con un brillo siniestro bajo la influencia del vino, como si acabaran de salir de la fábrica y no estuvieran aún empañados por el uso.

—¿Si mata de prisa, pregunta usted? —dijo el Forjador de Maravillas en tono burlón—. Es más rápido y más poderoso que el rayo. Pero vamos a hacer la prueba antes de soltar a nuestro ejército sobre la ciudad maldita. Van ustedes a ver morir a un miserable como si hubiese sido golpeado por un trozo inflamado caído del sol.

—¿Se refiere usted a Solon? —preguntaron al mismo tiempo Oaksmith y la echadora de cartas.

—¿Cómo? ¿El joven que comercia con libros viejos? —inquirió Kerplonne—. ¡Estupendo! Su agonía nos instruirá.

—¡Sí, me refiero a Solon! —respondió Herr Hippe en tono feroz—. Le odio, y morirá de esta muerte horrible. ¡Ah! ¡Cómo saltarán sobre él nuestros muñecos, cuando les haya dado sus hermosas almas perversas, y cuando les haya entregado a Solon, atado e impotente! ¡Cómo le pincharán en mil lugares distintos con sus armas emponzoñadas, hasta que su piel se convierta en azul, en violeta, en carmesí, hasta que el veneno hinche su cuerpo hasta el punto de hacer desaparecer su joroba entre

las informes carnes! Solon oye todo lo que estoy diciendo. Está en el gabinete negro contiguo a este salón y me oye hablar. ¡Imagino los arroyos de sudor que corren por su frente! ¡Veo cómo trata de librarse de sus ataduras y le oigo maldecir al ver que no lo consigue! ¡Oh! Hermoso novio de Zonéla, ¿crees que tu adorada te besará cuando tendrás el rostro lívido y el cuerpo hinchado? ¡Hermanos, bebamos, bebamos sin cesar! Vamos, Oaksmith, coja esos pinceles —y usted también, Filomel— y terminemos de untar esas espadas. ¡Este vino es maravilloso! ¿No es magnífico tener buen vino para beber y buen veneno para matar?

Y, tras pronunciar estas palabras, el Forjador de Maravillas se dedicó alternativamente a beber y a manejar su pincel.

Sus compañeros se apresuraron a seguir su ejemplo. Aquellos cuatro rostros llenos de crueldad, aquellas miríadas de rostros diminutos no menos crueles, la atmósfera sobrenatural que reinaba en la estancia, la claridad rojiza y malsana del fuego, la despreocupación y la violencia con las cuales los extraños compañeros bebían el vino de reflejos escarlata: todo aquello componía una escena horrible.

Los envenenadores continuaron rápidamente su trabajo, mientras el vino corría por sus gargantas con la misma rapidez. Sus mejillas se hacían más y más rojas a cada instante; sus ojos giraban en sus órbitas como bolas de fuego; sus cabellos estaban húmedos y en desorden. La vieja echadora de cartas se columpiaba en su sillón, como esas figuritas de yeso sin piernas que oscilan sobre una base de plomo convexo. Los cuatro empezaron a murmurar frases incoherentes, a balbucir palabras perversas, sin dejar de mojar las espadas con el veneno.

—Veo los rostros de millones de jóvenes cadáveres —dijo Herr Hippe, contemplando con ojos turbios el tarro de plata que contenía el veneno Macoucha—. Todos jóvenes, todos cristianos… Y veo a nuestros muñecos que no dejan de bailar y de herir. ¡Filomel! ¡Vamos, Filomel!

—¿Qué sucede, Gran Duque? —preguntó la anciana, que estaba a punto de sumergirse en el sueño, con un sobresalto.

—¿Dónde está la botella de almas?

—En mi bolsillo derecho, Herr Hippe.

Y la echadora de cartas palpó su bolsillo para asegurarse que la botella estaba allí. La sacó a medias del bolsillo, y luego la dejó caer en él de nuevo; la dejó caer, pero la botella, detenida por quién sabe qué accidente, quedó suspendida en parte al borde del bolsillo, donde empezó a oscilar mientras la anciana, completamente borracha, se columpiaba hacia delante y hacia atrás para tratar de recobrar su equilibrio.

—Muy bien —dijo Herr Hippe—. ¡Perfectamente! Bebamos.

Alargó la mano para coger su vaso, y luego, lanzando un débil suspiro, se desplomó sobre la mesa, vencido por el sueño brutal de la embriaguez. Oaksmith no tardó en retreparse sobre el respaldo de su silla, respirando penosamente. Kerplonne le imitó al cabo de unos instantes. La entrecortada respiración de Filomel reveló que también ella dormía. Pero su sillón siguió balanceándose, y la botella de almas

continuó en equilibrio en el borde de su bolsillo.

VII

Las almas se escapan

Era cierto que Solon no se había perdido una sola palabra del discurso demoníaco del Forjador de Maravillas. Ignoraba durante cuántos días había permanecido encerrado en aquel gabinete negro, aprisionado por las mallas de la terrible red, pero, ahora, se daba cuenta de que había llegado su última hora. Había agotado todas sus débiles fuerzas tratando inútilmente de librarse de sus ataduras. La puerta de su encierro se había abierto una vez por día para permitir a Herr Hippe colocar un mendrugo de pan y un tazón de agua al alcance de su mano. Solon había encontrado muy penoso tener que contentarse con aquel magro condumio; pero por dura que hubiese sido aquella existencia, era preferible, a pesar de todo, a la horrible suerte que le esperaba y cuya perspectiva le hacía estremecer de terror. ¿Dónde estaba Zonéla? ¿Por qué no acudía en su ayuda? Tal vez estaba muerta… Las tinieblas que reinaban en su calabozo le llenaban asimismo de espanto. Por la noche, cuando brillaba la luna, le llegaba una débil claridad a través de una grieta abierta en lo alto de la pared; la única abertura que tenía el calabozo, además de la grieta, era un orificio por el cual en otros tiempos había pasado un tubo de estufa. Aunque Solon hubiera estado libre de sus ataduras, sus esperanzas de evasión hubieran sido muy remotas; pero, encerrado como se encontraba dentro de aquella implacable red, ¿qué podía hacer? Se retorcía por el suelo, gimiendo, y arañaba las maderas del pavimento con sus manos, que estaban libres a partir de las muñecas; el resto de su cuerpo estaba tan inmovilizado como el de un bebé indio. Sólo el orgullo le impidió ponerse a gritar cuando, la víspera de Año Nuevo, oyó al diabólico Herr Hippe contar con detalle el programa de su asesinato.

Mientras rechinaba los dientes y gemía de angustia en medio de las tinieblas, oyó un leve ruido encima de su cabeza. Luego creyó ver algo que caía del techo y se posaba suavemente en el suelo. Se estremeció de terror. ¿Tratábase acaso de una nueva tortura ideada por el Forjador de Maravillas? Un instante después, Solon notó que un pequeño animal trepaba por su cuerpo, y una pata suave como la seda le acarició tímidamente el rostro. Su corazón saltó de alegría.

—¡Es Falbala! —exclamó—. Zonéla me lo ha enviado. Ha pasado por el orificio de la estufa…

Era Falbala, desde luego, que había descendido por la estrecha abertura por la cual ningún ser humano hubiera podido pasar, para consolar al pobre cautivo. El mono se apretó contra el pecho del jorobado, y Solon notó que el animal llevaba un objeto duro y frío, colgado del cuello.

Lo tocó. Era un objeto cortante. Gracias a la débil claridad que se filtraba por la grieta abierta en lo alto de la pared, pudo ver un cuchillo colgado de un cordel. La sangre ardió en sus venas a la vista de aquel trozo de acero oxidado que le traía la

libertad y la vida. Con sus manos desatadas, se apoderó del arma providencial; con gestos rápidos cortó la ingeniosa red que envolvía a sus miembros, y, al cabo de unos instantes, se encontró libre… Entumecido, muerto de hambre, pero libre. Libre para moverse, para utilizar los miembros que Dios le había dado, libre para luchar, para morir, quizá, luchando, pero para morir libre. Corrió hacia la puerta. El cerrojo no era muy sólido, ya que el Forjador de Maravillas confiaba más en la seguridad de su ataduras que en la seguridad de las paredes; unos esfuerzos, y la puerta quedó abierta. Solon se aventuró prudentemente en las tinieblas, llevando sobre su hombro a Falbala, que apoyaba su frío hocico contra la mejilla del jorobado. Apenas había recorrido unos pasos, cuando una mano temblorosa se apoyó en la suya; un segundo más tarde, el corazón palpitante de Zonéla se apretaba contra el suyo. Un largo beso, un abrazo apasionado, unas palabras cambiadas en voz baja, y Solon y la muchacha se dirigieron con paso furtivo hacia la puerta del salón donde dormían los cuatro gitanos. Reinaba el silencio; no se oía más que la ruidosa respiración de los durmientes, y el monótono balanceo del sillón de Mme. Filomel. Solon se inclinó y aplicó un ojo al agujero de la cerradura, a través del cual se filtraba hasta el pasillo un rayo de claridad rojiza. Al hacerlo aplastó, bajo su pie una sustancia frágil que se encontraba inmediatamente delante de la puerta; al mismo tiempo, en el interior de la estancia resonó un grito de dolor. Solon se sobresaltó; no podía saber que acababa de aplastar el ojo artificial de M. Kerplonne, y que su propietario, a pesar de estar sumido en el sueño de la embriaguez, había sentido un agudo dolor en el cerebro.

Mientras Solon miraba a través del agujero de la cerradura, nada se movió en el salón. Pero, al cabo de unos instantes, el sillón de la echadora de cartas se inclinó hacia adelante más de la cuenta, y la botella negra, que estaba ya casi fuera del amplio bolsillo de la anciana, cayó pesadamente al suelo y se rompió en mil pedazos.

Entonces se produjo un asombroso espectáculo. Las miríadas de muñecos armados que yacían amontonados en el suelo se animaron súbitamente. Se pusieron en pie, sus diminutos miembros empezaron a moverse, sus ojos negros brillaron con intenciones funestas, sus espadas centellearon en todas direcciones. Las almas malvadas aprisionadas en la botella no permanecían ociosas… Parecidas a los liliputienses cuando encontraron dormido al gigante Gulliver, las marionetas de madera treparon en enjambres por las piernas de los cuatro gitanos. A cada paso que daban, hundían sus espadas y sus dagas vibrantes en la carne de sus creadores. Su misión consistía en herir y matar: herían y mataban con un furor increíble. Se arracimaron en las mejillas y en el musculoso cuello del Forjador de Maravillas, pinchando la amarillenta piel con sus armas emponzoñadas. Sobre el rechoncho cuerpo de Filomel hormigueaban los asaltantes. El cuerpo delgado de M. Kerplonne estaba lleno de minúsculos asesinos. Cubrían también los largos miembros de Oaksmith como un enjambre de insectos.

Los pinchazos de aguja no despertaron inmediatamente a las víctimas dormidas, atontadas por los vapores del vino. Pero el veneno rápido y mortal de que estaban

impregnadas las armas no tardó en actuar. Herr Hippe fue el primero en recobrar el sentido y se levantó de un salto, para descubrir que un ejército de enanos estaba colgado de sus manos y de sus vestidos, y hería, hería, hería sin tregua. Por un instante, su rostro adquirió una expresión asustada y estúpida; luego, la horrible verdad se abrió paso en su mente. Lanzó un grito semejante al de un caballo atado que se ve rodeado por el fuego… un grito que pareció helar el aire a su alrededor.

—¡Oaksmith! ¡Kerplonne! ¡Filomel! ¡Despertaos! ¡Despertaos! ¡Estamos perdidos! ¡Estamos muertos! ¡Envenenados! ¡Oh, malditos! ¡Oh, demonios! ¡Me estáis matando! ¡Diablos del infierno!

Despertados bruscamente por aquellos espantosos alaridos, los tres gitanos se levantaron también de un salto y se vieron heridos de muerte por las marionetas. Presos de un furor demencial, se pusieron a gritar y a blasfemar mientras recorrían la estancia en todas direcciones. Su ojos se cerraban bajo los golpes de las armas implacables; el veneno ardía en sus venas como plomo derretido; sus cuerpos se hinchaban y cambiaban de color a cada instante; sus alaridos y sus gestos desordenados convertían aquella escena en una visión infernal.

Exasperado hasta la locura, el Forjador de Maravillas, medio ciego, jadeando bajo la acción del veneno que paralizaba la circulación de su sangre, cogía a las marionetas por docenas y las arrojaba al fuego.

—¡Morid también vosotros, si muero yo! —gritaba, rugiendo como un tigre—. Si yo ardo, vosotros arderéis también. Os he dado la vida… y ahora os doy la muerte. ¡Al fuego! ¡Al fuego! ¡Arded, llamas! ¡Demonios que nos habéis asesinado! ¡Ayudadme, hermanos! ¡Venguémonos antes de morir!

Al oír estas palabras, los otros gitanos, enloquecidos por la proximidad de la muerte, empezaron, también ellos, a arrojar marionetas al fuego a manos llenas. Las diminutas criaturas de madera se inflamaban rápidamente, y en el salón de Herr Hippe empezó a desarrollarse una espantosa lucha por la vida. Algunos de los muñecos consiguieron saltar del fuego y echaron a correr por la estancia, envueltos en llamas, retorciéndose por el suelo en las convulsiones de la agonía y agarrándose a los cortinajes. Otros se mataron entre sí a pinchazos en el centro mismo del fuego, como salamandras en plena lucha. Sin embargo, los movimientos de los gitanos iban haciéndose más lánguidos; sus blasfemias eran pronunciadas en voz más ahogada y más gutural. Su rostro estaba manchado de verde, de morado y de rojo. Sus cuerpos desmesuradamente hinchados habían adquirido un volumen monstruoso, y, al cabo de unos instantes, cayeron al suelo como frutas demasiado maduras arrancadas del árbol por los vientos del otoño.

La estancia era ahora un mar de fuego. Las llamas parecían buscar una salida que no encontraban, lamiendo las cornisas y los antepechos de las ventanas con sus largas lenguas ávidas, como una serpiente lame su presa antes de engullirla. Un viento cálido y pestilente penetró por el agujero de la cerradura y sopló sobre Solon y Zonéla como un aliento letal. Sus manos se entrelazaron más fuertemente; lanzaron

un gemido de terror y se precipitaron fuera de la casa.

A la mañana siguiente, cuando el Año Nuevo abrió los ojos, cuando todos los niños de la gran ciudad contemplaban las miríadas de medias colgadas al pie de sus camas, el cielo azul y puro brilló a través de una filigrana de piedras negras y de vigas calcinadas. Era todo lo que quedaba de la morada de Herr Hippe, el Forjador de Maravillas.

LOKIS

Próspero Merimée

—TEODORO —dijo el profesor Wittembach—, dame, por favor, ese cuaderno religado en pergamino que asoma por el segundo cajón del escritorio… No, ese no, el pequeño, en octavo. En ese cuaderno reuní los apuntes de mi diario del año 1866, o por lo menos los que estaban relacionados con el conde Szémioth.

El profesor se puso los lentes y, en el más profundo silencio empezó a leer:

LOKIS

con el siguiente proverbio lituano como epígrafe:

Miszka su Lokiu
Abu du Tokiu[1]

Cuando apareció en Londres la primera traducción al lituano de las Sagradas Escrituras, publiqué en la *Gaceta científica y literaria* de Koenigsberg un artículo en el cual, sin dejar de reconocer «los esfuerzos de los doctos traductores y las piadosas intenciones de la Sociedad Bíblica», creí oportuno poner de manifiesto algunos errores; y, además, hice notar que una versión como aquella no gozaría de favor más que en una pequeña parte de la población lituana.

Y, en efecto, el dialecto adoptado en la traducción resulta apenas inteligible a los habitantes de los distritos en los cuales se habla la lengua *jomaítica,* vulgarmente llamada *irruida*, en el Palatinado de Samogizia; lengua más parecida al sánscrito que al alto lituano. Esta observación, a pesar de la furibunda crítica que provocó por parte de un notable profesor de la Universidad de Dorpat, fue muy apreciada por los honorables miembros del consejo de administración de la Sociedad Bíblica, que no vacilaron en dirigirme la atractiva oferta de supervisar la redacción del Evangelio de San Mateo en lengua samogítica.

En aquella época estaba demasiado ocupado en mis investigaciones acerca de los idiomas transurálicos para iniciar un trabajo más amplio que hubiese comprendido a los cuatro Evangelios. Después de haber diferido por tal motivo mi matrimonio con la señorita Geltrude Weber, me dirigí a Kowno *(Kaunas)* con la intención de reunir todos los documentos lingüísticos impresos o manuscritos en lengua *jmuda* que consiguiese procurarme, sin olvidar, desde luego, las muestras de poesía popular, *dainos*, las fábulas o leyendas, *pasateos,* que me ofrecerían la posibilidad de compilar un léxico jomaítico, tarea que debía preceder necesariamente a la traducción.

Tenía en mi poder una carta de presentación para el conde Michele Szémioth, cuyo padre, por lo que me habían asegurado, había poseído el famoso *Catechismus samogiticus* del Padre Lawicki, sumamente raro, hasta el punto de que ha llegado a ponerse en duda su existencia, especialmente por parte de aquel profesor de la Universidad de Dorpat al que antes he hecho alusión. En la biblioteca del conde encontraría, según las informaciones recibidas, una antigua colección de dainos. Después de haber escrito una carta al conde Szémioth, informándole del objetivo de

mi visita, recibí la más cortés de las invitaciones para pasar en su castillo de Medintiltas todo el tiempo que durasen mis investigaciones. El conde concluía su carta diciéndome que hablaba el jmudo con la misma soltura que cualquiera de sus colonos, y que se sentiría honrado si le permitía unir sus esfuerzos a los míos en favor de una iniciativa a la cual calificaba de *«grande e interesante*.

Al igual que otros muchos terratenientes lituanos, el conde Szémioth profesaba la religión evangélica, de la cual tengo el honor de ser ministro. Me habían advertido de antemano que el conde tenía un carácter algo raro, que era bastante hospitalario, amigo de la ciencia y de las letras, y que se mostraba particularmente bien dispuesto hacia aquellos que las practicaban. Me puse, pues, en camino hacia Medintiltas.

En la escalinata del castillo fui acogido por el intendente del conde, el cual me acompañó inmediatamente a la habitación que me habían preparado.

—El señor conde —me dijo el intendente— lamenta muchísimo no poder almorzar hoy con su huésped. Se encuentra aquejado de una pertinaz jaqueca, dolencia que le molesta muy a menudo. Si el señor profesor necesita algo, no tiene más que llamar.

Se retiró, después de saludarme con una profunda inclinación. La habitación era amplia, cómodamente amueblada y adornada con cuadros y espejos. Las ventanas daban por un lado a un jardín, o, mejor dicho, al parque del castillo, y por el otro al gran patio de armas. Puesto que no iba a almorzar con mi huésped, no tenía necesidad de cambiarme de ropa. Sin embargo, decidí ponerme el traje negro. Me disponía, en mangas de camisa, a abrir mi equipaje, cuando un rumor de cascos me atrajo a la ventana que daba sobre el patio. Se trataba de una magnífica calesa, llegada en aquel momento, en la cual iban sentadas una dama vestida de negro, un caballero, y una mujer vestida a la usanza de las campesinas lituanas, pero tan alta y tan fuerte que en el primer momento la tomé por un hombre vestido de mujer. La mujer en cuestión fue la primera en descender de la calesa; otras dos mujeres, no menos robustas, estaban ya al pie de la escalinata. El acompañante se acercó a la dama vestida de negro y, con gran sorpresa por mi parte, deshizo un largo cinturón de cuero que la inmovilizaba al asiento. Observé que la dama tenía largos cabellos blancos bastante despeinados, y que sus ojos, aunque estaban abiertos más que de ordinario, no tenían ninguna expresión: se hubiera dicho de ella que era una estatua de cera. Después de haberla desatado, su compañero le dirigió la palabra, manteniendo el sombrero en la mano, con mucho respeto; pero la dama no parecía prestarle la menor atención. El acompañante se volvió hacia las sirvientas, haciendo una leve señal con la cabeza. Las tres mujeres, entonces, se acercaron a la dama y, a pesar de sus esfuerzos por aferrase a la calesa, la alzaron como una pluma y la condujeron al interior del castillo. La escena había sido presenciada por otros criados, que no parecieron asombrarse en absoluto, como si aquel fuera un hecho normal.

El hombre que había dirigido la operación sacó su reloj, lo consultó y preguntó a qué hora se serviría el almuerzo.

—Dentro de un cuarto de hora, señor doctor —le respondieron.

No me costó ningún trabajo adivinar que se trataba del doctor Froeber, y que la dama vestida de negro era la condesa. A juzgar por su edad, llegué a la conclusión de que era la madre del conde Szémioth, y las precauciones adoptadas con ella me hicieron comprender que su cerebro no regía como era debido.

Un instante después, el propio doctor entró en la habitación.

—Dado que el señor conde se encuentra indispuesto —me dijo—, me veo obligado a presentarme a mí mismo: soy el doctor Froeber. Me satisface muchísimo tener ocasión de conocer a un erudito, cuyos méritos son evidentes para cualquier lector de la *Gaceta literaria y científica* de Koenigsberg. ¿Vamos a sentarnos a la mesa?

Respondí con los míos a sus cumplidos y le dije que me complacería mucho almorzar en su compañía.

Apenas entramos en el comedor, un mayordomo nos presentó, a la usanza del Norte, una bandeja de plata cargada de licores y de carne salada y picante, muy a propósito para estimular el apetito.

—Permítame, señor profesor —me dijo el doctor—, que en mi calidad de médico le recomiende una copa de esa *starka,* que ha dormido en su tonel durante más de cuarenta años. Tome también una anchoa de Drontheim, no hay nada más a propósito para abrir y preparar el estómago, un órgano de los más importantes… Y, ahora, a la mesa… ¿Por qué no hablamos en alemán? Usted ha nacido en Koenigsberg, yo en Memel; pero he estudiado en Jena. Así nos sentiremos más libres, ya que los criados, que no entienden más que el ruso c el polaco, no se enterarán de nuestra conversación.

Empezamos a comer en silencio; luego, después de haber tomado un primer vaso de vino de Madera, pregunté al doctor si el conde sufría frecuentemente la dolencia que hoy nos privaba de su presencia.

—Sí y no —respondió el doctor—. Depende de la excursión que haya hecho.

—¿Cómo es eso?

—Cuando ha tomado la carretera de Rosienie, por ejemplo, regresa con jaqueca y de un pésimo humor.

—Pero… yo mismo he ido a Rosienie más de una vez, sin que me ocurriera nada de eso.

—Esto depende del hecho, mi querido profesor —respondió el doctor, riendo—, de que usted no está enamorado.

Suspiré pensando en Geltrude Weber.

—Entonces, ¿es en Rosienie donde vive la novia del conde?

—Sí, en los alrededores. ¿Novia? No me atrevería a asegurarlo… ¡Es un poco voluble! Acabará trastocándole el cerebro, como sucedió con su madre.

—Desde luego, la señora condesa me pareció algo… enferma.

—¡Loca, querido amigo, la condesa está completamente loca! ¡Y más loco fui yo

al venir a esta casa!

—Esperemos que sus atenciones puedan devolverle el juicio…

El doctor sacudió la cabeza, mientras examinaba atentamente el color de una copa llena de Burdeos que sostenía en la mano.

—Aquí donde me ve, señor profesor, presté servicio en calidad de primer cirujano en el regimiento de Kalouga. En Sebastopol no dábamos abasto, de la mañana a la noche, a cortar piernas y brazos; y no le digo nada de las bombas que nos caían encima como las moscas sobre el lomo de un caballo lleno de mataduras; pues bien, por mal alojado que estuviera, por infame que fuera la comida, lo pasaba mucho mejor que aquí, donde como y bebo como un príncipe, tengo una habitación suntuosa y me pagan como a un médico de la Corte… ¡La libertad, amigo mío! ¡La condesa me roba todas las horas y los minutos del día y de la noche!

—¿Hace mucho tiempo que la confiaron a sus cuidados?

—Menos de dos años; pero han transcurrido por lo menos veintisiete desde el día en que perdió la razón, antes de que naciera el conde. Pero ¿no le han contado ya esta historia en Rosienie o en Kowno? Preste atención, porque se trata de un caso que algún día publicaré en las columnas de la *Revista Médica de Pietroburgo.* La condesa enloqueció de terror…

—¿Cómo es posible?

—Recibió una fuerte impresión. Nació en el seno de una familia de Keistut… ¡Oh! En esta casa no entra nadie que no sea de rango… Pues bien, dos o tres días después de la boda que tuvo lugar en este castillo donde estamos hospedados (¡A su salud!), el conde, padre del actual, decidió organizar una partida de caza.

»Nuestras mujeres lituanas son valientes amazonas, como ya sabe usted. La condesa participó también en la cacería… No recuerdo ahora si iba detrás, o precedía al resto de la comitiva… De repente, el conde vio llegar a galope tendido al paje de la condesa, un muchacho de doce o catorce años.

»—¡Mi amo! —gritó—. ¡Un oso ha raptado a la condesa!

»—¿Dónde? —inquirió el conde, palideciendo.

»—Por esa parte —respondió el muchacho.

»Y toda la comitiva se dirigió apresuradamente hacia el lugar indicado: ¡ni rastro de la señora! Encontraron el caballo, con el lomo despedazado, y la pelliza de la condesa, hecho pedazos. Registraron concienzudamente todos los rincones del bosque. Finalmente, uno de los cazadores gritó: «¡El oso!» En efecto, el oso estaba cruzando un claro, llevando entre sus brazos a la condesa, sin duda para devorarla tranquilamente en algún escondrijo, porque a esos animales les gusta comer en paz. El conde, recién casado como estaba y de fogoso espíritu caballeresco, quiso lanzarse sobre el oso, empuñando el cuchillo de caza; pero, mi querido amigo, un oso lituano no resulta tan fácil de pinchar como un cervatillo. Por fortuna, el paje del conde estaba borracho hasta el extremo de que no era capaz de distinguir una liebre de un gamo, y disparó con su carabina a más de cien pasos de distancia, sin preocuparse de

si la bala hería a la mujer o a la bestia…

—¿Y mató al oso?

—Lo liquidó de un solo disparo. Desde luego, sólo un borracho podía obtener semejantes resultados. Hay también balas predestinadas, estimado profesor… Por estas tierras existen brujos que las venden a elevado precio… Bueno, la condesa estaba llena de arañazos, tenía una pierna rota y había perdido el conocimiento. Al volver en sí, su mente no funcionaba como era debido. La llevaron a Pietroburgo. Cuatro de los médicos más famosos celebraron consulta. Dijeron: «La señora condesa se halla en estado interesante, y es probable que el parto la devuelva a su estado normal. En espera de esa saludable crisis, es conveniente que viva en el campo, que respire aire puro y coma productos lácteos, codeína…» Y cobraron cien rublos cada uno.

»Nueve meses después, la condesa dio a luz un niño completamente sano. Pero ¿y la saludable crisis? ¡Nada! Por el contrario, su estado mental se agravó. El conde le mostró al recién nacido. Éste es un recurso que no suele fallar… en las novelas. «¡Matadlo! ¡Matad a la fiera!», gritó la condesa. Y faltó muy poco para que lo destrozase con sus propias manos. Desde entonces ha venido sufriendo períodos de locura tranquila y de furiosos arrebatos. Tiene una fuerte inclinación al suicidio. Hay que atarla a la carroza para llevarla a respirar un poco de aire puro. Y se necesitan tres robustas campesinas para vigilarla. Y, sin embargo, fíjese bien en lo que le digo, señor profesor: cuando he agotado todos los recursos médicos para conseguir que me obedezca, dispongo de un medio infalible para aplacarla. La amenazo con cortarle los cabellos. Creo que en otra época los tuvo muy hermosos. ¡La coquetería! Es el último sentimiento humano que ha permanecido en ella. Resulta extraño, ¿no es cierto? Si pudiera obrar a mi voluntad, creo que acabaría por curarla.

—¿Cómo?

—Utilizando un palo. A bastonazos, curé a veinte campesinos de una aldea en la cual se había declarado aquella singular locura rusa, «el alarido». Una mujer empieza a gritar, su comadre grita… Al cabo de tres días grita la aldea entera. A fuerza de vergajazos conseguí acabar con los gritos (pruebe la perdiz, está riquísima). Pero el conde no me ha autorizado nunca a probar el sistema.

—¿Esperaba acaso que autorizase su abominable sistema?

—Desde luego. Tenga en cuenta que ha conocido muy poco a su madre y, además, lo único que tiene importancia es su curación, al margen de los sistemas que se apliquen para obtenerla. Pero, dígame, profesor: ¿le parece normal que una persona enloquezca de terror?

—La situación de la condesa era espantosa… Encontrarse entre las garras de una bestia tan feroz…

—Pues bien, el hijo no se parece a la madre. Hace menos de un año le ocurrió el mismo accidente, y gracias a su sangre fría salió del paso sin un rasguño.

—¿Estuvo también entre las garras de un oso?

—Era una osa, y la más gigantesca que se haya visto en muchos años. El conde quiso atacarla con el cuchillo. ¡Bah! De un solo zarpazo, la osa hizo saltar el cuchillo a cien pasos de allí, y derribó al conde con la misma facilidad con que yo podría derribar esta botella. Pero el conde, astutamente, decidió hacerse el muerto… La osa le olió, le olió, y en vez de atacarle le lamió la cara. El conde tuvo suficiente presencia de ánimo para permanecer inmóvil, y al cabo de unos instantes la fiera se alejó.

—Le creería muerto. He oído decir que esos animales no quieren saber nada con los cadáveres.

—Bueno, hay que creerlo así y abstenerse de toda experiencia personal. Pero, a propósito de miedo, permítame que le cuente una historia de los tiempos de Sabastopol. Estábamos cinco o seis hombres en torno a un barril de cerveza que habían traído en aquel momento dentro de la ambulancia del famoso bastión número cinco. El vigía gritó: «¡Una bomba!» Nos tiramos todos al suelo; pero no todos: uno de los hombres, que se llamaba… —bueno, poco importa ahora su nombre—, un joven oficial llegado hacía poco al frente permaneció en pie, llevándose el vaso de cerveza a los labios en el mismo instante en que estallaba la bomba. La explosión voló la cabeza de mi pobre amigo Andrea Speranski y rompió el barril; afortunadamente, estaba ya casi vacío. Cuando nos repusimos del susto vimos en medio del humo a nuestro amigo que se bebía la cerveza hasta la última gota, como si nada hubiese pasado. Creímos que era un héroe. Al día siguiente encontré al capitán Ghedeonof, que salía del hospital. Me dijo: «Hoy cenaré con vosotros, y para celebrar mi regreso pago el champaña». Descorchamos una botella cerca de nuestro héroe. ¡Paf! El tapón se estrelló contra su sien. Lanzó un grito y se desmayó. Créame, también la primera vez había sentido un miedo terrible, y si se quedó bebiéndose tranquilamente la cerveza en vez de echar a correr fue por inconsciencia, por un reflejo maquinal sobre el cual no tenía la más mínima responsabilidad. Realmente, mi querido profesor, la máquina humana…

—Señor doctor —dijo un criado entrando en el comedor—. Jdanova dice que la señora condesa no quiere comer.

—¡Que el diablo se la lleve! —gruñó el doctor—. Vuelvo en seguida. Cuando haya hecho comer a la condesa, querido profesor, podríamos jugar una partidita de *dourachki.* ¿Qué le parece?

Le dije que lo sentía mucho, pero que desconocía por completo aquel juego. Y, en cuanto hubo salido para ir a visitar a la enferma, me encerré en mi habitación y me puse a escribir una carta a la señorita Geltrude.

La noche era calurosa y había dejado abierta la ventana que daba sobre el parque. Terminada la carta, y encontrándome completamente desvelado, empecé a repasar los verbos irregulares lituanos y a buscar en el sánscrito la causa de sus distintas irregularidades.

En medio de este trabajo que me absorbía, un árbol que se alzaba junto a mi

ventana fue como sacudido por algo que no podía ver desde el lugar donde me hallaba sentado. Oí crujir unas ramas y tuve la impresión de que un animal de gran tamaño trataba de subir por ellas. Emocionado aún por las historias de osos que el doctor me había contado, me puse en pie, sintiéndome algo impresionado a pesar mío, y me acerqué a la ventana. A unos metros de distancia, en medio del follaje, surgió una cabeza humana iluminada de lleno por mi lámpara. La aparición no duró más que un instante, pero el extraño brillo de los ojos que se encontraron con los míos me impresionó profundamente.

Involuntariamente, retrocedí un par de pasos; luego volví a asomarme a la ventana, y, en tono severo, pregunté al intruso qué es lo que andaba buscando. Sin pronunciar palabra, el intruso descendió precipitadamente del árbol y desapareció en la oscuridad de la noche. Hice sonar la campanilla; acudió un criado. Le conté la escena de que acababa de ser testigo.

—Creo que el señor profesor se ha engañado…

—Estoy seguro de lo que digo —repetí—. Temo que haya un ladrón en el parque.

—Imposible, señor.

—Entonces, ¿es alguien de la casa?

El criado inclinó la mirada, sin responder a mi pregunta. Luego me preguntó si podía retirarse. Le pedí que cerrara la ventana y me acosté.

Dormí estupendamente, sin soñar osos ni ladrones. A la mañana siguiente, acababa de vestirme cuando llamaron a la puerta de mi habitación. Abrí y me encontré ante un joven alto, muy guapo, que llevaba una larga pipa turca en la mano. Iba en batín.

—Vengo a rogarle que me disculpe, señor profesor —me dijo—, por haber acogido tan mal a un huésped de su categoría. Soy el conde Szémioth.

Me apresuré a contestarle que era yo quien debía agradecerle humildemente su generosa hospitalidad, e hice votos por que su jaqueca hubiese desaparecido.

—Casi —dijo. Y añadió, con una nota de tristeza en la voz—: Hasta que se presente una nueva crisis. ¿Se encuentra bien aquí? Le ruego que no olvide que está viviendo en un país bárbaro. En Samogizia no faltan dificultades…

Le aseguré que me encontraba muy a mi gusto. Pero, mientras hablaba, no pude evitar el observarle con una curiosidad que yo mismo califiqué de impertinente. Su rostro tenía algo extraño que me recordaba, a pesar mío, el rostro del hombre que había visto la noche anterior subido al árbol…

«¡Imposible! —me dije a mí mismo—. ¿Qué haría el conde subido de noche a los árboles de su parque?»

Tenía la frente alta y noble, aunque algo estrecha. Los rasgos de su rostro eran regulares; únicamente los ojos parecían estar más juntos de lo normal, y me dije que de una glándula lagrimal a otra no había espacio para un tercer ojo, como prescriben los cánones de la estatuaria griega. La mirada era penetrante. A pesar mío, nuestros ojos se encontraron varias veces, y cada vez los apartamos con cierta turbación.

De repente, el conde, estallando en una carcajada, exclamó:

—¡Veo que me ha reconocido usted!

—¿Reconocido?

—Sí, me sorprendió usted anoche mientras estaba haciendo el mono.

—¡Oh, señor conde!

—Me había pasado el día entero encerrado en mi habitación. Por la noche, sintiéndome mejor, salí a dar un paseo por el jardín. Vi luz en su ventana y cedí a un impulso de curiosidad. Debí decir quién era y presentarme, pero la situación era tan ridícula… Sentí vergüenza y emprendí la fuga… ¿Me perdona por haberle interrumpido en medio de su trabajo? El conde había hablado en un tono que quería ser festivo; pero sus mejillas estaban enrojecidas y era evidente que su estado de ánimo no tenía nada de alegre. Hice cuanto estaba en mi mano para convencerle de que no había conservado ningún recuerdo desagradable de aquel primer encuentro, y para desviar la conversación le pregunté si era cierto que estaba en posesión del catecismo samogítico del Padre Lawisky.

—Es posible; pero, a decir verdad, no conozco demasiado bien todos los libros de la biblioteca de mi padre. A él le gustaban los libros antiguos y raros. Yo, en cambio, no leo más que obras modernas. Pero buscaremos juntos, profesor. ¿De modo que quiere hacer leer el Evangelio en lengua jmuda?

—¿No opina usted también que una traducción del Evangelio en la lengua de este país será bien recibida?

—Desde luego. Pero, si me permite usted una pequeña observación, le diré que entre las personas que sólo hablan el jmudo no hay una sola que sepa leer.

—Es posible. Pero me permito recordar a Su Excelencia que la mayor dificultad para aprender a leer consiste en la falta de libros. Cuando los países de lengua samogítica tengan un texto impreso, querrán conocerlo y, en consecuencia, aprenderán a leer. Algo parecido ha ocurrido ya con muchos salvajes… y no es que trate de aplicar esa calificación a los habitantes de su país, señor conde. Por otra parte —añadí—, ¿no es lamentable que una lengua desaparezca sin dejar ningún rastro detrás de sí? Hace cerca de treinta años que el *prusiano* es una lengua muerta, y la última persona que conocía el *córnico* murió hace unos días.

—Sí, es muy triste —convino el conde—. Alejandro de Humboldt contaba a mi padre algo muy curioso: durante su estancia en América, conoció a un papagayo que era el único capaz de repetir aún algunas palabras de la lengua de una tribu completamente extinguida. Con su permiso, haré que nos sirvan el té en su habitación.

Mientras tomábamos el té, la conversación versó sobre la lengua jmuda. El conde criticaba el modo que tenían los tudescos de imprimir el lituano, y tenía razón.

—Vuestro alfabeto —decía— no se adapta a nuestra lengua. No posee nuestra J, ni nuestra L, ni nuestra Y, ni nuestra E. Tengo una colección de *dainos* publicados el pasado año en Koenigsberg y me ha costado un ímprobo trabajo adivinar las palabras,

hasta tal punto están mal impresas.

—Su Excelencia se refiere, sin duda, a los *dainos* de Lessner…

—Sí. Poesía bastante mediocre. ¿No le parece?

—Desde luego, creo que se hubieran podido escoger mejores muestras entre las canciones populares de vuestro pueblo.

—Permítame que lo ponga en duda, a pesar de todo mi patriotismo.

—Hace unas semanas, me entregaron en Wilno una balada realmente bella, la cual tiene, además, cierto valor histórico. Su contenido poético me pareció muy notable. Precisamente la tengo aquí, en mi cartera. ¿Permite usted que se la lea?

—Con mucho gusto.

Se retrepó en la poltrona, después de haberme pedido permiso para fumar.

—No consigo saborear los versos si no fumo.

—La poesía lleva por título: *Los tres hijos de Boudrys.*

—*¿Los tres hijos de Boudrys?* —exclamó el conde, en tono de sorpresa.

—Sí, Boudrys. Su Excelencia sabe mejor que yo que se trata de un personaje histórico.

El conde me observaba fijamente con su extraña mirada. Algo indefinible, a la vez tímido y feroz, me producía una sensación opresiva. Me apresuré a leer para evitarlo.

«Los tres hijos de Boudrys»

«En la corte de su castillo, el viejo Boudrys reunió a sus tres hijos, tres verdaderos lituanos como él. Les dijo:

»Hijos míos, ensillad vuestros caballos de guerra; afilad los sables y los puñales. Dicen que en Wilno han declarado la guerra contra las tres partes del mundo. Olgerd marchará contra los rusos; Skirgello contra nuestros vecinos polacos; Keistut caerá sobre los teutones. Sois jóvenes, fuertes, valientes: empuñad las armas. Y que los dioses de Lituania os protejan. Este año no combatiré con vosotros, pero quiero daros un consejo. Sois tres, y tres son los caminos que se abren ante vosotros.

»Uno de vosotros acompañará a Olgerd a Rusia, hasta las orillas del lago limen, hasta los muros de Novgorod. Las pieles de marta, las ricas telas se encuentran allí a montones. Los mercaderes tienen tantos rublos como guijarros tiene la orilla del río.

»El segundo seguirá a Keistut. ¡Hay que hacer pedazos a esos miserables cruzados! El ámbar abunda entre ellos como la arena, y sus telas no tienen rival en brillo y color. Las vestiduras de sus sacerdotes están guarnecidas de rubíes.

»El tercero irá a Niemen con Skirgello. Sólo encontrará viles instrumentos de trabajo. Pero podrá escoger buenas lanzas y sólidos escudos, y me traerá una nuera.

»Las mujeres polacas, hijos míos, son nuestra presa más bella. Mórbidas como gatos, blancas como la leche. Bajo las negras cejas, sus ojos brillan como dos estrellas. Cuando era joven, hará unos cincuenta años, traje de Polonia una bella prisionera que se convirtió en la compañera de mi vida. Hace muchos años que ha

muerto, pero no puedo mirar a esta parte del hogar sin pensar en ella…

»Tras haber pronunciado estas palabras, bendijo a los jóvenes que estaban ya armados de punta en blanco. Partieron. Llegó el otoño, luego el invierno. No regresaron. El viejo Boudrys los daba ya por perdidos.

»Una tormenta de nieve; un jinete se acerca, cubierto con una capa negra, debajo de la cual esconde un precioso bulto.

»Es un saco —dice Boudrys—. ¿Está lleno de rublos de Novgorod?

»No, padre. Traigo una nuera de Polonia.

»En el torbellino de una tormenta de nieve, un jinete se acerca llevando bajo su capa un tesoro inestimable. Pero antes de que haya podido mostrar su botín, Boudrys ha invitado a los amigos a celebrar otra ceremonia nupcial».

—¡Bravo, profesor! —exclamó el conde—. Pronuncia usted el jmudo a la perfección. Pero ¿quién le ha proporcionado ese gracioso dainos?

—Una señorita a la cual tuve el honor de conocer en Wilno, en casa de la princesa Katazyna Pac.

—¡La señorita Julka! —exclamó el conde—. ¡Qué locuela! ¡Debí suponerlo! Mi querido profesor, conoce usted el jmudo y las lenguas más complicadas del mundo, ha leído usted los códices más antiguos… Pero se ha dejado engañar por una muchacha, cuya única cultura son las novelas. Le ha traducido a usted, en jmudo más o menos correcto, una de las hermosas baladas de Miçkiewicz, demasiado moderna para que usted la hubiera leído. Si lo desea, puedo mostrarle el texto polaco; y si prefiere una excelente traducción rusa, pudo mostrarle una, debida a Puchkin.

Confieso que quedé anonadado. ¡Qué satisfacción la que hubiera experimentado el profesor de Dorpat, si llego a publicar como original el dainos de los hijos de Boudrys!

En vez de atormentarme con aquella tomadura de pelo, el conde, con exquisita cortesía, desvió hábilmente la conversación.

—¿De modo que conoce usted a la señorita Julka? —inquirió.

—Tuve el honor de serle presentado.

—Y ¿qué le pareció? Con franqueza…

—Una persona exquisita.

—Bondad suya…

—La encontré bellísima.

—¡No!

—¡Cómo! ¿Acaso no tiene los ojos más hermosos del mundo?

—Sí…

—¿Y la piel de una blancura realmente extraordinaria? Recuerdo una canción persa en la cual un amante elogia la belleza de la carnación de su ídolo. «Cuando bebe vino rojo —dice—, se ve el líquido deslizarse por su garganta». La señorita Iwinska me hizo pensar en esa poesía persa.

—Sí, Julka presenta ese fenómeno; pero no estoy completamente seguro de que por sus venas discurra sangre… No tiene corazón. ¡Es blanca como la nieve, pero fría también como la misma nieve!

Se puso en pie y empezó a recorrer la estancia de arriba abajo, como para ocultar su emoción; luego, deteniéndose de pronto:

—Discúlpeme, profesor… Estábamos hablando de la poesía popular, creo…

—En efecto, señor conde.

—Hay que convenir, después de todo, en que ha traducido a Miçkewicz con mucha gracia… «Caprichosa como una gata… blanca como la leche… sus ojos brillan como dos estrellas…». Es su propio retrato. ¿No le parece?

—Desde luego, señor conde.

—En cuanto a ese juego de manos… muy inoportuno, ciertamente… hay que tener en cuenta que la pobrecilla se aburre mortalmente en casa de una vieja tía… Lleva una vida monacal.

—Pero en Wilno frecuentaba la sociedad… La conocí en un baile que dieron los oficiales del regimiento de…

—¡Ah, sí! Los oficiales… ésa es la compañía que le gusta. Reír con uno, coquetear con otro… ¿Quiere ver la biblioteca de mi padre, profesor?

Le seguí hasta una amplia estancia, en la cual se alineaban numerosos libros, muy poco leídos a juzgar por la capa de polvo que cubría sus lomos. ¡Imaginad mi alegría al darme cuenta de que uno de los primeros libros que apareció ante mis ojos era el *Catechismus samogiticus!* No pude evitar el prorrumpir en un grito de triunfo. El conde cogió el libro y, después de haberlo hojeado indolentemente, tomó una pluma y, abriéndolo por la primera página, escribió en ella las siguientes palabras: «*Al señor profesor Wittembach, de Michele Szémioth*».

¿Qué sucedió en mi interior? No sabría describirlo, tanta era la felicidad que me invadió. Me prometí mentalmente que, después de mi muerte, aquel precioso libro pasaría a formar parte de la biblioteca de la Universidad en la cual me había graduado.

—Considere esta biblioteca como su gabinete de trabajo —me dijo el conde—. Nadie vendrá a molestarle.

Al día siguiente, inmediatamente después del almuerzo, el conde me propuso dar un paseo en su compañía. Se trataba de ir a ver *un kapas* (ése es el nombre que los lituanos dan a los monumentos funerarios, en tanto que los rusos les llaman *kourgane)* muy famoso en la aldea, porque en otras épocas los poetas y los brujos, que son la misma cosa, se reunían allí en ocasión de ciertas fiestas solemnes.

—Puedo ofrecerle un caballo muy pacífico —me dijo el conde—. Lamento que no podamos ir hasta allí en calesa; pero el camino que debemos recorrer no es transitable para los carruajes.

Hubiese preferido quedarme en la biblioteca tomando notas, pero no estimé oportuno manifestar un deseo contrario al de mi generoso huésped, y accedí. Los

caballos nos esperaban al pie de la escalinata; en el patio, un paje sujetaba a un perro. El conde se volvió hacia mí:

—¿Entiende usted en perros, profesor?

—Casi nada, Excelencia.

—El *starosta* de Zorany, donde tengo algunas posesiones, me envía este perro de raza española y del cual cuenta maravillas. ¿Me permite examinarlo?

Llamó al paje, el cual se acercó con el perro. Era un animal hermosísimo. Habiendo adquirido ya confianza con el muchacho que lo sujetaba, brincaba alegremente y parecía lleno de vida; pero, en cuanto se halló a unos pasos de distancia del conde, se metió el rabo entre las piernas y pareció presa de un súbito terror. El conde lo acarició. Esto provocó unos lastimeros aullidos del animal. Después de haberle contemplado unos instantes con mirada de entendido, el conde dijo:

—Creo que es un buen ejemplar. Trátalo con cuidado.

A continuación, montó en su caballo y picó espuelas.

—Señor profesor —me dijo el conde, apenas estuvimos fuera de los muros del castillo—, ¿se ha fijado usted en el terror que ha demostrado ese perro? He querido que fuese usted testigo de la escena… En su calidad de sabio, debería usted hallarse en condiciones de desvelar este misterio: ¿por qué todos los animales sienten miedo de mí?

—En verdad, señor conde, me honra usted demasiado dándome el calificativo de sabio. No soy más que un pobre profesor de filología comparada. Tal vez dependa…

—Nunca —me interrumpió— apaleo a los caballos ni a los perros. Me parece una estupidez pegarle a un animal que ha cometido una tontería sin tener consciencia de lo que hacía. Y, sin embargo, caballos y perros me demuestran la mayor aversión. Para habituarles a mi presencia necesito el doble del tiempo y del trabajo que precisa cualquier otra persona.

—Opino, señor conde, que los animales son fisonomistas y descubren inmediatamente si una persona que se les acerca por vez primera experimenta hacia ellos sentimientos especiales. Sospecho que no ama usted a los animales más que por los servicios que puedan prestarle; otras personas, en cambio, experimentan sentimientos completamente desinteresados hacia los animales, o al menos hacia algunos de ellos, y las bestias se dan cuenta inmediatamente. De mí puedo decir, por ejemplo, que desde niño he sentido una instintiva predilección por los gatos. Es muy raro que un gato huya cuando me acerco a acariciarlo, y nunca he sido arañado por uno de esos animalitos.

—Es posible —dijo el conde—. Efectivamente, no siento lo que se dice pasión por los animales… No valen más que los hombres, desde luego… Voy a conducirle, señor profesor, a un bosque donde se halla el inexpugnable reino de los animales, la *matesznick*, la gran matriz, la gran fábrica de los seres. Sí, según nuestras tradiciones nacionales, nadie ha sondeado el misterio, nadie ha podido alcanzar el centro de esos

bosques y de esos terrenos palustres, a excepción, desde luego, de los señores poetas y brujos, que penetran en todas partes. Allí, los animales viven en república.

Empezamos a adentrarnos en el bosque. Pronto desapareció incluso el angosto sendero que nos guiaba. A cada instante nos veíamos obligados a dar la vuelta alrededor de árboles enormes, cuyas ramas bajas obstruían nuestro camino. Alguno de ellos, muerto de vejez y caído al suelo, se ofrecía ante nosotros como una insalvable trinchera. Otros aparecían hundidos en profundos pantanos cubiertos de nenúfares. Más a lo lejos, divisábamos prados en los cuales la hierba brillaba como esmeraldas; pero desgraciado del que se aventurase a cruzarlos, porque aquella rica y falaz vegetación escondía bancos de arenas movedizas en las cuales se hundirían caballo y jinete por toda la eternidad… Las dificultades del camino habían interrumpido nuestra conversación. Me esforzaba por no perder contacto con el conde, y admiraba la imperturbable sagacidad con que mi huésped se orientaba, sin brújula, y conseguía siempre encontrar la dirección ideal para llegar al *kapas.* Era evidente que estaba familiarizado desde hacía muchos años con aquel bosque.

Finalmente, llegamos a la meta de nuestra excursión. El túmulo se alzaba en medio de un amplio claro. Era muy alto, y estaba rodeado de un foso todavía reconocible, a pesar de los arbustos y de los derrumbamientos. Se trataba de una construcción de piedra, algunas de las cuales estaban calcinadas. Una gran cantidad de cenizas señalaba el lugar donde había ardido un fuego durante mucho tiempo. Si había que creer las tradiciones populares, aquel *kapas* había presenciado en otras épocas numerosos sacrificios humanos. Pero no existe ninguna religión desaparecida a la que no se atribuyan abominables ritos de aquel género, y dudo que pueda sostenerse, a la luz de los testimonios históricos, tales opiniones acerca de los antiguos lituanos.

Regresábamos del túmulo, el conde y yo, y nos disponíamos a montar de nuevo, cuando vimos acercarse a una anciana que se apoyaba en un bastón y llevaba una cesta en la mano.

—Caballeros —nos dijo la anciana, acercándose a nosotros—, una limosna, por el amor de Dios. Dadme unas monedas para comprar una taza de aguardiente y un poco de comida para mi pobre cuerpo.

El conde le dio una moneda de plata y le preguntó qué estaba haciendo en el bosque, tan lejos de todo lugar habitado. Por toda respuesta, la anciana le mostró la cesta, medio llena de hongos. Aunque mis conocimientos de botánica son muy limitadas, me pareció que la mayoría de los hongos pertenecían a especies venenosas.

—Buena mujer —le dije—, espero que no tendrá usted intención de comerse esos hongos…

—Caballero —respondió la anciana con una triste sonrisa—, los pobres comen todo lo que les ofrece el Señor.

—No conoce usted los estómagos lituanos —dijo el conde—. Están revestidos de hierro. Nuestros campesinos comen todas las setas que encuentran, y no sienten la

menor molestia.

—Aconséjele, al menos, que no coma el *agaricus necator* que veo en su cesta —dije, y alargué la mano para sacar de la cesta un hongo de los más venenosos; pero la anciana apartó vivamente la cesta.

—¡Cuidado! —gritó la anciana con voz aterrorizada—. ¡Tiene un guardián! *¡Pirkuns! ¡Pirkuns!*

Pirkuns es el nombre samogítico de la divinidad que los rusos llaman *Pérune;* se trata del *Jupiter tonans* de los eslavos. La sorpresa que me produjo oír a la anciana pronunciar el nombre de un dios pagano no fue nada en comparación con la que experimenté al ver agitarse los hongos, para dar paso a la negra cabeza de una serpiente que se alzó un pie por encima de la cesta. Di un paso atrás, y el conde escupió por encima de su hombro, según la costumbre de los eslavos que creen ahuyentar de ese modo los maleficios, igual que los antiguos romanos. La anciana depositó la cesta en el suelo y se acurrucó junto a ella; luego, con la mano tendida hacia la serpiente, pronunció algunas palabras ininteligibles que tenían toda la apariencia de un exorcismo. La serpiente permaneció inmóvil unos instantes; luego, enroscándose alrededor del descarnado brazo de la anciana, desapareció en la manga de la piel de carnero que le servía de manto y que junto con un camisón eran toda la indumentaria de aquella Circe lituana. La anciana nos observaba con una sonrisa de triunfo, como un prestidigitador que acabara de realizar un difícil juego de manos. En su rostro había aquella mezcla de cortesía y de estupidez muy frecuente en las hechiceras, las cuales son en su mayor parte necias y picaras al mismo tiempo.

—He aquí —me dijo el conde en alemán—, un rasgo de colorido local: una hechicera que encanta a una serpiente al pie de un *kapas,* en presencia de un sabio filólogo y de un ignorante gentilhombre lituano.

—Quiero preguntarle —respondí— algo acerca de una curiosa tradición de la cual he oído hablar. Buena mujer —añadí, dirigiéndome a la anciana—, ¿no ha oído usted hablar de un rincón de este bosque, en el cual los animales viven en comunidad, lejos del dominio del hombre?

La anciana asintió con la cabeza, y con su sonrisa medio boba, medio picara, respondió:

—Ahora vengo de allí. Los animales han perdido a su rey. *Nobile*, el león, ha muerto; las bestias quieren elegir otro. ¿Por qué no vas allí? Tal vez te elijan a ti.

—¿Qué es lo que dice esta guasona? —exclamó el conde, estallando en una carcajada—. ¿Sabes con quién estás hablando? Este señor es… (¿cómo se dice un profesor en jmudo?) un señor muy sabio, un maestro.

La anciana le miró atentamente.

—Me había equivocado —dijo—. Eres tú quien debería ir allí. Tú podrías ser el rey de los animales, no él; tú eres alto, fuerte, tienes uñas y dientes…

—¿Qué le parece a usted los piropos que nos prodiga? —me preguntó el conde—. ¿Sabes el camino, vieja? —inquirió, dirigiéndose a la anciana.

Le señaló con la mano una dirección, en el bosque.

—¡Ya! —replicó el conde—. ¿Y cómo me las arreglo para cruzar el pantano? Vea, profesor: del lado que me está señalando hay un pantano imposible de cruzar, un lago de fango líquido cubierto de verde hierba. El pasado año, yendo de caza, herí a un ciervo que se adentró en aquel terreno. Le vi hundirse lentamente, lentamente… En el espacio de dos minutos se hundió hasta la cornamenta, y unos segundos después había desaparecido del todo, junto con una pareja de perros que le habían seguido hasta aquel lugar.

—Pero yo no peso casi nada —dijo la anciana, bromeando.

—No me extrañaría que cruzara el pantano cabalgando sobre un mango de escoba… —dijo el conde.

Un relámpago de cólera brilló en los ojos de la anciana.

—Mi buen caballero —dijo, adquiriendo de nuevo la voz nasal y suplicante de los mendigos—, ¿no tendríais un poco de tabaco para mi pipa? Haríais mejor —añadió en voz baja— buscando un paso a través del pantano que os condujera a Dowghielly.

—¿Dowghielly? —repitió el conde, sorprendido—. ¿Qué quieres decir?

Me di cuenta de que la palabra pronunciada por la anciana había causado un extraño efecto en el conde. Su turbación era evidente; inclinó la cabeza a fin de ocultar su confusión, y empezó a desatar la bolsa del tabaco, colgada del mango del cuchillo de caza.

—No, no vayáis a Dowghielly —continuó diciendo la anciana—. La pequeña paloma blanca no es para vos. ¿No es cierto, Pirkuns?

La cabeza de la serpiente surgió por debajo del viejo manto y se alargó hasta el oído de la mujer. El reptil, indudablemente habituado a aquella maniobra, abría la boca como si estuviese hablando.

—Dice que estoy en lo cierto.

El conde puso un puñado de tabaco en la mano de la anciana.

—¿Me conoces? —le preguntó.

—No, mi buen caballero.

—Soy el dueño de Medintiltas. Ven a verme, uno de estos días. Te regalaré tabaco y aguardiente.

La anciana le besó la mano y se alejó velozmente. En pocos segundos desapareció de nuestra vista. El conde estaba pensativo, haciendo y deshaciendo el nudo de la bolsa de tabaco, con aire ausente.

—Señor profesor —me dijo, después de un largo silencio—, seguramente se reirá usted de mí. Esa vieja me conocía más de lo que ha querido dar a entender, y el camino que ha querido indicarme… Después de todo, no hay nada de extraordinario en ello. En este país todo el mundo me conoce. La vieja me habrá visto más de una vez en el camino del castillo de Dowghielly… En el castillo vive una jovencita, y la vieja ha sacado la conclusión de que estoy enamorado de ella. Y algún guapo muchacho le habrá dado dinero para que me predijera alguna siniestra profecía…

Todo está clarísimo… pero, a pesar mío, sus palabras me han afectado. Estoy casi asustado de ellas… Usted se burlará de mí, y hará bien. La verdad es que había proyectado ir a pedir hospitalidad por unas horas al castillo de Dowghielly, y ahora no sé qué hacer… ¡Soy un idiota! Veamos profesor, decida usted… ¿Debemos ir allí?

—Me guardaré mucho de expresar una opinión —dije, riendo—. En asuntos de matrimonio, no doy nunca consejos.

Habíamos llegado al lugar donde nos aguardaban nuestros caballos. El conde montó rápidamente en el suyo, picó espuelas y dejó caer las riendas, diciendo:

—Pues bien, el caballo escogerá por nosotros.

El caballo no vaciló. Escogió inmediatamente un sendero que, después de muchas curvas, nos llevó a una línea férrea que conducía a Dowghielly. Media hora más tarde nos encontrábamos en el umbral del castillo.

Al ruido de los cascos, una hermosa cabeza rubia apareció en la ventana situada entre dos torreones. Reconocí a la pérfida traductora de Miçkiewicz.

—¡Bienvenido! —exclamó—. No podías llegar más a tiempo, conde Szémioth. Acabo de recibir un vestido de París. Estaré tan hermosa, que no me reconoceréis.

La cabeza desapareció de la ventana. Mientras subíamos la escalinata, el conde murmuraba entre dientes:

«Desde luego, no pidió el vestido pensando en mí…»

Me presentó a la señora Dowghielly, la tía de la *panna* Iwinska, que me acogió cordialmente y habló de mis últimos artículos aparecidos en la *Gaceta científica y literaria*, de Koenigsberg.

—El profesor —dijo el conde— ha venido a reprocharle a la señorita Julka cierta jugarreta que le ha hecho…

—Es una chiquilla, profesor. Hay que perdonarla. También a mí me desespera con sus locuras. Cuando tenía dieciséis años era más razonable que ahora que ha cumplido los veinte; pero en el fondo es una buena muchacha y posee muchas cualidades. Toca el piano maravillosamente, pinta estupendamente las flores y habla con la misma soltura el alemán, el francés y el italiano… Borda…

—Compone versos en lengua jmuda —dijo el conde, riendo.

—¡No es capaz de eso! —exclamó la señora Dowghielly, a la cual hubo que explicar la travesura de su sobrina.

La señora Dowghielly era instruida y conocía el pasado de su patria. Su conversación me resultó extremadamente agradable. Leía mucho nuestras revistas alemanas y tenía ideas bastante concretas acerca de los problemas lingüísticos. Confieso que no presté la menor atención al tiempo que tardaba en vestirse la señorita Iwinska; en cambio, al conde Szémioth debió parecerle un intervalo sumamente largo, ya que se ponía en pie, volvía a sentarse, miraba a través de la ventana y tamborileaba con los dedos sobre sus cristales, como un hombre a punto de perder la paciencia.

Finalmente, cuando habían transcurrido unos tres cuartos de hora, por lo menos,

apareció, seguida de su doncella francesa, la señorita Julka, llevando con mucha gracia un vestido cuya descripción exigiría conocimientos bastante superiores a los míos.

—¿No estoy guapa? —preguntó al conde, girando lenta mente sobre sí misma para ser admirada por todos los lados.

No miraba al conde ni a mí: miraba su vestido.

—¿Cómo es eso, Julka? —dijo la tía—. ¿No saludas al profesor, que viene a quejarse de tu conducta…?

—¡Oh, señor profesor! —exclamó, con voz llena de encanto—. ¿Cuál es la falta que he cometido? ¿Me impondrá una penitencia muy dura?

—No me quejo, señorita, ni mucho menos —respondí—. Gracias a usted he podido comprobar que la musa lituana renace más brillante que nunca.

Inclinó la cabeza y, poniéndose la mano delante de los ojos (procurando no despeinarse los cabellos), dijo, en el tono de un chiquillo que ha metido la mano en el tarro de la mermelada:

—¡Perdóneme! Le prometo no volver a hacerlo…

—No tenía intención de perdonarla —respondí—, sin ver antes cumplida una promesa que me hizo usted en Wilno, en casa de la princesa Katazina Pac…

—¿Qué promesa? —inquirió, alzando la cabeza y echándose a reír.

—¿La ha olvidado usted ya? ¿No me aseguró que, si nos encontrábamos en Samogizia, me enseñaría una danza del lugar, de la cual contaba maravillas?

—¡Oh, la *russalka!* La bailo de modo encantador y tengo a mano el compañero que me hace falta.

Corrió hacia una mesita llena de partituras, desplegó una de ellas, la apoyó en el atril de un piano y gritó, volviéndose hacia la doncella:

—¡Vamos, amiga mía, *allegro presto!*

Y ella misma, sin sentarse, tocó el estribillo para indicar el compás.

—Acercaos, conde Michele; sois demasiado buen lituano para no bailar bien la *russalka;* pero tenemos que bailarla tal como la bailan los campesinos, ¿entendido?

La tía trató de iniciar una débil protesta, pero en vano. El conde y yo insistimos. El conde tenía buenos motivos para hacerlo, porque su papel en aquella danza era de lo más agradable, como se verá más adelante. Entonces, Iwinska, tras haber apartado algunas sillas y una mesita que podían estorbarla, cogió a su caballero del cuello de la camisa y lo condujo al centro del salón.

—En primer lugar, señor profesor, debo decirle qué es una *russalka.*…

Hizo una gran reverencia.

—Una *russalka* es una ninfa del agua. Hay una en cada uno de los estanques que embellecen nuestros bosques. ¡Si ve a una de ellas, no se acerque! La *russalka* surge del estanque, mucho más hermosa que yo, si ello es posible; y se le llevaría a usted al fondo, para devorarle.

—¡Una verdadera sirena! —exclamé.

—Él —continuó, señalando al conde—, es un joven pescador, un ser ingenuo, que se expone a mis garras, y yo, para prolongar mi cruel placer, le fascino bailando a su alrededor… ¡Ah! Para hacerlo bien, necesitaría una de las faldas de nuestras campesinas. ¡Qué lástima! Tendrá usted que soportar este vestido desprovisto de todo carácter local… ¡Oh! ¡No puedo bailar con zapatos… y mucho menos con tacones altos!

Alzó el borde de su falda y, sacudiendo con mucha gracia un piececito delicioso, a riesgo de mostrar también un poco de pantorrilla, hizo volar el zapato al otro extremo del salón… El otro zapato siguió inmediatamente el mismo camino, y la joven quedó únicamente con las medias de seda sobre el embaldosado.

—Estoy dispuesta —dijo a la doncella.

Y la danza se inició.

La *russalka* empezó a dar vueltas y más vueltas alrededor del caballero. Él tendía sus brazos para cogerla; ella hacía una pirueta y escapaba al abrazo. Resultaba muy agradable la vista y la música tenía ritmo y originalidad. La danza concluía cuando el caballero creía haber obtenido ya de la ninfa el regalo de un beso y ella, haciendo una pirueta, le tocaba en los sobacos y él caía a sus pies como un muerto… Pero el conde improvisó una variante que consistió en estrechar a la *russalka* entre sus brazos, besándola con la mayor desenvoltura. La señorita Iwinska exhaló un pequeño grito, enrojeció y se dejó caer sobre un diván, lamentándose del hecho de que su pareja la hubiese estrechado entre sus brazos como un oso que era. Me di cuenta de que la comparación no era del agrado del conde, ya que venía a recordarle una desgracia familiar; su frente se arrugó. Por mi parte, di las gracias a la señorita Iwinska y elogié sinceramente su danza, que me pareció animada de un carácter antiguo, como una evocación de las danzas sagradas de los griegos. Fui interrumpido por un paje que anunció la llegada del general y de la princesa Veliaminof. La señorita Julka se levantó de un salto y corrió hacia el rincón de la estancia donde habían ido a parar sus zapatos, se los calzó rápidamente y salió al encuentro de la princesa, a la cual saludó con dos profundas reverencias. El general traía consigo dos ayudantes de campo, y, como habíamos hecho nosotros, solicitaba hospitalidad por unas horas. En cualquier otro país, creo que un ama de casa se hubiese sentido algo preocupada al recibir sin previo aviso a seis huéspedes provistos de un excelente apetito; pero la abundancia y la hospitalidad de las casas lituanas son tales, que la cena no se retrasó más de media hora.

Fue una cena muy animada. El general aportó datos interesantes acerca de las lenguas que se hablan en las regiones del Cáucaso. Yo mismo me vi obligado a hablar de mis viajes, ya que el conde Szémioth se había maravillado de mi modo de montar a caballo, y tuve que explicar que, encargado por la Sociedad Bíblica de un trabajo sobre la lengua de los *Charruas,* había pasado tres años y medio en la República del Uruguay, casi siempre a caballo, y viviendo en las pampas, en medio de los indios. Casi sin darme cuenta, hablé de una ocasión en que, habiendo pasado tres días sin

víveres ni agua, tuve que imitar a los gauchos que me seguían, sangrando a mi caballo y bebiendo un poco de sangre.

Las damas lanzaron una exclamación de horror. El general observó que también los calmucos tenían la misma costumbre en circunstancias similares. El conde me preguntó qué me había parecido aquella bebida.

—Moralmente —respondí—, me repugnaba de modo indecible; pero físicamente me proporcionó un gran alivio, y gracias a ella tengo el honor de estar sentado a esta mesa. Muchos europeos, me refiero a blancos que viven en aquellas regiones, se habitúan a la sangre y llegan a sentirse atraídos por ella. Un excelente amigo mío, don Fructuoso Rivero, presidente de la República, no se pierde ocasión de satisfacer ese deseo. Recuerdo que un día, cuando se dirigía a la Cámara en uniforme de gala, pasó ante una factoría en la cual estaban sangrando a un potro. Se detuvo, se apeó del caballo y pidió un *chupón,* un vasito… Aquel día, pronunció uno de sus más elocuentes discursos.

—¡Su Presidente era un monstruo abominable! —exclamó la señorita Iwinska.

—Permítame que la contradiga, mi querida señorita —respondí—. Era, por el contrario, un espíritu superior. Hablaba de un modo maravilloso muchos idiomas indios dificilísimos, especialmente el *charrua,* a causa de las innumerables formas que asume el verbo, según sea directo o indirecto, o también según las relaciones sociales que existan entre las personas que están hablando.

Me disponía a explicar algunos detalles muy curiosos acerca del mecanismo de los verbos *charruas,* cuando el conde me interrumpió para preguntarme en qué parte del cuerpo debía hacérsele la incisión a un caballo cuando se deseaba beber su sangre.

—¡Por favor, querido profesor! —exclamó la señorita Julka, con una expresión de cómico terror—. ¡No se lo diga! ¡Es capaz de matar a todos sus caballos, y de comerse después a sus amigos, cuando ya no le queden animales en sus cuadras!

Con esta chanza, las señoras abandonaron la mesa riendo, para ir a preparar el té y el café, mientras los hombres nos quedábamos a fumar. Al cabo de un cuarto de hora, las señoras enviaron en busca del general. Quisimos seguirle todos, pero nos dijeron que las señoras sólo deseaban la presencia de un hombre cada vez. No tardaron en oír grandes estallidos de risa y de aplausos.

—Debe ser Julka, que está haciendo alguna de las suyas —dijo el conde.

En aquel momento se presentó un criado, diciendo que las señoras le llamaban; nuevas risas y nuevos aplausos poco después de haber salido del comedor. Después del conde me llegó a mí la vez. Cuando entré en el salón, todos los rostros habían asumido un aire de gravedad, que no presagiaba nada bueno.

—Egregio profesor —me dijo el general en tono solemne—, estas señoras pretenden que hemos dispensado una acogida demasiado generosa al champaña y no quieren admitirnos en su compañía sin antes habernos sometido a una prueba. Se trata de caminar, con los ojos vendados, desde el centro del salón hasta aquella pared, y de tocarla con un dedo. ¿Se encuentra usted en condiciones de andar en línea recta?

Contesté que creía que sí.

Súbitamente, Iwinska me colocó un pañuelo delante de los ojos y lo ató a mi nuca con todas sus fuerzas.

—Está usted en el centro del salón —me dijo—. Extienda la mano… ¡Muy bien! Apuesto a que no llega a tocar la pared…

—¡De frente! ¡Mar! —gritó el general.

Sólo tenía que dar cinco o seis pasos. Avancé con la mayor lentitud posible, convencido de que habían tendido una cuerda ante mis pies para hacerme tropezar en ella… Oía unas risas sofocadas que aumentaban mi turbación. Finalmente, creí estar cerca de la pared… alargué mi dedo… y se hundió en algo frío y viscoso. Con un sobresalto, retrocedí vivamente un paso, lo cual provocó las risas de todos los presentes. Me quité la venda y vi junto a mí a la señorita Iwinska que sostenía una taza de miel, en la cual había puesto yo el dedo creyendo que tocaba la pared. Mi único consuelo fue ver cómo los dos ayudantes de campo pasaban por el mismo trance, sin que su reacción fuese menos ridícula que la mía. Durante el resto de la velada, la muchacha no cesó de abandonarse a los caprichos de su extravagante humor. Siempre alegre, siempre irónica, uno u otro de sus huéspedes era víctima de sus chanzas. Pero observé que se dedicaba de un modo especial a pinchar al conde, el cual, en honor a la verdad, no parecía ofenderse por ello, e incluso me pareció que aceptaba complacido las fantasías de la muchacha. En cambio, cuando la veía dedicarse a uno de los dos oficiales, fruncía el ceño y asomaba a su mirada aquella lucecita de tristeza que tenía algo de terrible. «Caprichosa como una gata y blanca como la leche». Me pareció que, al escribir aquellos versos, Miçkiewicz estaba trazando el retrato de la señorita Iwinska.

Nos retiramos muy tarde. En muchas grandes casas lituanas existen unos muebles espléndidos, una magnífica vajilla de plata, valiosos tapices persas, pero no hay en ellas, como en nuestra querida Alemania, aquellos blandos lechos de plumas capaces de restaurar las fuerzas del más cansado de los huéspedes. Rico o pobre, noble o campesino, un eslavo puede dormir perfectamente encima de una mesa. El castillo de Dowghielly no desmentía la feliz costumbre. En la habitación adonde fuimos conducidos no había más que dos canapés cubiertos de tafilete. Esto no me preocupaba en absoluto, ya que en el curso de mis viajes había dormido incluso sobre el desnudo suelo, y me burlaba de las exclamaciones del conde contra la barbarie de sus compatriotas. Un criado vino a ayudarnos a sacar las botas y nos entregó unas pantuflas y ropa de dormir. El conde, después de haberse desvestido, paseó un rato en silencio; luego, deteniéndose ante el canapé en el cual me había tendido, me dijo:

—¿Qué opina usted de Julka?

—La encuentro encantadora.

—Sí, desde luego. Pero ¡es tan coqueta! ¿No ha notado usted la simpatía especial

que demostraba a aquel capitán, el rubio…?

—¿El ayudante de campo? No he notado nada…

—Es un soso… pero tiene todas las cualidades que agradan a las mujeres.

—No estoy de acuerdo con esa opinión, señor conde —respondí—. ¿Quiere que le diga la verdad? Me parece que la señorita Iwinska tiene mucho más interés en resultar agradable al conde Szémioth que a todos los ayudantes de campo del ejército juntos.

Enrojeció, sin responder. Pero tuve la impresión de que mis palabras le habían proporcionado un gran placer. Paseó unos instantes más sin hablar; luego, después de haber mirado el reloj, dijo:

—¡Diablos! Ya es hora de dormirse…

Cogió el fusil y el cuchillo de caza y los encerró en un armario, retirando la llave.

—¿Quiere usted guardarla? —me dijo, con gran sorpresa por mi parte—. Podría olvidarme de ella. Desde luego, tiene usted una memoria más excelente que la mía.

—El mejor medio para no olvidarse de sus armas sería tenerlas al alcance de la mano, junto a su sofá —sugerí.

—No, señor profesor. A decir verdad, no me gusta tener las armas cerca de mí cuando duermo… Y le diré el motivo. Cuando era oficial de los húsares de Grodno, dormía una noche en una habitación con un compañero y mis pistolas estaban sobre una silla, junto a mi lecho. De repente, me despertó el eco de una detonación. Tenía una pistola en la mano; había hecho fuego, y la bala había pasado a dos pulgadas de distancia de la cabeza de mi compañero… Nunca he podido acordarme del sueño que tuve…

Esta anécdota me turbó sobremanera. Estaba seguro de no ser víctima de un disparo de pistola; pero teniendo en cuenta la estatura y la hercúlea fuerza de mi compañero, sus nervudos brazos cubiertos de vello negro, no pude evitar la idea de que era perfectamente capaz de estrangularme con las manos, si se le ocurría tener un mal sueño. Sin embargo, me guardé muy bien de mostrar la menor inquietud: me limité a colocar la lámpara sobre una silla junto a mi canapé y me puse a leer el catecismo de Lawicki que había traído conmigo. El conde me dio las buenas noches, se tendió sobre el sofá y dio cinco o seis vueltas; finalmente pareció quedarse adormilado, aunque estaba enroscado sobre sí mismo como el amante de Horacio, el cual, encerrado en un baúl, tocaba su cabeza con las rodillas dobladas:

Turpi clausus in arca.

Contractum genibus tangas caput…

De cuando en cuando suspiraba profundamente o dejaba oír una especie de ronquido nervioso que atribuí a la extraña postura que había adoptado para dormirse. Transcurrió aproximadamente una hora. Yo mismo estaba a punto de adormilarme. Cerré el libro y me extendí a mis anchas. De repente, un extraño suspiro de mi vecino me arrancó a mi somnolencia. Le miré. Tenía los ojos cerrados, todo su cuerpo temblaba y de los labios entreabiertos salían palabras apenas inteligibles.

—¡Fresca, blanca! El profesor no sabe lo que se dice… El caballo no vale nada… Una comida nauseabunda…

Luego empezó a morder el almohadón donde tenía apoyada la cabeza y, en el mismo instante, lanzó una especie de rugido tan fuerte que se despertó. Me quedé inmóvil en el canapé, fingiendo dormir. Le observaba atentamente a través de mis entreabiertos párpados. Se levantó, se restregó los ojos, suspiró tristemente y se quedó más de una hora en pie, sin cambiar de posición, sumido al parecer en profundas reflexiones. Me sentí muy a disgusto, debo confesarlo, y me prometí a mí mismo no dormir más en compañía de un vecino tan singular. Con el paso de las horas, empero, la fatiga venció a la inquietud y, cuando el alba irrumpió en nuestra habitación, dormíamos los dos a pierna suelta.

Después de haber desayunado regresamos a Medintiltas. Allí, aprovechando un momento que me quedé a solas con el doctor Froeber, le dije que sospechaba que el conde estaba enfermo, porque sufría pesadillas espantosas, era sonámbulo y podía ser peligroso en aquel estado.

—Ya me he dado cuenta de todo eso —me dijo el médico—. A pesar de lo atlético de su complexión, es nervioso como una doncella. Creo que ha heredado ese temperamento de su madre… La vieja está muy inquieta esta mañana… No creo, desde luego, en las historias de los deseos y de los miedos de las mujeres encinta; pero lo que es cierto es que la condesa está loca, y que la locura puede transmitirse con la sangre…

—Pero —repliqué— el conde parece un hombre absolutamente normal; sus opiniones son siempre razonables e incluso agudas, y está más instruido de lo que creí al principio, lo confieso. Le gusta leer…

—De acuerdo, de acuerdo; pero es un hombre muy raro. A veces se encierra a solas durante días y días, paseando toda la noche; lee los libros más raros, de metafísica germana, de fisiología y así por el estilo. Ayer mismo llegó un paquete de esos libros que le envían de Lipsia. Hablemos con claridad, amigo: Un Hércules necesita a una Hebe. En esta parte del país hay campesinas hermosísimas… El sábado por la tarde, después del baño, podrían pasar perfectamente por princesas… Ni una de ellas dejaría de sentirse orgullosa de poder distraer al señor conde. A su edad, yo… ¡que el diablo me lleve! No, no tiene amantes, no tiene esposa, y esto es peligroso…

El grosero materialismo del doctor resultaba muy desagradable, y concluí bruscamente la conversación diciéndole que mi mayor deseo era que el señor conde encontrara una esposa digna de él. No sin sorpresa, lo confieso, me había enterado por el doctor de la afición que el conde Szémioth sentía por los estudios filosóficos. Aquel oficial de húsares, aquel fanático cazador, lector de metafísica y estudiante de fisiología, descomponía la imagen que me había formado de él. Sin embargo, el

doctor me había dicho la verdad y aquel mismo día pude comprobarlo.

—¿Cómo explica usted, señor profesor —me dijo el conde de improviso hacia el final del almuerzo—, cómo explica usted la *dualidad* o la *duplicidad* de nuestra naturaleza?

Y al darse cuenta de que no acababa de comprender lo que quería decir con aquellas palabras, continuó:

—¿No se ha encontrado usted nunca en lo alto de una torre, o al borde de un precipicio, experimentando al mismo tiempo la tentación de lanzarse al vacío y una sensación de terror absolutamente contraria?

—Esto puede ser explicado por motivos de orden puramente físico —dijo el doctor—. El cansancio que se siente después de subir una cuesta provoca un flujo cerebral, que…

—¡Dejemos la sangre en paz! —exclamó el conde en tono impaciente—. Tenemos otro ejemplo. Tenemos un arma de fuego cargada. Nuestro mejor amigo está a nuestro lado. Sentimos el mayor de los horrores ante la idea de cometer un asesinato, y, sin embargo, la idea cruza por nuestro cerebro en el espacio de un hora… creo que si todos *sus* pensamientos, señor profesor, a quien tengo por hombre sabio y prudente, fuesen escritos, formarían un volumen, *in folio,* de acuerdo con el cual no habría abogado que no consiguiera que le encerraran a usted, bien en una cárcel, bien en un manicomio.

—Creo, señor conde, que no me condenarían por haber buscado esta mañana la ley misteriosa según la cual los verbos eslavos adquieren significado de futuro combinándose con una preposición; pero, si por casualidad hubiese tenido cualquier otro pensamiento, ¿qué pruebas podrían ser obtenidas contra mí? No soy más dueño de mis pensamientos que de los accidentes exteriores que suscitan esos mismos pensamientos. Desde el momento en que un pensamiento nace en mí, no puede deducirse de él un principio de actuación y mucho menos cualquier consecuencia. No he tenido nunca la idea de matar a alguien; pero si la idea de un homicidio acudiese a mi cerebro, mi razón se apresuraría a rechazarla.

—Habla usted de la razón como si fuera dueño absoluto de ella. Y es ella, por el contrario, la que debe ser dueña de usted. Y para que la razón hable y se haga obedecer, hay que reflexionar, y la reflexión exige tiempo y sangre fría. ¿Se es siempre dueño de uno y de otra? Durante un combate, veo una bala que rebota; me escondo, y dejo al descubierto a un amigo, por el cual hubiese dado la vida si hubiera tenido tiempo para reflexionar…

Traté de hablarle de nuestros deberes de hombres y de cristianos, de la necesidad en que nos encontrábamos de imitar al guerrero de la Sagrada Escritura, siempre dispuesto al combate; le hice ver que luchando sin descanso contra nuestras pasiones adquirimos nuevas fuerzas para debilitarlas y dominarlas. Pero temo que no conseguí convencerle con mis razonamientos.

Pasé aún una decena de días en el castillo. Efectué otra visita a Dowghielly, pero

no pasamos allí la noche. Al igual que la primera vez, la señorita Iwinska se mostró irreflexiva y un poco mimada por sus parientes. Ejercía sobre el conde una especie de fascinación, y ahora no me cabía ya ninguna duda acerca de sus sentimientos amorosos. Pero el conde conocía bien a la muchacha y no se hacía demasiadas ilusiones. Sabía que era coqueta, frívola, indiferente. Me daba perfecta cuenta de los sufrimientos de mi huésped al enfrentarse con la volubilidad de la señorita Julka; pero, en cuanto ella le dedicaba una sonrisa amable, el conde se olvidaba de todo, su rostro se iluminaba y su felicidad se hacía evidente.

Regresamos a Medintiltas a la hora del almuerzo. El conde se sentó a la mesa pero no comió nada. Permaneció todo el tiempo callado y de un humor de perros. De cuando en cuando, fruncía el ceño y sus ojos brillaban siniestramente. Cuando el doctor se marchó para atender a la condesa, el conde me siguió hasta mi habitación y me confió sus pesares.

—Estoy arrepentido muy de veras de haber ido a ver a aquella coqueta —me dijo —. Se burla de mí continuamente y sólo encuentra placer entablando nuevas amistades. Pero, afortunadamente, todo ha terminado entre nosotros. Estoy profundamente disgustado y no volveré a verla nunca más…

Paseó durante unos instantes a lo largo de la habitación, como tenía por costumbre, y luego continuó:

—Seguramente que usted creyó que estaba enamorado de ella. Eso cree también el imbécil del doctor. No, no la he amado nunca. Su carácter alegre me resultaba agradable. Su piel blanca me parecía bonita a la vista… Eso es todo lo bello que hay en ella. La piel. Cerebro, ni pizca. Siempre la he considerado como un agradable pasatiempo, a propósito para distraerle a uno cuando está aburrido o cuando no tiene libros nuevos que leer… No puede decirse que sea una gran belleza, desde luego… La piel, sí, la piel es algo maravilloso.

Señor profesor, la sangre que circula por debajo de aquella piel debe ser mejor que la de un caballo, ¿no le parece?

Y estalló en una carcajada.

Al día siguiente me despedí de él para continuar mis investigaciones en el Norte del Palatinado.

Transcurrieron dos meses y puede decirse que no hubo aldea ni rincón de la Samogizia que escapara a mis pesquisas. Aprovecho esta ocasión para dar las gracias públicamente a los habitantes de esta provincia, y de un modo especial a los señores eclesiásticos, por la ayuda realmente notable que prestaron a mis investigaciones, y por las excelentes contribuciones con las cuales enriquecieron mi vocabulario.

Tras una estancia de una semana en Szawlé, me proponía embarcar en Klaypeda (puerto al que nosotros damos el nombre de Memel) cuando recibí la siguiente carta del conde Szémioth:

Permítame que le escriba en alemán. Si le escribiera en jmudo incurriría en muchos solecismos, y perdería usted toda la estima que pueda tenerme. Por mi parte, le aprecio a usted sinceramente, y por ello quiero que sea de los primeros en conocer la noticia que tengo que darle. Para no andar con rodeos, he decidido casarme y usted sabe perfectamente con quién. *Júpiter se ríe de los juramentos de los enamorados.* Y lo mismo hace *Pirkuns,* nuestro Júpiter samogítico. Me casaré, pues, con la señorita Giuliana Iwinska el día ocho del próximo mes. No sabe cuánto le agradecería su asistencia a la ceremonia. Todo el condado de Medintiltas estará presente; y cuando el vino les haya conquistado, bailarán en el prado, y podrá usted verles con sus trajes típicos. También Giuliana se sentirá muy honrada con su presencia. Y permítame decirle que en el fondo nos mueve un deseo egoísta. Sí, amigo mío; una negativa suya nos pondría en verdadero apuro. Lo mismo mi prometida que yo pertenecemos a la religión evangélica; y nuestro ministro, que vive a treinta millas del castillo, se encuentra impedido a causa de la gota; por lo tanto, me atrevo a esperar que querrá oficiar en nuestra boda. Considéreme, querido profesor, su devotísimo

Michele Szémioth.

A continuación, en forma de posdata, una mano graciosamente femenina había añadido en lengua jmuda:

Yo, musa de Lituania, escribo en lengua jmuda. Michele es un tonto, ya que duda de su aceptación. Soy una loca, en efecto, al casarme con un hombre como él. El día ocho del mes próximo podrá usted ver, querido profesor, a una esposa realmente chic. *No al estilo jmudo, sino al estilo francés. ¡Procure no distraerse durante la ceremonia!*

Ni la carta ni la posdata me complacieron excesivamente. Me pareció que los dos prometidos mostraban una ligereza incomprensible ante una circunstancia tan solemne. Sin embargo, no veía el modo de rechazar la invitación. Confieso, al mismo tiempo, que el espectáculo que se me prometía no dejaba de tener atractivos para mí. Según todas las probabilidades, no faltaría en el castillo de Medintiltas algún hombre instruido que podría facilitarme provechosas informaciones. Mi glosario jmudo era ya bastante rico; pero muchos vocablos que había aprendido de boca de los rústicos campesinos seguían sin tener ningún significado para mí. Todas estas consideraciones reunidas consiguieron decidirme a aceptar la invitación del conde, y le escribí una carta diciéndole que la mañana del día ocho llegaría a Medintiltas.

Más tarde, me arrepentí amargamente de haber tomado aquella decisión.

Al entrar en el patio del castillo vi a un gran número de caballeros y de gentilhombres en traje de paseo, dispersos a lo largo de la escalinata o por los

senderos del parque. El patio estaba lleno de una gran muchedumbre de campesinos vestidos de fiesta. El castillo tenía un aspecto radiante; por todas partes flores, guirnaldas, colgaduras. El mayordomo me acompañó a la habitación que me había sido destinada en la planta baja, pidiéndome disculpas por no haber podido destinarme otra más agradable; pero el castillo estaba atestado de huéspedes, y había sido imposible reservarme la habitación que ocupé durante mi anterior estancia, ya que había sido cedida a la esposa del mariscal.

Me preparé rápidamente para la ceremonia; pero ni el conde ni su prometida estaban presentes. El conde había ido a buscar a su novia a Dowghielly, y se retrasaba más de la cuenta. Pero el tocado de una novia no es asunto sencillo, y el doctor consideró oportuno advertir a los invitados que podían entretener el apetito acercándose a una mesa cubierta de pasteles y licores, ya que la comida nupcial no tendría lugar hasta después de la ceremonia religiosa.

Era más de mediodía cuando una salva de disparos señaló la llegada de los dos prometidos, y pocos instantes después una carroza de gala hizo su entrada en el patio, arrastrada por cuatro maravillosos caballos. Por la espuma que cubría sus belfos era evidente que no tenían ninguna culpa del retraso. La señorita Iwinska, con un movimiento lleno de gracia y de coquetería, trataba de ocultarse a las miradas que la acosaban por todas partes. Pero al mismo tiempo se puso en pie en el interior de la carroza, y estaba a punto de coger la mano que el conde le alargaba para ayudarla a bajar, cuando los caballos, espantados quizá por la lluvia de flores que los campesinos lanzaban sobre la joven, o tal vez invadidos por el extraño terror que el conde provocaba en los animales, se encabritaron. Todo el mundo contuvo el aliento, previendo una horrible desgracia. La señorita Iwinska profirió un grito de pánico… Pero no tardó en quedar restablecido el orden. El conde, tomándola en brazos, la llevó hasta lo alto de la escalinata con la misma facilidad con que hubiese llevado a una paloma. Todo el mundo aplaudió su habilidad y su caballeresca galantería. Los campesinos gritaban, entusiasmados, y la futura esposa temblaba y reía al mismo tiempo por el susto que acababa de recibir. El conde, que no parecía dispuesto a soltar su preciosa carga, parecía un triunfador, mostrándola a la muchedumbre que le rodeaba por todas partes…

De pronto, una mujer alta, pálida, delgada, con los vestidos en desorden y los cabellos sueltos, apareció en lo alto de la escalinata sin que nadie acertara a saber de dónde había surgido. Sus rasgos estaban contraídos por el terror.

—¡Al oso! —gritó, con voz agudísima—. ¡Al oso! ¡Empuñad las armas! ¡Ha raptado a una mujer! ¡Matadle! ¡Fuego! ¡Fuego!

Era la condesa. La llegada de la pareja había reunido a todo el personal en el pórtico o en las ventanas del castillo. Las mujeres que vigilaban a la enferma habían descuidado su vigilancia, y la condesa había huido para aparecer en medio de los invitados. Fue una escena penosísima. Hubo que sacarla a rastras, a pesar de sus gritos y de su resistencia. Muchos invitados ignoraban la tragedia. Hubo que dar

explicaciones. Se hicieron muchos comentarios en voz baja. Todos los rostros se habían entristecido. «Funesto presagio», dijeron los que eran supersticiosos; y en Lituania hay muchos.

Entretanto, la novia pidió cinco minutos para acabar de arreglarse y ponerse el velo de la desposada, operación que duró una hora larga. Era más de lo que se necesitaba para que los que ignoraban los pormenores de la enfermedad de la condesa fueran puestos al corriente.

Finalmente, apareció la desposada espléndidamente ataviada y cubierta de diamantes. La tía la presentó a todos los invitados, y cuando llegó el momento de pasar a la capilla, con gran sorpresa de mi parte y en presencia de todo el acompañamiento, propinó a su sobrina un fuerte bofetón, capaz de tumbar a una persona cogida de improviso por la agresión. Nadie pareció extrañarse lo más mínimo ante aquella extravagante conducta. Únicamente un hombre vestido de negro escribió unas palabras en un papel y luego lo dio a firmar a varios testigos. Sólo al final de la ceremonia me fue explicado el misterio. De haberlo supuesto, no hubiese dejado de oponerme con todas mis fuerzas a aquella práctica odiosa, que tiene por objeto establecer una coartada en caso de divorcio, al establecer que el matrimonio ha tenido lugar sólo después de haberse ejercido violencia material contra una de las partes contrayentes.

La comida, los interminables brindis, los bailes, el jolgorio… Me acosté rendido, y me quedé dormido como un tronco. Cuando me desperté, en el reloj del castillo daban las tres de la madrugada. La noche era clara, a pesar de que la luna aparecía cubierta por una leve neblina. Traté de conciliar de nuevo el sueño, pero sin resultado. De acuerdo con mi costumbre en estos casos, debía dedicarme a leer un rato, pero no tenía ninguna luz a mano. Me levanté y empecé a andar a tientas por la estancia. De pronto, un cuerpo opaco, bastante grande, pasó ante la ventana y cayó pesadamente en el jardín. Me asomé a la ventana y miré al exterior; pero no se veía nada. Finalmente conseguí encontrar una vela, la encendí y volví a meterme en la cama, dispuesto a repasar mi glosario.

Me levanté muy tarde. A las once me presenté en el salón, pero ni el conde ni la condesa habían bajado aún. A las once y media, la gente empezó a murmurar, primero en voz baja, luego sin ningún recato. El doctor Froeber decidió enviar un paje a la habitación de los recién casados, con el encargo de que llamara a la puerta. Al cabo de un cuarto de hora regresó el paje, muy emocionado, diciendo que había llamado repetidas veces sin obtener ninguna respuesta. Había que tomar una decisión. Nos consultamos, el doctor, la señora Dowghielly y yo. La inquietud del paje había hecho presa también en mí. Nos encaminamos los tres a la habitación del conde. Delante de la puerta encontramos a la doncella de la condesa muy descompuesta; nos dijo que había visto desde fuera la ventana de la habitación de los recién casados:

estaba destrozada, por lo que era de suponer que había ocurrido alguna desgracia. Recordé con repentino terror el cuerpo que había caído por delante de mi ventana. Golpeamos la puerta fuertemente. Ninguna respuesta. Finalmente, uno de los criados trajo un barra de hierro y forzamos la puerta… ¡No! Me falta valor para describir el espectáculo que se ofreció a nuestras miradas. La condesa estaba tendida sobre el lecho, muerta, con el rostro horriblemente lacerado, la garganta desgarrada, inundada en sangre. El conde había desaparecido y nadie, desde entonces, ha vuelto a verle. El doctor examinó la horrible herida de la mujer.

—No ha sido una hoja de acero lo que ha producido esta herida —dijo—. ¡Es un mordisco!

El doctor cerró el cuaderno y se quedó mirando el fuego con aire pensativo.

—¿Ha terminado la historia? —preguntó Adelaide.

—Sí —respondió el profesor en tono melancólico.

—Pero ¿por qué la ha titulado usted *Lokis*? Ninguno de los personajes lleva ese nombre.

—No es un nombre humano —respondió el profesor—. Vamos a ver, Teodoro, ¿comprendes lo que significa *Lokis?*

—No.

—Si estuvieras suficientemente versado en las leyes de transformación del sánscrito al lituano, habrían reconocido en *Lokis* al sánscrito *arkcha o rischa.* Se llama *Lokis*, en lituano, al animal que los griegos bautizaron con el nombre de *àrctos*, los latinos con el de *ursus* y los germanos con el de *Bär.*

Miszka su Lokiu
Abu du tokiw

—Habéis de saber que en el *Romanzo della Volpe*[2], el Oso se llama *dam Brum*[3]. Los eslavos le llaman Michele; los lituanos Miszka; y este sobrenombre sustituye casi siempre al nombre genérico, *Lokis.* Del mismo modo, los franceses han olvidado el vocablo neolatino *goupil* o *gorpil*, para sustituirlo con el de *renard.* Podría citaros otros muchos ejemplos…

Pero Adelaida hizo notar que era muy tarde y nos despedimos de nuestro huésped.

VISIÓN DE CARLOS XI

Próspero Merimée

There are more things in heav'n and earth, Horatio, Than are dreamt of in your philosophy.

Shakespeare, *Hamlet.*

LA gente se burla de las visiones y de las apariciones sobrenaturales; algunas de ellas, sin embargo, cuentan con tal cantidad de testimonios a su favor, que el que se niegue a creerlas se verá obligado, para mostrarse consecuente, a rechazar de plano todos los testimonios históricos.

Lo que garantiza la autenticidad del hecho que voy a relatar es el sumario de una causa avalado por las firmas de cuatro testigos dignos de crédito. Añadiré que la predicción contenida en ese sumario era conocida y citada mucho antes que unos acontecimientos sucedidos en nuestros días le hayan dado cumplimiento, a lo que parece.

Carlos XI[1], padre del famoso Carlos XII, fue uno de los monarcas más despóticos, al tiempo que uno de los más sagaces, que ha tenido Suecia. Restringió los monstruosos privilegios de la nobleza, abolió el poder del Senado y dictó leyes emanadas de su propia autoridad; en una palabra, cambió la constitución del país, que antes de su ascensión al trono era oligárquica, y obligó a los Estados a confiarle la autoridad absoluta. Era, por otra parte, un hombre inteligente, valeroso, muy adicto a la religión luterana, de un carácter inflexible, frío, práctico, enteramente desprovisto de imaginación.

Acababa de perder a su esposa Ulrique Eléonore. Aunque se dice que la dureza con que trataba a la princesa provocó su temprana muerte, la apreciaba, y su fallecimiento le afectó mucho más de lo que podía esperarse de un corazón tan seco como el suyo. A partir de aquel acontecimiento, se mostró más sombrío y taciturno que nunca, y se entregó al trabajo con un encarnizamiento que revelaba una imperiosa necesidad de apartar de su mente las ideas penosas.

Al atardecer de un día de otoño, Carlos XI estaba sentado, con bata y zapatillas, ante un gran fuego encendido en su gabinete del palacio de Estocolmo. Tenía junto a él a su chambelán, el conde Brahé, al cual honraba con su confianza, y al médico

Baumgarte, quien, dicho sea de paso, se vanagloriaba de ser un «espíritu fuerte» y pretendía que se dudara de todo, excepto de la Medicina. Aquel día, el rey le había llamado para consultarle acerca de una leve indisposición.

La velada se prolongaba y el monarca, contra su costumbre, no les daba las buenas noches para indicarles con ello que había llegado el momento de retirarse. Con la cabeza inclinada y la mirada fija en el fuego, Carlos XI guardaba un profundo silencio, fastidiado por la compañía de los dos hombres pero al mismo tiempo temiendo, sin saber por qué, el quedarse solo. El conde Brahé se daba cuenta de que su presencia no resultaba demasiado agradable, y había expresado varias veces el temor de que Su Majestad necesitara reposar: un gesto del rey le había mantenido en su puesto. A su vez, el médico habló de lo perjudiciales para la salud que eran las velas prolongadas; pero Carlos le replicó entre dientes:

—Quedaos, no siento aún el deseo de acostarme.

Entonces se iniciaron distintos temas de conversación que quedaron agotados a la segunda o tercera frase. Parecía evidente que el rey se hallaba en uno de sus estados de ánimo sombrío y, en tal circunstancia, la posición de un cortesano era muy delicada. El conde Brahé, sospechando que la tristeza del rey tenía por causa el pesar por la muerte de su esposa, contempló durante algún tiempo el retrato de la reina colgado de una de las paredes del gabinete y luego murmuró, con un hondo suspiro:

—¡Qué parecido el de ese retrato! Es su misma expresión, majestuosa y dulce a la vez…

—¡Bah! —replicó el rey, que creía oír un reproche cada vez que se pronunciaba en su presencia el nombre de la reina—. ¡Es un retrato muy adulador! La reina era muy fea.

Luego, interiormente avergonzado de su dureza, se puso en pie y dio unos pasos por la habitación para ocultar una emoción que encendía de rubor sus mejillas. Se detuvo ante la ventana que se abría sobre el patio. Era una noche oscura y la luna se hallaba en su primer creciente.

El palacio donde residen actualmente los reyes de Suecia no estaba terminado y Carlos XI, que lo había empezado, habitaba el antiguo palacio situado en la punta del Ritterholm que mira hacia el lago Moeler[2]. Se trata de un gran edificio en forma de herradura. El gabinete del rey se hallaba en uno de los extremos, y casi enfrente se abría el gran salón donde se reunían los Estados cuando tenían que recibir algún comunicado de la corona.

Las ventanas del salón parecían iluminadas en aquel momento por una viva claridad. Al rey no dejó de intrigarle aquel hecho. De momento, pensó que la luz era el reflejo de la antorcha de algún criado. Pero ¿qué tendría que hacer a aquellas horas en un salón que no había sido abierto desde hacía mucho tiempo? Además, la claridad era demasiado intensa para proceder de una sola antorcha. Hubiera podido atribuirse a un incendio; pero no se veía ni rastro de humo, los cristales no estaban rotos y no se oía el menor ruido; se trataba, indudablemente, de una iluminación.

Carlos contempló las ventanas en silencio durante algún tiempo. El conde Brahé, alargando la mano hacia el cordón de una campanilla, se disponía a llamar a un paje para enviarle a averiguar las causas de aquella extraña claridad; pero el rey le detuvo.

—Voy a ir yo mismo a enterarme de lo que pasa en el salón —dijo.

Al acabar de pronunciar aquellas palabras, palideció intensamente y su rostro expresó una especie de terror religioso. No obstante, salió del gabinete con paso firme; el chambelán y el médico le siguieron, portando una vela encendida.

El conserje, que estaba a cargo de las llaves, se había ya acostado. Baumgarten fue a despertarle y le ordenó, en nombre del rey, que abriera inmediatamente el salón de los Estados. El hombre mostró una gran sorpresa ante aquella inesperada orden; se vistió a toda prisa y fue a reunirse con el rey llevando su manojo de llaves. En primer lugar abrió la puerta de una galería que servía de antecámara o de salida excusada al salón de los Estados. El rey entró; pero… ¡cuál no sería su sorpresa al ver las paredes enteramente recubiertas de cortinajes negros!

—¿Quién ha dado la orden de tapizar estas paredes de negro? —preguntó, en tono colérico.

—Nadie, que yo sepa, señor —respondió el conserje, temblando—. La última vez que mandé barrer la galería estaba como siempre… Y, desde luego, esos cortinajes no proceden del guardamuebles de Su Majestad.

El rey, andando con paso rápido, había recorrido ya más de los dos tercios de la galería. El conde y el conserje le seguían de cerca; el médico Baumgarten, más atrás, luchaba entre el temor de quedarse solo y el de exponerse a las consecuencias de una aventura cuyos inicios no presagiaban nada bueno.

—¡No vayáis más lejos, señor! —gritó el conserje—. Ese lugar está embrujado. A esta hora… y desde que murió la reina, vuestra graciosa esposa… se dice que se pasea por esta galería… ¡Dios nos proteja!

—¡Deteneos, señor! —gritó el conde a su vez—. ¿No oís un ruido que procede del salón de los Estados? ¡Quién sabe a qué peligros se expone Vuestra Majestad!

—Señor —dijo Baumgarten, a quien un soplo de viento acababa de apagar la vela —, permitidme al menos que vaya a buscar una veintena de vuestros *trabans*[3].

—Entremos —dijo el rey con voz firme, deteniéndose ante la puerta del gran salón—. Y tú, conserje, abre inmediatamente esta puerta.

La golpeó con el pie, y el ruido, multiplicado por el eco de las bóvedas, resonó en la galería como un cañonazo.

El conserje temblaba de tal modo que su llave se negaba a entrar en la cerradura.

—¡Un viejo soldado que tiembla! —dijo Carlos, alzando desdeñosamente los hombros—. Vamos, conde, abridnos esta puerta.

—Señor —respondió el conde, retrocediendo un paso—, si Vuestra Majestad me ordena lanzarme contra un cañón alemán o danés obedeceré sin vacilar; pero ahora me estáis pidiendo que desafíe al infierno…

El rey arrancó la llave de las manos del conserje.

—Ya veo —dijo en tono de desprecio— que esto me concierne a mí solo.

Y antes de que sus acompañantes pudieran impedirlo, abrió la pesada puerta de encina y penetró en el salón, pronunciando las palabras: «¡Con la ayuda de Dios!» Sus tres acólitos, impulsados por la curiosidad, más fuerte que el miedo, y tal vez avergonzados de abandonar a su rey, entraron con él.

El gran salón estaba iluminado por una infinidad de antorchas. Los antiguos tapices habían sido sustituidos por cortinajes negros. A lo largo de las paredes veíanse, como de costumbre, banderas alemanas, danesas o moscovitas, trofeos de los soldados de Gustavo-Adolfo[4]. En medio de aquellas enseñas podían verse banderas suecas, cubiertas con crespones funerarios.

Una inmensa multitud se apiñaba en los bancos. Los cuatro órdenes del Estado[5] ocupaban sus respectivos lugares.

Todos iban vestidos de negro, y aquella multitud de rostros humanos, que parecían luminosos sobre un fondo sombrío, cegaban hasta tal punto los ojos, que, de los cuatro testigos de aquella escena extraordinaria, ninguno pudo ver una sola cara conocida. Del mismo modo, un actor que se enfrenta con un público numeroso no ve más que una masa confusa, en la cual sus ojos no pueden distinguir a un solo individuo.

Sobre el elevado trono que solía ocupar el rey para arengar a los reunidos en el salón, los cuatro recién llegados vieron un cadáver sangriento, revestido con las insignias de la realeza. A su derecha, un niño, de pie y coronado, sostenía un centro en la mano; a su izquierda, un hombre de edad madura, o, mejor dicho, otro fantasma, se apoyaba en el trono. Iba revestido con el manto de ceremonia que llevaban los antiguos Administradores de Suecia, antes de que Wasa[6] hiciera de ella un reino. Enfrente del trono, varios personajes de continente grave y austero, revestidos de largas togas negras, y que por su aspecto parecían ser jueces, estaban sentados ante una mesa sobre la cual veíanse algunos infolios y pergaminos. Entre el trono y los bancos ocupados por la multitud había un tajo cubierto con un crespón negro y un hacha apoyada en él.

Nadie, en aquella reunión sobrehumana, pareció darse cuenta de la presencia de Carlos y de las tres personas que le acompañaban. Al entrar, los cuatro hombres no oyeron más que un confuso murmullo, en medio del cual el oído no podía captar ninguna palabra articulada; luego, el más anciano de los jueces de toga negra, el que parecía ejercer las funciones de presidente, se puso en pie y golpeó tres veces con la mano sobre un infolio abierto ante él. Inmediatamente se hizo un profundo silencio. Algunos jóvenes de buen aspecto, ricamente ataviados, con las manos atadas detrás de la espalda, entraron en el salón por una puerta opuesta a la que acababa de abrir Carlos XI. Andaban con la cabeza alta y la mirada serena. Detrás de ellos, un hombre robusto, revestido con un jubón de cuero, sostenía el extremo de las cuerdas que ataban las manos de los jóvenes. El que marchaba en cabeza, y que parecía ser el más importante de los prisioneros, se detuvo en medio del salón, ante el tajo, al cual

dirigió una mirada de supremo desdén. Al mismo tiempo, el cadáver pareció temblar con un movimiento convulsivo, y una sangre roja y fresca manó de su herida. El joven se arrodilló, tendió la cabeza; el hacha brilló en el aire y cayó inmediatamente. Un arroyo de sangre cayó sobre el estrado y se confundió con la sangre del cadáver; y la cabeza, botando varias veces sobre el pavimento enrojecido, rodó hasta los pies de Carlos, tiñéndolos de sangre.

Hasta aquel momento, la sorpresa le había dejado mudo; pero, a la vista de aquel horrible espectáculo, recobró el uso de la palabra; dio unos pasos hacia el estrado y, dirigiéndose al hombre revestido con el manto de Administrador, pronunció la conocida fórmula:

—Si eres de Dios, habla; si eres del Otro, déjanos en paz.

El fantasma le respondió lentamente y en tono solemne:

—¡Rey Carlos! Esa sangre no manará bajo tu reinado… —la voz se hizo aquí menos audible—, sino cinco reinados después. ¡Desdicha, desdicha, desdicha a la sangre de Wasa!

A continuación, las formas de los numerosos personajes de aquella asombrosa multitud empezaron a hacerse menos precisas y no parecieron ya más que sombras coloreadas, para desaparecer casi inmediatamente; las fantásticas antorchas se apagaron, y las de Carlos y su séquito sólo alumbraron a partir de aquel momento los antiguos tapices, ligeramente agitados por el viento. Se oyó aún, durante algún tiempo, un sonido bastante melodioso, que uno de los testigos comparó con el murmullo del viento en las hojas de los árboles, y otro afirmó que le había recordado el sonido que producen las cuerdas del arpa en el instante de templar el instrumento. Todos se mostraron de acuerdo en lo que respecta a la duración de la aparición, la cual opinaron que fue de unos diez minutos.

Los cortinajes negros, la cabeza cortada, los charcos de sangre que teñían el pavimento, todo había desaparecido con los fantasmas; únicamente la zapatilla de Carlos conservó una mancha de color rojo, la cual hubiera bastado por sí sola para recordarle las escenas de aquella noche, si no hubiesen estado demasiado bien grabadas en su memoria.

Cuando estuvo de regreso en su gabinete, el rey mandó escribir el relato de lo que había visto, lo hizo firmar por sus compañeros y lo firmó también él. Aunque se adoptaron las naturales precauciones para evitar que se hiciera público el contenido de aquel documento, no tardó en ser conocido, incluso por algunos contemporáneos de Carlos XI; el documento existe todavía y, hasta el momento presente, nadie ha puesto en tela de juicio su autenticidad. El final es muy notable:

«Y si lo que acabo de relatar —dice el rey— no es la verdad exacta, renuncio a toda esperanza de una vida mejor, la cual puedo haber merecido por algunas buenas acciones, y especialmente por mi constante preocupación por procurar la felicidad de mi pueblo y por defender la religión de mis antepasados».

Ahora, si recordamos la muerte de Gustavo III[7] y el juicio contra Ankarstroem,

su asesino, encontraremos más de una afinidad entre esos acontecimientos y las circunstancias de aquella extraña profecía.

El joven decapitado en presencia de los Estados correspondería a Ankarstroem.

El cadáver coronado sería Gustavo III.

El niño, su hijo y sucesor, Gustavo-Adolfo IV.

El anciano, finalmente, sería el duque de Sudermanie, tío de Gustavo IV, que fue regente del reino, y luego rey, tras la deposición de su sobrino.

LA HIJA DE RAPACCINI

Nataniel Hawthorne

HACE ya muchos años llegó a Padua, con el fin de proseguir sus estudios en la Universidad de aquella ciudad, un joven llamado Giovanni Guasconti. Procedía de la más meridional de las regiones de Italia. Giovanni, cuya bolsa era más bien flaca, se alojó en un humilde aposento situado en los altos de un viejo edificio, que otrora pudo ser el palacio de un noble paduano y que seguía exhibiendo en su fachada el blasón de una familia extinguida hacía mucho tiempo. El forastero, que conocía las nobles gestas de su país, recordó que uno de los antepasados de aquella familia figuraba entre los protagonistas de las eternas agonías del *Infierno* evocado por Dante. Este recuerdo, unido a la melancolía muy explicable en un joven separado por vez primera de su medio ambiente habitual, hizo que Giovanni no pudiera disimular su desencanto al examinar su habitación, ruinosa y mal amueblada.

—¡Virgen santa! —exclamó la anciana señora Lisabetta, la cual, atraída por el hermoso aspecto del joven, trataba de dar a la estancia un aire acogedor—. ¿Qué aspecto tiene esto para descorazonar a un joven? ¿Le parece oscura la casa? Vamos, asómese a la ventana y verá un sol tan espléndido como el que dejó en Nápoles.

Guasconti hizo maquinalmente lo que la anciana le aconsejaba, pero no estuvo de acuerdo con ella en que el sol de Padua fuese tan espléndido como el del sur de Italia. Sin embargo, brillaba sobre el jardín situado debajo de la ventana y esparcía su influjo vivificante sobre una colección de plantas que parecían haber sido cultivadas con excesivos cuidados.

—Ese jardín, ¿pertenece a la casa? —inquirió Giovanni.

—De ser así, sus flores serían mucho mejores que las que ahora crecen en él —respondió la señora Lisabetta—. No, este jardín es cultivado por las propias manos del doctor Giacomo Rapaccini, el famoso doctor, cuya fama ha llegado hasta Nápoles. Se dice que destila de ellas unas medicinas tan eficaces como un hechizo. Podrá ver a menudo al doctor en su trabajo, y quizá también a la señorita, su hija, recogiendo las extrañas flores que crecen en su jardín.

La anciana señora hacía todo lo posible para mejorar el aspecto de la habitación, y tras encomendar al joven a la protección de los santos, se retiró a su aposento.

Giovanni no encontró mejor entretenimiento que contemplar el jardín. Era uno de aquellos jardines botánicos que fueron creados en Padua antes que en ningún otro lugar de Italia, y aun del mundo. Era probable que hubiese servido de lugar de apacible retiro a una familia opulenta, pues en el centro conservaba una fuente de mármol, en estado ruinoso, esculpida con excelente arte, pero tan deteriorada que era imposible recomponer mentalmente el diseño original a base del caos de fragmentos que quedaban. El agua, sin embargo, seguía brotando en forma de surtidor y desgranándose en brillantes perlas.

Su tenue murmullo llegaba hasta la ventana del joven y le hizo imaginar que la fuente era un espíritu inmortal que cantaba incesantemente su canción, sin preocuparse de lo que sucedía en derredor, mientras un siglo se encarnaba en mármol u otro esparcía por el suelo la belleza perdurable. En el hoyo donde caía el agua

crecían varias plantas que parecían muy necesitadas de humedad para nutrir sus gigantescas hojas y magníficas flores. Había, sobre todo, una mata en un jarrón de mármol en medio del charco de la fuente, con gran profusión de purpúreas flores, cada una de las cuales ostentaba el brillo y la riqueza de una gema. Y todo reunido formaba una visión tan resplandeciente, que bastaba para iluminar el resto del jardín, aunque no hubiese sol. Todo el suelo estaba poblado de plantas y de hierbas, las cuales, a pesar de ser menos bellas, recibían también asiduos cuidados, como si tuviesen virtudes especiales, conocidas por la mente científica que las protegía. Algunas de ellas estaban colocadas en jarrones adornados con relieves antiguos, y otras descansaban en vulgares macetas de jardín. Unas reptaban por el suelo como culebras o trepaban a lo alto utilizando para su ascenso todo lo que les salía al paso. Una enredadera se había enroscado en torno a una estatua de Vertumno, cubriéndola con un ropaje de hojas, tan lleno de armonía y de gracia que podría haber servido de modelo a un escultor. Mientras Giovanni permanecía acodado en la ventana, oyó un crujido detrás de una cortina de follaje y comprendió que una persona estaba trabajando en el jardín. No tardó en hacerse visible su figura, y por sus características no se trataba de un obrero vulgar: alto, delgado, cetrino y de aspecto enfermizo, vestido de negro, a la usanza escolar. Tenía más de cincuenta años; sus cabellos eran grises, llevaba una barba finamente recortada y su rostro era el de una persona culta, inteligente y estudiosa, pero carente de sentimientos.

Nadie podría superar la atención con que este científico jardinero estudiaba las plantas que encontraba en su camino; parecía estar analizando su naturaleza íntima, haciendo consideraciones relacionadas con la posibilidad de utilizar su esencia, y preguntarse y contestarse por qué estas hojas nacían de esta forma y aquéllas de la otra, y por qué tales y cuales flores diferían entre sí en forma y en perfume. A pesar de la profunda inteligencia que revelaba en su porte, nunca se aproximaba lo suficiente como para intimar con la vida de aquellos vegetales. Por el contrario, evitaba su contacto o inhalar directamente sus aromas, desplegando para ello unas precauciones que impresionaron desagradablemente a Giovanni. El jardinero se conducía como si anduviera entre seres malignos, tales como bestias salvajes, serpientes ponzoñosas o espíritus diabólicos, con los que el menor descuido podía acarrear terribles consecuencias. El joven quedó asombrado al comprobar aquel aire de inseguridad en una persona que cultivaba un jardín, el más sencillo e inocente de los entretenimientos de un hombre, que había sido ya la tarea y la diversión de los felices progenitores del género humano. ¿Era este jardín, acaso, el Edén del mundo presente? Y este hombre, que conocía perfectamente lo que cultivaba con sus manos, ¿era acaso el Adán de este Paraíso?

El receloso jardinero se protegía las manos con un par de gruesos guantes para apartar las hojas secas o detener el excesivo crecimiento de los arbustos. No era esa, sin embargo, su única protección. Al llegar junto a la magnífica planta que mostraba sus purpúreas gemas al lado de la fuente de mármol, se colocó una especie de

mascarilla que le cubría boca y nariz, como si toda aquella belleza no hiciera más que disfrazar unas cualidades letales; pero, estimando aún demasiado peligrosa su tarea, retrocedió unos pasos, se quitó la mascarilla y llamó con voz propia de una persona afectada de una enfermedad interna.

—¡Beatriz! ¡Beatriz!

—Aquí estoy, padre. ¿Qué deseas? —exclamó una voz juvenil y armoniosa desde una ventana de la casa de enfrente, una voz tan exquisita como una puesta de sol tropical, que hizo que Giovanni, sin saber por qué, la asociara con intensos colores púrpura o carmesí, y con penetrantes y deliciosos perfumes—. ¿Estás en el jardín?

—Sí, Beatriz —respondió el jardinero—. Y necesito tu ayuda.

Al cabo de unos instantes apareció bajo un artístico porche la figura de una joven vestida con la gracia de la más espléndida de las flores, bella como el día y con una vitalidad tan exuberante que de ser un poco mayor hubiese resultado exagerada. Respiraba vida, salud y energía; parecía como si todos esos atributos sólo estuviesen reprimidos por su virginal castidad. Mientras miraba el jardín, Giovanni imaginó que se habría criado enfermiza; pero la impresión que la hermosa desconocida le produjo fue la de que había aparecido otra linda flor, más hermosa que la más hermosa de todas, pero a la cual había que acercarse cubierto con una mascarilla y tocar con manos protegidas por unos guantes. Mientras descendía por el sendero del jardín, podía verse cómo manipulaba e inhalaba el olor de varias de las plantas que su padre había evitado con más celo.

—Ven aquí, Beatriz —dijo el jardinero—. Mira cuántos cuidados necesita nuestro mayor tesoro. Como estoy tan delicado, mi vida peligraría si me acercara todo lo que las circunstancias requieren. De ahora en adelante, temo que esta planta tendrá que ser vigilada sólo por ti.

—Me alegro de encargarme de ella —respondió la joven con su armoniosa voz, mientras se aproximaba a la hermosa planta y abría sus brazos como si se dispusiera a abrazarla—. Sí, hermana mía, mi gloria, Beatriz se encargará de cuidarte y de servirte, y tú, en recompensa, le darás tus besos y tu perfumado aliento, que es para ella fuente de vida.

Entonces, con la misma ternura en sus gestos que la que habían expresado sus palabras, dedicó a la planta tantas atenciones como parecía necesitar. Giovanni, desde su elevado observatorio, se frotó los ojos y se preguntó si se trataba realmente de una muchacha que estaba cuidando a su planta favorita o de una hermana que cumplía cerca de otro con sus deberes de afecto fraternal. La escena terminó pronto, bien porque el doctor Rapaccini hubiese dado término a sus tareas en el jardín, bien porque su aguda mirada hubiese notado la presencia del forastero. Lo cierto es que tomó a su hija del brazo y se retiró.

Anochecía, y por la abierta ventana penetraban efluvios sofocantes procedentes de las plantas del jardín. Giovanni cerró la ventana antes de acostarse. Aquella noche soñó con una bella flor y una hermosa joven. La flor y la joven eran distintas, aunque

a veces parecían ser la misma. En una y otra forma parecían entrañar un misterioso peligro.

Pero en la luz matinal hay algo que tiende a rectificar los errores de la fantasía, y aun del raciocinio, en que hemos incurrido durante la puesta de sol, entre las sombras de la noche o a la todavía menos saludable claridad de la luna. El primer movimiento de Giovanni al despertarse a la mañana siguiente fue abrir la ventana y mirar al jardín que sus sueños habían hecho tan fecundo en misterios. Se sorprendió y avergonzó un poco al ver lo real de su aspecto bajo la luz del día. Los rayos del sol doraban las gotas de rocío, las cuales, suspendidas de las hojas y de las flores, realzaban su belleza y les devolvían su aspecto, ordinario. El joven experimentó una gran satisfacción al pensar que en el centro mismo de la ciudad tendría el privilegio de poder disfrutar de la contemplación de aquel rincón de espléndida y frondosa vegetación. Le serviría, se dijo a sí mismo, para ayudarle a mantenerse en contacto con la naturaleza. Ni el doctor Rapaccini ni su hermosa hija estaban allí, de modo que Giovanni no pudo determinar cuánto había de realidad y cuánto de fantasía en las singulares cualidades que atribuía a ambos. Pero estaba dispuesto a adoptar un punto de vista más racional en todo el asunto.

En el curso del día presentó sus respetos al señor Pietro Baglioni, profesor de Medicina de la Universidad y médico de eminente reputación, para el cual traía una carta de presentación. El profesor era un anciano de carácter afable y de modales que rezumaban cordialidad. Invitó a almorzar a Giovanni y se mostró locuaz y jovial, sobre todo después de animarse con un par de botellas de vino toscano. Giovanni pensó que los hombres de ciencia que vivían en una misma ciudad debían mantener buenas relaciones, y buscó una oportunidad para mencionar el nombre del doctor Rapaccini. Pero el profesor no respondió con la cordialidad que el joven había imaginado.

—No estaría bien que un profesor del divino arte de la Medicina —dijo el profesor Pietro Baglioni, en respuesta a la pregunta de Giovanni— negase las cualidades que adornan a un médico de tanta fama y prestigio como Rapaccini; pero, por mi parte, sería mucho peor permitir que un joven de mérito como usted, señor Giovanni, hijo de un querido amigo mío, adquiriera ideas erróneas acerca de un hombre en cuyas manos podría confiar su propia vida. La verdad es que nuestro respetable doctor Rapaccini tiene más conocimientos científicos que cualquier otro miembro de la Facultad —con una sola excepción, quizás—, en Padua y en Italia. Pero su carácter profesional puede ser objeto de ciertas objeciones, bastante graves.

—¿Cuáles son esas objeciones? —preguntó Giovanni.

—Amigo mío, ¿está usted enfermo, acaso, del cuerpo o del corazón para preocuparse tanto de los médicos? —inquirió el profesor con una sonrisa—. De Rapaccini se dice —y yo que le conozco bien puedo asegurar que es cierto— que le preocupa mucho más la ciencia que la humanidad. Sus pacientes sólo le interesan como materia para nuevos experimentos. Sacrificaría una vida humana, la suya

propia o la del ser más querido para él, con tal de poder añadir un diminuto grano de mostaza al caudal de sus conocimientos.

—Imagino que será un hombre terrible —dijo Giovanni, recordando el aspecto intelectualizado y frío de Rapaccini—. No obstante, querido profesor, creo que en el fondo puede decirse de él que es un espíritu noble. ¿Hay muchos hombres capaces de un amor tan apasionado a la ciencia?

—Que Dios perdone a los que tengan los mismos puntos de vista de Rapaccini acerca del arte de curar —dijo el profesor, con cierto desdén—. Sostiene la teoría de que todas las propiedades curativas se hallan encerradas en el interior de aquellas sustancias que nosotros denominamos venenos vegetales. Los cultiva con sus propias manos y se dice que ha producido nuevas variedades de venenos más mortales que los de la Naturaleza. Es innegable que el doctor Rapaccini hace menos daño del que pudiera esperarse con sustancias tan peligrosas. En algunas ocasiones, tengo que reconocerlo, ha hecho o parece haber hecho alguna cura maravillosa; pero, si he de ser sincero, señor Giovanni, no puede prestárseles entero crédito, ya que quizá son producto de la casualidad. En cambio, se le considera responsable de sus fracasos, que son el resultado frecuente de sus trabajos.

El joven escuchó con cierto escepticismo la opinión de Baglioni, porque sabía que existía una antigua rivalidad entre el profesor y el doctor Rapaccini, y se consideraba a este último como ganador de la partida. (Si el lector quiere juzgar por sí mismo, le aconsejamos la lectura de ciertos opúsculos en letra gótica sobre la materia que se conservan en los archivos de la Universidad de Padua).

—Mi querido profesor —dijo Giovanni, después de meditar en lo que había oído acerca del exagerado celo por la ciencia que demostraba Rapaccini—, no sé hasta qué punto ama a su arte ese médico, pero seguramente existe algo mucho más querido para él: su hija.

—¡Ah! —exclamó el profesor, riéndose—. Ya sé el secreto de nuestro amigo Giovanni: ha oído usted hablar de su hija, de la cual están enamorados todos los jóvenes de Padua, aunque no hay ni media docena de ellos que hayan tenido la suerte de verle el rostro. No sé gran cosa acerca de doña Beatriz, excepto que, según dicen, Rapaccini la ha hecho partícipe de la mayor parte de sus conocimientos y que, joven y hermosa como es, está considerada ya como apta para ocupar un sillón de catedrático. ¡Quizá su padre la destina para el mío! Otros rumores que corren no merecen ser citados ni que se les dé oídas. De modo que, ahora, bébase el vino tranquilamente.

Guasconti regresó a su alojamiento algo mareado por el vino que había bebido e imaginando extrañas fantasías relacionadas con el doctor Rapaccini y su bella hija Beatriz. Al pasar ante una tienda de flores entró y compró un ramo recién cortado.

Subió a su habitación y se sentó cerca de la ventana, en la sombra, de modo que podía ver el jardín sin correr el riesgo de ser descubierto. No se veía a nadie. Las plantas desconocidas estaban iluminadas por el sol y de vez en cuando inclinaban sus

cabezas cortésmente, saludándose unas a otras, como si entre ellas existiesen relaciones de parentesco o de simpatía. En el centro del jardín, sobre la fuente en ruinas, crecía la más hermosa de las plantas, cubierta de gemas color de púrpura que brillaban en el aire y se reflejaban en el agua del estanque. Las aguas parecían pobladas con los colores radiantes que se reproducían en, ellas. Al cabo de un rato, tal como Giovanni había esperado y al mismo tiempo temido, una figura hizo su aparición bajo el antiguo y artístico porche. Fue acercándose entre las hileras de plantas, aspirando sus varios perfumes, como si se tratara de uno de aquellos seres fantásticos de que nos hablan las viejas fábulas y que se alimentaban de dulces olores.

Al ver de nuevo a Beatriz, el joven se maravilló de que su belleza excediese incluso al recuerdo que conservaba de ella; era tan brillante e intensa, que resplandecía al sol, y, como Giovanni se dijo a sí mismo, iluminaba los más sombríos rincones del fantástico jardín. Su rostro era ahora mucho más visible que la primera vez que tuvo ocasión de contemplarlo, y a Giovanni le llamó la atención su expresión de sencillez y de dulzura, cualidades que no había imaginado que la joven pudiese poseer y que le hicieron preguntarse cómo sería su carácter. De nuevo le pareció encontrar cierta semejanza entre la hermosa hija de Rapaccini y el espléndido arbusto que lucía flores parecidas a gemas purpúreas, analogía que Beatriz acentuaba con la forma de sus trajes y los colores que escogía.

Cuando estuvo cerca de la planta, la joven abrió sus brazos, como si estuviera poseída de un ardor apasionado y oprimió sus ramas en un abrazo íntimo, tan íntimo que quedó semioculta en el seno de las hojas, y los dorados rizos de su pelo se entremezclaban con las flores.

—¡Dame tu aliento, hermana mía! —exclamó Beatriz—. Dame tu aliento, pues con el aire común me siento débil. Y dame también tus flores, que separaré con delicadeza de tu tallo y colocaré junto a mi corazón.

Mientras pronunciaba estas palabras, la hermosísima hija del doctor Rapaccini cortó una de las flores más espléndidas y se dispuso a prenderla en su pecho. En aquel momento ocurrió algo singular, a no ser que el vino hubiese perturbado los sentidos de Giovanni. Un pequeño reptil de color anaranjado, semejante a un lagarto o a un camaleón, se deslizaba en aquel instante por el sendero, junto a los pies de Beatriz. A Giovanni le pareció —ya que a la distancia en que se encontraba apenas si pudo ver una cosa tan diminuta— que una o dos gotas del jugo del tallo roto de la flor caían sobre la cabeza del animalito. Por espacio de un par de segundos el reptil se contorsionó violentamente y luego quedó completamente inmóvil. Beatriz observó aquel fenómeno extraordinario y se santiguó con tristeza, aunque sin revelar la menor sorpresa, y no dudó en prenderse en su pecho la flor fatal. Allí se hizo más roja y lanzó unos destellos casi tan vivos como los de una piedra preciosa, confiriendo al vestido de la joven y a todo su aspecto en general un extraordinario encanto. Sin embargo, Giovanni, saliendo de la sombra de la ventana, se inclinó hacia adelante y volvió a retirarse inmediatamente, murmurando en voz baja y temblorosa:

«¿Estoy despierto? ¿Estoy en mi sano juicio? ¿Qué es lo que pasa? ¿Puede ser bella, y, al mismo tiempo, un ser insensible y terrible?»

Beatriz caminaba ahora cuidadosamente por el jardín y se detuvo tan cerca de la ventana de Giovanni que el joven no tuvo más remedio que asomar la cabeza fuera de la ventana con objeto de satisfacer la intensa y dolorosa curiosidad que la hija de Rapaccini despertaba en él. En aquel preciso instante divisó un insecto que volaba por encima de la tapia del jardín; quizás había estado vagabundeando por la ciudad y no halló flores ni verdor, hasta que los intensos perfumes de los arbustos de Rapaccini le habían tentado. Sin posarse en las flores, ya que no parecía sentir más atractivo que el de Beatriz, se entretuvo revoloteando en el aire en torno a su cabeza. Los ojos de Giovanni Guasconti no podían ahora engañarle. Y. lo que vio fue que mientras Beatriz contemplaba al insecto con infantil alegría, el animalito descendió en su vuelo hasta caer a los pies de la joven; allí permaneció unos segundos, agitando débilmente las alas, y luego quedó completamente inmóvil, muerto. ¿Cuál había sido la causa de su muerte? Giovanni lo ignoraba. ¿Sería acaso el aliento de la joven? Una vez más, Beatriz se santiguó y suspiró al inclinarse sobre el insecto muerto.

Un impulsivo movimiento de Giovanni hizo que la joven alzase sus ojos hacia la ventana. Contempló la hermosa cabeza del estudiante, más parecida a una cabeza griega que a una italiana, de rasgos bellos y regulares y ensortijados cabello dorado, que la miraba desde lo alto como si estuviera suspendida en el aire.

Giovanni, sin darse apenas cuenta de lo que hacía, le lanzó el ramo de flores que hasta entonces había tenido en la mano.

—Señorita —le dijo—, acepte estas flores puras y saludables. Acéptelas en nombre de Giovanni Guasconti.

—Gracias, señor —respondió Beatriz con su armoniosa voz, que sonó como un chorro musical, y con una alegre expresión, mitad infantil y mitad de mujer.

—No las merezco —murmuró Giovanni.

—Acepto su presente y siento no poder recompensarle con esta preciosa flor purpúrea, porque aunque se la enviara por el aire no le alcanzaría. Así, pues, señor Guasconti, tendrá que conformarse con las gracias.

Recogió el ramillete del suelo y, como avergonzada de haber hablado con un desconocido, faltando a la reserva que debe mostrar siempre una doncella, se dirigió presurosa hacia la casa a través del jardín. Pero, a pesar del escaso tiempo transcurrido, a Giovanni le pareció, cuando la muchacha estaba ya a punto de desaparecer por el porche, que su bello ramillete empezaba a marchitarse en sus manos. Era una idea descabellada, no había posibilidad de distinguir unas flores marchitas de otras lozanas, a tanta distancia.

En los días que siguieron a aquel incidente, el joven evitó la ventana que daba al jardín del doctor Rapaccini, como si algo frío y monstruoso hubiese apagado su vista. Tenía la impresión de haber caído, en cierto modo, bajo el influjo de un poder ininteligible a través de la relación que había entablado con Beatriz. La conducta más

prudente sería, si su corazón corría un verdadero peligro, marcharse de la casa donde se alojaba, e incluso de Padua. No debía acostumbrarse de ningún modo a la cotidiana vista de Beatriz, y lo mejor sería evitar el verla en absoluto, ya que su proximidad y la posibilidad de trato con ella harían que la fantasía de Giovanni corriese desenfrenada, dando cuerpo y realidad a los encuentros que su imaginación creaba continuamente. Guasconti no era un joven apasionado —o en todo caso no lo estaba—, pero tenía una gran fantasía y un ardiente temperamento meridional que tendía a cada instante a las mayores agitaciones. Giovanni no sabía si Beatriz poseía o no aquel aliento mortífero, aquella afinidad con unas flores muy hermosas y al mismo tiempo fatales que él había creído descubrir, pero lo cierto es que había inoculado un veneno sutil y activo en todo su ser. No era amor, aunque la gran belleza de la joven le trastornaba; ni horror, a pesar de que suponía que su espíritu estaría impregnado del mismo perfume pernicioso que parecía poseer su organismo. Era una mezcla desordenada de ambos sentimientos, de amor y de horror; uno le abrasaba y otro le hacía temblar. Giovanni no sabía qué temer o qué esperar; esperanza y temor luchaban sin cesar en su pecho, venciéndose alternativamente e iniciando de nuevo la lucha. Benditas sean todas las emociones simples, sean buenas o malas. La lóbrega mezcla de las dos produce los resplandores que alumbran las regiones infernales.

A veces trataba de mitigar la fiebre de su espíritu paseando de prisa por las calles de Padua o saliendo de sus murallas; sus pasos seguían el ritmo de los latidos de su cerebro, de modo que en ocasiones el paseo se convertía en una carrera. Un día se sintió apresado por los brazos de un personaje respetable que se había vuelto al reconocer al joven y que necesitó mucho aliento para alcanzarle.

—¡Señor Giovanni! ¡Párese, mi joven amigo! —exclamó—. ¿No me ha reconocido? Lo creería posible, si yo estuviera tan cambiado como usted.

Era Baglioni, al cual Giovanni había evitado desde su primer encuentro por temor a que la sagacidad del profesor pudiera leer su secreto. Luchando por recobrarse, miró extrañado desde su mundo interior y habló como un hombre en sueños.

—Sí, soy Giovanni Guasconti y usted es el profesor Pietro Baglioni. Y, ahora, déjeme pasar.

—Un momento, un momento, señor Giovanni Guasconti —dijo el profesor sonriendo, al tiempo que examinaba al joven con mirada atenta—. ¿Cómo voy a dejar que pase por mi lado como un extraño el hijo de un amigo de la infancia? Calma, señor Giovanni. Antes de que nos separemos quiero hablar unos instantes con usted.

—En tal caso, no perdamos tiempo, querido profesor —replicó Giovanni con febril impaciencia—. ¿No se da cuenta su señoría de que tengo prisa?

Mientras hablaban vieron avanzar por la calle, en dirección a ellos, a un hombre vestido de negro, encorvado y de andar vacilante, como si estuviera enfermo. Su rostro tenía un tinte enfermizo y cetrino, pero poseía una expresión de inteligencia tan aguda que el observador pasaba por alto las condiciones físicas para fijarse únicamente en su asombrosa energía intelectual. Al cruzarse con Giovanni y el

profesor Baglioni cambió un saludo frío y distante con este último, pero fijó una mirada tan intensa en Giovanni, que dio la impresión de que acababa de extraer del interior del joven todo lo que de valor tenía dentro. Sin embargo, en su mirada había una serenidad peculiar, como si el interés que le inspiraba el joven fuese meramente especulativo y no humano.

—¡Ése es el doctor Rapaccini! —murmuró el profesor, una vez que hubo pasado el desconocido—. ¿Le ha visto a usted anteriormente?

—Que yo sepa, no —respondió Giovanni, sobresaltándose al oír el nombre.

—¡Él le ha visto! ¡Tiene que haberle visto! —exclamó Baglioni con pasión—. Ese hombre le está estudiando a usted por algún motivo: ¡Conozco ese modo de mirar! Es la misma frialdad que revela su rostro cuando se inclina sobre un pájaro, un ratón o una mariposa, a los cuales ha matado con el perfume de una flor en el curso de un experimento: una mirada tan profunda como la Naturaleza misma, pero desprovista de amor. Señor Giovanni, apuesto la vida a que es usted objeto de uno de los experimentos del doctor Rapaccini.

—¿Pretende usted asustarme? —inquirió Giovanni, con intensa emoción—. Eso, señor profesor, sería un experimento muy molesto.

—¡Paciencia! ¡Paciencia! —exclamó el imperturbable profesor—. Le repito, mi pobre Giovanni, que el doctor Rapaccini encuentra en usted un interés científico. Ha caído usted en unas manos terribles. ¿Y qué papel juega en este misterio la señorita Beatriz?

Guasconti, encontrando insoportable la impertinencia de Baglioni, se marchó antes de que el profesor pudiera retenerlo de nuevo. El profesor se quedó mirando al joven mientras se alejaba y se encogió de hombros.

«No puedo consentir esto —se dijo Baglioni—. El muchacho es hijo de un viejo amigo mío y quién sabe lo que podría acarrearle la arcana ciencia de la Medicina. Por otra parte, la impertinencia de Rapaccini es intolerable: me quita, como quien dice, al muchacho de las manos y trata de utilizarlo para sus experimentos infernales. Pero ¡veremos! ¡Tal vez, inteligente Rapaccini, frustre yo tu sueño!»

Entretanto, Giovanni había seguido su camino, llegando por fin ante la puerta de la casa donde se alojaba. Al cruzar el umbral se encontró con la vieja Lisabetta, la cual sonrió con zalamería y dio muestras de querer llamar su atención, aunque inútilmente, pues la ardiente ebullición de los sentimientos de Giovanni se había trocado de pronto en una fría y desinteresada vacuidad. Volvió sus ojos hacia la arrugada cara que se plegaba todavía más en una sonrisa, pero no pareció verla. La anciana, entonces, le agarró por la capa.

—¡Señor! ¡Señor! —murmuró, con una sonrisa en los labios que daba a su rostro el aspecto de una grotesca máscara de madera ennegrecida por los siglos—. ¡Escuche, señor! ¡Hay una entrada secreta al jardín!

—¿Cómo? —exclamó Giovanni, volviéndose repentinamente, como un objeto inanimado que adquiere de pronto una intensa vida—. ¿Una entrada secreta al jardín

del doctor Rapaccini?

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡No hable tan alto! —murmuró Lisabetta, poniéndose la mano delante de la boca—. Sí, al jardín del respetable doctor; podrá ver sus espléndidas plantas. Muchos jóvenes de Padua darían de buena gana una moneda de oro para ser admitidos entre esas flores.

Giovanni puso una mano en la de la vieja.

—Muéstreme el camino —dijo.

Una sospecha, nacida probablemente de su conversación con Baglioni, cruzó su cerebro: tal vez la intervención de la anciana Lisabetta estaba relacionada con la intriga, cualquiera que fuese su naturaleza, en la que el profesor suponía que el doctor Rapaccini estaba tratando de envolverle. Pero esta sospecha, aunque preocupó a Giovanni, era insuficiente para detenerle. El instante que tanto había esperado de poder acercarse a Beatriz le impulsaba con demasiada fuerza. No importaba si ella era ángel o demonio; estaba dentro de su ser de forma irremisible y tenía que obedecer la llamada que le impulsaba a girar en círculos cada vez menores hacia un fin que no intentaba adivinar. Sin embargo, por extraño que pueda parecer, súbitamente le sobrevino la duda de si aquel intenso interés por su parte no sería ilusorio; si sería tan profundo y positivo como para justificar el dar un paso cuya trascendencia era imprevisible; si no se trataba de una fantasía del cerebro de un joven, sin que en ella participaran, o participaran sólo muy levemente, sus sentimientos.

Vaciló unos instantes, pero finalmente, decidido, siguió hacia adelante. Su macilenta guía le condujo por varios pasillos oscuros y, por último, se detuvo ante una puerta a través de la cual se oía el susurro de las hojas recalentadas por el sol. Giovanni siguió andando y se metió entre un arbusto que extendía sus zarcillos sobre la oculta entrada, hasta llegar debajo de la ventana de su habitación, en el área descubierta del jardín del doctor Rapaccini.

A menudo sucede que, cuando se han vencido las dificultades, han condensado su nebulosa sustancia en una realidad tangible, nos hallamos tranquilos e incluso fríamente dueños de nosotros mismos, en circunstancias cuya anticipación hubiese sido un delirio de júbilo o de agonía. El destino se divierte desconcertándonos así. La pasión, deseosa de tener ocasión de actuar, vacila perezosamente cuando los acontecimientos parecen exigir su aparición. Y esto era lo que le sucedía en aquel momento a Giovanni. Día tras día, su pulso se había agotado febrilmente ante la improbable idea de una entrevista con Beatriz y el deseo de estar con ella en aquel mismo jardín, iluminado por el esplendor oriental de su belleza y tratando de arrancar a su contemplación el misterio que él consideraba el enigma de su propia existencia. Pero en aquel momento había nacido en su pecho una ecuanimidad singular. Lanzó una mirada a su alrededor para comprobar si veía a Beatriz o a su padre, y, dándose cuenta de que estaba solo, empezó a examinar las plantas.

Su aspecto le desagradó; su esplendor parecía salvaje, apasionado y, al propio

tiempo, artificial. Casi todas las plantas que crecían en aquel jardín habrían sobresaltado al viajero que hubiese tropezado con ellas al cruzar un bosque, produciéndole la impresión de que un rostro le estaba espiando a través de la espesura. Algunas de ellas hubieran llamado también la atención de un entendido en la materia por su apariencia de artificialidad; parecían una adulteración de varias especies vegetales mezcladas, no muy distintas de las creadas por Dios, pero obra de la depravada fantasía de un hombre. Probablemente eran fruto del experimento, que en uno o dos casos había alcanzado el éxito, de combinar dos plantas hermosas en una sola, que adquiría el sospechoso y siniestro aspecto característico de todo lo que crecía en el jardín. Giovanni sólo pudo reconocer dos o tres plantas en toda la colección, y de las especies que él sabía que eran venenosas. Mientras estaba entretenido en estas observaciones, oyó el crujido de un vestido de seda y, al volverse, vio aparecer a Beatriz bajo el artístico porche.

Giovanni no se había parado a pensar en cual debía ser su comportamiento: si tenía que disculparse por su intrusión en el jardín o fingir que estaba allí con el consentimiento, ya que no por deseo, del doctor Rapaccini o de su hija, pero la conducta de Beatriz le tranquilizó, a pesar de que en su espíritu persistía la duda acerca del motivo por el cual había conseguido la admisión. Beatriz avanzó con paso alado por el sendero y se encontraron cerca de la fuente en ruinas. Su rostro mostraba sorpresa, pero estaba iluminado por una sencilla y amable expresión de placer.

—Es usted un experto en flores, señor —dijo Beatriz con una sonrisa, aludiendo al ramillete que Giovanni le había echado desde la ventana—. No es extraño que la rara colección de mi padre le haya inspirado el deseo de verla de cerca. Si él estuviera aquí, podría contarle cosas extraordinarias y muy interesantes acerca de la naturaleza y virtudes de estas plantas, ya que ha dedicado toda su vida a estudiarlas y este jardín constituye su mundo.

—Y usted misma, señora —respondió Giovanni—, si la fama no miente, es también muy experta en las virtudes que revelan el magnífico desarrollo de las plantas y su aromático olor. Si no tiene inconveniente en ser mi profesora, prometo ser un alumno más aplicado que si me enseñara el mismo doctor Rapaccini.

—¿Corren tan falsos rumores? —preguntó Beatriz, con la música de su agradable voz—. ¿Dice la gente que soy una experta como mi padre en conocimientos de botánica? ¡Que gracioso! No. Aunque he crecido entre estas flores, no conozco de ellas más que su color y su perfume, y a veces pienso que incluso esto debería ignorar. Muchas de estas flores, y quizá las más hermosas de ellas, me repugnan con su olor y me ofenden cuando las veo. Pero le ruego, señor, que no crea esas historias acerca de mi ciencia. No crea de mí más que lo que vean sus propios ojos.

—¿Y debo creer todo lo que he visto con mis propios ojos? —preguntó Giovanni, estremeciéndose al recuerdo de las primeras escenas que contempló en aquel jardín —. No, señora, exige usted poco de mí. Permítame creer únicamente lo que proceda de sus labios.

Beatriz pareció haber comprendido. Sus mejillas se colorearon de rubor, pero mirando a Giovanni a los ojos respondió a su mirada de ansiosa sospecha con la altivez de una reina.

—Eso es lo que le ruego, señor —respondió—. Olvide todo lo que ha imaginado acerca de mí. Lo que nos dicen los sentidos externos puede ser falso en esencia, pero las palabras que salen de los labios de Beatriz Rapaccini brotan de lo más profundo de su corazón. Esas son las que debe usted creer.

Había hablado con gran vehemencia, y sobre la conciencia de Giovanni brilló como la luz de la verdad misma, pero mientras hablaba aparecía rodeada de una fragancia exquisita y deliciosa, aunque imperceptible, que el joven, con una inexplicable sensación de repugnancia, no se atrevía apenas a respirar. ¿Era acaso el olor de las flores? ¿Sería que el aliento de Beatriz embalsamaba sus palabras con una extraña fragancia, como si tuviera las entrañas impregnadas de ella? Giovanni sintió un leve mareo, pero se recobró inmediatamente; parecía contemplar a través de los ojos de la hermosa muchacha su alma transparente, y no volvió a sentir duda ni temor.

El tinte de pasión que había coloreado las facciones de Beatriz se desvaneció; su rostro adquirió una expresión alegre, como si la presencia del joven le inspirase un puro placer, semejante al que podría sentir la doncella de una isla solitaria al conversar con un viajero procedente del mundo civilizado. Era evidente que su experiencia de la vida se encerraba en los límites del jardín. Unas veces hablaba de materias tan simples como la luz del día y las nubes de verano, otras hacía preguntas acerca de la ciudad, o del país natal de Giovanni, de sus amigos, de su madre, de sus hermanas, preguntas que revelaban una existencia tan retirada y una ausencia tal de familiaridad con las maneras y trato sociales, que Giovanni contestaba como si estuviese hablando con una niña. Su espíritu brotaba ante él como un arroyuelo recién nacido que recibiera por primera vez la caricia del sol y se maravillase de la tierra y del cielo reflejados en su propio fondo. Tenía también pensamientos profundos y fantasías brillantes como gemas, como diamantes y rubíes desgranándose en medio del hervor de la fuente. Mientras la joven hablaba, Giovanni se asombraba de estar paseando con ella y de que su imaginación se la hubiese pintado con colores terroríficos; le maravillaba estar conversando con Beatriz como un hermano, y que pudiera parecerle tan humana y tan llena de candor. Pero estas reflexiones fueron sólo momentáneas; las muestras de su naturaleza eran demasiado reales para sentirse tranquilizado del todo.

En esta confiada conversación habían paseado por el jardín, y después de muchas vueltas a lo largo de sus avenidas volvieron a detenerse junto a la fuente en ruinas, donde crecía la magnífica planta con su tesoro de flores espléndidas. Alrededor de ella se esparcía una fragancia idéntica a la que Giovanni había atribuido al aliento de Beatriz, aunque mucho más intensa. Cuando la joven vio la planta, Giovanni observó que se oprimía el pecho con la mano, como si su corazón estuviera palpitando

aceleradamente y le produjera dolor.

«Por primera vez en mi vida —murmuró Beatriz, dirigiéndose a la planta— me olvidé de ti».

—Recuerdo, señora —dijo Giovanni—, que en cierta ocasión me prometió recompensarme con una de esas vividas gemas a cambio del ramillete que tuve la osadía de echar a sus pies. Permítame ahora coger una en recuerdo de esta entrevista.

El joven dio un paso hacia la planta con la mano extendida, pero Beatriz se precipitó hacia adelante lanzando un grito que traspasó el corazón de Giovanni como un puñal. Le cogió de la mano y le obligó a retroceder con toda la fuerza de su delicado cuerpo. El joven sintió su contacto con un temblor en todo su ser.

—¡No la toque! —exclamó Beatriz, con voz angustiada—. ¡No lo hagas, por tu vida! ¡Es una planta fatal!

E inmediatamente, ocultando el rostro entre sus manos, huyó de su lado y desapareció bajo el porche.

Al seguirla con la mirada, Giovanni vio la delgada y pálida figura de Rapaccini, que había estado observando la escena, no sabía desde hacía cuánto tiempo, oculto tras las sombras del porche.

Antes de que Guasconti llegara a su habitación, era ya Beatriz el objeto de sus apasionadas meditaciones, revestida de todo el hechizo de que la había rodeado desde que la viera por primera vez, llena ahora, además, del afectuoso calor de su encantadora femineidad. Era humana; su carácter tenía todas las cualidades dulces y femeninas que hacen a una mujer digna de ser adorada. Era capaz, seguramente, de los sacrificios y heroísmos del amor. Lo que Giovanni había considerado hasta entonces como muestras de una temible constitución física y moral, era olvidado ahora por la sutil influencia de la pasión y se transformaba en una dorada corona de encantos que convertían a Beatriz en la más admirable de todas las mujeres, por ser única. Todo lo que le había parecido feo era ahora hermoso, o, si no podía cambiarlo de un modo tan radical, se ocultaba en la tenebrosa región que se halla debajo de la zona de la conciencia. Pasó la noche pensando en ella. Cuando se durmió, la aurora empezaba ya a despertar a las flores que dormitaban en el jardín del doctor Rapaccini. Giovanni, en sueños, también se encontraba allí. Salió el sol a su debido tiempo y lanzó sus rayos sobre los párpados del joven, el cual despertó con una sensación dolorosa. Después de levantarse notó una especie de quemadura y latidos en su mano —la derecha—. La mano que le había cogido Beatriz cuando estaba a punto de arrancar una de las flores con aspecto de gema. En el dorso de la mano aparecían ahora unas impresiones rojas, como la huella de cuatro dedos, y una señal, como de un pulgar, en su muñeca.

¡Con qué obstinación se defiende el amor, e incluso lo que es astuta semejanza del amor, que florece en la imaginación, pero que no tiene profundas raíces en el corazón! ¡Con qué obstinación mantiene su fe, hasta que llega el momento en que es condenado a desvanecerse en humo! Giovanni envolvió su mano con un pañuelo, se

preguntó qué bicho maligno le habría picado y no tardó en olvidar su dolor con el recuerdo de Beatriz.

Después de la primera entrevista, una segunda va implícita en lo que nosotros llamamos destino. Una tercera, una cuarta… y muy pronto, los únicos momentos felices para Giovanni fueron los que pasaba en compañía de Beatriz; el tiempo restante transcurría recordando la entrevista anterior y esperando la siguiente. Y lo mismo le ocurría a la hija de Rapaccini. Aguardaba la aparición del joven y corría a su lado con una confianza tan libre de reservas como si hubiesen sido compañeros de juego desde la más tierna infancia, y como si siguieran siéndolo todavía. Si por un motivo inesperado Giovanni se retrasaba un poco, Beatriz se detenía debajo de su ventana y cantaba la más dulce de sus canciones, la cual flotaba alrededor de él en su habitación y resonaba en su corazón como un eco: «¡Giovanni! ¡Giovanni! ¿Por qué tardas? ¡Ven!» Y Giovanni bajaba presuroso a aquel edén de flores envenenadas.

Pero, a pesar de tan íntima familiaridad, en la conducta de Beatriz había aún cierta reserva, tan rígida e invariablemente mantenida, que raras veces pasaba por la imaginación de Giovanni la idea de forzarla. Según todas las apariencias, se amaban; se habían dicho su amor con los ojos, que comunican el secreto sagrado desde las profundidades de un alma a las de otra; aquel secreto era demasiado grande para expresarlo por medio de la palabra. Sin embargo, se habían dicho su amor en aquellas explosiones de pasión cuando sus espíritus volaban fuera de sus cuerpos en articulado suspiro, como lengua de una llama escondida demasiado tiempo. En cambio, no había habido un beso, ni un apretón de manos, ni la más leve de las caricias que el amor demanda y santifica. Giovanni no había tocado nunca ni uno solo de los dorados rizos de Beatriz; el vestido de la joven —tan grande era la barrera psíquica que los separaba— no había ondeado nunca contra él con la brisa. En las pocas ocasiones en que Giovanni parecía dispuesto a saltar aquella barrera, Beatriz se ponía tan triste, su continente era tan severo, y mostraba además tal aspecto de desesperación, que no eran necesarias las palabras para que el joven desistiera. En tales momentos, Giovanni se sobresaltaba ante la horrible sospecha que nacía, semejante a un monstruo, en lo profundo de su corazón. La miraba al rostro, su amor se entibiaba y se desvanecía, como la niebla matinal ante el sol, y sólo quedaban sus dudas.

Pero cuando el rostro de Beatriz recobraba su alegría después de su momentánea tristeza, dejaba de ser la persona misteriosa a la que Giovanni observaba con miedo y horror y volvía a ser la muchacha hermosa y sencilla cuyo espíritu comprendía por encima de todo otro conocimiento.

Había transcurrido un tiempo considerable desde el último encuentro de Giovanni con Baglioni, cuando una mañana se vio desagradablemente sorprendido por la visita del profesor, en el cual había pensado muy poco durante las últimas semanas y de quien hubiese querido olvidarse completamente. Se hallaba en un estado de ánimo tal, que sólo podía aceptar la compañía de personas que no pusieran objeciones a sus actuales sentimientos. Tal comprensión era algo que no podía esperar del profesor

Baglioni.

El visitante charló despreocupadamente durante unos minutos de los chismes de la ciudad y de la Universidad, y luego abordó otro tema.

—Últimamente he estado leyendo a un antiguo autor, un clásico —dijo—, y me encontré con una historia que me llamó la atención. Posiblemente la recordará usted. Trata de un príncipe de la India que envió una hermosa mujer como presente a Alejandro Magno. Era tan bella como la aurora y tan vistosa como una puesta de sol, pero lo que la caracterizaba era cierto aliento perfumado, más dulce que el de las rosas de un jardín persa. Alejandro, como es natural en un hombre joven, quedó enamorado de la hermosa extranjera en cuanto la vio; pero cierto sabio, que estaba presente en aquel momento, descubrió en ella un secreto terrible.

—¿Y en qué consistía el secreto? —preguntó Giovanni, bajando los ojos para evitar los del profesor.

—Aquella hermosa mujer —continuó Baglioni— había sido alimentada con venenos desde su nacimiento, hasta el punto de que habían pasado a formar parte de su organismo, y ella misma era el veneno más mortal que existía. El delicioso perfume de su aliento emponzoñaba el aire. Su amor hubiese sido mortal. ¿No es un cuento maravilloso?

—Una fábula infantil —respondió Giovanni, agitándose nerviosamente en su silla —. Me asombra que su señoría pierda el tiempo leyendo esas paparruchas, mientras está dedicado a estudios serios.

—A propósito —dijo el profesor, mirando inquieto a su alrededor—, ¿qué extraña fragancia es la que se respira en esta habitación? ¿Es acaso el perfume de sus guantes? Es débil, pero delicioso, aunque no se puede decir que sea agradable. Creo que si lo respirase mucho tiempo llegaría a ponerme enfermo. Es como la esencia de una flor, pero no veo flores en la habitación.

—No hay ninguna —dijo Giovanni, que se había puesto pálido mientras el profesor hablaba—, ni creo que haya aquí otro perfume que el de la imaginación de vuestra señoría. El olor, siendo como es una mezcla de lo sensorial y de lo espiritual, puede engañaros de este modo. El recuerdo de un perfume puede ser confundido con una realidad presente.

—Mi imaginación no suele gastarme esas bromas —replicó Baglioni—, y si percibo un olor es porque alguna droga de vil boticario ha untado mis dedos. Nuestro querido amigo Rapaccini, según he oído decir, perfuma sus medicinas con olores más ricos que los de Arabia. La bella y docta Beatriz podría tratar también a sus pacientes con drogas tan dulces como el aliento de una doncella. Pero… ¡ay del que las bebiera!

El rostro de Giovanni reflejó un cúmulo de emociones contenidas. El tono en el que el profesor hablaba de la pura y encantadora hija de Rapaccini era una tortura para su alma, y, sin embargo, no podía dejar de sentir mil confusas sospechas que se mofaban de él como otros tantos demonios. Procuró dominarse y respondió a

Baglioni con la fe de un amante perfecto.

—Señor profesor —dijo—, fue usted amigo de mi padre y creo que su propósito es obrar también como un amigo con el hijo. No puedo sentir hacia usted más que respeto y deferencia, pero le ruego que comprenda que hay algo acerca de lo cual no podemos hablar. Usted no conoce a la señorita Beatriz, y, por lo tanto, es incapaz de estimar lo erróneo de su juicio sobre ella.

—¡Mi pobre Giovanni! —exclamó el profesor, con expresión de lástima—. Conozco a esa joven perversa mucho mejor que usted. Y voy a decirle la verdad acerca del envenenador Rapaccini y de su venenosa hija; sí, tan venenosa como bella. La antigua fábula de la mujer india se ha convertido en realidad, merced a la profunda y fatal ciencia de Rapaccini, en la persona de la hermosa Beatriz.

Giovanni gimió y ocultó el rostro entre las manos.

—Su padre —continuó Baglioni—, haciendo oídos sordos al cariño que debía sentir por su hija, la ofreció en holocausto a la ciencia. Hagámosle la justicia de reconocer que es un auténtico científico, que destilaría su propio corazón en un alambique. ¿Cuál puede ser el destino de usted, mi querido Giovanni? Ha sido usted escogido como material para un nuevo experimento. El resultado quizá sea la muerte o algo aún más terrible. Rapaccini, por lo que él llama interés por la ciencia, no se detendría ante nada.

«Es un sueño —se dijo Giovanni—. No puede ser más que un mal sueño».

—Sin embargo, puede usted tener esperanzas, mi joven amigo —continuó Baglioni—. No es demasiado tarde para la salvación. Es muy posible que tengamos éxito al tratar de volver a esa miserable criatura a la normalidad, de la que ha sido sacada por la locura de su padre. Esta pequeña redoma de plata fue labrada por el famoso Benvenuto Cellini y es un presente de amor digno de la dama más encopetada de Italia. Su contenido es aún más valioso: un pequeño sorbo de este antídoto hubiera neutralizado el veneno más virulento de los Borgia. No cabe duda de que será eficaz contra los de Rapaccini. Dele el pomo a su Beatriz y espere confiado los resultados.

Y Baglioni dejó sobre la mesa una redoma de plata exquisitamente labrada. A continuación se marchó, dejando que sus palabras produjeran el efecto deseado sobre la mente de Giovanni.

«Te venceremos, Rapaccini —se decía a sí mismo, sonriendo, mientras bajaba la escalera—. Aunque estoy obligado a reconocer que eres un maravilloso hombre de ciencia, los que respetamos las normas clásicas de la profesión médica no podemos tolerar tus despreciables experimentos».

En sus relaciones con Beatriz, Giovanni se había visto asaltado a menudo por negros presentimientos en lo que respecta a la naturaleza íntima de la hija de Rapaccini. Pero la joven se había comportado siempre de un modo tan sencillo, tan natural, tan cariñoso y tan ingenuo, que la descripción que de ella acababa de hacer el

profesor Baglioni le parecía monstruosa e increíble, algo que escapaba a la realidad. Es cierto que Giovanni conservaba recuerdos estremecedores relacionados con las primeras veces que vio a la encantadora Beatriz… No podía olvidar el ramillete que se marchitó en su mano, ni el insecto que pereció en medio del aire dorado por el sol, sin otra intervención evidente que la fragancia del aliento de la joven. Estos incidentes, sin embargo, se desvanecían ante la luz pura de su carácter, dejando de tener la eficacia de los hechos, y adquirían el aspecto de errores de la fantasía, a pesar de que el testimonio de los sentidos parecía desmentirlo. ¿Hay algo más verdadero y real que lo que podemos ver con los ojos y tocar con los dedos? En esta idea basaba Giovanni su confianza en Beatriz, aunque en realidad se debía más a la fuerza de las virtudes de la joven que a una fe profunda y generosa. Pero, ahora, su espíritu era incapaz de mantenerse a la altura a que le había elevado el primer entusiasmo de la pasión; la duda se había insinuado en su cerebro, manchando el albo recuerdo de la imagen de Beatriz. No estaba dispuesto a abandonarla, pero deseaba someterla a prueba. Decidió hacer algo que pudiera convencerle, de una vez para siempre, de que aquellas terribles cualidades físicas no tenían correspondencia en su alma. Sus ojos podían haberle engañado en lo que respecta al lagarto, al insecto y a las flores, debido a la distancia. Tenía que comprobar, estando junto a ella, si al tocar una flor recién cortada se marchitaba en su mano. Entonces no le quedaría ninguna duda. Con esta idea, Giovanni corrió a la tienda de flores y compró un ramillete que estaba aún perlado con las gotas de rocío de la mañana.

Era la hora acostumbrada de su entrevista con Beatriz. Antes de bajar al jardín, Giovanni no resistió a la tentación de mirarse al espejo, vanidad que puede disculparse en un joven bien parecido, aunque con ello demuestre cierta frivolidad de sentimientos y un carácter poco formado. Se miró y se dijo a sí mismo que sus facciones no habían sido nunca tan graciosas, ni sus ojos habían tenido nunca aquella vivacidad, ni sus mejillas un tinte tan saludable como en aquel momento.

«Al menos —pensó—, su veneno no ha penetrado en mi organismo. No soy una flor que puede marchitarse en una mano».

Con este pensamiento dirigió sus ojos al ramillete que había conservado en la mano. Un estremecimiento de horror sacudió todo su cuerpo al notar que aquellas flores húmedas de rocío estaban marchitándose; tenían el aspecto de haber sido frescas el día anterior. Giovanni palideció y se quedó inmóvil delante del espejo, mirando a su propia imagen como si estuviese contemplando algo terrible. Recordó el comentario de Baglioni acerca de la fragancia que parecía inundar la habitación. ¡Su aliento debía estar envenenado! Luchó por recobrarse de su estupor y comenzó a observar con ojos curiosos una araña que estaba atareada fabricando su tela en la antigua cornisa de su habitación, cruzando y recruzando el ingenioso sistema de hilos entrelazados; era una araña tan vigorosa y activa como todas las que se columpian en un techo viejo. Giovanni se colocó debajo mismo del insecto y emitió una profunda y larga bocanada de aliento. La araña interrumpió repentinamente su tarea y la tela

vibró a consecuencia del estremecimiento del cuerpo del diminuto artesano. Giovanni volvió a lanzar el aliento sobre la araña, con más fuerza que la vez anterior, y con un venenoso sentimiento en su corazón: no sabía si era un ser perverso o una criatura desesperada. La araña contrajo convulsivamente sus miembros y quedó colgada, muerta, a través de la ventana.

«¡Maldito! ¡Maldito! —murmuró Giovanni—. ¿Te has vuelto tan venenoso como para que este insecto muera bajo los efectos de tu aliento?»

En aquel momento ascendió desde el jardín una voz dulce y agradable.

—¡Giovanni! ¡Giovanni! Ya pasa de la hora… ¿Por qué tardas? ¡Baja!

«Sí —murmuró Giovanni—. Ella es el único ser al que mi aliento no puede asesinar. ¡Ojalá pudiera hacerlo!»

Bajó corriendo, y al cabo de unos instantes se encontraba ante los ojos brillantes y adorables de Beatriz.

Unos segundos antes, su rabia y su desesperación eran tan intensas que sólo había deseado poder destruirla con una mirada. Pero en su presencia surgían influencias demasiado reales y vivas para que pudiera librarse fácilmente de ellas. Giovanni recordaba ahora los momentos en que Beatriz, con su femenina dulzura, le había envuelto en una paz religiosa, recordaba los apasionados arrebatos de su corazón en presencia de la joven. Y aquellos recuerdos convencieron a Giovanni de que Beatriz era un ángel, algo celestial, y que sólo una persona alucinada podía atribuirle aquellas horribles cualidades. La ira del joven se apaciguó y se transformó en un estado de hosca insensibilidad. Beatriz, con su aguda intuición, comprendió inmediatamente que entre ellos había un mar de tinieblas que ninguno de los dos podría cruzar. Pasearon juntos, tristes y en silencio, y llegaron hasta la fuente de mármol, cerca de la cual crecía la planta de flores semejantes a gemas. Giovanni se sorprendió del placer —o, mejor dicho, del apetito— con que inhalaba la fragancia de las flores.

—Beatriz —preguntó de pronto—, ¿de dónde vino esta planta?

—La creó mi padre —respondió la joven con sencillez.

—¿La creó? ¿Qué quieres decir con eso?

—Es un hombre que conoce mucho los secretos de la Naturaleza —respondió Beatriz—. Y en el mismo instante en que yo empecé a respirar, esta planta se alzó del suelo; es el producto de su ciencia, de sus conocimientos, en tanto que yo no soy más que su hija mortal. ¡No te acerques! —exclamó, al ver que Giovanni se aproximaba a la planta—. Tiene cualidades que apenas podrías soñar. Yo, queridísimo Giovanni, he crecido y me he desarrollado con la planta y me nutro con su aroma. Es mi hermana, y la amo con afecto humano. Pero ¡ay! ¿No lo has sospechado? Existe un terrible destino en ella.

Giovanni la miró con una expresión tan ceñuda que Beatriz se interrumpió, temblando. Pero la fe en su cariño barrió su vacilación y le hizo reprocharse el haber dudado de Giovanni, siquiera por un instante.

—Existe un terrible destino en ella —repitió—, efecto del fatal amor de mi padre

por la ciencia, que me aleja de toda sociedad con los de mi clase. Hasta que el cielo te envió, no puedes imaginar cuán sola estuvo tu pobre Beatriz…

—¿Era ése tu destino? —preguntó Giovanni, fijando en ella sus ojos.

—Sólo ahora sé lo duro que era —respondió Beatriz con ternura—. ¡Oh, sí! Mi corazón estaba adormecido, y, por lo tanto, tranquilo.

La ira de Giovanni estalló repentinamente como un relámpago surgiendo de las tinieblas.

—¡Estoy maldito! —gritó con desesperación—. ¡Encontrabas aburrida tu soledad, y me has separado de todo lo noble de la existencia, atrayéndome a esta región de inenarrable horror!

—¡Giovanni! —exclamó Beatriz, mirándole con sus grandes y brillantes ojos. No había comprendido del todo sus palabras, pero estaba asustada por lo repentino de aquella explosión.

—¡Sí, criatura emponzoñada! —prosiguió Giovanni, acercándose a ella—. ¡Tú me has puesto así! ¡Tú me has infamado! ¡Tú me has llenado mis venas de ponzoña! ¡Me has convertido en un ser tan odioso, tan horrendo, tan aborrecible y fatal como tú misma! ¡Ahora, si nuestro aliento es tan fatal para nosotros mismos como para los demás, unamos nuestros labios en un beso de indecible odio y muramos!

—¡Virgen santa! —murmuró Beatriz, con voz plañidera—. ¡Ten piedad de mí! No soy más que una pobre niña con el corazón roto.

—¿Puedes rezar? ¿Tú? —exclamó Giovanni, con diabólico desprecio—. Al salir de tus labios, tus oraciones tiñen la atmósfera de muerte. Sí, sí, recemos. ¡Vayamos a la iglesia y mojemos nuestros dedos en la pila del agua bendita! ¡Los que vengan detrás morirán apestados! ¡Tracemos en el aire el signo de la cruz! ¡Serán maldiciones esparcidas con apariencia de símbolos sagrados!

—Giovanni —dijo Beatriz, ya calmada, pues su pena era menor que su amor—, ¿por qué te unes conmigo en esas palabras terribles? Yo, es cierto, soy la cosa horrible que tú me llamaste. Pero, tú, ¿qué has de hacer sino estremecerte ante lo espantoso de mi condición y marcharte muy lejos, olvidándote de que se arrastran por la tierra monstruos semejantes a la pobre Beatriz?

¡No pretenderás ignorarlo! —estalló Giovanni, encarándose con ella—. ¡Mira! ¡Este poder me lo ha proporcionado la cándida hija de Rapaccini!

Un enjambre de insectos volaba en el aire en busca del alimento prometido por el olor de las flores del jardín fatal. Rodearon, formando un círculo, la cabeza de Giovanni, y era evidente que se sentían atraídos hacia él por el mismo influjo que les había atraído por un instante a varios de los arbustos: Giovanni sopló entre ellos y sonrió con amargura a Beatriz cuando una veintena de los insectos cayeron muertos al suelo.

—¡Oh! —gimió Beatriz—. ¡Es la ciencia fatal de mi padre! ¡No, no, Giovanni! No fui yo. ¡Nunca! ¡Yo sólo soñé amarte y estar a tu lado hasta que quisieras marcharte, dejando tu imagen en mi corazón! Créelo, Giovanni, aunque mi cuerpo se

haya nutrido de veneno, mi espíritu es una criatura de Dios y suplica amor como alimento cotidiano. Pero mi padre nos ha unido con esta terrible afinidad. Sí… Despréciame, pisotéame, mátame. ¡Oh! ¿Qué es la muerte después de oír palabras como las tuyas? No fui yo. Ni por toda la felicidad del mundo lo hubiese hecho.

El ardor de Giovanni se agotó después de la explosión de sus sentimientos. Comenzó a experimentar una sensación de tristeza no desprovista de ternura, ante la íntima y extraña afinidad existente entre Beatriz y él mismo. Estaban, prácticamente, en soledad absoluta, aunque les rodeara una inmensa multitud. ¿No era lógico que se unieran, abandonados como estaban de todos? Si se trataban con crueldad, ¿quién iba a ser amable con ellos? Por otra parte, pensaba Giovanni, ¿no existía una esperanza de regresar a la normalidad y conducir a Beatriz, a la redimida Beatriz, de la mano? ¡Oh, espíritu débil, egoísta y vil, que pensaba aún en una felicidad vulgar y en una unión terrena después de haber infamado con palabras tan horribles un amor como el de Beatriz! No, no podía caber tal esperanza. Beatriz debía caminar lentamente, con el corazón destrozado, a través de las fronteras del tiempo, lavar sus heridas en alguna fuente del paraíso y olvidar su pena en la luz de la inmortalidad. Allí sería feliz.

Pero Giovanni lo ignoraba.

—Querida Beatriz —dijo, acercándose a ella, que retrocedió como retrocedía siempre que Giovanni se le había acercado, pero ahora por distinto motivo—, mi querida Beatriz, nuestro estado no es tan desesperado como supones. ¡Mira! Tengo aquí una medicina muy eficaz, según me aseguró un prestigioso médico. Sus efectos son maravillosos. Está compuesta de ingredientes opuestos por entero a los que tu terrible padre ha inoculado en nosotros. Son plantas benditas… Podemos tomarla juntos y purificarnos del mal.

—¡Dámela! —suplicó Beatriz, extendiendo la mano para coger la pequeña redoma de plata que Giovanni había sacado de su bolsillo—. Voy a bebérmela, pero tú debes esperar los resultados que en mí produzca.

La joven llevó a sus labios el antídoto de Baglioni. En aquel mismo instante surgió del porche la figura de Rapaccini, que se acercaba lentamente a la fuente de mármol Cuando estuvo cerca, el hombre de ciencia sonrió con expresión de triunfo al contemplar a la hermosa pareja, como si se tratara de un artista que después de dedicar toda su vida a la creación de un cuadro o de un grupo escultórico, se sintiera orgulloso de su éxito. Súbitamente, se detuvo; su cuerpo encorvado se irguió, consciente de su poder; extendió las manos sobre los dos jóvenes en la actitud de un padre impartiendo la bendición a sus hijos, pero aquellas manos habían sido las mismas que lanzaron el veneno en el cauce de sus vidas. Giovanni tembló, Beatriz se estremeció y se oprimió el corazón con ambas manos.

—Hija mía —dijo Rapaccini—, ya no estarás sola en el mundo. Arranca una de

las preciosas gemas de tu planta hermana, y ruega a tu prometido que la lleve en su pecho. Ahora ya no le hará ningún daño. Mi ciencia y la simpatía que existe entre vosotros le ha traído a formar parte de tu constitución, apartándole de la de los hombres normales. Viviréis amándoos y siendo temidos por el resto de la gente.

—Padre mío —murmuró Beatriz—, ¿por qué diste ese miserable destino a tu hija?

—¿Miserable? —exclamó Rapaccini—. ¿Cómo te atreves a calificarlo de miserable, insensata? ¿Consideras miserable el estar dotada de dones maravillosos, contra los cuales no sirven de nada la fuerza y el poder de un enemigo? ¿Consideras miserable el ser capaz de matar al más fuerte sólo con el aliento? ¿Consideras miserable el ser tan terrible como hermosa? ¿Hubieras preferido, acaso, la condición de una mujer débil, expuesta a todo daño e incapaz de hacer ninguno?

—Hubiera preferido ser amada a ser temida —murmuró Beatriz, desplomándose al suelo—. Pero ya no importa. Me voy a un lugar donde el mal que te has esforzado en mezclar con mi ser desaparecerá como un sueño, como la fragancia de esas flores venenosas que no teñirán más mi aliento entre los flores del Paraíso. ¡Déjame, Giovanni! Tus palabras de odio son como plomo que apesadumbra mi corazón, pero también desaparecerán cuando yo suba.

Beatriz había sido transformada por su padre en un ser tan extraño, que el veneno era vida para ella, y, en cambio, el antídoto representaba la muerte. Así, la víctima inocente de la iniquidad de un hombre y de su torcida naturaleza, pereció a los pies de su padre y de Giovanni.

En aquel mismo instante apareció en la ventana el profesor Pietro Baglioni, el cual, dirigiéndose al anonadado hombre de ciencia, le gritó en un tono en el que se mezclaban el triunfo y el horror:

—¡Rapaccini! ¡Rapaccini! ¡Contempla el resultado de tu experimento!

EL GUARDIÁN

Walter de la Mare

HAY en este mundo, estoy segura, mucha gente excelente que niega que exista algo de naturaleza trágica en conexión con los niños. Sobre todo si es algo que lleve en sí lo que ellos consideran como indicios de morbosidad. Mi propia convicción, no obstante, es que la infancia es un estado de extremos, tanto para la felicidad como la desgracia. Y hablo por propia experiencia —derivada de la observación y estudio profundo, mucho antes de que esa «psicosis» se vuelva locura — cuando digo no sólo que algunas de las más tristes, graves, terribles y profundas experiencias de la vida pueden ocurrir en la más tierna edad, sino que, si tienen lugar, sus efectos persisten a lo largo de toda la vida.

No soy madre de familia. Soy lo que suele llamarse «una solterona», pero incluso «las solteronas» tenemos derecho a sustentar nuestras propias convicciones.

Antes que nada debo decir que soy la última de mi familia. En mi juventud tenía tres hermanas. Philip era hijo único —y póstumo— de la más joven de ellas, Rachel. Y su madre fue la única de nosotras que se casó. Si las demás tuvimos o no oportunidad de seguir su ejemplo es cosa que no se discute aquí. Sea como quiera, permanecimos solteras. La elección de mi hermana fue funesta; siempre se dejó llevar más por el corazón que por la cabeza. No hay más que una palabra en el mundo para describir a su marido: inicuo. Era egoísta, malicioso y vengativo. En el momento en que le conocí advertí a mi hermana contra él, pero fue en vano. Él fracasó incluso en conseguir una muerte decente. Menciono todo esto porque su carácter pudo haber influido en lo que voy a relatar, aunque no podría asegurarlo. Philip nació tres meses después de que su padre muriera. A pesar de los disgustos y aflicciones que mi pobre hermana tuvo que soportar en su breve vida matrimonial, no parecía haber nada malo en el chiquillo. Era un niño tranquilo y tratable, aunque a veces fuera travieso y tuviera accesos de rabia. Era lo que se dice una criatura encantadora y yo le quería entrañablemente. Era pequeño para su edad y de complexión delicada. Al principio, su pelo, que cubría una cabeza larga y estrecha, era de color de oro pálido, de color de paja, en realidad, pero luego fue oscureciéndosele hasta quedar en un bonito color castaño claro, y muy fino. Los peluqueros hacían hincapié en eso muy frecuentemente. Tenía la nariz pequeña, los ojos un poco hundidos pero gris claro, color que muy raramente acompaña al de su pelo. Parecía delicado pero en realidad no lo era.

Esa apariencia —y el hecho de que fuera un niño sensible y solitario— sugería afeminamiento, pero, en su caso, no era más que delicadeza de espíritu así como de cuerpo. De todos modos, considero un pobre cumplido, para una mujer, ser considerada hombruna y masculina. Seamos todos lo que somos. Teniendo eso en cuenta, no obstante, aconsejé a su madre que no lo llevara a ningún colegio hasta que cumpliera nueve años. Ella se sentía inclinada a ser indulgente, pero yo creo firmemente en la influencia de una honrada vida hogareña. Por supuesto, el cariño no siempre es un mentor perfecto, pero no conozco otro mejor. Y como mi hermana, una mujer todavía joven, había quedado en muy mala situación, yo tuve el placer y el

privilegio de pagar la educación de Philip.

Contraté una joven y excelente institutriz *con carácter*. Le daba clase cinco mañanas a la semana y le enseñó, con facilidad, los conocimientos básicos. Le advertí especialmente que se mantuviera lo más apartada posible de todo lo prosaico. Más adelante le mandé a un colegio —un colegio preparatorio— que una amiga me recomendó diciendo que incluso el chiquillo más sensible y difícil podía desenvolverse bien e incluso sentirse feliz. Sus primeros informes —yo insistí en que me tuvieran al corriente de todo lo que hacía en el colegio, desde lo más insignificante a lo más importante, en unas palabras que tuve a *solas* con la directora — eran muy prometedores. Tanto es así que al final del tercer trimestre ganó un premio de buena conducta; un premio que, en estos días, siento decirlo, se gana muy poco frecuentemente. Y no es que considere que esa clase de premios sean prueba de superioridad, al menos para los inteligentes. Mucho depende, naturalmente, de lo que se entienda por buena conducta.

Según mi punto de vista, es un error vigilar y proteger demasiado estrechamente a un niño, aunque sea muy pequeño. Noten que he dicho *demasiado* estrechamente. No creo en la eficacia de los mimos. Un niño tiene que saber enfrentarse con la vida; ha recibido sus propios recursos y defensas para ello. No es necesario decir que tampoco apruebo el descuido y la estupidez. Recuerdo, como si lo estuviera viendo, una fiesta infantil a la que asistía una niña vestida con un trajecito de muselina —una chiquilla preciosa, por cierto— que tenía todos los síntomas de estar incubando el sarampión: lánguida, febril, con los ojos y las narices húmedos; lo clásico. Procuré mantenerla a mi lado, avisé a su niñera, pero ya era demasiado tarde; trece niños que asistieron a la fiesta cayeron víctimas de la estupidez. Y lo mismo que decimos sobre los riesgos que corre la salud física, puede decirse de enfermedades y debilidades mentales. Los terrores nocturnos y otras sobreexcitaciones nerviosas pueden ir arraigando en las mentes infantiles a causa de una niñera estúpida o por una disciplina demasiado rigurosa o pueden ser fruto de una oscura herencia. Por supuesto, también pueden ser defectos connaturales. Cuando era una niña, yo tampoco era inmune a estos defectos. Me aterrorizaba la gente, por ejemplo; era tímida, no me atrevía a dar una opinión ni a demostrar afectos. Solía despreciar y envidiar, a la vez, a la gente «efusiva». Pero la oscuridad jamás me inspiró miedo. Los hechos demostraron que todos esos terrores no sólo afectaban a Philip más que a los otros niños, sino que lo hacían en forma muy especial. En realidad, nunca me he vuelto a encontrar con un caso igual.

Aquel año, hacia finales de diciembre, vino, como siempre, a pasar conmigo las vacaciones de Navidad. Aquél era un arreglo que yo no había pedido, sino sólo insinuado, y al que mi hermana consintió muy de su agrado. Subieron su baúl a su habitación y él y yo nos sentamos a tomar el té al cual mi cocinera, que lleva muchos años a mi servicio, añadió un huevo pasado por agua, para él. ¡Nunca he conocido un hombre, ni siquiera viejo, que no considere que un huevo pasado por agua es una delicia con el té! Cuando estaba sentado frente a mí, ante la mesa de té, bajo la luz de

la lámpara, noté en seguida que estaba más pálido que de costumbre. Incluso tenía la cara más delgada y la expresión ansiosa. «Ansiosa» no es una palabra que uno use a gusto con relación a la expresión de un niño, pero es la que lo definía exactamente. Además tenía los ojos cansados y rodeados de las sombras moradas de las ojeras. Eso significa que duerme mal por las noches, me dije para mí.

—No tienes muy buen aspecto, Philip —comenté—. Apenas has comido, después de un viaje tan largo. ¿A qué hora os acostáis? ¿Cenáis bien? ¿Te aburren las clases? ¿Te has peleado con alguno de tus profesores?… No, no creo que sea *eso*.

Si no recuerdo mal, esas fueron, más o menos, las preguntas que le hice. Como la mayoría de los niños, no se molestó en contestar. Ni tampoco esperaba que lo hiciera; solamente estaba buscando alguna pista.

—¡Gracias, tía Caroline! —dijo dos o tres veces con su estilo un poco relamido, ya que era un muchacho muy serio y a mí no me gusta el idioma infantil artificial—. ¡Gracias tía Caroline! —repitió—. Estoy muy bien. Soy el tercero o cuarto en todas las asignaturas menos francés y aritmética. Y soy el primero en inglés. —Después de una pausa, durante la cual yo le sonreía, añadió que algunas veces no dormía muy bien—. A veces, me quedo despierto de noche y eso me pasa también de día, algunas veces, tía Caroline.

Extraño: ni siquiera me atreví a preguntarle qué quería decir aquel *eso*.

—Bueno, Philip —dije—. Supongo que tiene fácil remedio. —Estaba preocupada, porque no lograba comprender a qué se refería el niño al decir *eso me pasa también*—. Procuraremos que tengas suficiente aire puro en la habitación y las mantas que necesites; tomarás un vaso de leche caliente con bizcochos y un poco de agua, de cena, y en caso de que te despiertes por la noche, Pattie (mi excelente doncella) procurará que tengas una lamparilla en tu mesita de noche. ¿Tienes luz en la mesilla en tu casa?

—Sí, tía; pero en el colegio no. Y no es una lamparilla, sino un globo de gas. Es azul y, algunas veces, cuando me despertaba a medianoche, parecía un ojo que me estaba mirando desde el fondo de la oscuridad. Pero no era un ojo, claro, sino sólo un globo de gas.

—Bueno, pues tendrás una lamparilla; y nadie *podría* confundirla con un ojo, Philip.

Al día siguiente, durante la comida, noté que tenía mejor aspecto. Era dos días antes de Navidad, para ser exactos; era nuestro Primer día de la Fiesta, como solíamos llamarlo, y la comida consistía en pollo asado con verduras, seguido de un flan excelente y ciruelas en dulce. En aquellos días podían aún encontrarse pequeñas ciruelas francesas. Philip era aficionadísimo al pudín de pan, que, si no es muy sabroso, en cambio es muy sano y alimenticio. Durante aquellos días su aspecto mejoró mucho y disfrutó con la clásica pantomima y una o dos reuniones navideñas. No obstante, observé que, por muy animado que estuviera durante el día, se iba quedando callado y taciturno a medida que se acercaba la noche.

La hija pequeña de uno de nuestros vecinos, cuyo nombre no hace al caso, venía algunas veces, con su niñera, a jugar con Philip. Era una de esas niñas de suaves ademanes y carita de manzana que son tan raras en nuestros días. En las primeras horas de la tarde los dos niños jugaban juntos, completamente felices, pero, hacia el crepúsculo, cuando el día empezaba a caer, el humor de Philip languidecía visiblemente. Entonces ya no prestaba atención al juego y a la hora del té sólo charlábamos Rosie y yo, aunque, estoy segura, la niña hacía lo que podía, a su manera infantil, para que el chico saliera de su concha y sonriera otra vez. Pero un niño de nueve años que rehúsa una porción de tarta de manzana y no está enfermo ni siente nostalgia alguna, ha de tener preocupaciones *mentales.* Yo lo comprendía así y no le quitaba la vista de encima. Muy pronto salieron a relucir sus problemas.

Cuando Rosie se fue, Philip cogió un libro de ilustraciones —un regalo de Navidad— y se sentó en un taburete, cerca del fuego, mientras yo cogía de nuevo mi labor de punto. Una o dos miradas furtivas que le lancé, me demostraron que ya no leía, a pesar de que mantenía los ojos fijos en él libro. Suspirando, volvía a empezar, pero pronto su imaginación erraba de nuevo. Aquella noche fui dos veces a su habitación. Estaba dormido, muy tranquilo, mientras la lamparilla ardía en la mesilla. De madrugada me pareció oír un grito; escuché pero no pasó nada, y dejé la puerta de mi habitación abierta de par en par. A la mañana siguiente, después de desayunar, pisó sin querer la cola de mi gato. Aquél fue un accidente afortunado, al menos para Philip. El gato y él se llevaban muy bien, pero el aullido que lanzó el pobre animal produjo un efecto muy extraño en Philip: se puso a temblar y de pronto se echó a llorar. Consideré que aquél era un síntoma inequívoco de un desarreglo nervioso. Esperé a que levantaran la mesa y entonces le llamé y le dije, usando un subterfugio:

—Me parece que esta noche no has dormido muy bien. ¿Se acuerda Pattie de dejarte una lamparilla?

Todavía le estoy viendo, con un traje que se le estaba quedando pequeño, de pie ante mí sobre la alfombra de piel, con su mano en la mía, ante el guardafuegos de latón. Un retrato de su abuelo materno, que fue un clérigo activo y muy erudito, colgaba encima de la chimenea, sobre su cabeza, y resultaba evidente el parecido que con él tenía. La luz de la ventana —era una hermosa mañana de invierno, helada— daba de lleno en su cara.

—Sí, tía —replicó—, me la pone.

Pero mientras me hablaba, mirándome de frente, noté que sus ojos se movían, como involuntariamente, hacia la derecha, y que tenía que hacer un verdadero esfuerzo para volverlos hacia mí otra vez, sin poder disimular una desmayada expresión de alarma en sus delicadas facciones. ¿Qué podría significar todo aquello?, me dije.

—¿Tienes miedo de algo? —pregunté.

Enrojeció y se estremeció violentamente. Afirmó con la cabeza.

—¿Aquí, en esta habitación? —dije, al tiempo que echaba una mirada al rincón

hacia el que se había vuelto. Allí no había nada que pudiera producirle aprensión. Por lo menos, nada que no fuera lo de siempre: un busto de Cicerón en un pedestal, cerca de la librería. Una posesión preciosa para mi padre, pero con un niño nunca se sabe.

—¿Qué es lo que te inquieta? Dímelo, Philip.

Hablé naturalmente, con voz suave, acariciando sus dedos.

—Me asusta lo que veo, tía Caroline.

—¿Lo que ves? ¿Dónde? —le presioné—. Mira al jardín, limpio y resplandeciente; a los árboles, con sus ramas cubiertas de escarcha, casi tan espesa como la nieve. La oscuridad, ya lo sabes, puede hacer que no los veamos, pero ellos seguirán siendo los mismos… No hay nada malo en el jardín. Y nosotros también somos siempre los mismos, haya luz o no. ¿Hay algo que perturba tu mente, Philip? Mira al gato; sabe tan bien como nosotros que lo que ha ocurrido antes no es más que un accidente.

—No es eso —me dijo—. Es lo que veo… en mi interior. Cuando muevo los ojos así, tía Caroline. —Apenas se movió—. Empezó hace mucho tiempo; pero… sólo ocurre a veces.

—¿Cómo, a veces? ¿De noche también?

A fuerza de irle sonsacando cuidadosamente, llegué a averiguar que lo que le turbaba no era más, así lo creí entonces, que una pura fantasía. Me dijo que cuando volvía los ojos en cierta dirección, hasta el extremo de las órbitas —y después de unos experimentos de esa especie se atrevía a hacerlo muy raras veces —veía una silueta, una figura. Un ser oscuro, pequeño, raquítico, con la espalda jorobada y la cabeza torcida, según creí entender, y que le miraba fijamente. Me sentí muy preocupada. Fantasía o no, no cabía duda de que un niño tan sensible tenía que turbarse profundamente con la visión de una cosa tan desagradable, aunque no fuera más que pura ilusión.

—Vamos a ver, Philip —le insté—. Estamos tú y yo solos, dime la verdad. Todo eso no son más que figuraciones tuyas, ¿no? Si quisiéramos podríamos ver la cara de tu madre en seguida; en la imaginación, quiero decir, ¿no es eso? Pero sólo sería imaginación, y al momento siguiente habría desaparecido. Tú no *puedes* ver nada; prueba otra vez.

—¡Oh, tía! —exclamó echándome los brazos al cuello y rompiendo de nuevo en llanto—, es igual, igual que aquel espantoso demonio.

Me alarmé, lo confieso; pero procuré que no trasluciera.

—¿Y quién te ha hablado a ti del demonio?

—Nadie, nadie —gritó apasionadamente—. Le vi en un libro.

—¡Ah! —dije—. En un libro. Un dibujo. Entonces todo viene de ahí.

—Sí, tía —suspiró—; *ahora.* Pero la silueta de que te estoy hablando la vi *antes* de leer el libro.

Yo deseaba ardientemente tranquilizar al chiquillo, y volví a asegurarle que todo debían ser fantasías; que no era más que un sueño que le tenía encandilado incluso en

pleno día; que Dios protege a los niños y que los inocentes no tienen nada que temer. Tuve muy buen cuidado de no decir nada más que lo que realmente creía.

—Y ahora sé valiente y prueba —le dije—. Prueba otra vez.

—Pero comprende, tía —se lamentó—, no siempre está ahí. Y no puedo. ¡No me atrevo!

Hice que mi médico de cabecera le viera. Declaró que el niño estaba flojo, muy nervioso, y todo eso. Ya lo sabía. Le recetó una sobrealimentación y, para mi sorpresa, sugirió que podríamos darle una copita de vino por la mañana y por la tarde. Cuando me dan un consejo que creo, o que me parece tener razones para considerarlo bueno, lo sigo. Y confiando en que el tratamiento pondría las cosas en su sitio, no consideré necesario escribir a su madre. Las cosas mejoraron. Ninguno de los dos volvimos a hacer referencia a sus problemas, ni la más mínima. ¡No hay que llamar a la desgracia!

Al año siguiente todo parecía estar en orden. Philip celebró conmigo su décimo cumpleaños y, contrariamente a mis propias convicciones, pero teniendo en cuenta lo mucho que había mejorado y que parecía más seguro de sí mismo, le pregunté, como en broma, en el momento en que traían a la mesa su flan favorito, una jalea de frutas, si seguían molestándole aquellas antiguas imaginaciones. En el acto supo a qué me refería, y enfrentó el problema con bastante soltura, según me pareció:

—Sí, de vez en cuando —me dijo—. Pero ahora nunca miro, realmente. Está *ahí* pero pienso que, a menos que me empeñe mucho, no puedo verle. Claro que de noche… Uno no puede evitarlo cuando está dormido, ¿verdad, tía Caroline?

Qué diferentes eran su voz y sus modales, en comparación con el año anterior. Teniendo eso en cuenta, tuve en la punta de los labios aconsejarle que probara de mirar de vez en cuando. Y también hablarle sobre mi profunda creencia en los seres llamados ángeles de la guarda. Pero aunque no deseo ser poco caritativa, la gente incluso la que cree firmemente en ellos, les presta muy poca atención. Y por miedo de que pudieran reírse de él en el colegio a causa de ello, me callé. Los adultos, desgraciadamente, no siempre tienen suficiente valor, ni siquiera por el bien de los demás.

—Bueno —le dije—, todos tenemos nuestros problemas, Philip, y tenemos que aprender a enfrentarlos.

Me miró y sonreímos; nos habíamos entendido muy bien.

—Pattie —añadí—, sirva un poco más de jalea al señorito Philip.

Cuando reflexiono sobre aquello, me asombra que nunca se me ocurriera consultar con un oculista. Tal vez se hubieran solucionado las cosas en un momento. Incluso gentes de gran sentido común se creen, ocasionalmente, víctimas de ilusiones —duendes y tonterías así—. Charles Wesley, por ejemplo. Y qué fácil es, con el menor pretexto, dar forma y significado a lo que no es más que pura fantasía. ¿No dijo el poeta Shakespeare, en uno de sus libros, algo relativo a las «aéreas nonadas», o algo por el estilo? Un oculista bueno y hábil —y yo me hubiera preocupado de que

lo fuera— podría haber atribuido las fantasías del niño a desarreglos del hígado, como lo son esas motas flotantes que se ven a veces, al mirar a un techo blanco. En cuanto a los especialistas mentales, que están tan en boga en nuestros días, confieso que siento hacia ellos cierta prevención y muy poca fe. Puede que esté equivocada, pero considero que hurgar en una mente infantil es un experimento muy peligroso y, puesta en malas manos, la operación puede ser tan chapucera como la de un chiquillo arreglando su reloj con un cortaplumas, y el resultado suele ser el mismo.

Aquí tengo que añadir un pequeño detalle. Descubrí que aquel ser, aquella sombra vigilante que Philip aseguraba ver en ciertas ocasiones, no tenía forma *estacionaria.* La joroba de la espalda podía tomar forma de alas plegadas, las cuales, por lo menos en una ocasión, según me dijo, se desplegaban, como las de los cuervos y los buitres que vemos en las ilustraciones de Gustavo Doré, para el *Paraíso Perdido* de Milton, ¿o era de Dante? Pero hay, no cabe duda, un dibujo a propósito de ello…

El año siguiente, Philip se portó admirablemente en el colegio. Tuvo una enfermedad de la que se recuperó completamente. Seguía pareciendo poco robusto, pero sólo en «apariencia». Era un encantador muchacho inglés, honrado y bastante guapo; no parecía capaz de agenciarse muchos amigos, pero los que tenía eran muy buenos, y eso es lo principal. Y me siento feliz de reconocer que no había heredado ninguna tara desagradable de su padre. No obstante, mi confianza y las esperanzas que había puesto en él —y no hay palabras que puedan expresar mis sentimientos, ni siquiera ahora, después de tantos años de lo que pasó— estaban destinados a hacerse pedazos.

Unas semanas después de su doceavo cumpleaños, el siete de junio, recibí un telegrama del director del colegio. Sólo cuatro palabras que me impresionaron mucho más de lo que pueda decir: «Venga en seguida, enfermedad grave». «Grave», aquella palabra era suficiente. Veinticuatro horas después de recibir el mensaje estaba en el colegio y fui recibida en seguida por el director, que, para consternación mía, me dijo que Philip había intentado huir del colegio dos días antes.

—¿Huir? —repetí, palideciendo, mirando fijamente a mi informante—. ¿Philip? ¿Por qué? ¿A dónde?

Por dos o tres pequeños detalles, a pesar de sus atildadas maneras y de las palabras que elegía cuidadosamente, comprendí que el director, Mr. Morgan, estaba profundamente impresionado por lo que había ocurrido. Y no tengo intención de ser injusta. Sencillamente, yo trataba de analizar los hechos, y un par de preguntas pusieron pronto en claro que la información no estaba muy en «armonía» con los hechos. Desde luego no había duda de que Philip había tenido intención de escaparse ya que apareció, encerrada en su armario, una cuerda vieja del gimnasio, escondida entre sus ropas domingueras.

Lo que al parecer ocurrió es lo siguiente: Por una razón u otra, el pobre chico llevaba unos días descuidando su trabajo en el colegio. Nada de mayor importancia que falta de atención y tendencia a quedarse abstraído, a soñar despierto, con aquella

mirada lejana que yo conocía tan bien. También había tenido disgustos por dejar comida en el plato. Falta de apetito, sugerí. Por otra parte, no había dado muestras positivas de sentirse desgraciado y, desde luego no hizo nada deliberadamente malo. Ni, a lo que parecía, había hablado con alma viviente en el colegio de lo que pensaba hacer, ni siquiera a su amigo más íntimo, un muchacho pecoso, con cara de buena persona, llamado Ollit.

El martes último, no obstante, unos minutos antes de medianoche, sin despertar ni estorbar a ninguno de los cuatro muchachos que compartían el dormitorio con él, se levantó de la cama, abrió la ventana y se deslizó por el borde de piedra que había más allá. Era, según recuerdo yo misma, una noche dulce y tranquila iluminada por la serena luz de la luna. La cuerda no había sido usada, eso era cierto: se quedó encerrada en el armario.

—Si estaba despierto, o por lo menos medio despierto, ¿por qué no usó la cuerda? —sugerí.

El director me miró fijamente, pero no encontró palabras para expresar sus sentimientos.

—Mi propia convicción —y no veo razón ninguna para cambiarla ahora— es que, arrastrado quizá por alguna pesadilla, Philip empezó a andar dormido. No había ni una brizna de aire aquella noche ni nada que pudiera haber alarmado al pobre chiquillo. Y entonces, la luz de la luna, o una íntima consciencia de peligro, o algo así, se desarrolló en su mente dormida y le impulsó a obrar. Frenética y desesperadamente, intentó trepar hacia arriba, hacia la seguridad. Pero en vano. El niño, inconsciente, Dios lo quiera así, de lo que le rodeaba y bajo la influencia de sus sueños, se cayó de cabeza en el sendero de piedra que corría bajo la ventana del dormitorio. Unos minutos después le encontraron allí, desmayado, muy mal herido. La cara del director, sentado frente a mí, expresaba claramente cuán pocas esperanzas había de salvación. Los dos permanecimos en silencio. El director no tenía la culpa de cuanto había ocurrido, nadie podía culparle, y así se lo dije sin la menor vacilación.

Me llevaron a la enfermería: una habitación blanca, muy cuidada y soleada. Sobre la mesa había un ramillete de flores —recuerdo que rosas—. La habitación tenía tres camas; más allá de la última de ellas, en un pequeño recinto, estaba el cuarto de la enfermera, del cual acababa de salir ella hacía solamente unos minutos. Estaba leyendo un libro, en voz baja, con la cabeza inclinada; tenía la cara pequeña y pálida y parecía más joven de lo que creo que debía ser, su pelo era claro y sus ojos grises y tranquilos. En ocasiones como esas uno es más observador de lo corriente. Realmente, ella parecía apenas un poco más que una niña. Al verme dejó el libro, se levantó de su silla, hizo una reverencia —cosa que hoy día hacen muy raras veces las muchachas de ninguna clase— y abandonó la habitación.

Mi querido muchacho yacía de espaldas, sin sufrimiento alguno, afortunadamente, por entonces. Estaba tranquilo, parecía estar durmiendo, o a punto

de quedarse dormido. Me senté en la silla que había quedado vacante y le contemplé. No dijimos una palabra en toda la tarde. Al día siguiente llegó una enfermera especializada para cuidar de él. A mí me permitieron verle inmediatamente después de la comida. Su madre no podría llegar hasta el otro día y existía el temor de que llegara demasiado tarde. Él no me oyó llegar hasta su cama, silenciosamente, y sentarme a su lado, en la silla. Yacía con los ojos cerrados, mortalmente pálido, moviendo la cabeza en la almohada, sin descanso. Permanecí a su lado, contemplándole con el corazón encogido. Sus labios empezaron a murmurar y las niñas de sus ojos se movieron, bajo los párpados cerrados.

Tanto si estaba dormido como despierto, sólo había una interpretación para la expresión de su cara: pesadumbre y, así lo imaginé, miedo. No pude soportar el verlo.

—Philip —murmuré, inclinándome hacia él. Sus rasgos se inmovilizaron en el acto.

Aparte de eso, no dio señal alguna de haber oído. Parecía estar escuchando algo, presa de aguda expectación. Sus ojos grises se abrieron lentamente y me vio. Fue demasiado tarde; la sonrisa de bienvenida con que me obsequió no bastó a borrar la fugaz y penetrante desilusión que brilló en lo profundo de su mirada.

—Tía Caroline —murmuró, después de unos momentos de pausa—. ¿Estoy muy enfermo?

Le sonreí, me agaché y besé sus pálidos dedos.

—Hola, cariño mío —le dije—. Estate quietecito y te pondrás pronto bien. Y no hay necesidad de que digas nada, si no quieres.

El doctor nos había advertido que no debíamos forzar al chiquillo a nada, y comprendí muy bien lo que quería decir. En la breve y entrecortada charla que tuvimos me confió, espontáneamente, que unos días antes había decidido escaparse. Ir con su madre, lo confieso, no conmigo, y que por fin decidió que no.

—¿Por qué, Philip? ¿Qué es lo que te hacía tan desgraciado?

—Desgraciado no —me aseguró—. Era demasiado feliz. Pero… ya sabes, es inútil.

Aquello me dejó completamente perpleja. ¡Pero cómo preguntar a un niño por qué es *feliz!*

—¿No hay nada…? Te he estado contemplando mientras dormías… ¿No hay nada en tu imaginación, que te asuste?

Otra vez se revolvieron sus ojos, sin descanso, en sus órbitas.

—¡Miedo, tía! ¡Oh, no! No me refiero a eso ahora. Quiero decir que ahora ya no me da miedo. Sigue ahí, pero ya… ya no me importa.

Y, en efecto, lo que en aquel momento vi en su cara no era, por cierto, miedo, ni terror, ni siquiera desagrado; nada de eso… sino un deseo, una languidez dolorosa y profunda.

—Oye, Philip —le dije—. Tu madre vendrá pronto; muy pronto.

—Será estupendo —me contestó. Pero, para mi consternación, puesto que puedo

decir sinceramente que nunca, ni de pensamiento, ni de acción, me había interpuesto entre ellos, faltaba algo, un poco de calor, en aquel «estupendo», aunque lo decía sinceramente. ¿Qué otra cosa podía estar deseando? ¿Qué podría decir para calmar su mente? Me rompí la cabeza en vano.

La enfermería estaba radiante de luz. Era un encantador día de verano; el aire fluía desde la ventana, perfumado por las flores del jardín y el olor del heno recién segado. Desde lejos llegaban las voces de los muchachos jugando en los campos de recreo. Si el día hubiera sido oscuro, cubierto de pesadas nubes y con una lluvia persistente, la cosa sería más fácil de llevar. Yo me creía endurecida, capaz de soportar muchas cosas en el mundo; pero ahora se me escapaba de las manos una vida que, puedo asegurarlo sinceramente, me era más preciosa que la mía propia. Y no podía hacer nada. Nunca, excepto una vez antes, me había sentido tan abandonada y sin esperanzas. ¡Quién consuela a un niño con eso!

Y de pronto, como si fuera una respuesta a mis preguntas, la pálida carita apoyada en la almohada se suavizó de nuevo. Los ojos, bajo los párpados, se movieron hacia el extremo, alejándose de mí. Se oyeron pasos y la puerta se abrió; yo miré hacia allá.

Era la joven encargada de la enfermería. Venía a decirme que mi hermana había llegado y deseaba reunirse conmigo en el despacho del director. La miré… Su cara me recordaba vagamente un cuadro antiguo que había visto. Era una cara no precisamente bonita, pero serena, con algo ingenuo y remoto en el fondo de los ojos. Por un instante no pude manifestar mis pensamientos; no sentía el menor deseo de marcharme. Sonreí a la enfermera lo mejor que pude.

—¿Puedo dejar tranquilo a mi sobrino con usted por unos minutos? —le dije.

Ella le miró… y yo también.

¿Cómo describir lo que vi? Ya no había expectación, ni presentimientos, ni ansiedad en la cara que yacía en la almohada. Ni rastro de todo eso. Sólo una mirada fija en ella, tan cerca del éxtasis como pueda estarlo una expresión humana. Yo detesto todo lo que se parezca a sentimentalismos, pero el corazón me dio un vuelco en el pecho. Jamás expresión alguna, ni siquiera de dolor o desesperada angustia, me había afectado tanto, en forma más aguda. Hasta aquel trágico momento —y fue, además, la única vez que la pude observar— no me di cuenta de su profundo e íntimo significado. Pero no había la menor duda. El pobre chiquillo estaba enamorado.

EXAGERÓ LA NOTA

Antón Chejov

EL agrimensor Gleb Gavrilovich Smirnov se apeó en la estación de Gñilushki. La finca a la cual se dirigía para efectuar el deslinde distaba aún unas treinta o cuarenta verstas, que tenía que recorrer a caballo.

(Si el cochero está sereno y los caballos son de buena pasta, pueden calcularse unas treinta verstas; pero si el cochero se ha tomado cuatro copas y los caballos están fatigados, hay que calcular unas cincuenta).

—Oiga, señor gendarme, ¿podría decirme dónde puedo encontrar caballos de posta? —le preguntó el agrimensor al gendarme de servicio en la estación.

—¿Cómo dice? ¿Caballos de posta? Aquí no hay un perro decente en cien verstas a la redonda. ¿Cómo quiere que haya caballos? ¿Tiene usted que ir muy lejos?

—A la finca del general Jojotov, en Devkino.

—Pruebe al otro lado de la estación —dijo el gendarme, bostezando—. A veces hay *mujiks* que admiten pasajeros. En el patio.

Con un suspiro, el malhumorado agrimensor pasó al otro lado de la estación. Tras muchas discusiones y regateos, se puso de acuerdo con un *mujik* alto y recio, de rostro sombrío, picado de viruelas, embutido en un chaquetón roto y calzado con unas botas de abedul.

—Vaya un carro —gruñó el agrimensor al subir al destartalado vehículo—. No se sabe dónde está la parte delantera ni la parte trasera…

—Nada más fácil —replicó el *mujik*—. Donde el caballo tiene la cola es la parte de delante, y donde está sentado su señoría es la parte de atrás. El caballo era joven, aunque muy flaco, abierto de patas y de orejas roídas. Cuando el *mujik,* alzándose sobre su asiento, lo azotó con el látigo, el caballo se limitó a sacudir la cabeza; al segundo azote, acompañado de una blasfemia, el carro rechinó y empezó a temblar como si tuviera fiebre. Después del tercer azote, el carro se tambaleó; después del cuarto, se puso en marcha.

—¿Crees que llegaremos, a este paso? —preguntó el agrimensor, dolorido por las fuertes sacudidas y maravillado de la habilidad que muestran los carreteros rusos para combinar la marcha a paso de tortuga con sacudidas capaces de arrancarle a uno el alma del cuerpo.

—¡Desde luego! —respondió el carretero, en tono tranquilizador—. El caballo es joven y animoso… Cuando se pone en marcha, no hay modo de detenerlo. ¡Arre-e-e, maldi-i-i-to!

Cuando el carro salió del patio de la estación empezaba a oscurecer. A la derecha del agrimensor se extendía una llanura interminable, oscura y helada. Probablemente conducía al lugar donde Cristo dio las tres voces… En el horizonte, donde la llanura se confundía con el cielo, se extinguía perezosamente el frío crepúsculo de aquella tarde otoñal. A la izquierda del camino, en la oscuridad, se divisaban unos montones que lo mismo podían ser pilas de heno del año anterior que isbas de alguna aldea. El agrimensor no veía lo que había delante, pues en aquella dirección su campo visual quedaba tapado por la ancha espalda del carretero. La calma era absoluta. El frío,

intensísimo. Helaba.

«¡Qué parajes más solitarios! —pensaba el agrimensor, mientras trataba de taparse las orejas con el cuello del abrigo—. Ni un solo árbol, ni una sola casa… Si por desgracia, te asaltan, nadie se entera de ello, aunque dispares un cañonazo. Y el cochero no tiene un aspecto muy tranquilizador, que digamos… ¡Vaya espaldas! Un tipo así te pega un trompazo y sacas el hígado por la boca. Y su cara es de lo más sospechosa…»

—Oye, amigo —le preguntó al cochero—. ¿Cómo te llamas?

—¿Es a mí? Me llamo Klim.

—Dime, Klim, ¿qué tal andan las cosas por aquí? ¿No hay peligro? ¿No suelen gastar bromas pesadas?

—No, gracias a Dios. ¿Quién va a gastar bromas en un lugar como éste?

—Me alegro de que no tengan esas aficiones. Pero, por si acaso, voy armado con tres revólveres —mintió el agrimensor—. Y, con un revólver en la mano, el que quiera buscarme las pulgas está arreglado: puedo enfrentarme con diez bandidos, ¿sabes?

La oscuridad era cada vez más intensa. De pronto, el carro emitió un quejido, rechinó, tembló y dobló hacia la izquierda, como si lo hiciera de mala gana.

«¿A dónde me llevará este sinvergüenza? —pensó el agrimensor—. Íbamos en línea recta y ahora, de repente, tuerce a la izquierda. Sabe Dios… Quizás a alguna cueva de bandoleros… y… no sería el primer caso…»

—Escucha —le dijo al *mujik*—. ¿De veras no son peligrosos estos parajes? ¡Qué lástima! Con lo que a mí me gusta verme las caras con los bandidos… Aquí donde me ves, con mi aspecto flaco y enfermizo, tengo la fuerza de un toro… En cierta ocasión me atacaron tres bandidos. Pues bien, le sacudí a uno de tal modo, que se quedó en el sitio, ¿entiendes? Y los otros, gracias a mí, fueron enviados a Siberia, condenados a trabajos forzados. Ni yo mismo sé de dónde saco tanta fuerza… Cojo con una mano a un hombrón como tú… y lo volteo.

Klim miró de reojo al agrimensor, parpadeó y arreó al caballo.

—Sí, amigo —continuó el agrimensor—. Pobre del que se meta conmigo. Le arrancó los brazos, las piernas, y, de postre, el bandido tiene que vérselas luego con los tribunales. Todos los jefes de policía y todos los jueces me conocen. Soy un funcionario del Estado, un personaje importante… La Superioridad sabe que hago este viaje… y está pendiente de que nadie se meta conmigo. A lo largo del camino, detrás de los arbustos, hay soldados apostados y gendarmes apostados. ¡Para! ¡Para! —bramó súbitamente—. ¿Dónde te has metido? ¿Adónde me llevas?

—¿No tiene usted ojos? ¡Al bosque!

—«Es cierto, al bosque —pensó el agrimensor—. ¡Me había asustado! Pero no me conviene que este hombre se de cuenta de mi preocupación… Ya ha notado que tengo miedo. ¿Por qué se vuelve a mirarme tantas veces? Seguro que está tramando algo… Antes avanzaba a paso de tortuga, y ahora vuela».

—Oye, Klim, ¿por qué arreas de ese modo al caballo?

—No le he dicho nada. Se ha puesto a galopar por iniciativa suya. Cuando echa a correr, no hay modo de detenerlo… Con esas patas que tiene…

—¡Mientes, amigo! ¡Mientes! Y te aconsejo que no corras tanto. Frena un poco al caballo. ¿Me oyes? ¡Frénalo!

—¿Por qué?

—Porque… porque detrás de mí debían salir otros cuatro camaradas de la estación. Tienen que alcanzarnos… Prometieron alcanzarme en este bosque… El viaje será más entretenido con ellos… Son gente sana, fuerte… los cuatro llevan pistola… ¿Por qué te vuelves tantas veces y te agitas como si tuvieras agujas en el asiento? ¿Eh? ¡Cuidado, amigo! ¿Tengo monos en la cara? Lo único interesante que tengo son mis revólveres… Espera, voy a sacarlos y te los enseñaré… Espera…

El agrimensor fingió rebuscar en sus bolsillos; pero en aquel instante ocurrió lo que nunca hubiera imaginado, a pesar de toda su cobardía: de repente, Klim se lanzó fuera del carro y se dirigió a cuatro patas hacia la espesura del bosque lindante.

—¡Socorro! —empezó a gritar—. ¡Socorro! ¡Llévate el caballo y la carreta, maldito, pero no me condenes el alma! ¡Socorro!

Se oyeron pasos veloces que se alejaban, crujidos de ramas al quebrarse, y luego reinó el silencio. Lo primero que hizo el agrimensor, que se esperaba aquella salida, fue detener el caballo. Luego se acomodó lo mejor que pudo en el carro y empezó a pensar.

«El muy imbécil ha huido, se ha asustado… Bueno, ¿y qué hago yo ahora? No puedo seguir adelante, porque no conozco el camino, y, además, podrían creer que he robado el caballo… ¿Qué hago?»

—¡Klim! ¡Klim!

—¡Klim! —le respondió el eco.

La simple idea de tener que pasar la noche en aquel oscuro bosque, al raso, sin más compañía que los aullidos de los lobos, el eco y los relinchos del caballo, le ponía la carne de gallina.

—¡Klimito! —empezó a gritar—. ¡Querido! ¿Dónde estás, Klimito?

El agrimensor se pasó unas dos horas gritando, y ya se había quedado ronco, se había hecho ya a la idea de pasar la noche en el bosque, cuando una débil ráfaga de viento llevó hasta sus oídos un lamento.

—¡Klim! ¿Eres tú, querido? ¡Acércate!

—¿No… no me matarás?

—Sólo he querido gastarte una broma, querido. ¡Te lo juro! ¡No llevo ningún revólver, créeme! ¡Te he mentido por miedo! ¡Vámonos, por favor! ¡Me estoy helando!

Klim comprendió que si el agrimensor hubiera sido un bandido, como había temido, se habría marchado con el caballo y el carro sin esperar a más. Salió de su escondrijo y se dirigió hacia el vehículo con paso vacilante.

—¡Vamos! —exclamó el agrimensor—. ¡Sube! Te he gastado una broma inocente, y te has asustado como un niño…

—¡Dios te perdona! —gruñó Klim, subiendo a la carreta—. Si llego a imaginármelo, no te hubiera llevado ni por cien rublos de plata. Por poco me muero de miedo…

Klim azotó al caballo. El carro tembló. Klim azotó al animal por segunda vez y el vehículo se tambaleó. Después del cuarto azote, cuando el carro se puso en marcha, el agrimensor se tapó las orejas con el cuello del abrigo y se quedó pensativo. Ni el camino ni Klim le parecían ya peligrosos.

LO QUE PASÓ SOBRE EL PUENTE DE OWL CREEK

Ambrose Bierce

DE pie sobre un puente de ferrocarril en el norte de Alabama, un hombre contemplaba el agua deslizarse rápidamente a veinte pies debajo de él. Tenía las manos atadas a la espalda. Su cuello estaba rodeado por una cuerda sin tensar atada por un sólido cabestrillo debajo de su cabeza, y el cabo suelto caía hasta el nivel de sus rodillas. Unas tablas colocadas sobre las traviesas de los raíles ofrecían un punto de apoyo al hombre y a sus ejecutores: dos soldados rasos del ejército federal, a las órdenes de un sargento que en la vida civil había sido ayudante de *sheriff*. No lejos de ellos, sobre la misma plataforma provisional, se encontraba un oficial armado, luciendo las insignias de su graduación. Era un capitán. A cada extremo del puente había un centinela sosteniendo su fusil en posición de arma al brazo, es decir, verticalmente ante el hombro izquierdo, con el gatillo reposando sobre el antebrazo separado de través del pecho, posición poco natural que impone una postura muy rígida. Al parecer, aquellos dos soldados no estaban obligados a saber lo que ocurría en medio del puente: se limitaban a bloquear los extremos de la pasarela de tablas.

Ante uno de los centinelas no había nadie a la vista; la vía férrea se hundía rectamente en un bosque cosa de un centenar de yardas, luego describía una curva y desaparecía. Un poco más lejos debía de haber un puesto avanzado. En la otra orilla, un terreno descubierto ascendía en suave pendiente hasta una empalizada de troncos de árboles colocados verticalmente, provista de troneras para los fusiles y de un agujero algo mayor por el cual asomaba la boca de un cañón de bronce que dominaba el puente. A media distancia entre el puente y el fortín estaban los espectadores: una compañía de infantería formaba, en su lugar descanso, la culata de los fusiles apoyada en el suelo, el cañón ligeramente inclinado hacia atrás contra el hombro derecho, las manos unidas sobre la caja. A la derecha de la formación estaba el teniente, la punta de su sable apoyada en tierra, su mano izquierda cubriendo su mano derecha. A excepción de los tres ejecutores y del condenado, nadie se movía. Los soldados de la compañía miraban hacia el puente, completamente inmóviles.

El capitán, en pie, con los brazos cruzados, vigilaba sin decir nada, sin hacer un gesto, el trabajo de sus subordinados. La muerte es un dignatario que, una vez anunciada su llegada, debe ser recibido con ceremoniosas muestras de respeto, incluso por sus familiares. Según el código de la etiqueta militar, el silencio y la inmovilidad son formas de deferencia.

El hombre al cual iban a colgar podía tener treinta y cinco años. Era un paisano, a juzgar por sus ropas de plantador. Sus facciones eran hermosas: una nariz recta, una boca firme, una frente ancha, y largos cabellos negros echados hacia atrás que caían por detrás de las orejas hasta el cuello de la levita, perfectamente ajustada. Llevaba bigote y una barba puntiaguda, pero no lucía patillas; sus grandes ojos de color gris oscuro tenían una expresión de bondad que resultaba casi sorprendente en un hombre que llevaba una corbata de cáñamo. Sin duda alguna, no se trataba de un vulgar asesino. El generoso código militar prevé el ajusticiamiento de toda clase de personas, incluidas las personas decentes.

Terminados los preparativos, los dos soldados dieron un paso de costado y cada uno de ellos retiró la tabla donde se había apoyado hasta entonces. El sargento se volvió hacia el capitán, saludó, y luego se colocó inmediatamente detrás del oficial, el cual, a su vez, dio un paso de costado. Esos movimientos dejaron al condenado y al sargento en los dos extremos de una misma tabla que cubría tres traviesas del puente. El extremo donde se encontraba el paisano casi alcanzaba, aunque no del todo, a una cuarta traviesa. Aquella tabla había sido mantenida en posición por el peso del capitán; ahora lo estaba por el peso del sargento. A una señal de su jefe, el sargento daría un paso de costado, la tabla oscilaría y el condenado caería entre dos traviesas. El condenado pensó que aquel mecanismo era sumamente sencillo y eficaz. No había tapado su rostro ni vendado sus ojos. Examinó durante unos instantes su punto de apoyo poco sólido; luego dejó vagar su mirada sobre el río turbulento que corría furiosamente debajo de él. Un trozo de madera flotando en la superficie del agua retuvo su atención, y siguió con la mirada sus evoluciones. ¡Con qué lentitud parecía avanzar!

Cerró los párpados para concentrar sus últimos pensamientos en su esposa y en sus hijos. El agua dorada por el sol naciente, la neblina que planeaba sobre la orilla del río, el fortín, los soldados, el trozo de madera flotante, todo esto le había distraído. Y he aquí que llegaba un nuevo motivo de distracción. Borrando el pensamiento de los seres queridos, resonaba un ruido, que el condenado no podía ignorar ni comprender, un ruido seco, claro, metálico, que resonaba como el golpe del martillo del herrero sobre el yunque. El hombre se preguntó qué podía ser aquel ruido, si procedía de muy cerca o de una distancia incalculable (ya que las dos hipótesis parecían posibles). Se repetía a intervalos regulares, pero tan lentos como los tintineos de un vaso. El condenado esperaba cada uno de los golpes con impaciencia, y, sin saber por qué, con temor. Los silencios se hacían cada vez más largos: los retrasos resultaban enloquecedores. Cuanto menos frecuentes eran los sonidos, más aumentaban en fuerza y claridad, hiriendo su oído como una cuchillada. Estuvo a punto de gritar… Lo que estaba oyendo era el tic-tac de su reloj.

Abrió los ojos y contempló de nuevo el agua que corría debajo de él. «Si consiguiera soltarme las manos —pensó—, tal vez podría librarme del nudo corredizo y saltar al río. Sumergiéndome, podría escapar a las balas, alcanzar la orilla a nado, esconderme en el bosque y huir hasta mi casa. A Dios gracias, se encuentra aún más allá de sus líneas; mi esposa y mis hijos se encuentran más allá de las posiciones avanzadas de los invasores».

Mientras esos pensamientos, que debemos anotar en frases, eran proyectados como relámpagos en el cerebro del condenado, más bien que emanando de él, el capitán hizo una señal con la cabeza al sargento. Éste dio un paso de costado.

II

Peyton Farquhar era un plantador rico; pertenecía a una antigua familia de Alabama, que gozaba de una alta estima. Propietario de esclavos, se dedicaba a la política, como todos sus amigos; naturalmente, fue uno de los primeros secesionistas y se consagró con ardor a la causa de los Estados del Sur. Circunstancias imperiosas, que sería inútil citar aquí, le habían impedido alistarse en el valeroso ejército cuyas desastrosas campañas terminaron con la caída de Corinth; le irritaba aquella sujeción sin gloria, ardía en deseos de dar libre curso a su energía, de conocer la vida menos limitada del soldado, de encontrar la ocasión de distinguirse. La ocasión, lo presentía, llegaría un día para él, como llega para todo el mundo en tiempo de guerra. Entretanto, hacía lo que podía. Ningún servicio le parecía demasiado humilde para la causa del Sur, ninguna aventura demasiado peligrosa si era compatible con el carácter de un paisano con alma de soldado, el cual, con absoluta buena fe y sin demasiadas reservas, admitía la verdad de una buena parte de aquel innoble refrán: «En el amor y en la guerra, todos los medios son buenos».

Una noche, mientras Farquhar y su esposa se encontraban sentados en un rústico banco, cerca de la entrada de su jardín, un soldado de uniforme gris detuvo su caballo ante la verja y pidió de beber. Mrs. Farquhar quiso tener el honor de servirle con sus blancas manos. Mientras su esposa iba en busca de un vaso de agua, Farquhar se acercó al jinete cubierto de polvo y le pidió ávidamente noticias del frente.

—Los yanquis están reparando las vías férreas —dijo el hombre—, ya que se disponen a un nuevo avance. Han alcanzado el puente de Owl Creek, lo han reparado y han construido un fortín en la otra orilla. El comandante ha hecho fijar por todas partes un bando diciendo que todos los paisanos que sean sorprendidos saboteando la vía férrea, los túneles o los trenes, serán colgados sin formación de causa. He visto el bando con mis propios ojos.

—¿Qué distancia hay desde aquí hasta el puente de Owl Creek? —preguntó Farquhar.

—Unas treinta millas.

—¿No hay tropas a este lado del río?

—Un solo puesto avanzado a cosa de media milla del puente, en la vía férrea, y un solo centinela a la entrada del puente.

—Supongamos que un hombre, un paisano, consigue esquivar el puesto avanzado y liquidar al centinela —dijo el plantador sonriendo—. ¿Qué podría hacer?

El soldado reflexionó.

—Estuve allí hace un mes —respondió—. Noté que la crecida del pasado invierno había amontonado una gran cantidad de troncos flotantes contra la pilastra de madera del lado de acá del puente. Ahora están secos y arderían como la estopa.

En aquel momento, la dueña de la casa se presentó con el vaso de agua. El soldado bebió, le dio las gracias ceremoniosamente, se inclinó ante su marido y se

alejó. Una hora más tarde, casi a la caída de la noche, volvió a pasar por delante de la plantación; iba hacia el Norte, en la dirección de donde había venido. Era un ojeador del ejército federal.

III

Mientras Peyton Farquhar caía a través del puente, se sumió en un estado de inconsciencia vecino de la muerte. Fue sacado de él, siglos más tarde, le pareció, por el dolor de una violenta opresión en la garganta, seguida de una sensación de ahogo. Atroces sufrimientos, punzantes, fulgurantes, herían todas las fibras de su cuerpo, desde el cuello hasta los pies. Parecían recorrer unas líneas de redes nerviosas perfectamente determinadas y latir con un ritmo increíblemente rápido. Tenía la impresión de que un torrente de fuego líquido hacía hervir su cuerpo a una temperatura insoportable. Su cabeza congestionada le parecía demasiado llena. Aquellas sensaciones excluían todo pensamiento. Lo que había de intelectual en él se había ya borrado; no poseía más que la facultad de sentir, y sentir era para él una tortura. Se dio cuenta de que se movía. Rodeado de una nube luminosa de la cual él no era ya más que el centro, privado de toda sustancia material, se balanceaba de acuerdo con unos arcos de oscilación imprevisibles, como un enorme péndulo. Luego, de un solo golpe, terriblemente brusco, la claridad que le rodeaba huyó hacia el cielo con un gran ruido chapoteante; un espantoso rugido resonó en sus oídos, y todo se convirtió en frías tinieblas… Habiendo recobrado la facultad de pensar, supo que la cuerda se había roto y que acababa de caerse al río. No volvió a experimentar la sensación de estrangulamiento: el nudo corredizo alrededor de su cuello, que le ahogaba ya, impidió al agua penetrar en sus pulmones. ¡Morir ahorcado en el fondo de un río! Esta idea le pareció absurda. Abrió los ojos en la oscuridad y divisó una claridad encima de él, pero tan lejana… tan inaccesible… Seguía hundiéndose, ya que la claridad disminuyó más y más hasta convertirse finalmente en un pálido reflejo. Luego aumentó en intensidad y Farquhar comprendió que volvía a ascender a la superficie, no sin repugnancia, ya que ahora se encontraba muy a gusto.

«Ser ahorcado y ahogado —pensó— no está mal del todo. Pero no quiero ser fusilado; no sería justo».

Sin que tuviera consciencia de hacerlo, un intenso dolor en las muñecas le hizo comprender que trataba de desatarse las manos. Concentró su atención en aquella lucha, del mismo modo que un espectador ocioso podría contemplar un número de circo, sin interesarse por el resultado. ¡Qué espléndido esfuerzo! ¡Qué fuerza tan magnífica, tan sobrehumana! ¡Ah! ¡La admirable tentativa! ¡Bravo! La cuerda cayó; sus brazos se separaron y flotaron hacia la superficie; en la claridad creciente, Farquhar pudo distinguir sus manos a ambos lados de su cuerpo. Con un nuevo interés las contempló aferrar el nudo corredizo. Lo sacaron brutalmente, lo apartaron con furor, y sus ondulaciones eran parecidas a las de una serpiente de agua. «¡Volved a colocarlo! ¡Volved a colocarlo!» A Farquhar le pareció que gritaba aquellas palabras a sus manos, ya que, después de haberse librado de la cuerda, experimentaba unos sufrimientos más atroces que nunca. El cuello le dolía horriblemente; su cerebro estaba ardiendo; su corazón, que hasta entonces había palpitado débilmente, saltaba

como si fuera a salírsele del pecho. Pero sus manos desobedientes no hicieron el menor caso de su orden. Golpearon el agua con vigor, en brazadas rápidas, de arriba a abajo, y le empujaron a la superficie. Notó que su cabeza salía del agua; la claridad del sol le cegó; su pecho se dilató convulsivamente; luego, supremo y culminante dolor, sus pulmones tragaron una gran cantidad de aire que expulsó inmediatamente con un grito…

Ahora estaba en plena posesión de sus sentidos, los cuales, en realidad, se mostraban sobrenaturalmente vivos y sutiles. La espantosa perturbación de su organismo los había fortalecido y afinado hasta tal punto, que advertían cosas nunca advertidas hasta entonces. Notaba las ondulaciones del agua sobre su rostro, oía el ruido que hacía cada una de ellas al golpearle. Miró hacia el bosque que se extendía sobre una de las orillas, y distinguió cada árbol, cada hoja con todos sus filamentos y hasta los insectos que allí pululaban: los saltamontes, las moscas de cuerpo reluciente, las arañas grises tendiendo su tela entre las ramas. Vio los colores del prisma en todas las gotas de rocío sobre un millón de briznas de hierba. El zumbido de los moscardones danzando sobre los remolinos, el batir de alas de las libélulas, los pasos sobre el agua de las arañas acuáticas, todo esto era para él una música audible. Un pez se deslizó por debajo de sus ojos, y oyó el rumor de su cuerpo al hendir la corriente.

Había asomado la cabeza fuera del agua, con el rostro vuelto río abajo; en un instante, el mundo exterior pareció girar lentamente a su alrededor, y vio el puente, el fortín, los centinelas, el capitán, el sargento, los dos soldados rasos, sus ejecutores, cuya silueta se recortaba contra el cielo azul. Gritaban, haciendo grandes gestos, y le señalaban con el dedo; el oficial había sacado su revólver pero no disparaba; los otros estaban desarmados. Sus movimientos parecían grotescos y horribles; sus formas, gigantescas.

De repente, Farquhar oyó una seca detonación y un objeto golpeó el agua a unas pulgadas de su cabeza salpicando su rostro de polvo líquido. Oyó una segunda detonación y vio que uno de los centinelas tenía aún el fusil apoyado contra su hombro: de la boca del cañón salía una leve nube de humo azulado. El hombre del río distinguió el ojo del hombre del puente, que contemplaba el suyo a través de la mira del fusil. Habiendo notado que aquel ojo era gris, recordó haber leído que los ojos grises eran particularmente agudos, que todos los tiradores célebres habían tenido los ojos de aquel color. Sin embargo, el hombre del puente había errado el tiro.

Farquhar dio media vuelta empujado por un remolino; quedó de nuevo mirando al bosque que cubría la orilla opuesta al fortín. El sonido de una voz clara resonó detrás de él, en una melopea monótona, y franqueó el río con tanta claridad que dominó y apagó todos los demás ruidos, incluso el chapoteo de las ondulaciones del agua. Sin ser soldado, había frecuentado los campamentos lo suficiente como para conocer el terrible significado de aquella salmodia: en la otra orilla, el teniente tomaba parte en la tarea matinal. Con implacable frialdad, en tono tranquilo, monótono, que infundía

tranquilidad a los soldados con absoluta precisión en la medida de los intervalos, cayeron aquellas crueles palabras:

«¡Compañía, firmes!… ¡Armas al hombro!… ¡Preparados!… ¡Apunten!… ¡Fuego!»

Farquhar se sumergió, se sumergió tan profundamente como le fue posible. El agua resonó en sus oídos como la voz del Niágara; sin embargo, oyó el apagado tronar de la descarga, y, mientras volvía a ascender a la superficie, encontró unos trocitos de metal brillantes, extrañamente aplastados, que se hundían con lentas oscilaciones. Algunos rozaron su rostro y sus manos y luego siguieron hundiéndose. Uno de ellos se incrustó entre su cuello y el cuello de su camisa; estaba desagradablemente caliente, y Farquhar lo sacó de allí con un gesto rápido.

Cuando asomó la cabeza, jadeante, vio que había permanecido largo rato debajo del agua; se encontraba mucho más abajo, más cerca de la salvación. Los soldados habían casi terminado de recargar sus armas; las baquetas de metal relucieron súbitamente al sol mientras los soldados las sacaban del cañón de los fusiles y las hacían girar en el aire, antes de volver a colocarlas en su sitio. Los dos centinelas dispararon de nuevo, cada uno desde su puesto y sin resultado.

El hombre perseguido vio todo esto por encima de su hombro; ahora nadaba vigorosamente en el sentido de la corriente. Su cerebro estaba tan activo como sus brazos y sus piernas; pensaba con la rapidez del relámpago.

«El teniente —razonaba— no repetirá aquel error de un oficial demasiado estricto en lo que respecta a la disciplina. Una descarga resulta tan fácil de esquivar como un solo disparo. Sin duda ha dado ya la orden de disparar a discreción. ¡Dios me proteja! ¡No puedo escapar de todos!»

A un par de yardas de distancia, algo se hundió en el agua con un espantoso ruido, y, al mismo tiempo, en el fortín resonaba una enorme explosión que sacudió las mismas profundidades del río. Una muralla líquida se irguió delante de Farquhar, se curvó encima de él, cayó sobre él, le cegó, le ahogó… El cañón había empezado a funcionar. Mientras Farquhar sacudía la cabeza aturdida por el brutal remojón, oyó silbar en el aire el proyectil desviado de su trayectoria y, unos segundos después, le oyó tronchar las ramas de los árboles, allá, en el bosque.

«No repetirán el tiro con bala —pensó—. La próxima vez cargarán la pieza con metralla. Debo mantener la vista fija en el cañón: el humo me avisará. La detonación llega demasiado tarde; se arrastra detrás del proyectil: es un buen cañón».

De repente, se sintió atrapado en un remolino; giraba como una peonza. El agua, las orillas, el bosque, el puente, el fuerte y los soldados ahora lejanos, todo se mezclaba y se esfumaba. Los objetos no estaban representados más que por sus colores; listas coloreadas circulares y horizontales, he aquí todo lo que veía. Atrapado en un remolino, avanzaba con un movimiento de rotación tan rápido que se sentía enfermo de vértigo y de náusea. Unos instantes después se encontró lanzado contra la orilla sur, detrás de una lengua de tierra que penetraba en el río y le ocultaba a sus

enemigos. Su repentina inmovilidad, el contacto de una de sus manos con la arena, le devolvieron el uso de sus sentidos y lloró de alegría. Hundió sus dedos en la arena y se la echó a puñados encima del cuerpo, bendiciéndola en voz alta. Para él era oro, diamantes, rubíes, esmeraldas; no podía pensar en nada tan hermoso, ni siquiera semejante. Los árboles de la orilla eran gigantescas plantas de jardín; notó que estaban alineados correctamente, aspiró el perfume de sus flores. Una claridad extraña, color de rosa, brillaba entre los troncos, y el viento producía en sus ramajes la música armoniosa de una arpa eólica. Farquhar no deseó acabar de fugarse; le bastaba con permanecer en aquel lugar encantador hasta que volvieran a cogerle.

El silbido y el ruido de la metralla en las ramas, encima de su cabeza, le arrancó de su ensueño. El decepcionado artillero le había mandado al azar una descarga de despedida. Se levantó de un salto, ascendió apresuradamente por la pendiente que formaba la orilla y se hundió bajo los árboles.

Todo aquel día ando sin descanso, guiándose por la trayectoria del sol. El bosque parecía interminable; no se divisaba un camino por ninguna parte, ni siquiera un sendero de cabras. Farquhar había ignorado que vivía en una región tan silvestre, y la súbita revelación tenía algo de sobrenatural.

A la caída de la noche, fatigado, hambriento, con los pies doloridos, siguió andando, alentado por el recuerdo de su esposa y de sus hijos. Acabó por encontrar un camino que le conduciría en la dirección deseada. Era tan ancho y tan recto como una carretera, y no obstante parecía como si nadie hubiese andado nunca por él. No estaba bordeado por ningún campo; no se veía ninguna morada humana por parte alguna. Nada, ni siquiera el ladrido de un perro, sugería la presencia del hombre en aquellos alrededores. Los cuerpos negros de los grandes árboles formaban dos murallas rectilíneas que se unían en el horizonte en un solo punto, como un diagrama en una lección de perspectiva. Al alzar los ojos por encima de su cabeza, a través de aquella brecha en el bosque, Farquhar vio brillar unas grandes estrellas de oro que le eran completamente desconocidas, agrupadas en extrañas constelaciones. Tuvo la certeza de que estaban dispuestas con arreglo a un orden lleno de un sentido oculto y nefasto. En el bosque resonaban unos extraños ruidos, entre los cuales, una vez, dos veces, luego una vez más, distinguió claramente unos murmullos en un idioma desconocido.

El cuello le dolía; se lo tocó con la mano y lo encontró terriblemente hinchado. Sabía que el magullamiento de la cuerda había marcado en él un círculo negro. No conseguía ya cerrar sus ojos congestionados. Su lengua estaba hinchada por la sed, y para aplacar su fiebre la sacó entre sus dientes para exponerla al aire fresco. ¡Qué suave alfombra había tendido la hierba a lo largo de aquella avenida virgen! ¡Farquhar no sentía ya el duro suelo bajo sus pies!

Indudablemente, a pesar de sus sufrimientos, se ha dormido mientras andaba, ya que ahora contempla otra escena (tal vez acaba de reponerse de una crisis de delirio). Se encuentra ante la verja de su casa. Todo está tal como lo dejó, todo resplandece de

belleza bajo el sol matutino. Ha debido andar durante toda la noche. Mientras abre las puertas de la verja y echa a andar por la gran avenida blanca, ve flotar unos vestidos ligeros, su esposa, de rostro fresco y dulce, baja los escalones de la veranda para salir a su encuentro. Y se queda esperándole, con una sonrisa de inefable alegría, en una actitud de una gracia y de una dignidad sin igual. ¡Ah! ¡Qué hermosa es! Farquhar se lanza hacia ella, con los brazos tendidos. En el preciso instante en que va a abrazarla, siente en la nuca un golpe que le aturde; una blanca claridad cegadora llamea a su alrededor con un ruido semejante al tronar del cañón. Luego, todo es silencio y tinieblas.

Peyton Farquhar estaba muerto; su cuerpo, con el cuello roto, se balanceaba suavemente, de un lado a otro, bajo el armazón del puente de Owl Creek.

LA HISTORIA DEL DIFUNTO MR. EVELSHAM

H. G. Wells

NO he de ser creído… No, nadie ha de creer mi historia…

Pero a escribirla me obliga la esperanza de que puede salvar a otro desgraciado.

Quiero evitar «la próxima víctima», si esto es posible, relatando mi infortunio irreparable.

Me llamo Edward George Eden. Nací en Trentham, en el Staffordshire, donde mi padre desempeñaba el cargo de jardinero de la ciudad.

Cuando apenas contaba tres años tuve la inmensa desgracia de perder a mi madre y, antes de haber llegado a los cinco, quedé totalmente huérfano.

Me adoptó un hermano de mi padre que permanecía soltero.

Mi tío George Eden se había educado en Birmingham, donde ejercía entonces la profesión de periodista. Su prestigio, entre la gente de letras, era sólido y le rodeaba cierta popularidad que en mi cerebro infantil despertó ansias de gloria. Sentí la ambición, quise ser algo en el mundo y aproveché cuanto pude las lecciones que recibí de mis maestros y de él mismo.

Después de haberme dado generosamente una instrucción muy superior a la que yo, modesto hijo de un jardinero, podía aspirar, dejó de existir hace cuatro años, cuando yo cumplía los dieciocho. En el testamento me nombró su heredero, aconsejándome que las quinientas libras esterlinas que constituían su capital, las reservase para continuar mis estudios.

Me gustaba la medicina y, gracias a su liberalidad póstuma y a un concurso en el que logré distinguirme, pude ingresar en la Universidad de Londres.

En el momento que empieza esta historia vivía en el número once de la University Street. Ocupaba una pequeña habitación, baja de techo y mal amueblada, que era a la vez estudio, salón y cuarto de dormir. Mis escasos recursos no me permitían otra cosa.

Al dirigirme a casa de un zapatero para que me pusiera medias suelas a un par de botas, con exceso deterioradas, tropecé por primera vez con el anciano —de rostro amarillento y baja estatura— a quien tan íntimamente estoy ligado ahora.

Desde la acera examinaba con aire indeciso la fachada del inmueble en el momento en que yo salí. Sus ojos grises y opacos, con los párpados rojos, se fijaron en mi rostro un segundo y al instante cambió su actitud.

Se dirigió a mi encuentro muy amable:

—Llega usted oportunamente —me dijo—. Había olvidado el número de su casa. ¿Cómo se encuentra usted, señor Eden?

Me sorprendió la familiaridad con que me trataba un hombre que no conocía y me molestó al mismo tiempo que me viera con un par de botas bajo el brazo. Mi contestación fue breve y seca.

—¿Me pregunta usted quién soy? Un amigo: permítame que se lo asegure. Un

amigo —dijo, sonriendo siempre—. Sin que usted lo sospechara, le he seguido paso a paso, interesándome en todo aquello que le pueda atañer directa o indirectamente. —Calló mirándome, y preguntó al momento—: ¿Hay por aquí algún sitio donde podamos hablar de un asunto importante?

Vacilé. Me repugnaba mostrar a unos ojos extraños la pobreza de mi habitación.

—Podríamos bajar juntos toda la calle —dije al fin.

—¿La calle? —Se extrañó un poco, pero como si de pronto aceptase—: Perfectamente —dijo—. ¿Hacia qué lado nos dirigimos?

—Un momento —exclamé. Y antes de obtener contestación me hundí en las sombras del portal y dejé las botas en la portería. Al salir se acercó.

—Veamos —empezó a hablar un poco brusco—. Lo que tengo que decirle es bastante largo y muy interesante.

Y dulcificando la voz agregó:

—Véngase usted a almorzar conmigo. Soy viejo, muy viejo, y como todas las personas de edad avanzada, no oigo muy bien. Es imposible que nos entendamos con el ruido de la calle y el estrépito de los carruajes.

Con su mano descarnada y temblorosa me acarició el brazo. Mi situación no era como para rechazar un almuerzo y, sin embargo, sentía cierta repugnancia.

—Preferiría… —quise protestar.

—No siga… —me interrumpió—. Es preciso que sea usted un poco indulgente con mis canas.

Accedí, venciendo mi repugnancia en un violento esfuerzo, y nos dirigimos al restaurante Blavitzki. El camino fue largo; sus menudos pasos me obligaban a andar con lentitud.

Durante el almuerzo —un almuerzo verdaderamente opíparo, como jamás lo pude soñar—, desvió hábilmente mis preguntas. No insistí tampoco, y respeté su reserva para dedicarme, con toda la alegría de mi juventud, a aquellos apetitosos manjares.

Observé que me examinaba, paseando su vista, con cierta expresión de avidez, por mi cuerpo alto, recio y joven; pero no presté gran atención al examen.

Me estaba formando una idea precisa de su exterior.

Era un hombre de mediana estatura —por lo menos para mí, que pasaba por alto entre los altos—, encorvado, temblón, viejísimo.

Las arrugas cruzaban su flaco rostro en todas las direcciones, y eran tan profundas que parecían diminutos surcos hechos por un arado de juguete.

Iba totalmente rasurado y llevaba largo el pelo, tan largo, que caía sobre sus hombros.

Encendíamos un cigarrillo, y entonces empezó a hablar:

—Ahora —dijo—, de sobremesa, voy a exponerle el asunto. Cómo ve usted, soy viejo, muy viejo… —Cortó la frase y guardó un largo silencio. Esperé, curioso, clavando mis ojos juveniles en su cara apergaminada.

—Sí, muy viejo —continuó—. La casualidad ha hecho que posea una fortuna que necesito poner en alguna mano…; pero no tengo ni he tenido un hijo.

Me dio mal síntoma el comienzo de su confidencia, y, receloso y desconfiado, pensé en mis pocas libras esterlinas. Era preciso vivir alerta si quería conservar el resto de la pequeña fortuna de mi tío. Aquello era muy sospechoso. Él continuó hablando. Pronunció un discurso sobre la soledad, tan triste para un viejo; sobre todo el dolor de saber perdida una fortuna, amasada con mil sacrificios, por no tener a quien legársela.

—He pensado en todo —decía—. Instituciones benéficas, pensiones, premios, bibliotecas… y he llegado a una conclusión —y fijó sus ojos en los míos—: Dejar cuanto poseo, hacer, en una palabra, mi heredero universal a un joven pobre, pero serio y sano de espíritu, que tuviera ambiciones y sueños de gloria. He pensado arrancarlo bruscamente de las garras de la miseria, como premio a los sacrificios que supo imponerse por amor al estudio. Con una fortuna podrá continuar su carrera sin luchas ni sobresaltos.

Cerré los ojos para que no leyera la ansiedad reflejada en ellos y, haciendo un esfuerzo, pregunté, fingiendo, hipócritamente, una despreocupación que no sentía:

—¿Y desea usted mi ayuda para descubrir a un joven de esas condiciones?

Se sonrió, dirigiéndome al mismo tiempo una mirada de inteligencia a través del humo de su cigarrillo.

—¡Qué carrera le está reservada a ese joven! —continuó sin aludirme directamente, aunque yo tenía la seguridad de que se estaba refiriendo a mí—. Siento hasta un poco de envidia al pensar que he conseguido una fortuna para que otro la disfrute… Pero exigiré algunas condiciones; impondré ciertas cargas. No creo que se niegue el afortunado, porque por grandes que éstas sean parecerán insignificantes al lado de la enorme fortuna que le dejo. En primer lugar, llevará, en adelante, mi nombre. Y antes de que sea mi heredero real, he de conocer perfectamente su vida, sus antecedentes familiares, sus costumbres, y hasta su constitución. Exigiré que sea sano y vigoroso.

—Debo suponer, entonces, que soy yo… —me atreví a insinuar observando la complacencia con que me miraba y recordando que al encontrarme me había dicho que era un amigo que me había seguido paso a paso.

—Sí, es usted —respondió casi con ferocidad—; es usted…

Le miré en silencio. Mi imaginación seguía en carrera loca la aventura, llevándome muy lejos, sin que mi natural escepticismo lograse moderar aquellos sueños. Ni por un momento sentí en mi espíritu una sombra de gratitud: aquél permanecía seco y frío, sin un impulso, sin una vehemencia.

—¿Y por qué soy yo el elegido? —dije al fin, más por romper el silencio que por conocer las razones que le llevaron a fijarse en mi persona. En realidad no me interesaban. Pero él, atendiendo mi pregunta, me explicó los motivos que le llevaron a buscarme. Mi profesor Haslar le habló de mí como de un joven honesto, estudioso y

ambicioso al mismo tiempo; joven de constitución sana, fuerte e inteligente. Esta indicación le llevó a estudiarme y, convencido de que yo era en realidad lo que él deseaba, se había atrevido a hacerme el ofrecimiento. Éste fue el primer encuentro que tuve con el anciano. Aunque le hice algunas preguntas sobre su persona, no pude lograr una contestación clara. Supo eludirlas hábilmente, y hasta pretendió ocultarme su nombre. No se habló más que de mí, de mi niñez, mi infancia y mi juventud; de mis padres, de mis abuelos… Cuando satisfizo su curiosidad, salimos, despidiéndose en la misma puerta.

Antes, al pagar la cuenta, vi que ponía sobre la mesa un puñado de oro. Como habíamos convenido aquella misma tarde, me hice un seguro de vida en la Royal Insurance Company. La cantidad en que hice el seguro era elevadísima, y ocho días más tarde me reconocían y auscultaban, de la manera más minuciosa, los consejeros médicos de la compañía.

Aún no quedó totalmente satisfecho el anciano, e hizo que me reconociera nuevamente el doctor Henderson.

Pasaron varios días sin que el viejo tomara una determinación. Y empecé a dudar. Los grandes sueños tejidos en mis momentos íntimos iban desapareciendo como nubecillas impulsadas por un ventarrón… Llegó el viernes después de Pentecostés. Aquella noche estudiaba, repasando las fórmulas químicas dispuestas para un examen, cuando me llamó desde el portal.

Dejándolo todo, acudí a su llamamiento. Me pareció, a la luz oscilante de un mechero de gas, que había aviejado extraordinariamente. Lo encontré más encorvado, y sus mejillas me dieron la sensación de haberse hundido más y más. Su voz temblaba.

—Las investigaciones que se han hecho nada dejan que desear —empezó muy emocionado—; y, para celebrarlo, deseo que pasemos juntos la velada. Ha de ser un imborrable recuerdo de nuestro pacto… —No pudo seguir. Un acceso de tos lo convulsionó todo, de los pies a la cabeza, durante unos segundos. Al calmarse llevó su mano flaca y trémula al pecho y murmuró:

—No tendrá usted que esperar mucho tiempo, se lo aseguro.

Salimos. Caminaba torpemente, apoyado en mi brazo. Al llegar a la calle detuvo un carruaje.

Recuerdo con extremada precisión todos los detalles, minuto tras minuto, de esa noche: el rápido y suave deslizarse del coche; el contraste del petróleo, del gas y de la electricidad, en los escaparates de los comercios, humildes unos, soberbios otros, por gradaciones, como las personas; la multitud, apretujándose en oleadas que fluían y refluían en las calles, y el restaurante Regent Street, donde nos sirvieron una comida verdaderamente regia.

Al principio me desconcertaron las miradas, irónicas y atrevidas, que los mozos clavaban en mi ropa, hasta tal extremo, que me sentía cohibido, extraño en aquel ambiente; pero a medida que los licores realizaban su obra, se afirmaba mi confianza

y renacía mi soltura.

El anciano me habló de él; ya en el carruaje me dijo su nombre. Estaba en presencia de Egbert Evelsham, el gran filósofo admiración del mundo. Su nombre me era familiar; lo conocía desde la niñez. Y casi no podía hacerme a la idea de que aquel hombre que había cautivado mi inteligencia juvenil con sus doctrinas, aquel que ejerció tan grande influencia en mis ideas y aun en mi vida misma, fuese un hombre decrépito…

Es probable que a todo joven que se encuentre de pronto con una celebridad respetada y admirada, le ocurra lo mismo. Estaba sorprendido, maravillado. El filósofo habló de su fortuna, que pasaría por una de esas extrañas circunstancias de la vida a mis manos —inmuebles, valores, metálico, derechos de autor—; y habló también de sus muchos años, de sus achaques, de su fin próximo…

Apenas le oía, sintiendo todo el egoísmo de mi juventud frente a la suntuosa mesa bien servida. Nunca sospeché que los filósofos llegaran a adquirir grandes riquezas. Me había engañado.

Viéndome comer, mejor dicho, devorar, y beber, exclamó con una voz que amargaba la envidia:

—¡Qué bien dispuesto está usted para la vida! —Después, con un suspiro de alivio continuó casi imperceptiblemente—: Esto no durará mucho.

—Es verdad —dije con la cabeza aturdida por los licores y el champaña—. Es verdad. Gracias a usted, el porvenir me sonríe. Llevaré su nombre, que no es el mío, pero tiene usted un pasado que vale todo mi porvenir.

Volvió la cabeza, según pensé, sonriendo, melancólicamente satisfecho por mi lisonjera admiración. Y en el mismo momento llegó un mozo con nuevos licores.

—¿Renunciaría usted a su porvenir? —me preguntó el anciano—. Usted que no tiene inconveniente en tomar mi nombre y mi fortuna, ¿aceptaría mis años?

—Si me diesen su genio y su labor, ¿por qué no? —contesté generosamente.

Se sonrió otra vez y dirigiéndose al mozo:

—Kummel para los dos —le dijo. Mientras llenaba nuestras copas, Evelsham sacó de su bolsillo un pequeño objeto. Vi el papel blanco que lo envolvía.

—Esta hora —dijo examinando detenidamente el paquete que temblaba en sus dedos—; esta hora de sobremesa es propicia. Vamos a hablar de futilidades. Vea usted aquí un poco de mi sabiduría inédita.

Con sus dedos temblorosos y amarillentos abrió el paquete y vi unos polvos finos y rosados.

—Esto… ¿Me preguntará usted qué es? ¡Bah! Ponga usted una pequeña cantidad en su copa y lo verá… Adivine usted.

Sus ojos grises me observaban. Y había en ellos una expresión indefinible, cierta inquietud mal disimulada.

Me chocó que un filósofo, un pensador, sintiera el placer de aromatizar los licores —pensé que no se trataba de otra cosa— y fingiendo interesarme por aquella

debilidad, por otra parte explicable a sus años, le invité a que lo hiciera.

Dividió aquellos polvos en dos partes, vertiéndolos en nuestros vasos. Seguidamente se levantó con una solemnidad tan extraña como inesperada, con la copa en su mano, que temblaba, y extendiendo el brazo, se dispuso al brindis:

Le obedecí exclamando:

—¡Por mi próxima herencia!

—¡No! ¡No! Eso no —protestó vivamente. Se detuvo con la copa a la altura de su boca, fijando en los míos sus ojos grises que en aquel momento relampagueaban con una luz intensa, agresiva, violenta.

—Por su larga vida —grité.

Por un instante pareció vacilar y de pronto:

—¡Por mi larga vida! —repitió con una súbita explosión de risa. Y sin separar sus ojos de los míos (la mirada parecía condenarme) a un tiempo llevamos las copas a los labios. Sus ojos continuaron fijos en mis pupilas mientras bebíamos…

Apenas dejé la copa, sentí un calor intensísimo en todo mi ser, como si el Kummel me hubiese incendiado la sangre, y un tumulto espantoso en el cerebro. Era un torbellino de pensamientos, pero confusos, obscuros, sin explicación para mí. Algo ignorado en las celdillas de la masa encefálica que surgiera de pronto, en torrente impetuoso y avasallador. Me pareció que todo se agitaba bajo mi cráneo. Un zumbido vibraba en mis oídos. Era algo espantoso. Y, sin embargo, callaba, fascinado por el fulgor ardiente de los ojos grises del anciano. No supe saborear ni el gusto ni el aroma del Kummel.

La confusión, el tumulto, reinaron en mi cerebro un tiempo interminable; luego las sensaciones fueron determinándose, aunque muy imprecisas.

Vagas impresiones, cosas medio olvidadas, danzaban y se desenvolvían en los confines de mi memoria.

Al fin quitó sus ojos de los míos, rompiendo aquel encanto que me aprisionaba, y con un suspiro dejó la copa.

—¿Qué? —preguntó.

—Es maravilloso —respondí por hablar algo. Pero no estaba bien. Había bebido con exceso.

Mi cabeza giraba alocada, o eran los objetos los que daban vueltas a mi alrededor. Mi cerebro era un caos. Me senté.

Poco a poco las percepciones fueron más precisas y detalladas; pero creía verlas grotescamente, como las cosas que se reflejan en un espejo cóncavo.

Sacó un reloj y después de mirarlo hizo un gesto:

—¡Las once y siete! Debo tomar el tren a las once veinticinco —exclamó—. Es necesario que me vaya al momento.

Pidió la cuenta y le ayudé a ponerse el abrigo. Dos mozos acudieron solícitos y un momento después le acompañaba hasta el coche. Al salir a la calle noté una impresión de nitidez, como si no solamente «viera», sino que «sintiera».

—Han sido los polvos —me explicó—. No debí dárselos. Mañana sentirá usted un fuerte dolor de cabeza. Espere un segundo. Vea —y me alargó desde el interior del coche un paquete blanco—. Tome usted esto en un vaso de agua antes de acostarse. Los anteriores eran excitantes; éstos le despejarán el cerebro… Adiós, Futuros…

—Adiós…

—Hasta que nos veamos —gritó, y por la agitación de sus párpados, agitación violenta e intensísima, comprendí que se hallaba bajo el influjo de una droga vivificadora. Seguidamente, con un ademán amplio y generoso, como si tratara de reparar una omisión, sacó de su bolsillo un paquete cilíndrico:

—He aquí… —dijo—. Ya no me acordaba. No lo abra usted hasta que yo vuelva mañana.

—Bien —contesté. El cochero fustigó el caballo, y el viejo filósofo me dirigió una última mirada a través del cristal del coche.

Miré el paquete: estaba sellado, con un sello rojo, por las dos extremidades.

Esperando que el aire de la noche aquietara mi cerebro excitado, eché a andar por Regent Street, donde todavía paseaban algunas personas, y me perdí por las callejuelas de Portland Road.

«Si esto no es un rollo de oro, debe ser plomo o platino», pensé; y ocultándolo con cuidado en mi bolsillo, me dirigí a casa.

Me acuerdo perfectamente de las diversas sensaciones que experimenté durante el trayecto. Aún tenía el dominio suficiente para notar en qué insólito estado me hallaba y me pregunté una y mil veces durante el paseo si aquellos polvos no contendrían opio.

Desconocía los efectos de esta droga, que nunca me fue suministrada.

De pronto, sin explicarme cómo ni por qué, empecé a observar en mí una anomalía tan rara, tan absurda, que me dejó perplejo. Era algo así como una dualidad de espíritu. Siguiendo por Regent Street, creí que me encontraba en la estación de Sud Oeste y estuve a punto de entrar en el Instituto Politécnico, como si entrara en el vagón de un tren. Me froté los ojos, dudando de la verdad, pero realmente me hallaba en Regent Street. ¿Cómo y por qué tuve esta alucinación? Era, efectivamente, la calle. Pero de pronto me sentí conturbado por fantásticos recuerdos. «Hace treinta años —pensé— tuve aquí una reyerta con mi hermano».

En el acto estallé en una carcajada con gran regocijo de un grupo de noctámbulos que me hizo coro.

«Hace treinta años —me dije— aún no había nacido y tampoco tuve hermanos…»

Aquel brebaje debía ser locura líquida, porque el disgusto con el hermano, que no tuve, ni conocí se obstinaba en martirizarme…

A lo largo de Portland me acordé de tiendas que ya no existían y comparé la calle actual con lo que fue en otro tiempo.

No era muy extraño que después de una abundante comida copiosamente regada, existiese algún desorden en mis ideas; pero aquellas reminiscencias fantásticas, tan precisas, que invadían mi espíritu, me preocupaban.

Y mi preocupación era mayor porque no sólo sentía estos recuerdos tan determinados, tan claros, sino otros más confusos, más lejanos, que se me escapaban.

De pronto, me detuve ante el escaparate de la tienda de una naturalista y durante unos segundos torturé mi cerebro para averiguar qué era lo que allí podía interesarme. En aquel momento pasó un ómnibus con un estrépito infernal, parecido al de un tren a toda máquina. Y rápidamente recordé:

—¡Ah! —me dije—; aquí debo venir mañana a comprar tres ranas para disecarlas. ¿No es curioso que lo haya olvidado?

Cuando era niño me dieron un caleidoscopio; los dibujos se separaban unos de otros, se sobreponían: así eran en mí ahora las sensaciones nuevas que se esforzaban en sustituir a las de «mi yo ordinario».

Siempre perplejo y un poco asustado, gané Tottenham y Court Road por Easton Road, sin fijarme en el camino que seguía; en vez de cortar a través de varias callejuelas, como tenía por costumbre.

Al volver por University Street observé que había olvidado el número de mi casa. Me fue preciso un violento esfuerzo de memoria para recordar que era el once. Y, a pesar de esto, sentí la impresión de que no era yo, sino un ser ajeno, un extraño, el que me había hecho la indicación del número.

Traté de afirmar mis ideas pensando en la comida, en sus incidentes, en mi compañero…; pero todo fue inútil. Me era imposible determinar exactamente las facciones del anciano. No lo recordaba: había desaparecido hasta su recuerdo. Algo lejano, borroso, pero nada más. Como cuando después de muchos años queremos fijar el recuerdo de un amigo de un día, ya totalmente olvidado. Veía a mi compañero de mesa de una manera vaga, como si mirase con un vidrio opaco. Pero en cambio veía mi imagen frente a mí mismo; una imagen mía con el rostro rojo y los ojos brillantes.

«Esto es insoportable —pensé—. Es preciso que tome estos polvos».

Busqué el candelero y las cerillas en el recibidor, cerca de la puerta del piso, donde los colocaban sobre una mesa. Pero no hallé tal mesa. En cambio, tropecé con un escalón. Sinceramente, no conocía mi casa y hasta dudé de que aquél fuese mi piso.

«Estoy ebrio», me dije, mientras me dirigía lentamente a mi cuarto. Al primer golpe de vista, en la oscuridad, a la que mis ojos se iban acostumbrando, me pareció extraño el aspecto de la habitación. Procuré dominarme fijando detenidamente mi atención en los objetos. Las visiones fantásticas que me torturaban se fueron esfumando al tropezar mis ojos con la mansarda. Ésta me tranquilizó: para mí era familiar.

El viejo espejo estaba allí, con mis anotaciones sobre las albúminas, en un ángulo

de su marco. Y mis ropas en el suelo…; y, sin embargo, no tenía una seguridad en todo aquello. No sé cómo ni por quién, se me imponía la convicción de que me encontraba en un tren, asomado a una ventanilla y tratando de leer el nombre de una estación desconocida. En mi terror fui al lecho y me agarré fuertemente a sus hierros para convencerme.

«Sin duda es un fenómeno de doble vista —pensé—. Será preciso que lo comunique a la Sociedad de Investigaciones Físicas».

Sentado a los pies de la cama empecé a quitarme los zapatos.

Se hubiera dicho que mis sensaciones actuales se trazaban sobre un dibujo antiguo que reaparecía.

—¡Demonio! —gruñí—; ¿pierdo acaso la cabeza o estoy en dos lugares a la vez?

Medio desnudo vertí los polvos en el agua, que sentí bullir un instante y tomó un tinte ambarado. Tragué el líquido y antes de meterme en la cama ya había recobrado mi tranquilidad. Sentí el contacto, un poco frío, de la almohada en mi oreja y no tardé en dormirme.

Desperté bruscamente, víctima de una pesadilla atroz, en la que veía bestias feroces. Estaba acostado de espaldas. Todo el mundo conoce esos sueños horribles y angustiosos que dejan, al despertar, una penosa impresión. Tenía en la boca un sabor extraño y en el cuerpo un cansancio enorme. Quedé inmóvil, con la cabeza sobre la almohada, esperando que aquella extraña sensación se disipase para recobrar el sueño. Pero lejos de eso el malestar aumentaba.

Al principio no noté nada de insólito en el cuarto. Se filtraba por la ventana la luz de un día turbio, luz tan débil que hubiera podido confundirse con las tinieblas, permitiendo entrever los muebles como manchas de oscuridad más densas.

Agucé los ojos sobre los cobertores de la cama para reconocerme mejor.

De pronto me asaltó la idea de que alguien entraba en el cuarto para robarme mi rollo de oro, pero, después de haber permanecido inmóvil, durante unos segundos, respirando con regularidad, para fingir que dormía; me convencí de que aquello fue una ilusión. Pero algo inquietante me oprimía más y más. Con un violento esfuerzo levanté la cabeza y miré alrededor. Examiné las formas vagas, las manchas de oscuridad más o menos densas que indicaban la chimenea, el estante, la mesa…, cuando creía percibir algo anormal en aquellas siluetas tenebrosas. ¿Habían cambiado de sitio mi cama? Aquello debía ser la biblioteca, en donde se levantaba la masa plomiza que en nada se parecía a las filas de libros…; pero ¿allí, qué había?…

Y esto, esto tan próximo, era ciertamente mucho más voluminoso que mi camisa, puesta sobre el respaldo de una silla…

Con un terror pueril arrojé los cobertores y saqué una pierna fuera del lecho. De ordinario, cuando salía de entre las sábanas, mi pie se posaba inmediatamente sobre el piso y en aquel instante apenas llegaba al borde del colchón. Me deslicé más y quedé con las piernas pendientes.

Allí, muy cerca, sobre un taburete cojo, estaba el candelero con las cerillas… Extendí la mano… ¡nada! Agité mi brazo en las tinieblas y sentí el contacto de una tela espesa y sedosa… La palpé con cuidado. ¡Era una cortina suspendida a la cabecera de mi lecho!

Estaba totalmente despierto y sospeché que ocupaba un cuarto que no era el mío… ¿Pero cómo? No acertaba a explicármelo. Traté de recordar cuanto había sucedido la noche anterior a ver si lograba explicarme aquel cambio.

Con una clarividencia singular, vinieron a mi mente todos los acontecimientos: la comida, los pequeños paquetes, mi sorpresa al sentirme ebrio, mi regreso a casa, el olvido del número, la lentitud en desnudarme, la frescura de la almohada en mis ardorosas mejillas…

Experimenté una súbita inquietud: ¿fue la víspera o la antevíspera? De todos modos, aquel cuarto no era el mío y no me explicaba de qué manera pude introducirme en él.

La silueta gris que había llamado mi atención empalidecía más y más por momentos, hasta que pude distinguir una ventana sobre la cual se perfilaba el espejo oval de una mesa de “toilette”. Una claridad lívida se filtraba a través de la persiana.

Quise ponerme en pie y me sorprendió una debilidad extraña en todo mi cuerpo.

Extendiendo mis manos, que temblaban, me dirigí lentamente hacia la ventana. Al andar tropecé con una silla. Tanteando alrededor del espejo, que vi ornado de candelabros, busqué el cordón de la persiana. Por casualidad toqué un resorte y aquélla se descorrió en el acto.

La decoración me era desconocida en absoluto. Bajo el cielo, a través de grandes y pesadas nubes, apuntaba el alba.

En el horizonte, la cúpula celeste reposaba sobre fulgores rojizos y abajo todo era sombrío y confuso. En lontananza, un perfil vago de colinas; más cerca, un amontonamiento de edificios con torrecillas y campanarios; ramilletes de árboles, semejantes a manchones de tinta, y, bajo la misma ventana, macizos sombríos y avenidas grises. Todo me era tan extraño que creí soñar. Palpé la mesa de toilette, para cerciorarme de que estaba bien despierto. La mesa, de madera pulida, estaba cargada de frascos de cristal, cepillos y pomadas. Había también, en un plato, un objeto raro en forma de herradura con salientes irregulares y lisos.

No había cerillas.

Volví mis ojos al interior del cuarto. Ahora, con la persiana recogida, el mobiliario se destacaba más claro.

En medio de la habitación se veía una cama con colgaduras, y una gran chimenea blanca que tenía los reflejos de mármol.

Me apoyé en la mesa; cerré los ojos, los volví a abrir y me esforcé en pensar. Todo aquello tenía tal evidencia, que no podía pensar en un sueño. Era demasiado real lo que se metía por mis ojos. Pensé que mi memoria sufrió algún extravío a consecuencia del extraño licor que bebí al terminar la cena. Pudiera suceder que yo

estuviese ya en posesión de la herencia… Acaso el anuncio de la buena nueva me hizo perder la memoria por algún tiempo…

Y, sin embargo, la comida con el viejo Evelsham vivía en mí como un hecho recientísimo. El champaña, los mozos, los polvos rosados, los licores… Hubiera apostado la vida a que era tan reciente todo aquello, que apenas habían transcurrido desde entonces unas horas.

Entonces se produjo una cosa tan trivial y tan terrible, que aún me estremezco al recordarla. Me pregunté en alta voz:

—¿Cómo diablos he venido aquí?

Y la voz que oí no era la mía, No era mi voz. Era una voz cascada, de un timbre totalmente opuesto al mío.

Para tranquilizarme, me froté las manos con un movimiento brusco y… sentí unas manos huesudas, de piel arrugada y seca… ¡Las manos de un anciano!

—Seguramente —me dije con aquella horrible voz que ignoraba cómo pudo adquirir aquel timbre odioso—, todo esto es un sueño…

Sin saber por qué me puse los dedos en la boca. ¡No tenía dientes!

Las extremidades de mis dedos se paseaban por unas encías duras, secas.

Me sentí horrorizado. Mi consternación no tenía límites.

Entonces experimenté un apasionado deseo de verme, de considerar en toda su magnitud el horrendo cambio que se había operado en mí. Con paso vacilante me dirigí a la chimenea donde busqué las cerillas. En el camino me atacó un violentísimo acceso de tos y apreté contra la garganta la espesa camisa de franela que me cubría… Yo nunca vestía camisa. No encontré las cerillas en la chimenea. En cambio sentí que mis pies y mis manos estaban helados. Tiritaba. Tosiendo y estornudando me acerqué al lecho.

—Es un sueño —exclamé acurrucándome entre las sábanas —: sí, un sueño — repetía con senil persistencia tratando de dormirme.

Era víctima de una pesadilla, no cabía duda. Más tarde despertaría joven, fuerte y vigoroso, dispuesto a continuar mis estudios.

Cerré los ojos. Respiraba con regularidad y, para conseguir el sueño, me puse a calcular los múltiplos de tres.

Pero el sueño se resistía. La inexorable realidad, la convicción del cambio que se había operado en mí, aumentaba a cada instante. Bien pronto me encontré con los ojos totalmente abiertos, sin pensar en los múltiplos y pasándome los dedos por las descarnadas encías.

Estaba transformado en un anciano, no cabía duda. ¿De qué inexplicable manera había recorrido toda mi existencia para llegar a este estado de vejez? ¿Cómo había fracasado en lo mejor de mi existencia: en el amor, en la fuerza, en la lucha, en las esperanzas? Hundí la cabeza en la almohada, intentando persuadirme, en mi desesperación, de que son muy posibles las alucinaciones de aquella índole… Sí, una alucinación…

Lentamente, el alba adquiría fuerza. El día era más claro por minutos.

Sin esperanzas de recobrar el sueño me incorporé para examinar el cuarto. Era espacioso y bien amueblado; mucho mejor que cualquiera de las habitaciones que hasta entonces ocupé.

En un rincón, sobre una mesa diminuta, distinguí un candelabro y una caja de cerillas. Me levanté, estremeciéndome con el relente de la mañana, a pesar de que era verano, y encendí la bujía. Después, temblando atrozmente, hasta tal punto que las maderas del piso tamborileaban bajo mis pies, me dirigí hacia el espejo. Y al asomarme al cristal vi… ¡el rostro de Evelsham!… ¡Sí, la cara rugosa, las mejillas hundidas, los ojos enrojecidos del viejo Evelsham!…

Aunque instintivamente temiese aquella conclusión, el golpe para mí no fue menos espantoso.

Me había parecido el sabio filósofo lamentablemente débil; pero ahora que lo contemplaba vestido con una camisa de franela desabrochada, que dejaba ver el cuello fibroso y lacio; ahora que lo veía en mí, su decrepitud era desoladora. Mejillas hundidas, ojos lacrimosos y opacos, labios delgados y temblorosos, el inferior caído, dejando entrever las mucosas pálidas, las repugnantes encías y en la cabeza mechones de cabellos grises…

Vosotros que poseéis unidos cuerpo y espíritu durante los años de nuestra vida, no podéis imaginar lo que este aprisionamiento infernal significa para mí. El suplicio que ello representa.

¡Ser joven y pletórico de vida, con todos los deseos, los ensueños y las energías de la juventud y dejarse atrapar, dejarse robar el cuerpo para que el espíritu se aniquile en esta envoltura que es una ruina crujiente…!

Durante mucho tiempo, quizás horas enteras, quedé materialmente aplastado por aquel horrible descubrimiento.

Cuando adquirí bastante conciencia de mí mismo para poder pensar, era día claro.

Me habían cambiado, cambiado de cuerpo sin que me pudiese explicar de qué manera. ¿Por arte de magia? Era imposible explicarse el milagro. ¡Ah, el ingenio infernal de aquel filósofo! Ahora comprendía los planes del diabólico Evelsham. Sí, lo veía con claridad meridiana.

Puesto que me encontraba en su cuerpo miserable, él era el ladrón, en su poder estaba mi cuerpo; es decir, mi vigor, mis anhelos, mis ensueños, mi juventud entera, gloriosa, lumínica, esplendente. Estaba en posesión de mi cuerpo, pero ¿cómo probarlo?

Cuanto más pensaba más increíble me parecía aquello, más absurdo, más espantosamente inexplicable. La cabeza giraba en un torbellino loco de ideas; el pensamiento se hundía en un mar de sombras. Me pellizqué, palpé mis encías desdentadas, contemplé en el espejo mi rostro rugoso; toqué los objetos que me rodeaban una y mil veces…

¿Podía ser un sueño? ¿La existencia misma no era otra cosa que una alucinación?

¿Yo era verdaderamente Evelsham y él era yo?… ¿Habría soñado con cierto estudiante de medicina llamado Eden? ¿Existía realmente ese Eden?

Pero si yo era Evelsham, debía saber lo que hice el día anterior, el nombre de la ciudad que habitaba, todo cuanto pudo suceder antes de que ese sueño" —si era sueño— comenzase…

Me debatía rabiosamente con los pensamientos.

Recordé la extraña dualidad de los recuerdos de la víspera. Pero ahora mi espíritu estaba claro: no me quedaba ni la sombra de otros recuerdos que no fueran los que pertenecían a Eden el estudiante.

—Todo esto se parece demasiado a la locura —exclamé con mi débil voz cascada.

Arrastré mis miembros torpes y pesados hasta la mesa de «toilette» y sumergí la cabeza gris en el agua fría. Me froté violentamente, tratando de espabilarme. No me sirvió de nada. Sentía de modo más categórico que yo era Eden el estudiante, no Evelsham el filósofo.

En otra época acaso hubiera podido aceptar el cambio, pero en nuestro siglo incrédulo, escéptico, no se cree en los milagros. Existía algún artificio de psicología. Lo que una droga u otra mirada podrían deshacerlo. No era la primera vez que los hombres perdían la memoria… ¡pero cambiar la memoria con la misma facilidad que se cambia un paraguas!…

Estallé en una risotada… que rompí al momento, poniéndome grave. Mi risa no era llena y sonora, como antes, como días atrás… Más bien parecía un hipo senil y asmático.

Creí que era el viejo Evelsham el que se reía de mi desventura y un acceso de cólera —tan extraño en mí que nunca supe de ese sentimiento— me llevó a patalear y a retorcerme las manos y a mirar iracundo a mi alrededor, buscando un enemigo invisible en quien descargarla.

Y ciego todavía, empecé a vestirme precipitadamente poniéndome las ropas que encontraba aquí y allí, sobre los muebles y en el suelo. No me di cuenta de que me había puesto un viejo y ridículo frac hasta que no estuve totalmente vestido. Abrí el armario y cambié la ropa por un traje de casa, sencillo y usado. Dejé sobre la mesa un venerable gorro de dormir y salí de la habitación.

Daban en aquel momento las seis menos cuarto. La oscuridad y el silencio eran absolutos en toda la casa.

Me encontré en un amplio descansillo, decorado y adornado con lujo y desde él pude ver una escalera ricamente tapizada, que se perdía en las sombras del vestíbulo.

Aquella era la entrada.

A mi derecha, una puerta entreabierta me permitió ver un escritorio, una biblioteca giratoria, el respaldo de un gran sillón y unas filas de libros, muy bien encuadernados y colocados en orden irreprochable.

—Mi gabinete —me dije, cruzando por delante de aquella puerta.

Entonces, al sonido de mi voz, me detuvo un pensamiento y volví a mi dormitorio. Iba a buscar mi dentadura postiza. Allí estaba, en el plato. Era aquel objeto en forma de herradura que vi antes… Al llevármela a la boca se encajó con toda la facilidad de una antiquísima costumbre.

—Esto va bien —me dije haciendo castañear una contra otra las falsas mandíbulas… Y volví al escritorio.

Los cajones de la mesa estaban cerrados. Busqué las llaves; inútil. Me registré, dejándome llevar de un movimiento instintivo, los bolsillos del pantalón; tampoco.

Nuevamente me arrastré hacia el dormitorio. Registré los bolsillos de toda la ropa que pude descubrir y lo infructuoso de mis esfuerzos me desesperó hasta tal extremo, que repetí la operación con verdadero encarnizamiento. Al verme se hubiera pensado en un ladrón que desvalijaba la casa.

Y así era en verdad, porque durante el registro observé que no descubría ni las llaves, ni un fragmento de papel, ni una moneda. Allí no había nada, nada más que la nota de la comida de la víspera. Eso era todo: la factura del restaurante…

Una agobiadora y extraña fatiga me invadía gradualmente, exhausto, vencido, sin fuerzas, me dejé caer sobre una silla contemplando durante unos minutos y con profunda tristeza, las ropas que mi desesperación arrojó en desorden, con los bolsillos vueltos al revés, sobre el piso del cuarto.

El primer ardor de mi rabia se había agotado. De minuto en minuto me daba una cuenta más exacta de la prodigiosa habilidad con que mi cruel enemigo había combinado sus maquiavélicos planes y de la terrible e insoluble situación en que me había puesto.

Con un nuevo y dolorosísimo esfuerzo me levanté y arrastrando mis piernas me dirigí a la biblioteca. En el vestíbulo una muchacha levantaba las persianas y el transparente. Ella me miró, con naturalidad primero, con sorpresa después. Pareció estupefacta al observar la expresión de mi rostro.

Sin contestar a sus palabras penetré en la biblioteca cerrando tras de mí y, tomando un hierro de la chimenea, ataqué furiosamente a la mesa del escritorio.

En mi rabia hice pedazos las cerraduras, esparcí por el suelo todos los papeles, volqué los tinteros, tiré plumas y accesorios. Además, se hizo añicos contra el mármol de la chimenea un gran vaso de un valor enorme.

Y, sin embargo, a pesar del registro, no encontré ni libreta de cheques, ni oro, ni plata, ni el menor indicio que me diese la esperanza de recuperar mi cuerpo…

Cuando furioso atacaba los últimos muebles, entró un ayuda de cámara con dos criados…

Tal es la historia de mi cambio.

Nadie quiere creer mis contundentes y frenéticas afirmaciones. Se me trata como a un loco y en este mismo momento se me tiene recluido.

Pero estoy sano de espíritu, absolutamente sano, y para probar esta afirmación he narrado la historia de cuanto me ha sucedido.

Apelo al lector: ¿Hay, acaso, en el estilo o en la exposición de la historia que acabas de leer, un indicio —por insignificante que sea— que haga sospechar que estoy demente?

Soy un joven secuestrado en el cuerpo de un anciano caduco. Pero este simple hecho es increíble para aquellos a quienes se lo expongo.

Y siendo un extraño en este cuerpo, es natural que ignore el nombre de mis secretarios, el de los doctores que continuamente me visitan, el de mis criados, el de mis vecinos, el de esta ciudad donde me encuentro. Es natural que me pierda en mi propia casa; natural que dirija toda clase de preguntas. Y natural también que me lamente, que me sienta desolado y que llegue a verdaderos paroxismos de desesperación… No tengo dinero, ni libreta de cheques, ni oro, ni plata… Y el Banco no reconoce mi firma y la rehúsa. Supongo que mi letra es todavía la de Eden, deformada quizá por el temblor de mis viejos dedos. Estas gentes que me guardan no quieren que vaya personalmente al Banco. Parece que el dinero está depositado en Londres, pues aquí no existe ningún establecimiento de esa índole. Además, Evelsham había ocultado cuidadosamente a todo el mundo el nombre de su agente de negocios. En fin, que no puedo saber absolutamente nada de cierto en este asunto.

Como Evelsham se dedicaba con preferencia al estudio de las ciencias mentales, estando perfectamente relacionadas mis declaraciones con su afición, deducen los médicos que estoy loco. Hablan de un trastorno cerebral a consecuencia de los estudios psicológicos y sientan una peregrina teoría: que los estudios mentales pueden conducir a este desequilibrio. Para ellos se trata de un «caso» de identidad personal. Eso es todo… Para ellos, porque para mí, hace dos días era un joven pletórico de salud, con toda la vida ante mis ojos y hoy soy un anciano caduco, desesperado y miserable, errante dentro de una lujosa casa que no conozco: un ser a quien constantemente se espía, a quien se teme, a quien se evita como peligroso monomaniaco… Y en Londres, Evelsham, recomienza su existencia, dentro de un cuerpo vigoroso, con toda la sabiduría, la experiencia y los conocimientos acumulados durante setenta años…

¡Ha robado miserablemente mi vida!…

¿Qué es lo que ha sucedido en realidad? ¿Cómo se ha operado la transformación? ¿De qué medios se ha valido? No lo sé. En el gabinete de trabajo existen algunos volúmenes de notas manuscritas, hablando de la psicología de la memoria. En ellos se ven fragmentos de cálculos, de formas simbólicas, que son absolutamente indescifrables para mí. Ciertos pasajes indican que también se ocupó de la filosofía de las matemáticas… De todo este trabajo se deduce que su ciencia le ha permitido trasladar toda la acumulación de conocimientos que constituyen su personalidad, de su cerebro, ya marchito, al mío joven y vigoroso, de la misma manera que se trasladó

a mi cuerpo y me aprisionó a mí en este cuerpo deteriorado que ya no le servía. Es decir, en realidad no hemos hecho más que cambiar de cuerpo. Pero ¿por qué medio es posible un cambio de esta índole?

He aquí un punto que excede a mi conocimiento. Desde que fui capaz de pensar, acepté las ideas materialistas; pero aquí me encuentro en presencia de un caso indiscutible que prueba que el espíritu puede desprenderse de la materia.

Voy a intentar una prueba desesperada. Cuando acabe de escribir procuraré desenredar este misterio.

Esta mañana, con la ayuda de un cuchillo de mesa que logré afilar un poco durante el almuerzo, conseguí romper un cajón secreto que se notaba bastante en este escritorio dislocado. En él no hallé otra cosa que un frasco de vidrio verde con unos polvos blancos. En el vidrio, una etiqueta, dice esta sola palabra; «Liberación». Quizá sea un veneno… No me sorprendería nada que Evelsham hubiese colocado un tóxico al alcance de mi mano. Es más, sospecho que trate de desembarazarse del único testigo humano que puede molestarle…

Pero yo probaré… Acaso sea otra cosa… Ese hombre ha resuelto prácticamente el problema de la inmortalidad.

A menos que no le ocurra un accidente imprevisto y violento, puede vivir en mi cuerpo hasta que lo haya usado del todo, y, entonces, desechando esa envoltura, puede revestirse nuevamente con la fuerza y la juventud de otra víctima.

Cuando se reflexiona en la implacable crueldad con que ha obrado, acude a la mente aterrorizada la idea del poder infernal de ese hombre, adquirido en una experiencia constantemente perfeccionada.

¿Cuántos siglos hace que pasa, en esta forma, de cuerpo en cuerpo?

Pero me siento rendido de tanto escribir… Parece que los polvos blancos del frasco verde son solubles en el agua… Su gusto no tiene, por cierto, nada de desagradable… Aquí concluye la relación que fue hallada en las manos del señor Evelsham. Su cuerpo yacía entre la mesa escritorio y el sillón, que en sus últimas convulsiones había caído a un lado.

La historia estaba escrita a lápiz, con letra ininteligible, muy distinta a la suya habitual, diminuta, pero clarísima.

Quedan, sin embargo, dos detalles curiosos, dignos de mencionarse.

Sin duda alguna existía entre el estudiante Eden y el filósofo Evelsham una amistad grande, un lazo de unión estrecho, porque la totalidad de los bienes del viejo había sido legado al joven… Pero el estudiante no entró en posesión de la herencia.

Cuando Evelsham se suicidó, Eden no existía. Murió veinticuatro horas antes, de muerte violenta. Fue atropellado por un coche en la esquina de Gover Street y Euston Road y quedó sin vida entre las ruedas.

De modo que el único ser capaz de proporcionar alguna luz que iluminase esta fantástica relación, no podía contestar a las preguntas que, seguramente, se le hubieran hecho…

Y sin otro comentario, dejo a la sagacidad del lector el cuidado de opinar sobre la verosimilitud de esta estupenda historia…

SPINACH

E. F. Benson

De «Spook Stories».

LUDOVICO Byron y su hermana Sylvia adoptaron estos encantadores, aunque absolutamente increíbles, nombres, porque los que les eligieron, sus insensatos padres y padrinos, cuando eran responsables de ellos, no resultaban tan apropiados, aunque fueran casi tan increíbles. Ellos pensaban, con razón, que los nombres de Thomas y Caroline Carrot tenían una ausencia tal de espiritualidad y sugestión que podían ser una rémora en su carrera psíquica, y que enfriarían más que inflamarían la fe en los consultantes, siempre ansiosos de asistir a una sesión con los Byron.

El cambio, no obstante, no se hizo sin una profunda reflexión por su parte, ya que ambos eran unos jóvenes muy escrupulosos y dudaban si sería o no «obrar una mentira» el hacer pasar por quienes no eran y si, en consecuencia, se enturbiaría un poco su clarividencia psíquica. Pero, para gran alegría suya, observaron que sus respectivas guías o controles espirituales, Asteria y Violetta, comunicaban tan libremente con los Byron como con los Carrot y muy pronto se llamaron con toda naturalidad uno a otro por los nombres recién adquiridos, y casi se llegaron a olvidar de que se llamaban de otra forma distinta de la que figuraba escrita en sus tarjetas profesionales.

Aunque sería un poco tedioso seguir todo el progreso de la carrera de Ludovico, desde que se dio cuenta de que estaba dotado de raras condiciones de médium, hasta el momento actual, en que se hallaba casi a la cabeza de su interesante profesión, es necesario que expliquemos la forma en que se manifestaban esos poderes. Cuando se había formado el círculo (las cuotas se pagaban por adelantado), se sentaba en su silla y parecía sumirse en una especie de trance, durante el cual Asteria tomaba posesión de él y comunicaba con sus fanáticos, a través de sus labios. Cuando Asteria vivía en este plano material, fue una doncella griega de la antigua Atenas, que se hizo cristiana y sufrió martirio en Roma, por la misma época que San Pedro. Tenía maravillosas experiencias que contar sobre su vida en la tierra, tal vez un poco vagas, cosa natural dado el tiempo que había pasado; pero hablaba con voz soñadora, aunque convincente, del Partenón, del Foro, del mar Egeo (tan azul), de las catacumbas (tan oscuras), de los bellos crepúsculos de Italia y de Grecia, y eso era lo más notable de todo, porque Ludovico nunca había salido de su país natal.

Pero mucho más interesante para el círculo de oyentes, cada uno de los cuales podía sacar un billete para Atenas y Roma y ver los bellos crepúsculos y las catacumbas por sí mismo, eran las maravillosas cosas que contaba sobre su existencia actual. Todo el mundo era enormemente feliz y se ocupaba en ayudar a aquellos que habían llegado al otro plano reciente, y todos ellos vivían en un éxtasis del constante progreso espiritual. Había también momentos de descanso, con inmensas cantidades de las más bellas flores y frutas exquisitas, ríos de cristal y montañas de azur, mantos flotantes y habitaciones deliciosas. Ninguna de esas cosas era material precisamente; uno «pensaba» en un manto flotante ¡y ahí estaba!

Asteria conocía a muchos de los amigos y parientes del círculo de Ludovico, que habían pasado al otro plano y que mandaban a través de ella, mensajes de amor y

dulces recuerdos. Ahí estaba George, por ejemplo… ¿Alguno de los presentes conoce a George? Y George era el difunto esposo de una de las oyentes, o el padre de otro, o el hijo pequeño, muerto hace poco, de un tercero. Y George decía lo feliz que era y cuánto amor sentía por ellos. Entonces Asteria hablaba de Jane, entonces decía que se trataba de Mary. Y Asteria explicaba a completa satisfacción de todos cómo se había producido aquel error, debido a los miles de seres que continuamente estaban llegando. Y aquellos que tenían amigos y familiares entre las señoras y los caballeros que acudían a casa de Ludovico Byron eran lo suficientemente listos como para «pegarse» a Asteria, ya que, por ser su guía espiritual, podría ponerles en comunicación con sus seres queridos. A eso se debían las corrientes de simpatía que inmediatamente se establecían entre ellos y ella.

Cuando la sesión llevaba ya un rato desarrollándose así, Asteria decía que el poder se iba debilitando y que tenía que despedirse de ellos, y desaparecía en silencio. Entonces Ludovico volvía de su trance y todos los que estaban con él le decían lo maravillosa que había sido la sesión. En otras ocasiones no se sumía en trance, sino que Asteria utilizaba su mano y su lápiz y escribía, como un autómata, páginas y páginas de un inglés arcaico y ligeramente extranjero, mezclando, aquí y allá, una palabra absolutamente ininteligible, que debía estar en griego. Entonces George y Jane y Mary dictaban a Asteria, la cual hacía que Ludovico escribiera todo cuanto le iba diciendo. Algunas veces los espíritus se sentían juguetones y decían que no les gustaba el sombrero que llevaba su esposa, o la corbata del marido; sólo para demostrar que realmente estaban presentes. Después, cualquiera de los presentes podía hacer preguntas y Asteria dictaba bellas respuestas.

Sylvia y su guía Violetta no se hallaban en un estado de desarrollo tan avanzado como Ludovico y Asteria; la verdad es que hacía poco que Sylvia se dio cuenta de que también estaba dotada de poderes psíquicos y entró en contacto con su guía. Violetta había sido una dama florentina de noble cuna y nació (en el plano material) en el año 1542, lo cual era un dato muy interesante, ya que la convertía en una exacta contemporánea de Savonarola y Leonardo da Vinci. Muy a menudo, había oído predicar a Savonarola y visto a Leonardo da Vinci ante su caballete, y era estupendo saber que ahora Savonarola predicaba a un auditorio arrebatado y que Leonardo da Vinci estaba haciendo cuadros infinitamente superiores a los que pintara en la tierra. No eran pinturas materiales, exactamente, sino pinturas del pensamientos, él las pensaba y aparecían allí. Aquello coincidía exactamente con lo que decía Asteria de las flores y era, consecuentemente, una corroboración que hacía evidencia.

El invierno y la primavera habían sido meses de mucho trabajo para Ludovico, y Mrs. Sapson, una de las más asiduas asistentes a las sesiones, trataba de persuadirle para que se tomara unas cortas vacaciones. Ludovico no sentía deseo de tomárselas, porque estaba dando cinco sesiones completas cada día (las cuales, naturalmente, «se elevaban») y sentía cierta reluctancia a abandonar, aunque no fuera más que por un poco de tiempo, el trabajo que tan aleccionador parecía a tantísima gente. Pero Mrs.

Sapson fue muy astuta y en una de las sesiones preguntó a Asteria si no sería mejor que Ludovico descansara y Asteria dijo claramente: «La sabiduría aconseja prudencia; sedlo, por tanto». Cuando la sesión terminó, no obstante, Mrs. Sapson, que tenía una gran fuerza espiritual, renovó sus argumentos con redoblada fuerza. Era una enfática viuda que recibía un sinfín de mensajes de su marido, William, el cual había sido un colérico corredor de bolsa, en este plano, pero su carácter había mejorado y se había dulcificado maravillosamente y ahora sabía qué pérdida de tiempo era acumular tanto dinero y ser tan iracundo.

—Querido Mr. Ludovico —decía ella—, tiene usted que tomarse unas vacaciones. No puede usted menospreciar los consejos de Asteria. Además tengo unos planes estupendos para usted. Poseo una casita cerca de Rye, que está libre. Mi inquilino la ha… la ha abandonado súbitamente. Está en un sitio realmente encantador y tiene todo lo que usted pueda necesitar. No tiene que hacer gasto ninguno, excepto lo que compre de comida y bebida, y tiene usted el mar para bañarse y el golf a la puerta misma de su casa. Es un sitio ideal para el reposo y la meditación, y —quién sabe— algún maravilloso visitante (terrenal no, por supuesto, porque no hay vecinos enojosos) a lo mejor va a verle.

Por supuesto, aquel encantador ofrecimiento hizo que las cosas fueran distintas. Ludovico consideró que tendría menos inconveniente en abandonar el trabajo durante una quincena, cuando supo que no tendría que pagar alquileres. Expresó su gratitud en términos apropiados y prometió que lo consultaría con Sylvia, que en aquellos momentos tenía una cita con Violetta. Sylvia saltó de júbilo ante la idea, cuando se lo dijeron, y el asunto quedó decidido instantáneamente.

La víspera de su partida, los dos estaban charlando tranquilamente.

—Es una amabilidad maravillosa por parte de Mrs. Sapson —decía Ludovico—. Pero es extraño que no nos ofreciera la casa antes. Se ha estado empeñando en que me tome unas vacaciones desde hace un mes.

—A lo mejor es que el antiguo inquilino no se había ido todavía —dijo Sylvia.

—Eso debe ser. ¡La brisa del campo y el mar! ¡Qué delicia! Pero no tengo intención de permanecer ocioso.

—¿El golf? —sugirió Sylvia—. Pero tengo entendido que es muy difícil.

Él fue al otro lado de la mesa y cogió un paquete cuadrado que le acababan de entregar.

—No, nada de golf —explicó—. Voy a fotografiar espíritus. Eso da dinero… quiero decir que es muy útil. Por eso he comprado una cámara y varios rollos fotográficos y soluciones para reproducir y fijar la imagen. Lo haré todo yo solo. Solía hacer muchas fotografías cuando era un muchacho.

—Todo eso ha debido costarte un buen montón de dinero —dijo Sylvia, que tenía grandes dotes de economía.

—Diez libras. Pero no te preocupes; vale la pena. Además, no pagaremos nada de alquiler y si tengo poder suficiente para fotografiar espíritus recuperaremos el dinero

y más aún.

—Explícame el procedimiento —pidió Sylvia.

—Bueno, es muy misterioso, pero no hay duda de que si un médium que ha recibido el don saca una fotografía, a veces aparece en el negativo lo que se llama un «extra». En otras palabras: si te hago una fotografía a ti, puede que en el film aparezca no sólo tu fotografía, sino también la de algún espíritu relacionado contigo, cerca de ti. Esta podría ser una nueva modalidad de nuestro trabajo y nos traería muchos clientes más. Y también interesará a los antiguos; tengo la impresión de que necesitan algo nuevo. Mrs. Sapson estaría encantada de tener una fotografía suya con su William apoyado en sus hombros. Como quiera que sea, vale la pena probar. Practicaré en la casita.

Puso el paquete que contenía los aparatos fotográficos con otras cosas suyas que se pensaba llevar y se sentó cómodamente en su butaca.

—Y quiero que tú también trabajes —dijo—. Tienes que mejorar tus contactos con Violetta. No hay nada como el entrenamiento. El poder de un médium es un don, como el de la música. Pero hay que practicar mucho en el piano, si se quiere tocar.

Estaban los dos solos y reinaba entre ellos la mayor confianza. Se hablaban uno a otro con una franqueza que hubiera aterrado a sus clientes.

—Algunas veces dudo de tener el menor poder como médium —dijo Sylvia—. Caigo en un verdadero estado de sopor, cuando escribo automáticamente, ¿pero Violetta me está dictando realmente o sólo soy yo la que va escribiendo los pensamientos de mi subconsciente? O, cuando Asteria habla a través de ti, ¿es de verdad una inteligencia independiente o parte de ti mismo?

Ludovico respondió, ingenuamente:

—No lo sé ni me preocupo por ello. Pero lo cierto es que mi propia consciencia no puede inventar lo que Asteria dice, y por tanto todas esas cosas vienen de fuera de mi normal percepción. Y, sobre todo, Asteria dice cosas sobre George y Mary y todos ellos, que se refieren a sus propias vidas en la tierra, cosas que yo no sabía en absoluto.

—Pero sus parientes, que están sentados contigo, sí lo saben —dijo Sylvia—. ¿Sería posible que tú llegaras a saber todo eso gracias a la telepatía?

—Sí, pero sería muy hábil por mi parte, si es así. Y es más razonable suponer que es Asteria. Además, si todo lo hiciera yo, ¿cómo explicarías entonces que Asteria diga a veces cosas que van contra mí, contra mis inclinaciones e intenciones? Por ejemplo, cuando dijo: «La sabiduría aconseja prudencia; sedlo por tanto», en contestación a la pregunta que le hizo Mrs. Sapson sobre si sería conveniente que me tomase unas vacaciones, contradijo mis propios deseos. Yo no quería en absoluto irme de vacaciones. Por tanto parece que Asteria es en realidad una inteligencia externa que no controla.

—Puede que tu subconsciente comprendiera que necesitabas unas vacaciones —dijo la ingenua Sylvia.

—Eso es llevar las cosas muy lejos. Es mejor creer en Asteria. Además creo sinceramente que algunas veces me llegan cosas desde fuera de mi consciencia. Y no sé… no siempre por lo menos… qué ha estado diciendo Asteria mientras estoy en trance. Algunas veces me asombra verdaderamente.

Se sirvió una discreta cantidad de whisky con soda.

—Estoy deseando descansar una temporada de las sesiones —siguió diciendo—. Ahora que estamos hablando de ello, la verdad es que Asteria ha estado la mar de floja últimamente. Y me temo que Mrs. Sapson lo ha notado también. Tengo la impresión de que ya ha oído todo lo que Asteria tenía que decir y no sería nada bueno que dejara de asistir a nuestras reuniones. Por eso es por lo que quiero a toda costa probar si puedo hacer fotografías de los espíritus. Eso… eso variaría el menú.

Partieron al día siguiente, llevándose con ellos una eficiente criada para todo llamada Gramsby, y por la tarde llegaron a la casita de Mrs. Sapson. Estaba situada en un lugar muy romántico, cerca de una pequeña cadena de dunas de arena, que corría a lo largo de la costa, y estaba sólo a diez minutos del mar. El lugar era muy solitario; un pueblo diminuto, con una tienda o dos y un grupo de cabañas de pescadores, se levantaban a un kilómetro de distancia. Hacia dentro se extendían los desiertos marjales de Romney, en dirección a Rye, los cuales parecían arder, en la distancia, bajo los rayos del sol. La casita era un edificio encantador hecho de madera, con una amplia terraza que daba al sur y un jardincito muy alegre delante. Abajo, en la planta, había una cocina, un comedor y un gran cuarto de estar que daba a la terraza. Este último estaba muy bien amueblado y tenía una chimenea con un gran hogar para el fuego de leña y un inmenso tubo. Había unos leños al lado de la chimenea y, en verdad, toda la casa daba la sensación de haber estado habitada muy poco antes. Arriba había unos dormitorios muy soleados, que daban al sur, con vistas a las dunas de arena y al mar, más allá. Era imposible imaginar un lugar más pacífico como refugio para un médium fatigado.

Bebieron unas tazas de té rápidamente y corrieron a aprovechar las últimas horas del día, paseando entre las dunas y a lo largo de la playa. Estuvieron de vuelta un poco antes de la puesta del sol. Aunque el día había sido cálido, la tarde refrescó y Sylvia se estremeció ligeramente mientras subía los escalones de la terraza que conducían al cuarto de estar.

—¡Hace bastante frío! —dijo—. Voy a encender el fuego.

Ludovico compartía sus sensaciones.

—Una idea excelente —comentó—. Y correremos las cortinas para estar más recogidos. ¡Qué habitación tan encantadora! Mañana haré unos cuantos interiores. Me dijeron que hace falta tiempo de exposición para hacer interiores.

Acabaron de cenar muy pronto y en seguida fueron al saloncito y se pusieron a jugar a cartas. Pero los dos estaban distraídos y dejaban escapar las oportunidades de ganar una baza o colocar un rey.

—No puedo concentrarme en el juego esta noche —dijo Ludovico—. Tengo una

sensación como si alguien estuviera tratando de llamar mi atención… no sé si será Asteria quien quiere comunicar…

Sylvia le miró.

—Es la mar de extraño que digas eso —observó—. Yo siento exactamente como si Violetta quisiese establecer contacto conmigo, y, sin embargo, eso no es nada propio de Violetta.

Él lanzó una inquieta mirada alrededor de la habitación.

—Es una sensación curiosa —dijo—. Tengo consciencia de una presencia aquí y no estoy muy seguro de que sea Asteria. Pero puede que lo sea; lo cual me parecería muy pesado por su parte porque ya debe saber que me he ido de vacaciones, y más teniendo en cuenta que ella misma me lo recomendó. Creo que voy a coger papel y lápiz y veremos si quiere decirme algo.

Se sentó en su silla, sosteniendo en las rodillas los papeles para comunicar con Asteria.

—Hazle una pregunta o dos, Sylvia —dijo—. Cuando yo esté en trance.

Sylvia esperó a que los ojos de su hermano se agitaran y acabaran por cerrarse.

—¿Eres Asteria? —preguntó.

Los dedos de Ludovico temblaron y se crisparon. El lápiz escribió: «No, por cierto» con grandes y firmes letras, que no se parecían nada a la primorosa escritura de Asteria.

Sylvia preguntó si era Violetta, pero la respuesta fue otra negativa rotunda.

—¿Quién eres, entonces?

Entonces ocurrió algo verdaderamente absurdo. El lápiz escribió: «Thomas Spinach».

Sylvia se quedó asombrada el primer momento. Luego se le ocurrió una explicación y se echó a reír.

—Despiértate, Ludovico —le dijo a su hermano—. Dice que es Thomas Spinach. Por supuesto que es tu subconsciente, recordando lo de Carrot[1].

Pero Ludovico no se despertó y, para gran asombro de Sylvia, el lápiz empezó a escribir otra vez.

«Yo no sé quienes son ustedes —escribió el desconocido control—. Pero yo soy Spinach, el joven Spinach y… —aquí hubo una larga pausa—. Y quiero que me ayuden. No puedo acordarme… Soy un desgraciado».

Mientras estaba leyendo, Sylvia oyó, encima suyo, un golpe sordo en la pared, que la asustó considerablemente, porque si era el subconsciente de Ludovico, el que escribiera «Spinach», pensando en escribir «Carrot», ¿qué necesidad tenía de anunciar su presencia? Saltó de su silla y despertó a Ludovico, zarandeándole por los hombros.

—Despiértate —le dijo—. Aquí hay un espíritu extraño y no me gusta nada. Despiértate, Ludovico.

Ludovico volvió en sí lentamente.

—Hola —dijo—. ¿Ha pasado algo? ¿Era Asteria?

Sus ojos recorrieron el papel.

—¿Qué es esto? ¿Thomas Spinach? Eso es cosa mía; mi subconsciente me dijo una vez que yo era Asparagus.

—Sigue, sigue leyendo —aconsejó Sylvia.

Ludovico lo leyó.

—Esto es muy extraño —dijo—. No puede ser mi subconsciente. Yo no me siento desgraciado, ni necesito ayuda. Y sé quién soy.

Se levantó de un salto.

—Esto es interesantísimo —siguió diciendo—. Parece como si fuera un nuevo guía. Y el joven Spinach debe tener mucho poder, también: se puso en contacto conmigo la primera vez que lo intentó. Tenemos que investigar esto, Sylvia. Será estupendo tener un nuevo guía para nuestras sesiones.

—Pero esta noche no, Ludovico —replicó Sylvia—. No podría dormir si siguieras. Y además es muy violento: dio el golpazo más fuerte que he oído en la vida.

—¿Si, eh? He debido caer en un trance profundo entonces, porque no he oído nada. Bueno, mañana trataré de atraparle con mi cámara. Por cierto que sí.

La mañana era brillante y soleada, e inmediatamente después del desayuno Ludovico empezó a trabajar con su cámara fotográfica. Los primeros tres o cuatro rollos no revelaron nada más que una impenetrable negrura, y una consulta a su manual de bolsillo le convenció de que había hecho las fotografías con demasiada exposición. La corrigió y después de algunos errores más, consiguió un negativo en el cual se veía claramente a Sylvia sentada en la terraza, cerca del ventanal. Aquella fotografía, aunque no revelaba ningún «extra», era ya un avance alentador. Tomó media docena más de exposiciones y fue corriendo a la pequeña y oscura alacena que había debajo de las escaleras, donde había instalado sus baños reveladores y fijadores. Muy poco después, Sylvia oyó que le llamaba gritando, con voz triunfante y corrió a ver qué había pasado.

—¡No abras la puerta —gritó él— o lo estropearías todo! He conseguido una foto tuya con un magnífico extra… una cara flotando en el aire, cerca de tu hombro.

—¡Qué encanto! —exclamó ella—. Date prisa y fíjala.

No cabía la menor duda sobre ello. Allí estaba Sylvia sentada cerca del ventanal y muy cerca de ella había una cara desconocida y misteriosa. En el negativo no podía verse más que eso, pero cuando sacó la positiva aparecieron los detalles, maravillosamente claros. Era la cara de un hombre joven; sus rasgos agraciados tenían una expresión de angustiosa súplica.

—¡Pobre muchacho! —dijo Sylvia con simpatía—. Y tan guapo, además. Pero hay algo en él que no me gusta.

Entonces tuvo una idea brillante.

—¡Ludovico! —dijo—. ¿Será Spinach?

Él le quitó la fotografía.

—Tengo que fijarla —dijo— o se estropeará. Claro que es Spinach. ¿Quién más podía ser? Me gustaría saberlo. Esta noche descubriremos más cosas sobre él. ¡Es fantástico que haya obtenido esta foto la primera vez que pruebo!

Pasaron la tarde en la playa para ponerse completamente en forma contemplando las bellezas de la naturaleza y después de una cena ligera se prepararon para una doble sesión. Dos anzuelos, por así decirlo, estaban cebados para atrapar a Spinach. En una silla se sentó Sylvia, con papel y lápiz, dispuesta a escribir la menor palabra y en la otra se sentó Ludovico, con un equipo igual. Los dos se dejaron llevar hasta hundirse en aquel soñoliento y vacío estado que sabían que era muy favorable para ponerse en comunicación con lo desconocido. Pero, durante un buen rato, ninguno de los dos consiguió nada. Luego Ludovico oyó el lápiz de su hermana cuando ésta empezó a escribir rápidamente y esto despertó en él un oscuro sentimiento de celos y envidia, porque algo estaba pasando a través de Sylvia y no de él.

Aquella incómoda sensación acabó con el estado de paz y tranquilidad que eran una condición *sine qua non* para el estado de receptibilidad y se levantó de su silla para ver qué le estaba pasando a su hermana. Probablemente Violetta le estaría contando, en aquellos instantes, alguna nauseabunda basura sobre los sermones de Savonarola. Pero en el momento en que vio el papel de Sylvia se estremeció hasta la medula.

«Sí, soy Thomas Spinach —leyó—, y soy muy desgraciado. Esta mañana vine y me puse a su lado cuando el hombre estaba haciendo fotografías. Quisiera que me ayudase. ¡Oh, ayúdenme! Se trata de algo que he olvidado, y sin embargo es tan importante… Quisiera que buscaran ustedes por todas partes a ver si consiguen encontrar algo muy poco corriente y decírselo a ellos. Está en algún sitio, aquí. Tiene que estar, porque lo puse aquí. Y no me atrevo a decirles qué es porque es tan terrible…»

El lápiz se paró. Ludovico se sentía fuera de sí por la excitación y casi olvidó los celos que sentía de Sylvia. Después de todo, él fue quien sacó la fotografía de Spinach…

La mano de Sylvia permaneció quieta tanto rato que Ludovico, para hacerla entrar en actividad otra vez, empezó a hacer preguntas.

—¿Ha pasado usted al otro lado, Spinach?

La mano empezó a escribir en forma rápida e irritada.

«Pues claro. De qué otra forma sabría dónde estaba eso».

—¿Vivía usted aquí? —preguntó Ludovico—. ¿Y cuándo pasó usted al otro lado?

«Sí, vivía aquí —fue la respuesta—. Pasé a este lado hace una semana. De pronto. Aquella noche había una tormenta y yo acababa de terminarlo todo y estaba en el jardín refrescándome cuando me cayó un rayo encima y me vine a… este sitio, ya comprende… Y no puedo recordar dónde estaba eso».

—¿Dónde estaba qué? —preguntó Ludovico—. ¿Se refiere usted a esa cosa que

había acabado? ¿Qué era lo que había acabado?

El lápiz pareció chirriar un poco, como si fuera un pizarrín.

«Oh, aquí está otra vez —escribió, con temblorosos caracteres—. No puedo seguir ahora. Esto es terrible. ¡Estoy tan asustado! ¡Por favor, por favor, encuéntrenlo!»

Igual que la noche anterior, sonó un fuerte golpe en la pared, cerca de donde se hallaba Ludovico, el cual, enormemente asustado, saltó de su silla y le dio unos golpecitos a Sylvia para volverla a la realidad. Quienquiera que fuera aquel espíritu, no era suave y delicado como Asteria, la cual, si alguna vez daba un golpe, lo hacía suave y encantadoramente.

Sylvia bostezó y se estiró.

—¿Spinach? —preguntó, soñolienta—. ¿Se sabe algo de Spinach?

—Sí; montones de cosas.

—¿Y qué ha dicho? Oh, por lo visto me he dormido profundamente. No sé lo que ha pasado. Violetta no es así de poderosa, ni de lejos. ¡Qué sensación tan extraña! ¿He escrito mucho?

—Sí, contestando a varias preguntas que le he hecho —dijo—. Es maravilloso. Estamos sobre la pista de Spinach, o, mejor dicho, él está sobre la nuestra.

Sylvia estaba leyendo su manuscrito.

—«Pasé a este lado hace una semana» —decía—. De pronto… Aquella noche había una tormenta… ¡Ludovico, es verdad, la hubo! Es la pura verdad. Tú dormías, pero yo no y recuerdo haber leído en el periódico que había sido muy violenta en Rye. Qué extraño.

Ludovico chasqueó los dedos.

—Ya sé lo que vamos a hacer —dijo—. Voy a enviar un telegrama a Mrs. Sapson. Dame un papel. Nos dijo que a lo mejor venían a visitarnos seres extraños.

Sylvia comprendió en seguida.

—¡Ya sé! —gritó—. Piensas decirle que su inquilino, el joven Thomas Spinach, que murió a causa de un rayo la semana pasada, ha comunicado con nosotros. ¡Eso la impresionará enormemente, si crees que empezaba a estar harta de Asteria! ¡Verdaderamente, empiezo a creer que nos dejó la casa para probarnos y comprobar si de verdad recibimos mensajes del más allá! ¡Vamos a apuntarnos un tanto!

Empezó a escribir rápidamente en su cuaderno, contando las palabras con los dedos. Su sentido de la economía la llevó a escribir el mensaje en sólo doce palabras.

—¡Ya está! —leyó, triunfalmente—. ¡Escucha! «Sapson, 29, Brompton Avenue, Londres. Inquilino Spinach muerto semana pasada, tormenta, comunicado». Justo doce palabras. No es necesario firmarlo porque llevará el sello de Rye.

—Sylvia —dijo él—. Ésta no es ocasión de hacer economías absurdas. Es mejor gastar unos peniques más y que el telegrama sea más impresionante y bastante más inteligible. Dame un papel; ya te lo pedí antes. Y es necesario dejar muy claro que no nos hemos enterado por casualidad, gracias a algún chismorreo del pueblo. Le voy a

decir lo de las fotografías también.

Antes de irse a acostar, Ludovico compuso un telegrama más explícito y durante la mañana siguiente recibieron una entusiástica respuesta de Mrs. Sapson.

«Todo correcto y de lo más maravilloso. Encantada hayan establecido comunicación. Busquen más y pregúntenle por su tío. Telegrafíen otra vez si noticias frescas».

Para evitar toda posibilidad de alguna interrupción, Sylvia dio permiso a Gramsby durante la tarde, y ésta se fue encantada, dispuesta a disfrutar de todos los atractivos de Rye. En cuanto hubo marchado, los médiums se prepararon para una sesión. Como Spinach parecía preferir a Sylvia, ésta se puso en estado de trance, con papel y lápiz a mano, y Ludovico se sentó, dispuesto a hacer preguntas. Muy pronto se cerraron los ojos de Sylvia, su cabeza cayó hacia delante y el lápiz que sostenía en la mano empezó a temblar violentamente, como una motocicleta a punto de arrancar.

—¿Es usted, Spinach? —preguntó Ludovico al observar esas señales de posesión.

En el acto el lápiz empezó a escribir.

«Sí; ¿han encontrado algo?»

—No sabemos qué es —dijo Ludovico. Luego se acordó del telegrama de Mrs. Sapson—. ¿Tiene algo que ver con su tío? —preguntó.

Hubo una larga pausa, luego el lápiz empezó a escribir.

«Por favor, encuéntrenlo».

—¿Pero cómo vamos a encontrar a su tío? No sabemos dónde buscar ni a quién se parece. Díganos dónde busquemos.

El lápiz se movió con gran agitación.

«No lo sé —escribía—. Si lo supiera se lo diría. Pero está por algún sitio, cerca. Justo acababa de ponerlo allí, cuando vino el rayo y me mató, y ahora no puedo recordar. La memoria se me ha perdido como… como cuando le dan a uno un golpe en la cabeza».

Un pensamiento desagradable asaltó a Ludovico. ¿Por qué cuando Spinach aludía a su tío, decía «eso»?

—¿Su tío está muerto? —preguntó—. ¿Se refiere usted a su cuerpo cuando dice «eso»?

Los dedos de Sylvia se estremecieron como en una angustia mortal. Luego el lápiz escribió.

«Sí».

A pesar de lo acostumbrado que estaba a los espíritus, Ludovico sintió que un estremecimiento helado le recorría todo el cuerpo. Pero permaneció en silencio, esperando, porque le pareció que el lápiz iba a seguir escribiendo. Y por fin, ¡cielos!, escribió.

«Se lo contaré todo. Yo le maté y ahora no recuerdo dónde lo puse».

Un espasmo de indignación moral sacudió a Ludovico.

—Esto estuvo muy mal de su parte —observó, justamente—. Pero procuraremos

ayudarle si nos cuenta usted todo. Vamos; está usted muerto. Nadie puede colgarle.

A pesar de lo alarmado que estaba, al pensar en la proximidad no sólo del espíritu de un asesino, sino también del cadáver del tío Spinach, era muy natural que Ludovico sintiera un enorme interés profesional por las revelaciones que parecían inminentes. Sería algo glorioso para su carrera el recibir de un espíritu una información de primera mano sobre un crimen insospechado, y poder corroborarlo con el descubrimiento del cadáver. Aunque había ido allí a descansar, aquella pieza única en su estilo hizo que se sintiera completamente descansado y dispuesto, ya que era imposible concebir siquiera reclamo más maravilloso. Y qué maravillosa confirmación sería también en la vacilante fe de Mrs. Sapson sobre sus poderes psíquicos. Publicaría la noticia a los cuatro vientos y sus sesiones serían más populares que nunca. Y lo que era aún más importante, aquello le daba ocasión de adquirir una serie de conocimientos frescos sobre las condiciones que prevalecían al otro lado, mucho más sensacionales e interesantes que la producción de flores del pensamiento y mantos flotantes y general amor y esperanza…

Esperó, con la mayor expectación, que Spinach le dijera lo que deseara.

Y por fin empezó y ya no hubo necesidad de hacer preguntas, porque el lápiz corría a lo largo de la página. Hojas y hojas del cuaderno fueron llenándose y Ludovico tuvo que sacarle dos veces punta al lápiz, porque se acababa la punta con todas aquellas revelaciones notables y sólo pintaba garabatos ilegibles en el papel. Durante media hora, corrió a lo largo de hojas y hojas y por último hizo un gran garabato y la mano de Sylvia cayó, inerte. Ella se estiró, bostezó y volvió en sí.

La hora siguiente fue la más absorbente que Ludovico había vivido en su vida profesional. Los dos juntos leyeron la relación del crimen. Alexander Spinach, el tío, era el anciano más inicuo que se pueda pensar y hacía que la vida de su sobrino fuera una carga insoportable. Había descubierto que el muchacho, que era huérfano, hizo una falsificación insignificante, en un cheque que firmó con el nombre del tío. Bajo la amenaza de denunciarle y hacer que le encarcelaran, le hacía trabajar para él día y noche, pescando y trabajando la tierra y haciendo el trabajo de la casa, y todo ello sin pagarle un céntimo como sueldo, mientras él, el viejo, se pasaba los días bebiendo, junto al rincón de la chimenea.

A fuerza de cavilar sobre sus calamidades y desgracias, el joven Spinach (muy justamente, según él mismo seguía pensando) llegó a la conclusión de que tenía que matar al viejo odioso y miserable y, sigilosamente, envenenó el whisky con veneno matacizañas. A la mañana siguiente continuó trabajando, como de costumbre, dejando al cadáver encerrado con llave en la casa y, como quien no quiere la cosa, le dijo a un compañero con el que se encontró que su tío se había ido a Londres y que probablemente no volvería en algún tiempo. Cuando volvió a su casa por la noche, escondió el cadáver en algún sitio con la intención de cavar una fosa en el jardín y, una vez enterrado en ella, plantarle encima unas hortalizas. Pero apenas acababa de colocar el cadáver en su escondrijo provisional, cuando un rayo, en medio de la

terrorífica tormenta que cayó sobre el distrito la semana anterior, le mató. Cuando volvió en sí en el plano espiritual no podía recordar lo que había hecho con el cadáver.

Hasta entonces la historia era bastante corriente, aparte de la forma especial en que se hacían las revelaciones, pero a continuación venía la parte de la confesión que los ardientes y jóvenes psíquicos comprendieron que podía volverse en una mina de oro para ellos. Porque al despertar en el otro lado, el joven Spinach se encontró terriblemente perseguido, no por el espíritu, sino por el cuerpo de su tío. Así como en el plano material, para explicarlo así, los asesinos se ven algunas veces asediados por los espíritus de sus víctimas, así en el plano espiritual, muy lógicamente, se sienten perseguidos por el cuerpo de sus víctimas. Su tío, con su presencia corporal, palpable, le aterrorizaba y perseguía a dondequiera que fuese; incluso cuando estaba recogiendo dulces frutas o flores de pensamiento, allí aparecía el terrible cuerpo. Si se despertaba por la noche lo encontraba allí, vigilando su sueño junto a la cama, si se bañaba en los ríos cristalinos el viejo nadaba a su lado. Y había comprendido que nunca alcanzaría la paz hasta que su tío estuviera en su tumba, como Dios manda. Dijo que sin duda Ludovico habría oído hablar de esqueletos de individuos asesinados y emparedados en cámaras secretas y de cómo sus espíritus encantaban el lugar, hasta que sus huesos eran descubiertos y enterrados debidamente. En el otro lado pasaba lo mismo.

Y mientras los cadáveres de los asesinados permanecían sin enterrar en el mundo material, sus cuerpos perseguían al perpetrador del asesinato.

Y ahí era donde las cosas se ponían difíciles para el pobre Spinach. El rayo que lo mató tan rápidamente había borrado de su memoria el recuerdo de lo que acababa de hacer y, amedrentado como estaba, no podía recordar ni por asomo dónde había puesto el cadáver. Entonces estalló de pronto en apasionadas súplicas: «Ayúdenme, ayúdenme, amables médiums —escribió—. Yo sé que está ahí, en algún lugar. Búsquenle y hagan que lo entierren. Era un viejo espantoso y no puedo describir lo horroroso que es estar perseguido por su cuerpo bestial. Encuéntrenlo y entiérrenlo, y entonces quedaré libre de su espantosa presencia».

Juntos leyeron aquel documento único a la luz del atardecer, absortos por el interés profesional, hasta el más alto grado y, sin embargo, lanzando de vez en cuando miradas alrededor, con cierta vaga aprensión por lo que pudiera ocurrir. Durante la sesión se había levantado el viento, que ahora gemía al doblar las esquinas de la casa, y la oscuridad estaba cayendo rápidamente, amenazando con una noche borrascosa. Las cortinas se hincharon y combaron por la corriente de aire y sordos quejidos sonaron en la chimenea. Sylvia se agarró a su hermano.

—No me gusta esto —susurró—. No me gusta el espíritu de Spinach; Violetta y Asteria son preferibles. Y además está «eso». Lo puso en cualquier sitio. Pero parece que esté en todas partes.

Ludovico intentó parecer tranquilo.

—Parece que esté en todas partes, como tú dices, pero tiene que estar en algún sitio y hemos de encontrarle. Será mejor buscarle antes de que anochezca. Y piensa en la sensación que causará el informe que publiquemos de cómo, en respuesta a las súplicas apasionadas de un espíritu acosado por los remordimientos…

—Pero Spinach no siente remordimientos —le interrumpió Sylvia—. No ha dicho una sola palabra de remordimientos, sino sólo de terror de sentirse perseguido. Se trata no sólo de un cadáver, sino del espíritu de un asesino impenitente. No es agradable. Preferiría haber alquilado otra casa, aunque nos saliera más cara que ésta.

—¡Bah, tonterías! Además Spinach es amistoso con nosotros. Somos su única esperanza y si encontramos el cuerpo seguramente quedará muy agradecido. No me extrañaría que nos hiciera más declaraciones. Y aunque no fuera más que lo que ya sabemos, piensa en lo extraordinariamente interesante que es. Nadie soñó jamás que pudiera haber fantasmas materiales en el mundo inmaterial. Pero ahora tenemos que ponernos al trabajo y buscar el cadáver de Alexander. Piensa sólo en lo provechosa que puede ser esta experiencia para nosotros. ¿Por dónde empezaremos? Hay que buscar en la casa y en el jardín…

—Me gustaría que estuviera en el jardín pero creo que no tendremos esa suerte, porque él pensaba enterrarlo en el jardín un poco después.

—Es verdad. Entonces empezaremos por la casa. Muchos asesinos entierran el cuerpo en el suelo de la cocina, lo cubren con cal y rellenan luego el agujero con cemento.

—Pero él no pudo tener tiempo para todo esto. Además, sólo era un escondite temporal.

—A lo mejor lo descuartizó e iremos encontrando un pedazo aquí y otro allí.

Empezó la búsqueda. Bajo la cada vez mayor oscuridad, con el viento creciendo hasta convertirse en un huracán, sacaron fuerzas de flaqueza para emprender la horripilante tarea. Investigaron en la carbonera, echaron un vistazo a los armarios de la despensa y, con los corazones latiendo desacompasadamente, examinaron la leñera. Había allí señales inequívocas de que había sido revuelto su contenido y, la vista de una bota vieja, asomando desde detrás de un leño, fue la causa de que Sylvia estuviera a punto de desmayarse. Luego Ludovico cogió una escalera y subió al tejado para mirar en el depósito de agua, de cuyo contenido habían estado bebiendo hasta entonces. Pero todas sus exploraciones fueron en vano; no había ni rastros del cadáver. Buscaron durante una hora que fue de prueba para sus nervios, hasta que se le ocurrió a Ludovico una extraña idea.

—¿Y no será todo una broma de Spinach? —dijo—. Sería del peor de los gustos. ¡Santo Dios!, ¿qué es eso?

Hubo una fuerte llamada a la puerta de entrada y Sylvia escondió la cara entre los hombros de su hermano.

—¡Ése es Spinach! —susurró—. ¡Ese horrible Spinach!

Fueron de puntillas hasta la puerta y la abrieron. En el umbral se hallaba un

hombre que les dijo que era el recadero de Rye y traía una nota para Miss Byron.

—Volveré dentro de media hora, Miss —dijo—, por si hay alguna contestación. Una maleta, según creo.

La nota era de Gramsby, quien, aunque sintiendo mucho «incomodarles», rehusaba volver a la casa. Decía que había oído cosas que no le gustaban, y que les quedaría muy agradecida si empaquetaban sus cosas en la maleta y se la enviaban.

—¡Cobarde! —dijo Sylvia, temblando violentamente—. No le daré la maleta a menos que venga a buscarla ella personalmente.

Volvieron a la salita, avivaron el fuego y encendieron muchas velas para que la habitación pareciera lo más alegre posible. Sus llamas oscilaban ominosamente bajo los ramalazos del viento y los dos hermanos acercaron sus butacas al hogar. Por entonces la fuerza del viento se había convertido en un huracán desatado. Toda la casa se estremecía bajo el vendaval, las puertas crujían, las cortinas susurraban, ráfagas de lluvia azotaban los cristales de las ventanas y la chimenea se llenaba de ruidos extraños y de chirridos.

—Voy a calentarme un poco —dijo Ludovico—, y luego seguiré buscando. No voy a tener un momento de paz hasta que lo encuentre.

—Y yo no tendré un momento de paz cuando lo encuentres —gimió Sylvia.

Estaban sentados casi en el fuego y de pronto algo, en lo alto de la chimenea, llamó la atención de Ludovico.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Cogió una vela y la levantó hasta la chimenea.

—Es una cuerda —añadió—, atada a una argolla en la pared.

Sus ojos se encontraron con los de Sylvia y leyeron en ellos el horror de la contestación.

—Voy a desatarlo —advirtió—. Apártate, Sylvia.

No había necesidad de que se lo advirtiera porque ella ya había retrocedido hasta el rincón más alejado de la habitación. Ludovico soltó la cuerda.

Hubo un ruido como de algo que se arrastrara desde lo alto del tubo de la chimenea y, entre una nube de hollín, cayó un cuerpo, pesadamente, y quedó tendido sobre el hogar.

Ellos salieron huyendo, bajo la noche; el recadero no había hecho más que llegar hasta la puerta del jardín.

—Llévenos a Rye —gritó Ludovico—. Llévenos al cuartelillo de la policía. Se ha cometido un asesinato…

A su debido tiempo, apareció en todos los periódicos y revistas psíquicas, y en otros muchos, un informe sobre aquel pasmoso acontecimiento. Ante la puerta de los Byron se formaban largas colas de gente que quería asistir a las sesiones con la esperanza de conseguir nuevas revelaciones del joven Spinach. Pero a causa de su

asociación con Asteria y Violetta, fue convirtiéndose, gradualmente, en un espíritu muy corriente que sólo hablaba de flores del pensamiento y blancos mantos flotantes.

LA HABITACIÓN EN LA TORRE

E. F. Benson

De «Spook Stories».

ES bastante frecuente el hecho de que las personas que suelen soñar mientras duermen vean realizado en el mundo material un acontecimiento que han soñado. Pero esto, en mi opinión, no tiene nada de sorprendente; lo sorprendente sería que no se produjera nunca, ya que nuestros sueños, por regla general, están relacionados con gente a la que conocemos y lugares con los cuales estamos familiarizados, tal y como son en el mundo de la realidad. Desde luego, en esos sueños se mezcla a menudo algún elemento absurdo y fantástico que descarta la posibilidad de que el sueño se realice en el mundo real, pero un simple cálculo de posibilidades permite afirmar que no es demasiado difícil que un sueño imaginado por alguien que sueñe constantemente pueda realizarse efectivamente. No hace mucho tiempo, por ejemplo, vi realizado un sueño al que no había dado importancia alguna y que no tuvo para mí ninguna clase de significación psíquica. Ocurrió del modo siguiente.

Cierto amigo mío, que reside en el extranjero, suele escribirme cada quince días. Por lo tanto, cuando han transcurrido trece o catorce días de la llegada de su última carta, mi mente, consciente o inconscientemente, espera recibir noticias suyas. Una noche de la pasada semana soñé que al subir a mi cuarto a vestirme para la cena oí, como suele ocurrir con frecuencia, llamar al cartero a la puerta de mi casa. Bajé las escaleras y recogí la correspondencia del buzón. Allí, entre otras cartas, había una de mi amigo. Al abrirla, descubrí en su interior un as de diamantes, en el cual mi amigo había escrito: «Te envío esto para ponerlo a salvo, ya que, como sabes, en Italia resulta peligroso guardar ases».

A la noche siguiente, cuando me disponía a subir a mi cuarto a vestirme para la cena, oí la llamada del cartero y obré exactamente igual que había obrado en mi sueño. En el buzón, entre la correspondencia, había una carta de mi amigo. No contenía el as de diamantes. De haberlo contenido, la cosa me hubiera dado que pensar; ahora, en cambio, no pasaba de ser una explicable coincidencia. No cabe duda de que, consciente o inconscientemente, yo esperaba una carta de mi amigo, y esto me sugirió el sueño. Del mismo modo, el hecho de que mi amigo no me hubiera escrito en quince días, le sugirió a él que debía hacerlo. Pero a veces no resulta tan fácil encontrar una explicación, y para el suceso que voy a contar no encuentro explicación de ninguna clase. Estuvo envuelto en tinieblas desde el principio hasta el fin.

Toda mi vida he sido un soñador; quiero decir que cada mañana, al despertarme, me doy cuenta de que durante la noche he vivido alguna experiencia mental. En ocasiones me parece haberme pasado toda la noche soñando las más descabelladas aventuras. Casi sin excepción, esas aventuras son de signo agradable, con frecuencia trivialidades. La que voy a contar es una de las excepciones.

La primera vez que tuve cierto sueño no contaría yo con más de dieciséis años. El sueño fue el siguiente. Me hallaba ante la puerta de una enorme casa de ladrillo rojo, en la cual, al parecer, iba a pasar una temporada. El criado que me abrió la puerta me

anunció que, en aquel momento, el té estaba servido en el jardín, y me acompañó a través de un oscuro vestíbulo de techo bajo, con una gran chimenea en el centro de una de las paredes, hasta un alegre jardín cuyo verde césped aparecía rodeado de macizos de flores. Allí, alrededor de una mesa, había un pequeño grupo de personas, pero todas ellas me eran desconocidas excepto una. Se trataba de uno de mis compañeros de colegio, llamado Jack Stone, y era evidentemente el hijo de la casa. Me presentó a sus padres y a sus dos hermanas.

Recuerdo que me asombraba el hecho de encontrarme en aquella casa, ya que con el muchacho en cuestión había cruzado escasas palabras, y no suscitaba en mí grandes simpatías: además, había dejado de asistir a nuestra escuela el año anterior.

La tarde era muy cálida, y en el ambiente reinaba una insoportable opresión. En el extremo más apartado del jardín se alzaba una pared de ladrillo rojo, con una verja de hierro en el centro; a través de los barrotes de la verja podía verse un alto nogal. Desde el lugar donde estaba sentado podía ver una de las estancias de la casa: un comedor, al parecer. La mesa estaba puesta y encima de ella centelleaba el cristal y la plata. El edificio era muy largo, y en uno de sus extremos se alzaba una torre de tres pisos, la cual me pareció mucho más antigua que el resto del edificio.

Al cabo de un rato, Mrs. Stone, que como el resto del grupo había permanecido sentada en absoluto silencio, me dijo: «Jack te acompañará a tu habitación: te he destinado la habitación de la torre».

Inexplicablemente, las palabras de Mrs. Stone me produjeron un sobresalto. Sentí como si hubiera sabido que iban a destinarme la habitación de la torre, y que ésta contenía algo espantoso e importante. Jack se puso inmediatamente en pie y comprendí que debía seguirle. Sin pronunciar una sola palabra cruzamos el vestíbulo y empezamos a subir una larga escalera de caracol, con los peldaños de madera, hasta llegar a un pequeño rellano con dos puertas. Jack empujó una de las puertas para que yo entrara y, sin hacer el menor comentario, volvió a cerrarla detrás de mí. Al quedarme solo, supe que mis sospechas habían sido ciertas: en la habitación había algo espantoso, y con el terror de la pesadilla envolviéndome más y más entre sus garras, desperté con el cuerpo inundado en sudor.

Durante quince años me vi asaltado a intervalos por ese sueño o variaciones de él. La mayoría de las veces me llegaba en la misma forma: la llegada a la casa de ladrillo rojo, el té en el jardín, el mortal silencio de los reunidos en torno a la mesa, las fatídicas palabras de Mrs. Stone, la compañía de Jack hasta la habitación de la torre donde moraba el horror… Y siempre terminaba en una pesadilla de terror por lo que había en aquella habitación, aunque nunca supe lo que era. Otras veces, el sueño tenía ligeras variantes. Ocasionalmente, por ejemplo, estábamos sentados a la mesa del comedor, entrevisto por los ventanales la primera vez que tuve el sueño, pero fuese cual fuese el lugar donde estábamos reinaba siempre el mismo silencio, la misma sensación opresiva. Y el silencio quedaba siempre roto por aquellas palabras de Mrs. Stone: «Jack te acompañará a tu habitación: te he destinado la habitación de la torre».

Después de lo cual (esto era invariable) tenía que seguir a Jack por la larga escalera de caracol y entrar en la habitación que me infundía más y más terror cada vez que la visitaba en sueños. Otras veces me encontraba jugando a las cartas en silencio en una estancia iluminada con enormes candelabros, cuya claridad resultaba cegadora. No tengo idea de cuál pudiera ser el juego a que estábamos entregados; lo único que recuerdo es que Mrs. Stone se ponía en pie y me decía: «Jack te acompañará a tu habitación: te he destinado la habitación de la torre». La habitación donde jugábamos a las cartas estaba situada junto al comedor, y, como ya he dicho, estaba siempre brillantemente iluminada, en tanto que el resto de la casa permanecía a oscuras. Y, sin embargo, a pesar de aquel torrente de luz, apenas divisaba las cartas que me correspondían. Sólo me daba cuenta de que las cartas tenían unos dibujos muy extraños. No había ningún palo de color rojo, sino que todos eran negros; y algunas de las cartas eran completamente negras. Llegué a odiarlas y a temerlas.

Como el sueño se repetía con relativa frecuencia, llegué a conocer la mayor parte de la casa de ladrillo rojo. Detrás dé la habitación donde jugábamos a las cartas había un saloncito, situado al final de un pasillo, con una puerta tapizada de color verde. Aquel lugar estaba siempre a oscuras, y a menudo me sentía poseído por la impresión de que la puerta del saloncito se abría para dar paso a una persona a la que nunca pude ver. A medida que pasaba el tiempo, las personas que, aparecían en el sueño envejecían como si se tratase de seres reales. Mrs. Stone, por ejemplo, que en mi primer sueño tenía el pelo negro, se convirtió en una mujer de pelo gris; y en vez de ponerse en pie ágilmente, como había hecho la primera vez que dijo: «Jack te acompañará a tu habitación: te he destinado la habitación de la torre», llegó a levantarse trabajosamente, como si sus miembros fueran perdiendo las fuerzas. También Jack creció, y se convirtió en un joven de aspecto algo enfermizo, con un bigote de color castaño. Una de sus hermanas dejó de aparecer en el sueño, por lo que comprendí que se había casado.

Pasaron seis meses sin que el sueño en cuestión me visitara, y empecé a creer, con gran alivio, que había terminado aquella pesadilla. Pero una noche volví a encontrarme en el conocido jardín; esta vez no se hallaba presente Mrs. Stone, y todos los presentes iban vestidos de negro. Inmediatamente sospeché el motivo, y mi corazón latió aceleradamente al pensar que quizá no me vería obligado a dormir en la habitación de la torre; aunque habitualmente permanecíamos todos sentados y en silencio, en esta ocasión la sensación de alivio que experimentaba me hizo hablar y reír como no había hecho nunca anteriormente. Pero ni aun así la situación resultaba agradable, ya que los demás no hablaban y se limitaban a mirarse furtivamente unos a otros. En cuanto la corriente de mi charla se hubo secado, sentí nacer en mi interior un temor más intenso aún que el que había sentido en las anteriores ocasiones. Un silencio de plomo planeó sobre nosotros mientras la luz del día decrecía lentamente.

De pronto, una voz que me era familiar rompió el silencio, la voz de Mrs. Stone, diciendo: «Jack te acompañará a tu habitación: te he destinado la habitación de la

torre». Parecía proceder de un lugar muy próximo a la verja que se habría en la pared de ladrillo rojo que cercaba el jardín, y al alzar los ojos me di cuenta de que el césped existente a la otra parte de la verja estaba salpicado de tumbas. De las tumbas surgía una extraña claridad grisácea, y pude leer la inscripción de la que tenía más cerca de mí: «En infortunado recuerdo de Julia Stone». Y, como de costumbre, Jack se puso en pie y yo le seguí a través del vestíbulo y por la escalera de caracol. En esta ocasión, la oscuridad era mayor que de costumbre, y cuando penetré en la habitación de la torre sólo pude distinguir los muebles, la posición de los cuales me era ya familiar. En la habitación había también un desagradable tufo, como de materia en descomposición, y me desperté gritando.

El sueño, con las variaciones y cambios que he mencionado, se me presentó a intervalos durante quince años. A veces lo soñaba dos o tres noches seguidas; en una ocasión, como ya he explicado, hubo un intervalo de seis meses. Si tuviera que fijar un promedio, creo que no andaría muy equivocado fijándolo en una vez al mes. Más que sueño puedo decir que era una pesadilla, ya que finalizaba siempre con la misma impresión de indescriptible horror. Además, tenía una rara consistencia. Los personajes, como ya he dicho, envejecían paulatinamente; la muerte y el matrimonio visitaban a aquella silenciosa familia y nunca volví a ver en sueños, después que hubo fallecido, a Mrs. Stone. Pero siempre era su voz la que me decía que la habitación de la torre estaba preparada para mí, y lo mismo si tomábamos el té en el jardín que si lo hacíamos en una de las habitaciones de la casa, podía ver siempre la tumba de Mrs. Stone junto a la verja de hierro. Y lo mismo ocurría con la hija casada; habitualmente no se hallaba presente, pero un par de veces que estuvo allí iba acompañada por un hombre, que supuse debía ser su marido. Éste, al igual que los demás, permanecía siempre silencioso. Pero, debido a la constante repetición del sueño, yo había dejado de atribuirle significación alguna cuando estaba despierto. Durante todos aquellos años no vi ni una sola vez a Jack Stone, ni vi tampoco una casa que se pareciera a la oscura mansión de mi sueño.

Y entonces ocurrió algo.

Aquel año permanecí en Londres hasta finales de julio, y durante la primera semana de agosto recibí una invitación de un amigo mío para que fuera a pasar unos días en una casa que había alquilado para los meses de verano en Ashdown Forest, en el condado de Sussex. Salí de Londres temprano, ya que John Clinton me esperaba en la estación de Forest Row. Pasaríamos el día jugando al golf y por la tarde iríamos a su casa. John Clinton acudió en su automóvil, y a las cinco de la tarde, después de pasar un día delicioso, emprendimos el camino hacia la casa. La distancia a recorrer era de unas diez millas. Era demasiado temprano para tomar el té en el club de golf, de modo que decidimos tomarlo cuando llegáramos a la casa de Clinton. A medida que avanzábamos, el tiempo, que hasta entonces había sido excelente, empezó a empeorar. La atmósfera se hizo opresiva y noté aquella indefinible sensación de ahogo que me invade cuando va a producirse una tormenta. John atribuyó mi

malestar al hecho de que había perdido las dos partidas de golf que habíamos jugado. Sin embargo, los acontecimientos demostraron que mi malestar no era infundado, aunque no creo que la tormenta que descargó aquella noche fuera la única causa de mi depresión.

El camino hacia la casa era una carretera secundaria, con bastantes baches, y el traqueteo del automóvil hizo que me quedase dormido. Desperté al cesar el movimiento del coche. Habíamos llegado. Y con un repentino escalofrío, en parte de temor pero principalmente de curiosidad, me encontré de pie ante la puerta de la casa de mi sueño. Me pregunté si estaría aun soñando. Seguí a John a través de un vestíbulo de techo bajo y salimos al jardín, para tomar el té a la sombra de la casa. El jardín estaba bordeado de macizos de flores, y en la pared de ladrillo rojo que se alzaba en uno de sus extremos se abría una verja de hierro, detrás de la cual se erguía un nogal. La fachada de la casa era muy larga y quedaba rematada por una torre de tres pisos, notablemente más antigua que el resto de la casa.

Aquí terminó, de momento, toda semejanza con el repetido sueño. La familia reunida alrededor de la mesa no tenía nada de silenciosa ni de terrible, sino que se trataba de unas personas parlanchinas y alegres, todas las cuales me eran conocidas. Y a pesar del horror que siempre me había producido la escena durante mi sueño, ahora que la veía reproducida ante mis ojos no experimentaba el menor temor. Pero sentía una intensa curiosidad por lo que sucedería a continuación.

Cuando hube terminado de tomar mi té, Mrs. Clinton se puso en pie. Y en aquel momento creo que supe lo que iba a decir. Se dirigió a mí, y lo que dijo fue:

—Jack te acompañará a tu habitación: te he destinado la habitación de la torre.

Por espacio de unos segundos, el horror del sueño volvió a apoderarse de mí. Pero la impresión se desvaneció rápidamente y no sentí otra cosa que la más intensa curiosidad. No había de pasar mucho tiempo sin que quedara ampliamente satisfecha.

John se volvió hacia mí.

—Está en un extremo de la casa —me dijo—, pero creo que estarás muy cómodo. Lo tenemos todo lleno. ¿Quieres que vayamos a echarle un vistazo? Vaya, creo que tenías razón y que va a descargar una tormenta… El cielo se está encapotando.

Me puse en pie y le seguí. Cruzamos el vestíbulo y subimos la escalera de caracol que me era tan familiar. Luego, John abrió la puerta de la habitación y entré en ella. Y en aquel mismo instante la sensación de indescriptible horror volvió a apoderarse de mí. Tenía miedo de algo, aunque no sabía de qué. Entonces, como una repentina revelación, como el que de pronto recuerda un nombre largo tiempo olvidado, supe lo que tenía. Temía a Mrs. Stone, cuya tumba con la siniestra inscripción «En infortunado recuerdo de Julia Stone» había visto tan a menudo en mi sueño, inmediatamente detrás del jardín sobre el cual se abría mi ventana. Y luego, una vez más, el temor desapareció por completo y me dije a mí mismo que allí no había nada que temer.

Miré a mi alrededor con una especie de sentimiento de posesión: al fin y al cabo,

la habitación de la torre y todo lo que contenía habían estado en mis sueños durante quince años. Nada había cambiado. A la izquierda de la puerta estaba la cama, pegada a la pared, con la cabecera en una esquina de la habitación. A continuación, la chimenea y una pequeña librería; en frente de la puerta se abrían dos ventanas enrejadas, entre las cuales se hallaba situado el tocador; en la cuarta pared podían verse el lavabo y un enorme armario. Mi equipaje había sido ya deshecho y mi traje para la cena aparecía extendido sobre la cama. Y entonces, con una repentina sensación de desaliento, observé que en la habitación había dos objetos más visibles los cuales no había visto nunca en mis sueños: un retrato al óleo, en tamaño natural, de Mrs. Stone, y una fotografía de Jack Stone, reproduciendo su imagen tal como se me había aparecido en el último de mis sueños, sólo una semana antes, es decir, un hombre de unos treinta años, de aspecto furtivo y casi diabólico. Su retrato estaba colgado entre las dos ventanas, casi en frente del cuadro, al óleo de Mrs. Stone colgado al lado de la cama. Al mirar ese último cuadro, el horror de pesadilla se apoderó de mí una vez más.

Representaba a Mrs. Stone tal como la había visto por última vez en mis sueños: envejecida y con el pelo canoso. Pero, a pesar de la evidente debilidad del cuerpo, a través de la envoltura de carne brillaba una horrible vitalidad, una exuberancia maligna. Los penetrantes ojillos tenían una expresión demoníaca, y demoníaca era la sonrisa que asomaba a sus labios, una sonrisa burlona que se extendía por todo el rostro; las manos, unidas sobre las rodillas, carecían temblar con la misma diabólica alegría que animaba al rostro. Luego me di cuenta de que el cuadro llevaba la firma de su autor en el ángulo inferior izquierdo y, acercándome un poco más, leí la inscripción: «Julia Stone, por Julia Stone».

En aquel momento llamaron a la puerta y entró John Clinton.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —me preguntó.

—Y algo más de lo que necesito —respondí, señalando el cuadro al óleo.

John se echó a reír.

—Una vieja bastante fea, desde luego —dijo—. Es un autorretrato. De todos modos, no podía favorecerse mucho al reproducir su imagen—. Pero ¿es que no te das cuenta? —inquirí—. No parece el rostro de un ser humano. Es el rostro de un ser perverso, un rostro diabólico.

John miró el retrato con más atención.

—Sí, no es demasiado agradable —dijo—. Y poco adecuado para tenerlo junto a la cama, ¿eh? Sí, creo que si tuviera que dormir con este retrato junto a mi cama, tendría unas horribles pesadillas. Si lo deseas, haré que lo quiten de ahí.

—Te agradecería que lo hicieras —dije.

John hizo sonar la campanilla, y con la ayuda de un criado descolgamos el retrato y lo sacamos al pasillo, dejándolo con la cara vuelta hacia la pared.

—¡Diablos! —exclamó John, enjugándose la frente con un pañuelo—. La vieja pesa como una condenada…

El extraordinario peso del cuadro me había sorprendido también a mí. Estaba a punto de comentarlo, cuando me di cuenta de que la palma de mi mano estaba completamente llena de sangre.

—Al parecer, me he cortado con algo —dije.

John profirió una ahogada exclamación.

—¡Caramba! También yo me he cortado —dijo.

Al mismo tiempo, el criado que nos había ayudado a descolgar el cuadro se sacó un pañuelo del bolsillo y se frotó la mano con él. Vi que el pañuelo quedaba también manchado de sangre.

John y yo volvimos a entrar en la habitación y nos lavamos las manos; pero ni en la suya ni en la mía apareció la menor huella de cortadura. Pareció como si entre nosotros se hubiera establecido una especie de convenio tácito, ya que ni él ni yo hicimos ninguna alusión a aquel sorprendente hecho, ni siquiera cuando bajamos a cenar. Yo no deseaba pensar en ello, y sospeché, sin saber exactamente por qué, que a John le ocurría lo mismo.

El calor y la opresión del ambiente, ya que la tormenta que habíamos previsto seguía sin descargar, aumentaron notablemente después de la cena, y durante algún tiempo la mayoría de las personas que se hallaban en la casa, entre las cuales nos hallábamos John Clinton y yo, permanecimos sentados en el jardín, en el mismo lugar donde habíamos tomado el té. La noche era completamente oscura y la cerrazón del cielo no podía ser atravesada por el brillo de ninguna estrella ni por un rayo de luna. Poco a poco, la reunión fue disolviéndose en pequeños grupos. Las mujeres fueron a acostarse y los hombres se dispersaron en dirección al saloncito o a la sala de billar. A eso de las once, sólo quedamos en el jardín mi anfitrión y yo. Toda la velada me había parecido que John estaba preocupado por algo, y en cuanto quedamos solos me dijo:

—El criado que nos ayudó a descolgar el cuadro tenía también sangre en la mano, ¿te diste cuenta? Le he preguntado si se había cortado, y me ha dicho que suponía que sí, aunque no había encontrado el menor rastro de cortadura. ¿De dónde diablos podía proceder la sangre?

A fuerza de repetirme a mí mismo que no iba a pensar en ello, había conseguido no hacerlo, y no deseaba, especialmente cuando se acercaba la hora de acostarme, que me lo recordasen.

—No lo sé —respondí—. Y en realidad no me importa, ahora que el retrato de Mrs. Julia Stone no se encuentra ya junto a mi cama.

John se puso en pie.

—Es muy extraño —murmuró—. ¡Caramba! Ahora verás otra cosa extraña.

Mientras hablábamos, había salido de la casa un perro de raza irlandesa propiedad de Clinton. La puerta del vestíbulo estaba abierta y un rayo oblicuo de luz caía sobre el jardín, iluminando la verja de hierro detrás de la cual se alzaba el nogal. Vi que el perro tenía el pelo erizado de rabia y de miedo; su boca estaba entreabierta,

mostrando los agudos colmillos, como si estuviera a punto de morder a alguien, y gruñía amenazadoramente. Pasó ante nosotros sin prestar la menor atención a nuestra presencia y se dirigió hacia la verja de hierro. Al llegar ante ella se detuvo y se quedó mirando al exterior a través de los barrotes, sin dejar de gruñir un solo instante. De repente, desapareció su actitud de fiereza, como si acabara de perder todo vestigio de valor: profirió un largo aullido y regresó a la casa con el rabo entre las piernas, evidentemente aterrorizado.

—Media docena de veces al día hace lo mismo —me explicó John—. Parece como si viera algo que le inspira odio y temor a la vez.

Me acerqué a la verja de hierro y miré al exterior. Algo se movía entre la hierba, y casi inmediatamente llegó a mis oídos un sonido que de momento no me fue posible identificar. Luego caí en la cuenta de lo que era: se trataba del ronroneo de un gato. Encendí una cerilla y vi a un enorme gato persa de color azulado que restregaba su cabeza contra la parte exterior de la verja con grandes muestras de satisfacción.

Me eché a reír.

—Temo que el misterio haya dejado de serlo —dije, en tono divertido—. El perro estaba furioso porque ahí fuera hay un gato de gran tamaño.

—Sí, se trata de «Darío» —dijo John—. Se pasa ahí la mitad del día y toda la noche. Pero esto no explica la actitud del perro, ya que «Toby» y «Darío» son los mejores amigos del mundo. La actitud del gato resulta tan incomprensible como la del perro. ¿Qué es lo que hace ahí? ¿Y qué es lo que complace tanto a «Darío», y llena de terror a «Toby»?

En aquel momento recordé los detalles más espantosos de mis sueños, cuando veía a través de la verja, en el lugar exacto donde ahora se encontraba el gato, la blanca tumba de Julia Stone con la siniestra inscripción. Pero antes de que pudiera responder a las preguntas de Clinton empezó a llover a cántaros, y el gato cruzó de un salto la verja de hierro y corrió a refugiarse en el interior de la casa. Se quedó en el umbral de la puerta, mirando fijamente a la oscuridad con sus brillantes ojos. Cuándo John le empujó hacia adentro, a fin de poder cerrar la puerta, el animal mostró su descontento con unos cuantos bufidos.

Ahora, con el retrato de Julia Stone en el pasillo, la habitación de la torre no tenía nada de alarmante para mí, de modo que cuando me dispuse a acostarme, sintiéndome muy soñoliento y cansado, no pensaba en el incidente de las manos manchadas de sangre ni en la extraña conducta del perro y del gato más que con una vaga curiosidad. Lo último que contemplé antes de apagar la luz fue la impronta cuadrada en la pared, junto a mi cama, correspondiente al espacio que había ocupado el retrato de Julia Stone. En aquel lugar, el papel de la pared conservaba un color rojo oscuro: en el resto de la habitación aparecía muy descolorido. Apagué la luz y quedé inmediatamente dormido.

Me desperté sobresaltado, y me incorporé en la cama con la sensación de que acababan de pasar ante mi rostro una brillante luz, aunque la habitación estaba

completamente a oscuras. Sabía exactamente donde estaba, en la habitación que me había horrorizado en sueños, pero ninguno de los terrores que había experimentado estando dormido tenía punto de comparación con el miedo de que me sentía poseído en aquel momento. Inmediatamente después, retumbó un trueno encima mismo de la casa, pero la probabilidad de que me hubiera despertado la claridad de un relámpago no tranquilizó en absoluto a mi alborotado corazón. *Sabía* que en el cuarto había alguien; alcé instintivamente mi mano derecha y mis dedos tropezaron contra el marco de un cuadro colgado en la pared, muy cerca de mí.

Salté de la cama, tropezando contra la mesilla de noche, y oí caer al suelo mi reloj, el candelabro y las cerillas. Pero no tuve necesidad de encender ninguna luz, ya que en aquel momento un relámpago rasgó las nubes y a su intensa claridad pude ver que el retrato de Mrs. Stone volvía a estar colgado junto a mi cama. Fue sólo un segundo: inmediatamente después, la habitación volvió a quedar sumida en una impenetrable oscuridad. Pero el resplandor me había permitido ver otra cosa: una sombra inclinada sobre mi cama, contemplándome. Iba vestida de blanco, y su rostro era el mismo del retrato.

Por encima de mi cabeza rugió el trueno. Cuando se alejó, -dejando la habitación sumida de nuevo en un mortal silencio, oí que algo se acercaba a mí, y, lo que es más horrible aún, percibí un intenso olor a putrefacción. Y luego una mano se posó en mi hombro y sentí muy cerca de mis oídos una agitada respiración. Y en aquel momento supe que lo que estaba junto a mí, aunque podía ser percibido por el tacto, por el olfato, por el oído y por la vista, no era ya de este mundo, sino algo que había abandonado el cuerpo y que tenía poder para manifestarse. A continuación, una voz que me resultaba muy familiar dijo:

—Sabía que vendrías a la habitación de la torre. Te he esperado durante mucho tiempo. Al fin has venido. Esta noche es para mí de congratulación; y muy pronto nos congratularemos juntos, tú y yo.

Y la agitada respiración se acercó un poco más a mí; pude percibirla sobre mi garganta.

En aquel instante, el terror que había paralizado hasta entonces mis miembros se resolvió en un salvaje estallido: agité bruscamente mis brazos y piernas, y oí una especie de lamento animal al tiempo que un cuerpo blando se desplomaba junto a la cama. Di un paso adelante, con el temor de pisar lo que había tendido a mis pies, y la suerte quiso que mi mano fuera a apoyarse en el tirador de la puerta. Un segundo después corría por el pasillo, alejándome de la habitación. Casi en el mismo instante oí abrirse una puerta en la planta baja y vi a John Clinton, con un candelabro en la mano, que subía por la escalera de caracol.

—¿Qué ocurre? —inquirió—. Dormía en el cuarto que cae debajo del tuyo, y oí un ruido como si… ¡Dios santo! Tienes el hombro lleno de sangre…

John Clinton me contó más tarde que me quedé inmóvil, temblando como la hoja de un árbol. En mi hombro aparecía una marca rojiza, como si alguien hubiera

apoyado en él una mano cubierta de sangre.

—Está allí —murmuré, señalando a la habitación que acababa de abandonar—. Es ella. Y el retrato también está allí, colgando en el mismo lugar de donde lo sacamos.

John se echó a reír.

—Vamos, vamos, amigo mío. Debes haber tenido una pesadilla —dijo.

Me apartó a un lado y abrió la puerta, mientras yo permanecía inmovilizado por el terror, incapaz de detenerle, incapaz de pronunciar una sola palabra.

—¡Uf! ¡Qué olor más horrible! —murmuró John.

A continuación se produjo un gran silencio; John había cruzado la puerta. Un instante después salía de nuevo, tan pálido como yo. Se recostó en la pared del pasillo.

—Sí, el retrato está allí —dijo—. Y en el suelo hay una cosa… una cosa manchada de tierra, cómo… cómo un ataúd. ¡Vámonos de aquí! ¡Aprisa!

No sé cómo conseguí bajar la escalera de caracol. Todo mi cuerpo temblaba, poseído por un horror que era más del espíritu que de la carne. John me sostenía del brazo, aunque también él lanzaba fugaces miradas de pánico hacia la parte superior de la escalera. Por fin llegamos a su habitación, situada debajo de la que me habían destinado, y allí le conté a mi amigo lo que acabo de describir en estas páginas.

Algunos de mis lectores habrán sospechado ya cuál es el final de este relato; me refiero a los que recuerdan aquel inexplicable asunto ocurrido en West Fawley hace unos ocho años, cuando se intentó por tres veces dar sepultura al cadáver de una mujer que se había suicidado. Al cabo de unos días de haberla enterrado, se encontraba el ataúd fuera de la tumba. Después del tercer intento, y como no convenía en modo alguno dar publicidad a aquel desdichado suceso, el cadáver fue enterrado fuera del cementerio, en tierra sin bendecir.

El cadáver fue enterrado junto a la verja de hierro del jardín de la casa donde aquella mujer había vivido. La mujer se había suicidado en una habitación del piso superior de la torre de aquella misma casa.

El cadáver fue enterrado de nuevo en secreto, y al transportar el ataúd se descubrió que estaba lleno de sangre.

La mujer se llamaba Julia Stone.

CUANDO SE APAGARON LAS LUCES

L. B. Gordon

UNA noche de aquellas, una de las sombras sería la del asesino.

¿Por qué no había huido?

Alice Molloy acercó un poco más su silla al moribundo fuego. Estaba muy sola, lamentablemente sola, a excepción del chiquillo, su hijo, que dormía en la habitación contigua.

El asesino la había atacado ya dos veces. ¿Por qué no se había marchado muy lejos de aquí? ¿Eran suficientes las precauciones que había tomado?

La pequeña habitación era muy solitaria, el fuego apenas calentaba, los latidos del reloj se acompasaban con los latidos de su corazón, la luz era débil, como si parte de la oscuridad del exterior se hubiese filtrado en la casa.

¿Por qué, por qué había decidido desde hacía años quedarse aquí, a pesar de todo?

Estaba sentada ante el moribundo fuego, una mujer menuda, de veintiocho años, todavía atractiva, dirigiendo inquietas miradas a su alrededor con sus ojos castaños, moviendo nerviosamente las agujas de hacer calceta con las que estaba haciendo un jersey para su hijo, Bobby, atenta al menor ruido de pasos que pudieran acercarse a la puerta.

Por milésima vez pensó en Len Cray, el asesino: un hombrón de seis pies de estatura, con un lascivo ojo azul, unos gruesos labios siempre temblorosos de deseo, un pelo negro que caía sobre su estrecha frente, un rostro en el que lo único que no estaba enturbiado por la lascividad era el ojo izquierdo: un ojo de cristal.

Sí, Len Cray había perdido un ojo, y a consecuencia de aquella desgracia Alice se había visto perseguida y atormentada de un modo horrible.

Alice se había enterado más tarde de que Len Cray se había vanagloriado, en un establecimiento público, de haberla conquistado. La odiosa mentira no fue aceptada en silencio por los amigos de Alice. En el curso de la pelea que se entabló, un vaso fue a estrellarse contra el ojo izquierdo de Cray. La encuesta policíaca terminó con un veredicto de «accidente casual», pero Cray había perdido la mitad de su vista, y Alicia la paz de su alma.

—Tú has tenido la culpa de esto —la acusó Cray, algún tiempo después—, y has de pagar por ello, ¿te enteras? O te casas conmigo, o lo pagarás muy caro, Alice Molloy. ¡Escoge!

Estaba más repulsivo que nunca, con el parche negro en el rostro y su único ojo destellando llamas azules.

—No tuve nada que ver con ello —había murmurado Alice, aterrorizada—. Vivo muy tranquila, y no quiero saber nada con las peleas de taberna, ni con usted, Len Cray.

Y, tras pronunciar aquellas palabras, había echado a correr temblando de horror.

El hombre se detuvo y se palpó los bolsillos. Todo lo que necesitaba estaba allí. Levantando el cuello de su abrigo para protegerse de la niebla, siguió andando,

lenta pero inexorablemente. La luz de un farol se reflejó en un ojo inmóvil.

Alice Molloy fijó su mirada en el único agujero rojo del fuego. Estaba recordando el segundo acto de la tragedia de Len Cray.

Cuando había huido de él, supo que se había creado un enemigo para toda la vida: la de él o la de ella. Con la rudeza que era peculiar en él, Cray le había ofrecido un lugar en su existencia. Ella le había rechazado, terminantemente, y después de haberlo hecho se había sentido llena de los más negros temores por las consecuencias que su desprecio podía acarrearle.

No había tardado en acusar el primer golpe.

Alice tenía un perro, *César,* al cual quería mucho. Era un perro de aguas negro, que la acogía con alegres ladridos cuando regresaba de su trabajo, por la noche. *César* retozaba con ella en el parque con jadeante entusiasmo, correspondía al cariño de Alice con típico fervor canino, y aún le quedaba tiempo para querer a todos los demás seres.

La escena había quedado profundamente grabada en su mente: los sauces en la orilla del río, el dorado resplandor del sol poniente, la hierba agitándose suavemente bajo la brisa del atardecer, el río deslizándose con una extraña dulzura, como si en sus aguas se reflejaran ya los sueños nocturnos. Allí estaba *César* cazando estúpidamente presas imaginarias, revolcándose por la hierba y correteando de un lado a otro.

Se había acercado a lamer la mano de su dueña y luego, en una nueva explosión de entusiasmo, había corrido locamente hasta quedar oculto detrás de un recodo. Alice había oído un extraño aullido, cortado en seco, y sus pies se habían lanzado hacia adelante al tiempo que en su corazón despertaba un doloroso presentimiento.

Cray estaba allí, arrodillado al borde del agua. La hierba estaba aplastada bajo sus rodillas, y en aquel momento estaba sacando algo del agua. Era una masa negra, inerte. Chorreando agua, sus patas se agitaron una o dos veces en los espasmódicos gestos de bienvenida que la muerte dirige a la vida.

—¡Ha ahogado usted a mi perro! —había gritado Alice, mientras Cray se ponía en pie, con una sonrisa burlona, y dejaba caer al suelo el cadáver del animal.

—Ignoraba que no sabía nadar, Alice —dijo en tono de mofa.

—¡Es usted un miserable asesino! —Y Alice se inclinó sobre el cadáver de *César.*

Cray la había cogido por el brazo, obligándole a ponerse en pie. Alice recordaba claramente el dolor que había sentido ante la brutal presión de los dedos de Cray, la locura que se reflejó en su único ojo vivo.

—Te lo advertí, ¿no es cierto? Tienes que ser mía. En caso contrario, esto no es nada comparado con lo que va a sucederte.

—Entonces, puede ahogarme a mí también, asesino. Nunca seré suya.

—No estés tan segura de ello…

Su rostro se había ensombrecido, y la presión de sus manos se había hecho más

intensa. Pero en aquel momento había intervenido una afortunada casualidad en forma de un grupo de alegres jóvenes que se acercaban, cantando en voz alta. Cray la había soltado y se había marchado.

Alice había recogido el cadáver de *César* y se había alejado, ante la atónita mirada de los recién llegados.

La espesa niebla se estaba convirtiendo en lluvia, que el viento empujaba contra su rostro. Una fría gota de agua se deslizó por debajo del cuello de su camisa. Su paso se hizo más rápido a medida que se acercaba a su objetivo. Había contado por años, por meses, por semanas, por días, lo que faltaba para el gran momento. Ahora podía contarlo por minutos.

El fuego chisporroteó débilmente. Alice cogió el atizador y hurgó en las cenizas; el fuego pareció reanimarse. El atizador quedó allí, en medio del rojo regazo.

El jersey de punto estaba a medio hacer. El trabajo resultaba muy pesado a aquella media luz, tan débil como la luz nocturna que iluminaba la habitación de su hijo.

El chiquillo no había podido dormir a oscuras desde que vio a Len Cray matar a su padre.

Alice se quedó mirando fijamente un punto indeterminado del espacio. Si el chiquillo pudiera saber, como sabía ella, que Cray estaba libre para atacarles de nuevo, ¿podría acaso dormir, con luz o sin ella? Una pequeña lengua amarillenta lamió la punta del atizador antes de desvanecerse en el aire. El fuego no estaba muerto del todo.

El tic-tac del reloj acababa de enervar a Alice, cuyos nervios estaban en continua tensión desde que sabía que Len Cray estaba libre.

Desde luego, la puerta de su piso, en la tercera planta de un inmueble, estaba provista de una cerradura de seguridad, y los vecinos del piso contiguo le habían asegurado que correrían en su ayuda si alguna vez golpeaba la pared o gritaba pidiendo socorro, pero…

Alice dirigió una mirada circular a la habitación y se acercó un poco más al fuego. Había vivido atemorizada durante tanto tiempo, que el miedo había acabado por ejercer sobre ella un efecto petrificante. ¿Cuál sería su reacción cuando llegara la verdadera crisis? ¿Quedaría completamente paralizada?

En los cristales de la ventana resonó un suave repiqueteo. Había empezado a llover.

Alice se removió inquieta en su silla.

Hacía más de cuatro años que Cray había matado a su marido, Jim Molloy. ¿Cuándo volvería Cray para continuar torturándola?

Su mirada voló de nuevo hacia las cortinas que cubrían la ventana, como si los colgantes pliegues pudieran ocultar una forma siniestra que se hubiera introducido subrepticiamente en la habitación.

No, le dijo Alice a su palpitante corazón, él no estaba aquí… todavía.

Una fotografía de Jim sonreía tímidamente desde la repisa de la chimenea. Su tímida sonrisa, de hombre apacible, era lo que más había atraído a Alice. Todo lo que había deseado después de hacer frente a las torpes apetencias de Cray, era un refugio apacible, donde pudiera descansar segura.

De modo que se había casado con Jim Molloy. Insignificante como ella misma, era sólo un modesto oficinista sin grandes cosas que ofrecer. Pero habían congeniado perfectamente, y cuando un año después llegó Bobby, su dicha había sido completa. Alice había olvidado a Cray, casi, hasta aquella tarde en que Jim había salido a dar un paseo con su hijo.

Se habían marchado entre risas y besos. El chiquillo había sido devuelto a sus brazos agotado de tanto gritar y de tanto llorar. El cadáver de su marido le fue entregado más tarde, con la recomendación de que no debía mirar el destrozado rostro que había pertenecido al apacible Jim.

Días después, cuando Alice fue capaz de pensar, le contaron lo ocurrido. Cray había salido de una taberna, reconoció a Jim, le dijo que debían entrar a echar un trago juntos. Ante la negativa de Jim, Cray le había atacado, cogiéndole por los cabellos y golpeando repetidamente su rostro contra una pared. Luego había huido, dejando a Jim que se desangrara hasta morir, con el lloroso chiquillo desmayado sobre el cadáver de su padre.

Las pruebas aportadas al juicio fueron muy contradictorias, pero Cray fue condenado a cinco años de presidio. Con la rebaja de la pena por buena conducta, había salido de la cárcel hacía cosa de un mes.

¿Volvería a molestarla? ¿Le estaba negada toda esperanza?

Después de la muerte de Jim, Alice no se había mudado de vivienda. Pudo volver a su antiguo trabajo, un excelente empleo, que mejoró con el paso del tiempo. La vida hubiera sido muy prometedora para Alice a no ser por la continua amenaza de Cray planeando cada vez más cerca de ella.

¿Por qué no se había marchado? Tal vez porque Alice estaba convencida de que, dondequiera que fuese, allí la seguiría Cray.

¡Podía ocurrir aquella misma noche!

¿Qué iba a hacer él? ¿Qué podría hacer *ella*? ¿Hasta cuándo tendría que soportar esto?

Las preguntas acudían a su mente en rápida sucesión.

El reloj dio las nueve y media, la hora de cenar un poco y acostarse. Irónicamente, después de haber languidecido toda la noche, el fuego pareció recobrar nuevos bríos.

El primer indicio que tuvo de la presencia de Cray fue la repentina extinción de la

luz, coincidiendo con el *¡click!* procedente del pasillo exterior, revelador de que una mano había dado vuelta al interruptor general.

La oscuridad envolvió a Alice como las alas de un gigantesco buitre. Lo único visible, ahora, eran los puntos rojos del fuego, semejantes a ojos diabólicos que acecharan a una presa invisible.

Inmediatamente, Alice supo lo que ocurría. Len Cray había conseguido, de algún modo, forzar su principal defensa, la puerta, y ahora avanzaba cautelosamente en la oscuridad, recorriendo los escasos pasos que le separaban de ella.

¡Los vecinos! ¡Debía gritar, golpear la pared!

Alice abrió la boca… y no salió ningún sonido de ella. Su garganta estaba muerta… tan muerta como sus helados miembros.

Se sentó, como una estatua de hielo, esperando oír el rumor de los pasos de Cray en el pasillo, esperando ver abrirse la puerta de la habitación. A pesar de que la oscuridad era absoluta, el redivivo fuego proyectaba ahora un haz de claridad rojiza a través del suelo.

La puerta se abrió lentamente, gimiendo sobre sus goznes, y las sombras quedaron taladradas por la voz de Len Cray:

—De modo que el pajarito está en el nido esperando a su pareja, ¿eh? Has tenido que esperar mucho, mucho tiempo, mi querida Alicia, pero aquí estoy. También yo he tenido que esperar mucho tiempo, pero ahora ya no me importa.

Alice fue incapaz de hablar o de moverse mientras la negra masa avanzaba hacia ella. Sobre el pavimento, los pies de Len Cray seguían el reguero carmesí procedente del fuego, un reguero color de sangre, como el reguero que descendía por la pared en la cual se había estrellado cien veces el rostro de Jim, empujado por las manos de este hombre…

—Veo que tienes el nido ordenado y caliente para recibirme —continuó diciendo Cray, tomando asiento cerca de Alice—. ¡Reconoce que vale la pena haber esperado, Len Cray!

Se inclinó hacia adelante, extendió una enorme mano y tocó a Alice. Ésta se echó vivamente hacia atrás.

—¡Vaya! —exclamó Cray—. Veo que todavía no eres la viuda alegre… No importa, conmigo todo va a cambiar. En cuanto hayas conocido a un hombre de veras, te olvidarás para siempre de aquel pánfilo que quité de en medio. Mira, he comprado una botella para celebrarlo.

En silencio, Alice contempló el rostro de Len Cray, iluminado por el resplandor del fuego. Fascinada, detuvo unos instantes la mirada en el ojo artificial, que brillaba fijamente como una estrella lejana, en tanto que el otro ojo, el derecho, ardía como un volcán en erupción.

—¿Te gusta mi aspecto? —se burló Cray, mostrando sus mellados y desiguales dientes al sonreír—. No estoy tan mal como todo eso, Alice, y ya te acostumbrarás a mi cara. Por eso he apagado la luz antes de entrar. No deseaba impresionarte

demasiado, y, además, estas cosas resultan más románticas a la luz del fuego…

Alicia parecía haber perdido la facultad de hablar. Ni un solo sonido podía surgir de la fría tumba que parecía haberse formado en su interior.

—Parece que no tienes mucho que decir, ¿verdad? —murmuró Cray, ladeando ligeramente su cabeza a fin de poder enfocar mejor a Alice con su único ojo dotado de vista. Visto así, tenía un parecido mayor que nunca con un llameante cráter, con la negra nube de su ceja encima.

—Supongo que te estarás preguntando cómo he podido llegar hasta aquí tan fácilmente, ¿no es así? Voy a decírtelo. Cuando Jim Molloy cayó, después de haberme atacado…

—¡Embustero! —la palabra salió de los labios de Alice como un proyectil.

—¡*Puede* hablar! —exclamó Cray, con fingido asombro—. Pero, si eso es todo lo que sabe decir, será mejor que cierre el pico. —Esperó, mientras la implícita amenaza contenida en sus últimas palabras envolvía a Alice como una zarpa helada—. Como iba diciendo, cuando Molloy se cayó estaba en las últimas, algunos de los muchachos que rondan siempre por allí le registró los bolsillos y se quedó con algunas cosas, entre ellas una llave que el otro día pude obtener. Verás —bajó la voz—, tuve que contar una historia, diciendo que tú no estabas demasiado disgustada por lo que había ocurrido, y que deseabas que yo tuviera una llave del piso, de modo que pudiera venir a verte. ¡Ah! Veo que he puesto el dedo en la llaga…

Cray había visto cómo Alice se sobresaltaba repentinamente, había oído el súbito cambio de ritmo de su respiración.

—Y cuando salga de aquí esta noche —continuó Cray—, es decir, si me obligas a marcharme, todo el mundo sabrá que tengo una llave del piso de Alice Molloy.

Su risotada llenó la habitación. Alice se mordió los labios. Había cometido un fatal error al olvidarse de cambiar la cerradura de la puerta.

—De modo que aquí estoy, Alice. ¿Qué tienes que decir acerca de ello?

Estaba esperando su respuesta con la avidez de un animal de presa. Alice tragó saliva varias veces.

—Le ruego que se marche y que me deje sola. Es lo único que deseo. Que se marche usted —murmuró, sabiendo que su ruego era inútil, que un tigre feroz sería un ángel compasivo comparado con lo que estaba sentado en la butaca de Jim.

—No seas tonta —gruñó Cray—. Has de ser mía. He tratado de demostrártelo. Si no me aceptas ahora, te desfiguraré esa bonita cara de muñeca que tienes, de modo que ningún hombre deseará mirarla dos veces.

Alice se estremeció. Aquello era la culminación de todo lo que había temido. Sin embargo, aunque Len Cray cumpliera su terrible amenaza y le desfigurara el rostro, Alice lo prefería a consentir en vivir con él.

Una súbita congoja llenó su corazón. Había un hombre por quien Alice empezaba a sentirse interesada, un hombre que había empezado también a fijarse en ella, un hombre apacible, que le recordaba mucho a Jim. Pero… no se atrevía a alentarle,

temiendo convertirle en carnaza para la fiera… para Len Cray.

—¿Me has oído? —apremió Cray.

El fuego ardía ahora alegremente, iluminando el rostro de Len Cray y los rasgos que el pecado había labrado en él.

—Nunca, Len Cray. —¿Era de Alice aquella inaudible y remota voz?—. Nunca accederé a sus deseos… ¡Asesino!

La última palabra sonó como un trallazo.

—¡Estás loca! —exclamó Cray—. ¿Quieres pagarlo el resto de tu vida? ¿Quieres saber lo que voy a hacer? —Alzó la botella—. Voy a beberme el contenido de esta botella, luego la cogeré por el gollete, la romperé y te clavaré en la cara lo que quede en mi mano.

La impresión la sacudió como una descarga eléctrica. Cray era capaz de hacer lo que decía y volver a la cárcel unos cuantos años más, dichoso al saber que había convertido el rostro de Alicia en algo que nadie podría contemplar sin sentirse espantado.

¿Qué podía hacer ella?

Se repitió a sí misma la pregunta, desesperadamente, sin encontrar ninguna respuesta.

En medio de su terror oyó gritar a su hijo. También lo oyó Cray.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Había olvidado que tienes un hijo!

El chiquillo repitió su llamada. Se había despertado y se asustó al encontrarse a oscuras.

—¡Dile que se calle! —ordenó Cray.

Alice llamó a Bobby y le dijo que no ocurría nada y que siguiera durmiendo.

—Desde luego —dijo Cray con una mueca—, no ocurre nada. Y de ti depende que no ocurra.

Parecía a punto de saltar sobre ella.

—¡No! —gritó Alice, aterrorizada—. *¡No!*

—Al oír al chiquillo se me ha ocurrido una idea —dijo Cray lentamente—. ¿Qué te parece si entro en esa habitación y charlo unos momentos con tu hijo?

—¡No! —sollozó Alice—. ¡No puede usted hacer eso!

—¿Que no puedo hacerlo? Creo que será el mejor sistema para que te avengas a razones. —Cray empezó a fumar y a beber—. Mira, te concederé un minuto para que accedas a mi propuesta. Si sigues diciendo que no, invertiré otro minuto en decirte lo que voy a hacer, y luego te concederé un tercer minuto para que se grabe bien en tu mente. Vamos a ver —se retrepó en la butaca, convencido de que dominaba por completo la situación—, minuto número uno: ¿qué opinas acerca de la posibilidad de convertirte en Mrs. Cray?

Hizo una pausa, se llevó la botella a los labios y bebió un largo trago. Alice permaneció en su asiento, completamente paralizada.

¿Gritar? ¿Aporrear la pared? ¡Len Cray saltaría sobre ella con la velocidad del

rayo!

Aunque en el curso de cuatro años de espantosas pesadillas había vivido más de una vez una escena como ésta, ahora le parecía increíble que pudiera sucederle a ella, a ella que sólo le había pedido a la vida paz y tranquilidad. Lo que le estaba sucediendo era algo injusto, terriblemente injusto.

El reloj seguía desgranando su monótono tic-tac, el atizador seguía enterrado en el fuego. Debía haberse calentado ya al rojo.

¡El atizador! ¡Un arma!

¿Podría hacerlo? La proximidad de Len Cray la hacía sentirse capaz de todo. Y, sin embargo…

Bobby volvió a gritar. Alice le tranquilizó. Otra vez silencio.

—Bueno, ha pasado el primer minuto —dijo Cray súbitamente—. Vamos a por el segundo. ¿Te imaginas a tu hijo cayendo por el hueco de la escalera?

Ante los ojos de Alice apareció la visión de sesenta escalones de piedra y el suelo de cemento. Un intenso dolor oprimió su pecho. Su hijo, el único pedazo de amor humano y de esperanza que poseía… destrozado sobre el frío pavimento.

—Todo lo que tengo que decir —continuó Cray, impertérrito—, es que el muchacho estaba jugando conmigo en lo alto de la escalera y que se cayó por el hueco. O quizá sería mejor decir que se cayó mientras yo estaba haciéndole el amor a su madre. De cualquier modo que se mire, será mi palabra contra la tuya. Y voy a decirte algo más. Aun suponiendo que me metieran en la cárcel por ello, no dejaría de buscarte a mi salida. ¡Habla de una vez, maldita sea! ¿Qué prefieres? ¿Entenderte conmigo, o ver a tu hijo cayendo por la escalera? En cuanto a ti… bueno, he pensado algo realmente encantador para ti, más tarde. Vamos, habla… ¿Qué decides?

Su voz había enronquecido de pasión, su rostro, con los dos terribles ojos, se inclinó hacia adelante para ver de más cerca el rostro de Alice.

Alice Molloy sintió una sacudida en su interior al verse observada fijamente por el único ojo vivo de Len Cray, que brillaba como un puntito rojo y que parecía haber concentrado toda la locura del hombre.

El poderoso estímulo de la desesperación actuó sobre ella.

Su corazón dejó de latir tumultuosamente y recobró su ritmo normal. Su parálisis se desvaneció, y cada uno de sus músculos se tensó, dispuesto para la acción. Se sintió invadida por una fría certeza de que tenía que intentar aquello o resignarse para siempre a la más miserable de las existencias. Para disipar cualquier sombra de miedo o de vacilación que pudiera quedarle, resonó en sus oídos otro grito de su hijo.

Sus labios se movieron en una muda plegaria, pidiendo la fuerza y la habilidad suficientes para hacer lo que se proponía.

—Está pasando el tiempo… —advirtió Cray.

—Lo estaba… lo estaba pensando —dijo Alice en tono sumiso, sosteniendo en su mano derecha el jersey a medio hacer e inclinándose hacia el hogar.

—Así está mejor, Alice, me alegro de que empieces a hablar como es debido.

De reojo, Alice vio que Len Cray se relajaba en su butaca, como si acabara de darse cuenta de que la victoria no podía escapársele; vio también que hundía las manos en los bolsillos en busca de cigarrillos y fósforos. La mano de Alice, envuelta en lana, aferró el atizador.

Las manos de Len Cray estaban ocupadas abriendo la caja de cerillas.

¡Ahora!

Alice corrió, huyendo de los alaridos del hombre, corrió a la habitación de su hijo, lo cogió en brazos, bajó corriendo las escaleras, siguió corriendo en la calle, corrió hasta ver un uniforme azul. Sollozando, sin aliento, empezó a contarle al asombrado policía que algo parecía haber guiado su mano, de modo que el enrojecido atizador hiriera directamente el único ojo sano de Len Cray.

LA MALDICIÓN DEL IOWA

Charles G. Finney

I

CUANDO la fábrica de material de guerra cerró sus puertas, la gente abandonó Manacle, Arizona, en manadas. Se vieron obligados a hacerlo. Era la única industria de la ciudad; desaparecida aquella única industria, no quedaba la posibilidad de ganarse la vida lavando la ropa del vecino, porque uno no tenía ya vecino.

Por eso nos establecimos allí. Teníamos algún dinero y deseábamos vivir en un lugar tranquilo. Manacle era muy tranquilo. Y el clima era justamente el que el doctor nos había recomendado a los dos.

Compramos una pequeña hacienda situada a varias millas de la ciudad más cercana. Consistía en una pequeña y cómoda casa y diez acres vallados de tierra sin cultivar. Casi en el centro de aquel terreno se alzaba una cresta rocosa de unos treinta pies de altura, muy fácil de escalar. Por aquellos contornos se la conocía con el nombre de «La Catedral». Un excelente punto de referencia para una hacienda.

Amueblamos a nuestro gusto la pequeña casa, y cuando todo estuvo arreglado se convirtió para nosotros en un hogar muy cómodo. Jane preparó sus pinceles, sus pinturas y sus telas. Yo me decidí por el estudio de los pájaros. Tenía varios libros que trataban de los pájaros de Arizona.

Cuando llevábamos cuatro o cinco días en la casa, recibimos una visita. Era un viejo gruñón, más viejo que yo, desde luego, y mucho más gruñón. Había nacido en el Estado de Iowa, había ganado algún dinero con un negocio de mercería y se había trasladado a la Arizona meridional, huyendo de los ásperos inviernos de Iowa, para ver si el clima aliviaba el asma de su esposa.

—En Iowa no pasaba un solo día bueno —explicó—. Desde que está aquí duerme perfectamente todas las noches.

—¿Cuánto tiempo llevan ustedes aquí?

—Va hacer cuatro años.

—¿Y les gusta esto?

—Verá, el clima es bastante bueno, pero ocurre algo raro en este lugar…

—¿Qué quiere usted decir? —pregunté.

—Bueno, no lo sé con exactitud. Pero parece que cuando uno le hace un favor o algo parecido a alguien de aquí, se vuelve contra uno.

—Que cosa más extraña…

—No tiene nada de extraño —dijo el anciano gruñón—. Es obra del diablo. No es sólo la gente la que hace eso; son todas las cosas.

—No le comprendo a usted —dije.

—Verá, voy a explicárselo. Mi esposa es una mujer muy sociable. Le gusta la gente; es decir, le gustaba. Cuando llegamos aquí teníamos unos vecinos. Una joven casada con un muchacho que trabajaba en la fábrica de armas. Vivían en la casa

contigua a la nuestra. Bien, mi esposa fue un día a visitar a su vecina, y encontró a la joven con su hijo en brazos; el chiquillo estaba enfermo y la casa tenía un aspecto horroroso; y mi esposa odia los hogares sucios y desordenados. De modo que le dijo a la joven: «Usted atienda a su hijo, querida, y yo pondré un poco de orden en todo esto». Y así lo hizo. Arregló las camas, barrió el suelo y fregó los platos, montones de platos. Y la joven le quedó realmente agradecida, y el niño pareció haber mejorado mucho, y mi esposa se alegró de haber llevado a cabo una buena obra. Así me lo contó cuando regresó a casa.

»Al día siguiente repitió la visita. La casa conservaba aún su aspecto de limpieza, pero el fregadero volvía a estar lleno de platos sucios, y la joven dijo que el chiquillo la había importunado tanto que no había tenido tiempo de fregar los platos. De modo que mi esposa le dijo: “No se preocupe, querida. Siéntese y atienda a su hijo y yo fregaré los platos”. Y los fregó, montañas de platos. Luego se sentó a charlar un rato con la joven, y después regresó a casa.

»Bien, al cabo de un par de días volvió a visitar a la joven, y encontró la casa convertida en un campo de Agramante. En el fregadero se amontonaban los platos sucios, montañas de platos sucios. Y esta vez el chiquillo no estaba enfermo. Estaba riendo en su camita. Mi esposa se limitó a sentarse y no se ofreció para limpiar como las veces anteriores; y cuando se marchó, la joven no le pidió que volviera a visitarla. Y la joven dijo también a algunas de sus amigas que mi esposa era una vieja imbécil que disfrutaba metiendo las narices en los asuntos de los demás.

—Sí —dije—, esas cosas suelen ocurrir. Su esposa le hizo un favor a aquella joven, pero ella no lo agradeció. A Dios gracias, no todo el mundo es igual.

—Esto es lo que pensé yo. Hasta que me llegó a mí la vez.

»Verá, regresaba en automóvil de la ciudad y me encontré con un matrimonio, al cual conocíamos de vista, parado en medio de la carretera junto a su coche, averiado. Me detuve y me ofrecí para empujar su automóvil hasta Manacle. Aceptaron muy agradecidos, montaron en su automóvil y yo hice avanzar lentamente el mío hasta que los guardabarros se tocaron; entonces empecé a empujarlos. Bien, todo marchó perfectamente durante cosa de una milla; pero, por lo visto, en la carretera había un bache o algo por el estilo; el caso es que de repente su guardabarros se levantó, y el mío se inclinó, y quedaron trabados. Era un tipo muy excitable y saltó de su automóvil y empezó a insultarme por no conducir con más cuidado, especialmente mientras empujaba su coche. Le dije que se tomara las cosas con más calma. A continuación, separé los dos guardabarros con una barra de hierro. Le dije que volviera a montar en su automóvil y le empujé el resto del camino.

»Pues bien, al parecer, al separar los guardabarros con la barra de hierro forcé un poco la mano, ya que al llegar a Manacle y dar marcha atrás me llevé enganchado su guardabarros trasero. El matrimonio me cubrió de improperios.

El marido parecía dispuesto a agredirme, y sólo se contuvo al ver que yo tenía en la mano la barra de hierro.

»Me alejé de allí. Pero aquel hombre me denunció por haber estropeado su automóvil, y tuve que pagar. Le dije a mi esposa: “La próxima vez que me veas a punto de hacer algo que parezca un favor a una persona, pégame un puntapié en la espinilla para recordarme que no debo hacerlo”.

»“Y tú haz lo mismo conmigo”, respondió mi esposa. Y a partir de entonces no hemos hecho ninguna clase de favor a nadie. En Manacle no resulta conveniente hacer favores. Debe ser cosa del lugar.

Le pregunté por qué él y su esposa seguían en Manacle, si les desagradaba tanto la gente.

—Para vengarnos —dijo—. Le eché una maldición a este lugar, y mi esposa y yo estamos esperando a que haga efecto.

—Y, ¿ha hecho ya algún efecto? —inquirí.

—Algo ha hecho efecto —respondió el viejo gruñón, con una malévola risita—. La fábrica de material de guerra ha cerrado sus puertas. Nuestros queridos vecinos se quedaron sin trabajo. La joven que se mostró tan grosera con mi esposa tuvo que regresar con su hijo a casa de sus padres, en Oklahoma, cuando su marido se fugó con otra mujer. El tipo que me denunció por haberle estropeado el automóvil fue víctima de un incendio después de haberse cerrado la fábrica y perdió su casa y también su automóvil. Todos han sufrido algún percance. Excepto mi esposa y yo. Nosotros no dependemos de ninguna fábrica. Si todo esto no es efecto de mi maldición, es efecto de alguna otra maldición. Y a mi esposa y a mí nos sienta muy bien.

»Bueno —concluyó—, no me he detenido aquí con la idea de hacerle a usted un favor, desde luego. Sólo quería saludarle. De modo que no se le ocurra pensar que le he hecho un favor, porque no es cierto. Le he dado a usted un aviso, y eso es todo. Hace tiempo que no hago favores a nadie.

Cuando el viejo se hubo marchado, Jane salió de la casa y me preguntó con quién había estado hablando.

—Era un viejo gruñón que está enojado contra todo el mundo —le dije—. Debido a unas cuantas coincidencias, cree que todos están contra él. Se detuvo para advertirme acerca de Manacle.

—¿Qué clase de advertencia te dio? —preguntó Jane—. ¿Y contra quién?

—Dice que le ha echado una maldición a Manacle —expliqué—, y pareció sugerir que la maldición puede afectarnos también a nosotros.

—¿De dónde es ese viejo cascarrabias? —preguntó Jane.

—De Iowa.

—¿Hay algo especialmente funesto en la maldición de un hombre de Iowa?

—Él parece creer que sí.

—Bueno, lo siento por él —dijo Jane—. Éste es un país maravilloso. Su actitud parece completamente estúpida. ¿Existe algún modo de evitar su maldición?

—No estoy seguro —dije—, pero, por lo que he podido comprender, el mejor

sistema de evitarla es no hacer favores a nadie.

—Bueno —dijo Jane—, esto resultará bastante fácil para nosotros, ya que somos dos personas muy egoístas, y hacer favores es absolutamente ajeno a nuestro temperamento. ¿Cuándo fue la última vez que le hiciste un favor a alguien?

No pude recordar ni un solo caso.

Jane dijo:

—Bien, con maldición o sin ella, tenemos que ir a Manacle a comprar algunas cosas. Podemos llevarnos el «Cadillac», y así daremos un paseo.

De modo que montamos en el «Cadillac» y enfilamos la carretera maravillosamente desértica. Llevábamos recorridas unas dos millas cuando divisé a una muchacha de pie junto a un cuerpo tendido en la carretera. La muchacha agitó una mano en dirección a nosotros. Detuve el automóvil.

—Jim ha sufrido un accidente —balbució la muchacha—. Habíamos salido a dar un paseo, y, de repente, Jim se llevó una mano al costado y cayó al suelo. ¿Podría usted llevarle rápidamente a que lo vea un médico?

—Desde luego —dije, y bajé del coche para ayudar a Jim.

Pero Jim no necesitaba mi ayuda. En cuanto me vio a su lado se incorporó de un salto y me plantó ante las narices un revólver que había mantenido escondido debajo del cuerpo.

—¡Manos arriba, abuelo! —ordenó—. Levante las manos. De media vuelta. Arrodíllese. Ponga las manos atrás. Colócale las esposas, Nellie Rose. Baje del auto, abuelita. Aprisa. Arrodíllese. Colócale también a ella las esposas, Nellie Rose. Ahora, no se muevan de aquí hasta que hayan contado quinientos veintisiete.

Jim y la muchacha montaron en el «Cadillac» y desaparecieron a toda velocidad.

Jane y yo nos ayudamos mutuamente a ponernos en pie.

—No blasfemes —dijo Jane—. Es una cosa muy fea y no sirve de nada. Alguien les atrapará. ¿Puedes andar con las manos atadas a la espalda?

—Creo que sí —contesté—. ¿Puedes sacarme los cigarrillos del bolsillo?

Jane podía y lo hizo, y tras una penosa maniobra conseguimos encender un par de cigarrillos con el mechero de Jane. Pero nos resultaba imposible sacudir la ceniza y quitarnos el cigarrillo de la boca una vez encendido, de modo que acabamos por escupirlo.

—Ésta es una carretera muy transitada —dijo Jane—. Vamos a echar a andar hacia la ciudad y alguien que pase nos recogerá.

—La maldición del iowa no ha perdido el tiempo —murmuré—. ¿Te has dado cuenta, querida? Ha actuado en el momento que nos disponíamos a hacer un favor a aquella encantadora pareja de jóvenes.

—Sí, me he dado cuenta —dijo Jane—. Y si la maldición de un iowa puede hacer efecto, ¿por qué no puede hacer efecto la mía? Por lo tanto, desde este momento maldigo al joven y a la muchacha.

—Lo mismo digo —repliqué. Y añadí—: Mira, se acerca un automóvil. Agita tu

cabeza de modo que el conductor se de cuenta de que le pedimos que se detenga. Tengo ganas de ver al *sheriff* de esta bendita región…

Jane agitó su cabeza. El automóvil se arrimó peligrosamente a la cuneta para sortearnos, y continuó su marcha a más de ochenta kilómetros por hora.

—Me parece que la gente de esta región no es demasiado amable —comentó Jane.

—Tal vez han oído hablar de la maldición del iowa —dije—. ¡Cuidado! Se acercan otros automóviles.

En efecto, pasaron otros siete automóviles. Y cruzaron por nuestro lado como si se dirigieran a apagar un incendio.

—En realidad —dijo Jane al cabo de un rato—, esa maldición no es tan divertida como supuse ingenuamente. ¿A qué distancia nos encontramos de esa odiosa ciudad llamada Manacle?

—Puedo ver sus campanarios y sus torres a través de la dulce calina del desierto —contesté—. Estaremos allí dentro de unos minutos. Nunca había sufrido tanto como ahora al andar. Me duele todo el cuerpo, desde los hombros hasta las rodillas. Tengo dolor de cabeza. Necesito un trago. Si no temiera impresionar tu sensible corazón, diría lo que siento a propósito de aquel adolescente bandolero y de su impúdica compañera.

—Háblame de los tormentos que los comunistas infligen a la gente, querido —dijo Jane.

De modo que ése fue el tema de mi charla hasta que llegamos a Manacle y encontramos una casa con teléfono. Dimos unos cuantos puntapiés en la puerta, porque no podíamos llamar con los nudillos, y los asombrados moradores de la casa avisaron a las autoridades.

II

La policía de Tucson detuvo a la joven pareja que había robado nuestro «Cadillac», pero no antes de que la joven pareja sacara el «Cadillac» de la carretera y le pegara fuego. El muchacho y su compañera estaban reclamados por homicidio en California, y fueron enviados allí para esperar el juicio, ya que el caso de California era anterior al nuestro y tenía preferencia. De modo que no pudimos darnos el placer de comparecer como testigos contra ellos ante un tribunal y de contemplar cómo daban un respingo mientras el juez pronunciaba la sentencia. Sin embargo, California fue un eficaz representante nuestro. El joven fue condenado a muerte por homicidio, y la muchacha fue enviada a un hospital para dementes peligrosos. En un sentido nos vimos recompensados. La compañía de seguros nos proporcionó un «Cadillac» nuevo.

—¿Ves? —le dije a Jane cuando nos hubieron entregado el nuevo «Cadillac»—. La maldición del iowa era una cosa transitoria. Hasta cierto punto, hemos resultado favorecidos.

—Sí —asintió Jane—. Y esto me recuerda algo. ¿Te hablé de los hombres de la base aérea que estuvieron aquí cazando codornices?

—No —dije, admirando el nuevo «Cadillac»—. ¿Qué pasa con los cazadores de codornices de la base aérea?

—Verás —dijo Jane—, mientras estabas en la ciudad comprando gasolina con el «Cadillac» nuevo, oí unos disparos en los alrededores de la roca de «La Catedral», donde tú crías las codornices. Fui hacia allí y vi a tres hombres que pertenecían a alguna base aérea, sargentos o algo por el estilo. Habían matado un montón de codornices; las habían cargado en un *jeep* y estaban a punto de marcharse. Les dije que estaban cazando en una propiedad privada, lo cual era contrario a la ley, ya que la propiedad estaba cercada, pero que si dejaban las codornices y se marchaban inmediatamente, les haría el favor de no tomar el número de la matrícula del *jeep* y de no informar a la base aérea de lo que habían estado haciendo.

—Vaya, vaya… —dije—. De modo que les dijiste que ibas a hacerles un favor…

—Sí —dijo Jane—. Y estuve a punto de morderme la lengua después de haberlo dicho.

—Bueno… vamos a verles —dije.

—Se han marchado ya —explicó Jane—. Habían estado bebiendo. Me llamaron abuelita y me dijeron un montón de cosas desagradables acerca del aspecto que tenía con estos pantalones. Pero se han ido ya.

—¿Cómo salieron de aquí? —pregunté.

—Por el mismo sitio que entraron —respondió Jane—. Abrieron un gran boquete en la cerca con el *jeep*.

—¿Tomaste el número de la matrícula? —inquirí.

—No —dijo Jane—. Se lo dije a ellos para asustarles.

Telefoneé a la base aérea, pedí hablar con el jefe de la base, y entablé conversación con un coronel que parecía un hombre sincero, aunque algo débil de carácter.

—Tengo tres mil hombres en la base—me dijo—. Creo que será muy difícil identificar a los que usted acusa de lo que me ha dicho. Muchos de ellos se dedican a cazar, ya sabe… De todos modos, trataré de localizarles. Si consigo algún resultado positivo volveré a llamarle.

Volvió a llamarme al día siguiente. El oficial de guardia acababa de comunicarle que tres soldados de la base que habían estado cazando codornices en nuestra vecindad habían sufrido un accidente en su viaje de regreso y se encontraban en el hospital de la base con heridas diversas. Al parecer, los soldados estaban borrachos y se habían estrellado contra un muro. Dos de ellos tenían las piernas rotas y heridas en la columna vertebral, y el otro se había desnucado. El coronel me preguntó si deseaba presentar algún cargo contra ellos cuando los médicos de la base les dieran de alta.

—No —dije—. Ya tienen bastante castigo.

Le conté a Jane lo que el coronel me acababa de decir y añadí:

—¿Existe alguna teoría acerca de la venganza pasiva? O sea, que si alguien te hace algún daño, no debes devolvérselo, sino limitarte a sentarte y esperar: tarde a temprano, el Viejo de la Guadaña, o la Bruja del Mar, o las Hadas se encargarán de él…

—No he leído nada de eso —dijo Jane—, pero me parece una idea digna de ser tenida en cuenta. Desde luego, si algún escritor se decide a exponerla en un libro, podemos darle material para su tesis.

—Estoy preocupado —dije—. Hasta ahora no nos había sucedido nunca nada parecido. Es algo muy raro. La gente se decide a perjudicarnos de algún modo; nos quedamos sentados, llenos de desaliento y de rabia porque no podemos actuar contra ellos, y, de pronto… ¡Bam! El cielo se encarga de ellos sin que tengamos que mover un dedo. ¿Por qué?

—¡Oh! ¡Por el amor de Dios! —exclamó Jane—. Se han producido algunas coincidencias, y eso es todo. Nuestra experiencia es probablemente universal. No debes preocuparte en absoluto. Deja de actuar como si en alguna parte hubiera un enorme ojo que contempla todos nuestros movimientos mientras hila cuidadosamente la trama de sus diabólicos designios.

—No puedo negar lo razonable de tus conclusiones —suspiré—. Pero, de todos modos, no quiero mezclarme con la especie humana —exceptuándote a ti— durante unos cuantos días. Prepara tu caballete y tus pinturas, y yo prepararé un poco de alimento para los pájaros. Pasaremos unos días en medio de nuestros diez acres, tú pintando sus bellezas y yo estudiando sus pájaros. Allí no tendremos que preocuparnos por el ojo que nos contempla ni por las maldiciones del iowa.

—¡Eres un viejo tonto! —exclamó Jane—. Pero, has tenido una buena idea. Vamos para allá.

A la luz del sol, entre los mezquites y los paloverdes, el lugar resultaba sencillamente encantador en aquella dulce tarde de otoño. Esparcí unas migajas para los pájaros del desierto y me tumbé al lado de Jane mientras ella embadurnaba una tela con sus colores. Nos habíamos traído también una cesta con comida y algunas latas de cerveza.

—Ayer recibí una carta —me dijo Jane sin dejar de pintar— de Mrs. Fulana de Tal, de Tucson. Van a inaugurar una nueva galería de arte, y me dice que el comité organizador consideraría como un gran favor que les enviara algunos de mis cuadros para la primera exposición. Cita de un modo especial el cuadro «Cavernas». Ya sabes, el que ganó el premio en Chicago…

—¿Un comité organizador te pide que le hagas un favor? —inquirí, con un estremecimiento—. ¡No, Jane, no! Mil veces no. Las potencialidades son demasiado horribles.

Jane me golpeó levemente con un pincel y nos echamos a reír.

Pero, de repente, Jane se quedó seria.

—No tienes perdón —me dijo—. Ahora me da miedo enviarles mis cuadros… Pero, todo eso son tonterías. Es una gente encantadora.

—¡Oh! Lo he dicho en broma, querida —repliqué—. No deseo que nos convirtamos en unos misántropos ermitaños, desde luego. *Les harás* un favor. Los artistas de Tucson no son jóvenes bandoleros ni aviadores borrachos.

Me levanté para abrir un par de latas de cerveza, y, mientras lo hacía, provoqué la caída de un trozo de roca. El incidente dejó al descubierto un pequeño escorpión de listas coloreadas que tenía su nido debajo de la piedra que yo había hecho caer. El animalito agitó débilmente sus pinzas, parecidas a las de un cangrejo, al verse importunado de aquel modo.

—Vamos, amigo —dije—, en una tarde como esta no puedo sentir animosidad ni siquiera contra ti. Vuelve a tu casita y duerme en paz—. Y coloqué cuidadosamente la piedra encima de él.

—Colócate junto a aquel mezquite tan alto —me ordenó Jane—. Quiero pintar un fauno entre las zarzas. Tengo las zarzas; ahora necesito el fauno.

De modo que, con una lata de cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra, posé en actitud de fauno junto al alto mezquite; y pude oír a los pájaros peleándose por las migajas que había esparcido para ellos.

Después de dibujar un rápido boceto de su fauno entre las zarzas, Jane me dijo que podía dejar de posar; regresé a su lado y volví a tumbarme en el cálido suelo.

De repente, sentí un pinchazo entre las paletillas y un dolor tan intenso como si me hubieran picado mil abejas. Era un dolor que se iba extendiendo por mi cuerpo, y me hizo vomitar. En mi agonía, aplasté al pequeño escorpión que me había mordido; luego, Jane me ayudó a regresar a casa.

Mis brazos estaban paralizados, y mis piernas quedaron muertas en el instante en que Jane me hubo instalado en el automóvil. Con una mano, Jane sostenía un pañuelo

lleno de cubitos de hielo contra la herida que me había infligido el escorpión; con la otra mano conducía el «Cadillac».

En el dispensario de Manacle me inyectaron aquel bendito suero anti-escorpión que el doctor Stahnke, el genio del Instituto de Tempe, había inventado. Pasé toda la noche en el hospital; y Jane me llevó a nuestra casa al día siguiente. Tres días después estaba completamente curado.

—Pensé muchas cosas mientras estabas en el hospital —me dijo Jane—. No soy una mujer histérica. Tampoco soy supersticiosa. Y no estoy loca. Pero no voy a enviar ningún cuadro a la exposición de Tucson.

—¿Tienes miedo? —le pregunté.

—Sí. Tengo miedo.

Y quedamos así. Pero a partir de aquel día se estableció una extraña tensión entre nosotros. Una tensión mucho más insoportable por cuanto hasta entonces Jane y yo habíamos sido un matrimonio completamente identificado, hasta el punto de que éramos como una sola persona; nunca decíamos nada sin decírnoslo uno a otro, nunca tomábamos una decisión sin tomarla conjuntamente, nunca hacíamos nada sin hacerlo juntos. Dormíamos, comíamos, nos levantábamos, viajábamos, soñábamos, rezábamos, siempre juntos. Ésta era la base de nuestra compenetración y de nuestra fortaleza.

Finalmente, Jane dijo:

—Esto es horroroso. ¿Tienes miedo de hacerme un favor *a mí*?

—Tengo miedo —dije lentamente— de que tengas miedo de que *pueda* hacerte un favor.

Nos echamos a reír y la tensión de los días anteriores desapareció.

Jane dijo:

—Hemos estado convirtiendo en montañas unos granos de arena. Somos dos personas muy egoístas. Siempre hemos considerado nuestras propias vidas y nuestra propia felicidad como las cosas más importantes del mundo. Siempre hemos evitado intimar con los demás.

—Y lo que nos ha sucedido —repliqué—, ha venido a demostrarnos que nuestra torre de marfil no es inviolable. Tal vez sea una lección que necesitábamos desde hacía mucho tiempo.

—Tal vez —convino Jane—. Sin embargo, por otra parte, es posible que todo haya sido una simple concatenación de coincidencias. Vamos a empezar de nuevo como si nada hubiese ocurrido. Voy a telefonear a Mrs. Fulana-de-Tal y a decirle que me encantará ceder mis cuadros para su exposición. Y tú vendrás conmigo a Tucson, a llevar los cuadros. Esto es algo que ni tú ni yo deseamos hacer, yo porque soy muy sensible en lo que toca a mis cuadros y me duele cualquier posible crítica, y tú porque detestas las reuniones sociales, charlar por charlar, etc. De modo que vamos a hacerlo. Vamos a hacer algo que no nos gusta, y a ver qué ocurre.

Empecé a protestar, pero no tardé en mostrarme de acuerdo con Jane. Era

necesario que hiciéramos algo, en vez de continuar sentados en nuestra propiedad, con el alma en vilo.

Jane llamó por teléfono a Mrs. Fulana-de-Tal, la cual se mostró encantada con las noticias que le dio mi esposa. Al día siguiente cargamos los cuadros en el «Cadillac» y nos marchamos a Tucson.

Para ir a Tucson hay una sola carretera que pasa por el centro de Manacle. Las calles se encontraban en estado ruinoso pero tenían cierto morboso atractivo con sus derruidas casuchas de adobes y sus cerrados comercios. Cruzamos también un suburbio de Manacle —Sunrise Heights—, edificado por el gobierno para acomodar a los obreros de la fábrica de material de guerra que el propio Manacle no podía alojar.

Sunrise Heights era un lugar realmente desolador. Las casitas de planta baja no tenían cristales —seguramente rotos a pedradas por la chiquillería de Manacle—, sus tejados estaban agrietados y el implacable sol se había comido la pintura de las paredes exteriores. Manacle era una ciudad antigua —tenía casi cien años—, y soportaba su edad —y su desgracia —con una especie de sombría dignidad. Sunrise Heights tenía apenas diez años; ahora, muerto, parecía un juguete que un chiquillo travieso había estropeado.

Ni Jane ni yo deseábamos mencionar al iowa. ¿Por qué teníamos que hacerlo? La fábrica de material de guerra había cerrado sus puertas porque las armas que fabricaba habían quedado anticuadas. Sunrise Heights estaba vacío porque la gente que había vivido allí se había visto obligada a marcharse a otra parte en busca de trabajo. La chiquillería de Manacle había roto los cristales de las ventanas de Sunrise Heights porque Manacle era un lugar aburrido y no tenían otra cosa que hacer.

El hecho de que un viejo iowa gruñón hubiera maldecido el lugar no tenía nada que ver con todo aquello… nada.

Ni tenía nada que ver con nosotros.

De modo que continuamos viaje a Tucson, y una vez allí nos dirigimos a la casa de nuestra anfitriona, Mrs. Fula-na-de-Tal, la cual le había pedido a Jane que le hiciera un favor al grupo de artistas prestándoles sus cuadros para la exposición inaugural de la galería de arte.

III

Íbamos a pasar un par de días en Tucson. El primer día estaría dedicado a la exposición. Para el segundo día habían proyectado un viaje a Nogales, Méjico, y una recepción en nuestro honor.

La exposición fue más o menos lo que yo había supuesto: los únicos cuadros que tenían algún mérito artístico eran los de Jane, a excepción, quizá, de algunas obras de Mark Voris, uno de los mejores pintores que ha tenido Arizona.

La perspectiva del viaje a Nogales, en cambio, me tenía ilusionado. Iba a ser nuestra primera visita a Méjico; y a las personas aficionadas a viajar les encanta siempre ver nuevos países.

Nuestros anfitriones, Jane y yo decidimos ir en nuestro «Cadillac», ya que el auto era muy espacioso y a mí me gusta conducir. Salimos a primera hora de la tarde, una tarde dorada, plateada y verde, y nuestros corazones brincaban alegremente en nuestros pechos.

No nos detuvimos para nada en Nogales, Arizona, sino que nos dirigimos directamente al Nogales mejicano. Jane y nuestra anfitriona se dedicaron a recorrer las tiendas de curiosidades, unos pequeños cubículos de aspecto idéntico, con idénticos precios e idénticos sistemas de regateo. La competencia no existe, tal vez porque todas las tiendas son propiedad del mismo dueño. Es muy posible.

Nuestro anfitrión y yo, por nuestra parte, nos dedicamos a buscar un lugar donde nos sirvieran auténtico tequila mientras nuestras respectivas esposas efectuaban sus compras. No nos resultó difícil encontrarlo. El tequila era excelente, pero no pude evitar la desagradable sensación de que el precio que nos cobraban por cada ronda era más que abusivo, y que el dueño de la taberna se estaba aprovechando de nuestra condición de extranjeros.

Mientras estábamos sentados allí entró un chiquillo que se acercó a nosotros y en un inglés bastante bueno se nos ofreció para vigilar el «Cadillac». Me eché a reír y le pregunté a nuestro anfitrión: l.º ¿Era necesario tener a alguien vigilando el automóvil en aquella región? 2.º ¿Era costumbre?

Nuestro anfitrión se echó a reír a su vez y dijo que ignoraba si era necesario pero que, hasta cierto punto, era una costumbre; la gente de Nogales era muy pobre, en su inmensa mayoría, y los chiquillos ganaban algún dinero vigilando los automóviles de los turistas. De modo que si le daba una propina a aquel chiquillo por vigilarme el «Cadillac», probablemente le haría un favor a su familia.

La palabra «favor» me hizo dar un respingo. Si hubiese tenido en el estómago un poco más de tequila, probablemente me habría sentido lo bastante furioso como para mandar al diablo a nuestro anfitrión y al lloroso chiquillo. Pero sólo había trasegado la dosis necesaria para sentirme «alegre», de modo que dije:

—Bien, muchacho, vigila el automóvil, pero no pongas tus sucios dedos en él —y le di una moneda de diez centavos.

El chiquillo se marchó con una extraña expresión en su rostro.

Jane y nuestra anfitriona, al cabo de un tiempo interminable, dieron por acabadas sus compras, vinieron en busca nuestra y dijeron que ya era hora de cenar. Dejamos los paquetes en el «Cadillac» y nos encaminamos a un restaurante dispuestos a saborear un condumio típicamente mejicano.

Nos sirvieron enchiladas, y tamales, y otros platos por el estilo… y más tequila. Confieso que disfruté con la cena; Jane, por su parte, charlaba como una cotorra. Estábamos pasando un buen rato.

Luego empezaron a ocurrir cosas horribles.

Después de cenar, mientras conducía de regreso a Tucson, un coche patrulla me dio alcance y los agentes me acusaron de exceso de velocidad, de conducir en estado de embriaguez y de poner en peligro vidas humanas. A continuación me ordenaron que dejara el volante a nuestro anfitrión, tras entregarme una citación para que compareciera ante el juez al día siguiente.

Así lo hice —nuestro anfitrión me llevó al juzgado en su coche—, y fui condenado a pagar una multa de cien dólares. Y menos mal que pude conservar mi permiso de conducir y escapar a una condena de cárcel, porque el juez consideró que en mi caso existían circunstancias atenuantes.

A nuestro regreso, Mrs. Fulana-de-Tal me preguntó, muy excitada, si me había fijado en el aspecto del «Cadillac». Le contesté, de muy mal talante, que no me había fijado en nada. ¿Qué le ocurría al «Cadillac»? Sin pronunciar palabra, nuestra anfitriona me hizo un gesto para que la siguiera.

Todas las chucherías que ella y Jane habían comprado habían desaparecido. Y lo mismo había sucedido con el tapón del radiador y las tuercas de seguridad de las ruedas. Los neumáticos traseros habían sido cortados, aunque los cortes no habían llegado a las cámaras. La pintura del coche parecía haber sido rascada con un abrelatas. En la parte trasera había varias inscripciones obscenas, en inglés y en español.

Todo aquello había ocurrido en Méjico, pero habíamos salido de Nogales en un estado tal que nos pasó inadvertido hasta que nuestra anfitriona fue a recoger las cosas que había comprado.

—¿No pagaste a un muchacho para que vigilara el automóvil? —me reprochó Jane.

—Sí —contesté—. Quise hacerle un favor a su familia…

IV

Regresamos a nuestros diez acres en cuanto nos fue posible, cruzando a toda velocidad por delante de la cerrada fábrica de material de guerra, del desolador suburbio de Sunrise Heights y del maligno corazón de Manacle. Era un día muy gris; nuestros diez acres tenían un aspecto triste y desalentador; «La Catedral» parecía un enorme diente cariado.

—Tenemos que marcharnos inmediatamente de aquí —dijo Jane—. No quiero quedarme en este lugar. He empezado a odiarlo, y no me gusta odiar.

—Miraremos de vendérselo a alguien —dije—. Hoy mismo podemos empezar a empaquetar las cosas. Dentro de un par de días podremos marcharnos. ¿Adónde quieres ir?

—A Nueva York —respondió Jane lúgubremente—. Al menos por una temporada. A un hotel. A un lugar donde pueda descansar.

Llamé por teléfono a nuestro agente de fincas de Tucson y le dije que pusiera a la venta nuestra propiedad. Luego llamé a una agencia de transportes para que mandara un camión, al día siguiente, a recoger nuestros muebles.

—No quiero esperar dos días —le dije a Jane—. Podemos marcharnos mañana mismo. Nos haremos un favor a nosotros mismos, y también a este lugar.

Jane dio un respingo.

El tiempo había empeorado sensiblemente; empezó a llover. Encendí un gran fuego en la chimenea y descorché una botella de vino alemán. Brindamos por la inminencia de nuestra marcha, y, como la lluvia seguía cayendo con redoblada intensidad, desafiamos a los elementos a que desataran toda su furia. Los elementos aceptaron el reto.

En aquella parte de Arizona, las lluvias suelen ser cosa de poca monta, y cuando cae medio litro de agua por metro cuadrado la gente dice que «han reventado las nubes».

Esta vez, el medio litro había caído en menos de media hora, y el cielo seguía con un aspecto poco tranquilizador.

Eché una mirada al exterior y vi que la lluvia había formado grandes charcas en nuestro jardín; el patio trasero estaba lleno de agua; el «Cadillac» tenía las ruedas casi enterradas en el agua. No hacía viento, y el cielo estaba completamente encapotado. Todo eran negruras y lluvia, una furiosa e incesante lluvia.

El terreno era llano; no había depresiones naturales por las cuales pudiera deslizarse el agua después de haber caído.

Volví al lado de Jane, y del fuego, y del vino. Pero estaba intranquilo, y al cabo, de un cuarto de hora me asomé de nuevo a la puerta.

El agua llegaba ahora a la escalera de nuestro porche. Dondequiera que mirase no veía más que agua. Las ruedas del «Cadillac» se habían hecho ya invisibles.

Entonces me asusté, y le dije a Jane que corríamos el peligro de ser víctimas de

una inundación.

—Nada me sorprendería menos —replicó—. Pero ¿qué podemos hacer?

Éste era el problema. ¿Qué podíamos hacer? No podíamos pensar ya en utilizar el «Cadillac». La vivienda más próxima a la nuestra se encontraba a una milla de distancia y era evidente que su situación no debía ser mejor que la nuestra. Y entonces recordé lo que había leído acerca de aquella clase de inundaciones: «El agua se acumula en algún dique natural de la montaña, y de repente se abre paso con furia incontenible y lo arrastra todo a su paso». La lluvia que estaba cayendo formaba seguramente una de aquellas presas naturales en las montañas situadas al norte de nuestra propiedad; de un momento a otro podía precipitarse sobre nosotros un mar rugiente…

—Vamos —le dije a Jane—. Tenemos que marcharnos de aquí.

Y le expliqué la situación.

—Pero ¿a dónde podemos ir? —protestó Jane.

Sólo había un lugar. La roca que se erguía en medio de nuestros campos, la fea «Catedral». Tenía treinta pies de altura. Podía ser un buen refugio. Nos pusimos los impermeables y los sombreros, como si nos dispusiéramos a ir de compras, y nos encaminamos, con agua hasta las rodillas, a «La Catedral». Trepamos hasta la cima y nos sentamos. Y la lluvia seguía cayendo.

Permanecimos sentados allí toda la noche. Cuando se hizo de día pudimos contemplar los efectos de la inundación. Nuestros diez acres de terreno estaban anegados en agua. El «Cadillac» estaba patas arriba. Nuestra casa había perdido una de sus paredes, y nuestros enseres flotaban libremente, una silla por aquí, unos papeles por allá.

Alrededor de las ocho paró de llover. A eso de las nueve se presentó un helicóptero y nos rescató a Jane y a mí. Había caído una cantidad incalculable de agua. Era la peor tormenta que se había registrado nunca en aquella parte de Arizona.

El helicóptero que nos había rescatado nos dejó en Manacle, que estaba edificada sobre una pequeña altura y había escapado a los efectos de la inundación. Estuvimos refugiados allí dos días. Cuando el agua empezó a bajar, alquilamos un automóvil para que nos llevara a Tucson, donde podríamos tomar un avión, un tren, o incluso un autobús que nos alejara de aquella región lo antes posible.

Mientras corríamos por la carretera en dirección a Tucson, el conductor del automóvil nos dijo, señalando los restos de una casa próxima a la carretera:

—Ahí vivía un hombre muy gruñón, que procedía de Iowa. Pero se marchó antes de que empezara a llover.

—¿Y cómo fue el marcharse? —inquirí.

—Por culpa de las termitas —dijo nuestro conductor—. Se le habían comido toda la madera de la casa, incluso las vigas maestras. ¡Si hubieran oído ustedes al viejo maldecir este país mientras se marchaba…!

—¡Me lo imagino perfectamente! —dije.

EL CUENCO DE COBRE

George Fielding Elliot

YUAN Li, el mandarín, se retrepó en su sillón de palisandro.

—Está escrito —dijo suavemente— que un buen servidor es un regalo de los dioses, en tanto que uno malo…

El hombre alto y de recia musculatura que permanecía en pie, en actitud humilde, ante el personaje retrepado en el sillón, se inclinó dos veces, apresuradamente, sumisamente.

El miedo se reflejó en sus ojos, a pesar de que iba armado y a pesar de que estaba considerado como un bravo soldado. Hubiera podido romper el delicado rostro del mandarín de un solo manotazo, y, sin embargo…

—Te pido diez mil perdones, magnánimo —dijo—. Lo he hecho todo… teniendo en cuenta tu honorable orden de no infligirle al hombre ninguna herida que dejara huella. He hecho todo lo que he podido. Pero…

—¡Pero no ha hablado! —murmuró el mandarín—. ¿A eso has venido? ¿A hablarme de tu fracaso? ¡No me gustan los fracasos, capitán Wang!

El mandarín repiqueteó con un pequeño cortapapeles sobre la mesita que tenía junto a él. Wang se estremeció.

—Bien, por esta vez no te lo tomaré en cuenta —terminó por decir Yuan Li. Wang profirió un suspiro de alivio, y el mandarín sonrió suavemente, fugazmente—. Sin embargo —continuó—, nuestra tarea tiene que ser cumplida. Tenemos al hombre… él tiene la información que necesitamos; nos falta encontrar el modo de hacerle hablar. El sirviente ha fracasado; ahora le toca probar al amo. Tráeme al hombre.

Wang se inclinó profundamente y desapareció con gran rapidez. El mandarín permaneció en silencio durante unos momentos, mirando a través de la amplia y soleada estancia a una pareja de aves canoras que revoloteaban en el interior de una jaula de mimbre colgada de una de las ventanas. De pronto, movió la cabeza, en un gesto de asentimiento —un gesto breve, satisfecho—, y agitó una campanilla de plata que reposaba sobre la hermosa mesita que tenía junto a él.

Inmediatamente entró un criado vestido de blanco, de andar silencioso, y permaneció en pie ante el mandarín, en actitud respetuosa, esperando las órdenes de su dueño. Las órdenes de Yuan Li fueron breves e incisivas.

Apenas el criado vestido de blanco se hubo marchado, Wang, el capitán de la guardia del mandarín, volvió a entrar en la amplia estancia.

—¡El prisionero, magnánimo! —anunció.

El mandarín hizo un leve gesto con su delgada mano; Wang ladró una orden, e inmediatamente hizo su entrada, entre dos musculosos y medio desnudos guardianes, un hombre bajito y delgado, descalzo, vestido solamente con una andrajosa camisa y unos pantalones de color caqui, pero con unos indomables ojos azules que se fijaron sin ningún temor en Yuan Li por debajo de la mata de su despeinado cabello rubio.

¡Un hombre blanco!

—¡Ah! —exclamó Yuan Li con su habitual suavidad, expresándose en un

impecable francés—. ¡El honorable teniente Fournet! ¿Tan obstinado como siempre?

Fournet empezó a insultarle, en francés y en tres diferentes dialectos chinos.

—¡Te arrepentirás de esto, Yuan Li! —estalló—. ¡No creas que tus esbirros pueden someter impunemente a mil torturas a un oficial francés!

Yuan Li repiqueteó sobre la mesa con su cortapapeles, sonriendo.

—Me estás amenazando, teniente Fournet —respondió—, pero tus amenazas son como pétalos de rosa arrastradas por la brisa matutina… a menos que puedas regresar a tu puesto y contar lo que te ha ocurrido.

—Si crees eso vas a llevarte la gran sorpresa —replicó el prisionero—. Mi comandante está perfectamente enterado de mis movimientos, y si no me presentó a pasar lista no tardarás en tenerlo ante la puerta de tu casa en compañía de la Legión.

Yuan Li volvió a sonreír.

—Bueno, tienes que pasar lista esta noche… y esto quiere decir que disponemos de toda una tarde —dijo—. En una tarde pueden hacerse muchas cosas.

Fournet lanzó un juramento.

—Puedes torturarme —replicó—. Lo sé, y tú sabes que no conseguirás nada de mí aunque me mates, aunque me impidas regresar al Fuerte Deschamps. ¿A qué esperas, asqueroso perro amarillo?

—¡Un desafío! —exclamó el mandarín—. Bien, teniente Fournet, recojo tu guante. Mira… lo que quiero de ti es que me digas el emplazamiento del nuevo puesto de vigilancia en el río Mephong y los hombres que lo componen. De modo…

—De modo que tus malditos bandidos, esos asesinos sin entrañas como tú mismo, puedan asaltar el puesto amparándose en la oscuridad de la noche y abrir la ruta del río a sus barcazas —le interrumpió Fournet—. ¡Te conozco, Yuan Li, y sé a qué negocio te dedicas… mandarín de ladrones! El gobernador militar de Tonkín envió un batallón de la Legión Extranjera aquí para acabar con tipos como tú, para restablecer la paz y el orden en la frontera, y no para que se asustara por unas histéricas amenazas. A la Legión no le asustan las amenazas de un perro amarillo, y tú deberías saberlo. Lo mejor que puedes hacer es rendirte. En caso contrario, te aseguro que dentro de quince días tu cabeza estará expuesta sobre la Puerta Norte de Hanoi, para aviso de los que pudieran sentirse tentados a seguir tu mal ejemplo.

La sonrisa del mandarín permaneció inalterable, aunque sabía que la amenaza del teniente Fournet no era una amenaza vana. Con los tiradores tonkineses, incluso con la infantería colonial, siempre cabía esperar alguna salida; pero aquellos malditos legionarios eran unos verdaderos diablos en el peor sentido de la palabra. Yuan Li —que había reinado como un soberano en el valle del Mephong, a quien media provincia china y casi una milla cuadrada del Tonkín francés habían pagado humildemente tributo— sentía tambalearse bajo sus pies su trono de poder. Pero le quedaba una esperanza: río abajo, más allá de los puestos de vigilancia francesa, había unas barcazas llenas de hombres que transportaban el botín de una docena de pueblos… el fruto de la más provechosa de las incursiones ordenadas por Yuan Li. Si

las barcazas conseguían remontar el río, si Yuan Li podía disponer de nuevo de los hombres que las tripulaban (sus mejores fuerzas), si lograba hacerse dueño del botín, tal vez podría hacerse algo. Oro, joyas, jade… Aunque los soldados de Francia eran terribles, en Hanoi había algunos funcionarios civiles que no eran completamente indiferentes a aquellas cosas. Pero la Legión Extranjera, como adivinando sus esperanzas, había establecido un puesto de vigilancia en el Mephong. Y Yuan Li tenía que saber exactamente dónde estaba el puesto y cuantos hombres lo guarnecían, ya que las barcazas no podrían llegar a él hasta que aquel puesto desapareciera.

Y ahora el teniente Fournet, ayudante del jefe de la Legión, había caído en sus manos. Los hombres de Yuan Li habían torturado toda la noche a aquel tozudo joven normando, y habían seguido torturándole toda la mañana. No habían dejado ninguna señal en su cuerpo, no le habían roto ningún hueso, no habían cortado ni quemado su piel… pero había otros sistemas de tortura. Fournet se estremeció al recordar lo que había pasado durante aquella larga noche y aquella interminable mañana.

Para Fournet, su deber era lo esencial; para Yuan Li, era cuestión de vida o muerte que Fournet hablara. Y había tomado medidas que en aquellos momentos estaban en vías de realización.

No le asustaba forzar la mano en lo que respecta a Fournet; la justicia francesa no podía relacionar al mandarín Yuan Li con los bandidos del Mephong.

Podían sospechar, pero no podían probar nada; matar o mutilar a un oficial francés en su propio palacio era algo muy arriesgado, desde luego: Yuan Li andaba aquellos días sobre una delgada capa de hielo, y lo sabía…

Pero… había tomado sus medidas.

—Mi cabeza está aún segura sobre mis hombros —le contestó a Fournet—. Y no creo que adorne nunca la puerta de ninguna ciudad. ¿Estás dispuesto a hablar?

—¡Desde luego que no!

Las palabras del teniente Fournet fueran tan firmes como su mandíbula.

—Tú lo has querido. ¡Wang!

—¡Magnánimo!

—Que entren otros cuatro guardianes. Que inmovilicen al prisionero.

Wang dio unas palmadas.

Inmediatamente, otros cuatro hombres medio desnudos entraron en la estancia; dos de ellos, dejándose caer de rodillas, sujetaron las piernas de Fournet; otro rodeó con sus nervudos brazos la cintura del teniente; otro permaneció en pie, armado con una maza, como reserva en caso de… ¿qué?

Los guardianes que habían traído al prisionero seguían sujetándole por los brazos.

Ahora, aferrado por una docena de manos de acero, Fournet estaba completamente inmovilizado, como una estatua viviente.

Yuan Li, el mandarín, volvió a sonreír. Alguien que no le hubiera conocido habría pensado que en su sonrisa había una infinita ternura, una divina compasión.

Agitó la campanilla que reposaba sobre la mesa.

Inmediatamente, en la puerta de la estancia aparecieron dos criados que conducían a una mujer envuelta en un manto oscuro y con el rostro cubierto por un velo.

A una seña de Yuan Li, unas manos brutales arrancaron el velo, y allí, de pie entre los impasibles criados, quedó una visión encantadora, una muchacha que había cumplido apenas los veinte años, de cabellos negros, delgada, con los grandes ojos castaños y suplicantes de un ciervo… unos ojos que se abrieron asombrados al posarse en la inmóvil figura del teniente Fournet.

—¡Lily! —exclamó Fournet, y sus cinco guardianes se vieron obligados a emplear todas sus fuerzas para sujetarle, ante sus desesperadas tentativas de liberarse.

—¡Perro inmundo! —le escupió a Yuan Li—. ¡Si te atreves a tocar un solo cabello de la cabeza de esta muchacha, te juro por la Virgen de Ivetot que te asaré vivo en las llamas de tu propio palacio! ¡Dios mío, Lily! ¿Cómo…?

—Muy sencillo, mi querido teniente —interrumpió la sedosa voz del mandarín—. Sabíamos, desde luego —cada criado del Tonkín septentrional es un espía mío—, que habías concebido un gran afecto por esa mujer; y cuando me enteré de que te mostrabas insensible a las pequeñas atenciones de mis hombres, pensé que no estaría por demás enviarla a buscar. El *bungalow* de su padre está lejos del puesto —en realidad, se encuentra en territorio chino y no en territorio francés, como ya sabes—, y la cosa no resultó difícil. Y ahora…

—¡André! ¡André! —gritó la muchacha, luchando a su vez con los criados—. ¡Sálvame, André! ¡Estas bestias…!

—No temas nada, Lily —respondió Fournet—. No se atreverán a hacerte ningún daño, del mismo modo que no se atreverán a matarme. Están fanfarroneando…

—¿Lo has pensado bien, teniente? —inquirió amablemente el mandarín—. Tú, desde luego, eres un oficial francés. El brazo de Francia —un brazo largo y que no olvida— tratará de cerrarse alrededor de tus asesinos. No quieran los dioses que el brazo se cierre alrededor de mí y de los míos. Pero, esa muchacha… ¡Ah! Esa muchacha es diferente…

—¿Diferente? ¿Por qué es diferente? La muchacha es ciudadana francesa.

—No lo creo yo así, mi buen teniente Fournet. Tiene tres cuartas partes de sangre francesa, es cierto; pero su padre es medio chino, y es súbdito chino; ella vive en China… y estoy convencido de que la justicia francesa no estará dispuesta a vengar su muerte tan fácilmente como la tuya. De todos modos, es un riesgo que estoy dispuesto a correr. La sangre de Fournet pareció helarse en sus venas. ¡El sonriente diablo estaba en lo cierto! Lily —su encantadora y blanca Lily, cuyo único rasgo de sangre oriental era la atractiva oblicuidad de sus grandes ojos— no se encontraba bajo la protección de la bandera tricolor.

¡Era una situación terrible! O traicionar a su bandera, a su regimiento, traicionar a sus camaradas provocando su muerte… o ver a su Lily descuartizada ante sus ojos.

—De modo, teniente Fournet, que ahora nos comprendemos perfectamente el uno

al otro —continuó Yuan Li después de una breve pausa, destinada a dejar penetrar en el alma del prisionero todo el horror de la situación—. ¿Crees que podrás recordar el emplazamiento y el número de hombres que guarnecen el puesto de vigilancia… ahora?

Fournet se quedó contemplando al mandarín en amargo silencio, pero la pregunta de Yuan Li había dado a Lily una clave de la situación, que en el primer momento no había comprendido en absoluto.

—¡No, no, André! —gritó—. No digas nada. ¡Prefiero morir a verte convertido en un traidor! Mira… estoy dispuesta.

Fournet irguió su cabeza: había recobrado toda su decisión, vacilante por unos momentos.

—¡La muchacha hace que me sienta avergonzado! —dijo—. Ensáñate con ella, Yuin Li, si quieres… y si Francia no la venga *la vengaré yo.* ¡Pero no seré traidor!

—No creo que ésa sea tu última palabra, teniente —replicó el mandarín—. Si matara a la muchacha de golpe, sí… tal vez. Pero antes debes oírla pidiéndote ayuda, y cuando la oigas gritar entre atroces dolores, a ella, a la mujer que amas, quizás entonces olvides tus heroicos propósitos.

Yuan Li dio unas palmadas y unos silenciosos criados se deslizaron en la estancia. Uno de ellos llevaba un pequeño brasero lleno de carbones encendidos; otro sostenía entre sus manos una pequeña jaula de alambre, en cuyo interior se movía algo horrible; un tercero llevaba un cuenco de cobre con un asa a cada lado, a la cual iba unido una especie de cinturón de acero que brillaba a la luz del sol.

Fournet sintió que se le erizaba el pelo. ¿Qué nuevo horror se estaba preparando? En lo más profundo de su ser, algún instinto le advertía que lo que iba a seguir ahora sería algo más espantoso que lo que la mente de un hombre era capaz de concebir. Los ojos del mandarín adquirieron súbitamente un brillo infernal. ¿Era en realidad un hombre… o un demonio?

Una breve orden en un dialecto Yunnan desconocido de Fournet… y los criados tumbaron a la muchacha de espaldas al suelo, sujetándola fuertemente, sobre una magnífica alfombra.

Otra orden salida de los delgados labios del mandarín… y la muchacha quedó desnuda de medio cuerpo para arriba. Blanca y silenciosa, permanecía tendida sobre la magnífica alfombra con los ojos clavados en los de Fournet: silenciosa, porque la menor palabra salida de sus labios podía debilitar la resolución del hombre que amaba.

Fournet luchó furiosamente con sus guardianes: pero eran cinco hombres fuertes, y su lucha estaba condenada de antemano al fracaso.

—¡Recuérdalo, Yuan Li! —jadeó—. ¡Te arrepentirás de esto! ¡Maldita sea tu alma amarilla!

El mandarín ignoró la amenaza.

—Empezad —ordenó a los criados—. Fíjate bien en lo que vamos a hacer,

teniente Fournet. En primer lugar, como puedes ver, atamos las muñecas y los tobillos de la muchacha a unas columnas o a unos muebles muy pesados, colocados de modo que no pueda moverse. ¿Te extraña el grosor de la cuerda, la cantidad de vueltas que le damos para atar a una frágil muchacha? Te aseguro que es una medida necesaria. Bajo el cuenco de cobre, he visto a un débil anciano liberar su muñeca atada con una cadena de hierro.

El mandarín hizo una pausa; la muchacha estaba ahora tan sólidamente atada que apenas podía mover un músculo de su cuerpo.

Yuan Li supervisó las ataduras.

—Muy bien —aprobó—. De todos modos, si la muchacha consigue soltar uno de sus miembros, el hombre que haya atado ese miembro recibirá latigazos por espacio de una hora. ¡A ver… el cuenco!

Alargó una delgada mano. Un criado le entregó respetuosamente el cuenco, con su apéndice de flexible acero. Fournet, con ojos llenos de terror, vio que el apéndice era una especie de cinturón, de faja, que se ajustaba a diversas posiciones y quedaba cerrado por medio de un diminuto candado.

—Muy bien —asintió el mandarín—, pasando una y otra vez sus dedos por el cuenco, como si lo acariciara—. Pero, no nos precipitemos. Es posible que el teniente y la señorita no estén familiarizados con este pequeño artilugio. Voy a explicárselo, o, mejor dicho, a darles una demostración. Pon el cuenco donde debe ir, Kan-su. No, no… de momento, sólo el cuenco.

Otro criado, que había avanzado unos pasos, volvió a retroceder hasta su rincón. El hombre al que habían llamado Kan-su cogió el cuenco, lo colocó sobre el desnudo abdomen de la muchacha, y rodeó su cuerpo con el cinturón de acero, apretándolo hasta que el borde inferior del cuenco se incrustó en la blanda carne. A continuación cerró el diminuto candado y el cuenco quedó firmemente asentado sobre el vientre de la muchacha. El criado se puso en pie y permaneció inmóvil, con los brazos cruzados.

Fournet sintió que su carne se estremecía de horror. Lily, por su parte, no había pronunciado una sola palabra, a pesar de que el cinturón de acero y la presión del borde circular del cuenco debieron lastimar cruelmente sus delicadas carnes.

Pero entonces habló, valientemente.

—¡No les hagas caso, André! —gritó—. No… no me duele. Puedo resistirlo perfectamente.

—¡Dios mío! —murmuró André Fournet, luchando de nuevo inútilmente contra las implacables garras amarillas.

—¡No duele! —dijo el mandarín, remedando burlonamente la voz de la muchacha—. Bien, ahora quizá no. Vamos a sacarlo, de todos modos. Debemos ser compasivos.

Obedeciendo al gesto de Yuan Li, el criado libró a Lily del cuenco y del cinturón. Un círculo rojizo indicaba el lugar donde el cuenco de cobre había estado en contacto con el vientre de la muchacha.

—No creo que la comprensión se haya abierto aún paso en vuestras mentes —prosiguió diciendo el mandarín—. Ahora aplicaremos de nuevo el cuenco… y cuando lo hagamos colocaremos *eso* debajo…

Con un rápido movimiento de su brazo cogió la jaula de alambre que uno de los criados sostenía entre sus manos y la alzó de modo que le diera de lleno la luz del sol.

Los ojos de Fournet y de Lily se cerraron, horrorizados, al mismo tiempo: dentro de la jaula se movía una enorme rata gris… una asquerosa rata cuyos ojos estaban inyectados en sangre y que mostraba sus blancos dientes, afilados como puñales.

—*¡Dieu de Dieu!* —suspiró Fournet. Su mente se negaba obstinadamente a concentrarse en la espantosa suerte que le estaba reservada a Lily. Trató de mantener cerrados los ojos, pero tuvo que abrirlos… para clavarlos con fijeza obsesionante en el asqueroso animal que se movía inquieto dentro de la jaula.

—*Ahora* estoy convencido de que habéis comprendido —ronroneó el mandarín —. La rata debajo del cuenco… supongo que ya habréis observado lo ahuecado de su borde inferior. En la parte superior del cuenco colocaremos unos carbones encendidos… el metal se calienta… la rata no puede soportar el calor… pero sólo tiene un camino para escapar: ¡el camino que ella misma puede abrirse a través del cueroo de la dama! Y, ahora, ¿qué me dice usted de aquel puesto de vigilancia, teniente Fournet?

—¡No… no… no! —gritó Lily—. No se atreverán a hacerlo… tratan de asustarnos… son seres humanos: los hombres no pueden hacer una cosa así… No hables, André, no hables, ocurra lo que ocurra. ¡No te dejes vencer por ellos! ¡No dejes que te conviertan en un traidor! ¡Ah…!

A una seña del mandarín, el criado que sostenía el cuenco se acercó de nuevo a la muchacha medio desnuda. Pero esta vez se acercó también a ella el hombre que sostenía la jaula de alambre. Con gran habilidad, evitando los dientes del furioso animal, sacó la rata de la jaula manteniéndola cogida con dos dedos por el pescuezo.

El cuenco quedó colocado sobre el vientre de la muchacha. Fournet luchó desesperadamente por recobrar la libertad de movimientos… Si pudiera soltarse un solo brazo… empuñar algo que le sirviera de arma…

De repente, Lily profirió un agudo chillido.

La rata había sido introducida debajo del cuenco.

¡Click! El cinturón de acero había quedado cerrado… y ahora estaban poniendo carbones encendidos en la copa del cuenco, mientras Lily se retorcía en sus ataduras al sentir sobre su piel el asqueroso contacto de la rata.

Uno de los criados entregó un diminuto objeto al impasible mandarín.

Yuan Li lo sostuvo unos instantes en el aire, entre sus dedos índice y pulgar.

Era una pequeña llave.

—Esta llave, teniente Fournet —dijo—, es la del candado del cinturón de acero que mantiene sujeto el cuenco. Será tuya… en cuanto me hayas dado la información que te pido. ¡Vamos, sé razonable! Date prisa, antes de que sea demasiado tarde.

Fournet miró a Lily. La muchacha estaba completamente inmóvil, había dejado de luchar; a no ser porque tenía los ojos abiertos, Fournet habría creído que se había desmayado.

El carbón encendido brillaba con rojizos destellos en la copa del cuenco. Y debajo de su cincelada superficie Fournet podía imaginar a la enorme rata moviéndose incansablemente, dando vueltas y más vueltas en busca de un camino de escape, mientras el calor se hacía más intenso, cada vez más intenso, hasta que, finalmente, la rata hundía sus dientes en aquella blanda carne blanca, mordiendo, cavando en ella desesperadamente…

¡Santo cielo!

Su deber… su bandera… su regimiento… ¡Francia! El joven subteniente Pierre Desjardins… el alegre Pierre, y veinte soldados, sorprendidos y asesinados, horriblemente, por el ataque a traición de unos diablos, informados por su traición. En el fondo de su corazón, Fournet sabía que no era capaz de hacerlo.

Tenía que ser fuerte… tenía que mostrarse firme…

¿Por qué no podía sufrir él en vez de Lily, la dulce, la encantadora pequeña Lily, la valiente pequeña Lily, que nunca había hecho daño a nadie?

De pronto, en la estancia resonó un espantoso alarido.

Volviéndose con fascinado horror, André vio el cuerpo de la muchacha formando un arco encima de la alfombra, pero sólidamente sujeto por las ataduras de sus muñecas y tobillos. Y vio lo que no había visto antes, una pequeña muesca en el borde inferior del cuenco, a través de la cual surgía un hilillo de sangre que se deslizaba por la blanca superficie del cuerpo de Lily.

La rata había empezado su tarea.

En aquel momento, algo estalló en el cerebro de André. Se volvió loco.

La locura le dio unas fuerzas sobrehumanas. De un tirón libró su brazo derecho de la garra que le sujetaba… y con el mismo brazo golpeó salvajemente el rostro del guardián. El hombre de la maza se adelantó rápidamente, pero André se apoderó del arma que empuñaba y la descargó furiosamente sobre él. Otros tres guardias cayeron antes de que Wang se lanzara contra su prisionero, empuñando su espada.

Wang era un soldado valiente y acostumbrado a luchar. Además, la madera era un arma desigual contra el acero: toda la atención de André tuvo que concentrarse en el capitán de la guardia del mandarín… Los dos guardias que quedaban en pie y un par de criados aprovecharon aquel momento para saltar sobre la espalda del teniente, derribándolo al suelo.

La muchacha gritó de nuevo, y su alarido cubrió por unos instantes el ruido de la lucha.

Fournet oyó el grito de Lily… lo oyó incluso en su locura. Y, mientras lo oía, su mano tropezó con el cuchillo que uno de los criados llevaba en el cinto. Sacándolo de la vaina, lo proyectó salvajemente hacia arriba; un hombre aulló; el peso que gravitaba sobre Fournet se hizo más liviano; su cuello y sus hombros quedaron

empapados de sangre. Golpeó de nuevo, e inmediatamente se encontró libre, para ver a un hombre que trataba de contener la vida que se le escapaba por la abierta garganta, mientras otro con ambas manos apretadas sobre su ingle, se retorcía en silenciosa agonía caído en el suelo.

André Fournet, sin soltar el cuchillo, saltó como una pantera sobre el capitán Wang. Hirió una vez, dos veces, hasta que el capitán se desplomó sin vida.

Los otros criados huyeron de la estancia, lanzando gritos de terror.

El mandarín Yuan Li se quedó solo, haciendo frente a la imagen de la venganza: el teniente André Fournet, con su terrible cuchillo en una mano y la espada de Wang en la otra.

—¡La llave!

Fournet escupió salvajemente aquellas dos palabras; en su perturbado cerebro había una sola idea:

—¡La llave, demonio amarillo!

Yuan Li retrocedió un paso en dirección a la abierta ventana, a través de la cual penetraba dulcemente la brisa de la tarde, aromada a jazmín.

El palacio estaba edificado sobre un roquedal, a orillas del Mephong; la ventana de la estancia se abría directamente sobre el río, cuyas aguas discurrían a cincuenta pies por debajo de ella.

Yuan Li sonrió una vez más, con una calma que ningún acontecimiento era capaz de quebrar.

—Me has vencido, Fournet —dijo—, pero también yo te he vencido a ti. Deseo que goces de tu victoria. Aquí está la llave…

Levantó una mano con la llave; pero cuando André se lanzaba hacia adelante con un rugido, Yuan Li dio media vuelta, corrió hacia la ventana y la cruzó de un salto, lanzándose al vacío y llevándose la llave.

Las aguas del turbulento Mephong se cerraron sobre el mandarín Yuan Li y sobre la llave del cuenco de cobre. André corrió ahora al lado de Lily. La sangre no se deslizaba ya por debajo del borde del cuenco; Lily estaba muy inmóvil, muy fría…

¡Santo cielo! ¡Estaba muerta!

Su corazón guardaba silencio en su torturado pecho.

André se ensangrentó los dedos, rompió sus dientes, en sus vanos intentos de arrancar el cuenco de cobre, el cinturón de acero.

Todo era inútil.

—Lily estaba muerta.

¿Lo estaba, en realidad? ¿Qué era aquello?

En el costado de Lily latía un pulso… latía cada vez más intensamente…

¿Había aún esperanza?

El loco Fournet empezó a friccionar el cuerpo y los brazos de la muchacha.

¿Podría hacerla revivir? Seguramente no estaba muerta… ¡No podía estar muerta!

El pulso seguía latiendo… Lo raro era que sólo latía en un lugar, en el blanco

costado de Lily, inmediatamente debajo de su última costilla…

Fournet besó los fríos labios de la muchacha, que no contestaron a su caricia.

Cuando levantó la cabeza, el pulso había cesado de latir. En el lugar donde había estado latiendo, brotaba la sangre… una oscura sangre venosa, en medio de aquella sangre que brotaba del costado de Lily, surgió de repente la gris, puntiaguda cabeza de la rata, con sus negros ojillos malévolamente clavados en el loco, el cual estalló súbitamente en una gran carcajada.

Una hora más tarde, sus camaradas encontraron a André Fournet y a su adorada Lily: el torturado maníaco haciendo guardia a la torturada muerta.

Pero nunca encontraron la rata gris.

VIAJE CON EL VERDUGO

Charlotte Armstrong

EN el centro mismo de la ciudad californiana, un oficial de policía, llamado James Lord, se inclinaba sobre una cama de hospital y escuchaba intensamente. Los labios hinchados y magullados de la mujer se movían con dificultad, pero el policía había oído lo suficiente. Por fin se irguió bruscamente y salió al pasillo.

Allí le dijo a un guardia, que le estaba esperando:

—No puedo explicárselo todo ahora. La mujer ha dicho que su marido la atacó cuando supo que el niño había muerto. Dice también que él se ha ido, armado, a buscar a la profesora del chiquillo, porque considera que ella le dejó morir. El nombre de la profesora es Ames. Miss Eve Ames. Tenemos que actuar rápidamente. Llevamos ya —consultó su reloj—, una hora y tres cuartos de retraso…

En aquel momento, Eve Ames estaba ante la ventana de la solitaria casa de la colina, mirando hacia la ciudad que iba oscureciendo rápidamente. Detrás de ella oyó decir a su anfitriona, Frances Connor:

—Tengo la sensación de que se me está quedando rígido. Eve se volvió para mirar a una mujer entrada en años, que tenía la pierna derecha tiesa y vendada, apoyada en una silla de cocina.

—¿Quiere usted que llame a un médico, miss Connor? —preguntó.

—Hay muy pocas probabilidades de encontrar un médico un sábado por la tarde, a las seis, incluso si tuviéramos teléfono.

Frances Connor tenía cincuenta años y, como directora de un colegio, estaba acostumbrada a la autoridad; su voz era suave, pero no admitía réplica.

—Esto no es nada, sólo me torcí el pie… Tengo que acabar de una vez con los escombros del patio; esos pedazos de cemento son una amenaza para la vida o las piernas de uno. Resbalé en uno de ellos.

Eve Ames volvió a mirar por la ventana. La casa era tan nueva que aún había un papel pegado en uno de los cristales. Ahora que estaba oscureciendo, en el pequeño patio no se veía más que tierra inculta y cascotes de residuo de la obra. Por el otro lado, la calle, recién abierta, que aún no era más que un irregular surco en la colina, el terreno descendía hacia la ciudad.

Se hallaban muy altas, en el borde del enjoyado abanico que parecía la ciudad. El mango del abierto abanico, se decía Eve, era el mar, la ensenada, y la ciudad yacía, resplandeciente y llena de luces titilantes, sobre las colinas. Más allá, la carretera principal de la costa circundaba al abanico como una brillante cinta llena de vida.

—Sería mejor que me volviera a arreglar las vendas antes de acostarnos —dijo Frances Connor.

Eve dejó sus divagaciones y volvió a la realidad.

—Dejamos las gasas y el esparadrapo en el coche; ¿quiere que vaya a buscarlas?

—No hay prisa. Tendrás que preparar la cena, Eve… vaya una buena anfitriona que soy.

—¿Tiene usted hambre, miss Connor?

Eve no tenía el menor apetito, sentía una gran reluctancia a abandonar su triste ensoñación, pero su huésped empezaba a impacientarse por ello.

—Ven y siéntate aquí, Eve —dijo—; pero primero pon el biombo delante de la ventana, por favor; sin visillos, esta habitación, de noche, parece una pecera, y no me gusta nada.

Eve Ames hizo lo que se le había pedido. Era una joven alta y esbelta que no tendría más de veinticinco años y se movía con una gracia inconsciente. Luego se sentó, suspiró profundamente y trató de sonreír.

Los ojos castaños de Frances Connor la miraron con suavidad.

—Yo soy ya un pájaro viejo, Eve —dijo, levantando la blanca cabeza, dispuesta a atacar de frente a las preocupaciones de la muchacha—. Me gustaría ayudarte. Y a lo mejor puedo hacerlo. Hay veces —siguió diciendo—, en que uno no puede hacer otra cosa, frente a un hecho brutal y trágico, que afrontarlo valientemente.

—No lo puedo olvidar…, sólo tenía nueve años.

—Hemos pasado el día intentando no hablar de esto. Vamos a discutir todos los «sis», a ver si acabamos con ellos de una vez.

Eve Ames cruzó los brazos en el regazo y consideró cómo el terrible acontecimiento del día anterior había echado a perder un viernes corriente y normal. Estaba en el patio de recreo, a mediodía, vigilando a los niños que se estaban comiendo sus almuerzos en las mesitas. El patio era un lugar ruidoso; una mezcla de gritos y llantos se elevaba de él, pero su oído de maestra encontraba aquello normal y nada alarmante. Gracias también a la costumbre, sus entrenados oídos captaron la nota falsa cuando una voz infantil se elevó sobre las demás, detrás de ella.

Terry Lord, uno de los niños del cuarto grado, estaba diciendo:

—¡No se puede apuntar a la gente con un arma!… ¡No se puede apuntar a la gente, idiota! —Su voz sonaba con miedo, incluso con desesperación.

Eve consideró la palabra arma y creyó que se trataba de un juguete. Se volvió y vio una pistola pequeña, que se parecía enormemente a un juguete. Se dio cuenta de que Danny Mariot debía haber estado apuntándole a ella, por la espalda. Captó la mirada de Danny Mariot.

Entonces Danny dijo sombríamente, en autodefensa.

—¡Bah, parecéis gallinas! Ni siquiera está cargada; os lo voy a demostrar.

Volvió el arma contra sí mismo.

El ruido no fue lo suficientemente fuerte como para alarmar a la mayoría de los niños. Eve, arrodillándose junto a Danny, en el suelo del patio, dijo firmemente:

—Terry, ve en seguida y avisa a miss Connor, por favor. Niños, iros todos a vuestras clases y quedaros allí en silencio.

No les vigiló mientras se iban. Comprendió que le estaban obedeciendo, porque los gritos cesaron gradualmente, y algunos de los mayores hicieron que el resto les siguieran. Entonces la voz de Frances Connor dijo:

—¿Está herido?

—Está muerto.

Todo lo que había podido ver eran los ojos de Danny Mariot en aquélla última mirada, cara a cara. Una mirada primero asustada y luego de infantil astucia. Había intentado disminuir su castigo demostrando que no tenía malas intenciones.

Y ahora Eve se retorcía las manos, desesperada.

Miss Connor decía tranquila y pausadamente:

—Lo que ocurrió fue esto: el muchacho encontró la pequeña e intrigante arma en la cocina de su casa, la cogió y se la llevó al colegio en la bolsa de su comida. Allí se la enseñó a los muchachos y luego disparó. Él no sabía que estuviera cargada. Y ahora ocupémonos de los «sis». Si hubieras sabido que estaba en su posesión… Si se la hubieras quitado en cuanto la enseñó… Tú sabes muy bien, Eve, que no tienen la menor validez. Es seguro que él no se la hubiera enseñado a nadie si tú estabas mirando, y tú lo sabes.

—Sí, lo sé, miss Connor.

—Sigamos. Si la madre de Danny se hubiera ocupado de preparar el desayuno y la comida de su hijo, hubiera visto el arma y la habría quitado de en medio. Y aún hay más: si el padre de Danny, que se levantaba a las tres de la mañana para irse de caza con unos amigotes, no hubiera planeado llevarse el arma para enseñarla como una curiosidad, si no se hubiera olvidado de llevársela y, lo que es peor, si no hubiera dejado un cartucho en el primer lugar…

—Pobre hombre —interrumpió Eve—. ¿Habrá vuelto ya?

—Seguro que habrá vuelto. ¿Le conoces? ¿Y a la madre de Danny?

—Sólo de vista.

Eve pensó en la mujer, bajita, regordeta y de aspecto juvenil, con el pelo muy pálido.

—Nunca le he hablado. A ninguno de los dos.

—Pobre gente, es una pena —dijo Frances Connor—. Y aún hay más «sis». Si Terry Lord no estuviera tan bien entrenado en cuanto a cómo hay que comportarse con las armas, y no hubiera gritado tanto, puede que fueras tú quien hubiera recibido la bala, Eve.

—Ya lo sé.

—Y además, si Danny Mariot hubiera estado mejor educado, o hubiera tenido más cuidado…

—No puedo decir eso —intervino Eve—. No se puede. No se le puede achacar eso; sólo tenía nueve años.

—Nunca he dicho que no fuera una tragedia —dijo miss Connor, suavemente.

—Lo que más me molesta, miss Connor —dijo Eve, sinceramente—, es que Danny era un poco camorrista; los demás niños le tenían miedo. Y ahora todos los padres de la ciudad estarán diciendo a sus hijos: «Mira lo que les pasa a los niños malos». Y me gustaría… me gustaría que todo el asunto no apareciera a los ojos de

los niños como el villano del cuento recibiendo al final el justo castigo.

—Te gustaría poderles enseñar las intrincadas cosas que están más allá de la comprensión de sus edades.

Permanecieron un rato calladas en la pequeña habitación vacía de muebles, con el suelo desnudo y los estantes vacíos y sin pintar.

—¿No crees —dijo miss Connor— que harías mejor en llamar a Geoffrey? Dile que te lleve a algún lugar agradable donde cenar. Yo puedo arreglármelas perfectamente, Eve. Después de todo, puedo cojear.

—Prefiero quedarme —dijo Eve, casi bruscamente.

Pero Frances Connor insistió.

—Ya le has dado demasiadas vueltas en la cabeza al asunto. Creo que una directora de escuela solterona —siguió con perfecta naturalidad—, no es una gran cosa desde el punto de vista de diversión, mientras que tu amigo…

—¿Preparo ya la cena? —le interrumpió Eve.

—Espera un poco. No tenemos otra cosa que hacer en toda la tarde. Eve levantó los ojos, unos ojos grises, preciosos, engarzados en el óvalo perfecto de su cara.

—Miss Connor, estuvo usted encantadora con la pobre madre, desolada. Y también es encantadora conmigo. Compréndame usted, toda esta parte de mi vida, mi trabajo, los niños… todo esto es extraño a Geoffrey. Él no… —Eve no acabó la frase.

—Eve —dijo miss Connor, encantada—creo que eres una maestra estupenda, aunque quizá sensitiva por encima y más allá de tu deber.

Eve sonrió por primera vez en muchas horas al oír la cita.

—Lo cual me recuerda que son las seis y cuarto —dijo más animadamente—. La hora de Grif Griffin. ¿Cree que lo podrá soportar? —Se llegó a la radio y la encendió —. Ya sabe, mis niños de cuarto grado creen que el sol no podría salir si no existiera Grif Griffin, y si no lo oigo, ¿cómo voy a saber lo que traman en sus cabecitas?

—¿De verdad lo oyes todos los días?

—Procuro oírlo la mayoría de ellos, y me sirve de gran ayuda. El otro día, por ejemplo, hubo una epidemia en la clase, todo el mundo se daba golpecitos en los dientes con el pulgar. Si no hubiera escuchado a Grif Griffin no hubiera podido saber de qué se trataba.

—¿Y qué era?

—Una contraseña de Griffin —dijo Eve con voz mucho más animada— que quiere decir: «Tengo importantes noticias que dar».

—¿Contraseñas, eh? —dijo Frances Connor animadamente—. Eso me interesa. ¿Cómo es Grif Griffin?

—Ahora lo oirá. Una agradable mezcla de Sherlock Holmes y Douglas Fairbanks Jr.

Durante los anuncios, miss Connor contemplaba a su colega. «Una muchacha adorable —pensó—, consciente, esbelta, y muy bonita».

Frances Connor deseaba a su joven amiga la felicidad más profunda y completa:

un marido, niños propios, todas las cosas gratas de la vida. Durante los últimos meses, desde que Geoffrey Taggart empezó a salir con ella, parecía que todas aquellas cosas asomaban en el horizonte de Eve. Geoffrey era un hombre de negocios, propietario de una próspera tienda en la que se vendían materiales para artistas. En sus ratos libres, el propio Geoffrey se dedicaba a la pintura. Tenía la edad apropiada para ella y poseía a la vez dinero y buen gusto. Era un hombre muy educado. Frances Connor, en el fondo de su imaginación, los veía ya casados.

La tarde última, después de la tragedia, Geoffrey y Frances, juntos, le habían hecho compañía a Eve en su apartamento. Geoffrey se había preocupado mucho por Eve y había sido muy amable. Era muy posible que él no viera, no pudiera ver, el problema de Eve en toda su extensión; que ella tendría que afrontar algo más que su choque privado, que tenía que afrontar a los niños el lunes por la mañana, en una forma que les sirviera de ayuda *a ellos.* ¿Cómo puede un soltero comprender, pensó Frances, cuando los padres apenas se dan cuenta de cuánto más enseña una profesora de lo que está escrito en los libros?

«Grif viene arrastrando al hombre del traje azul», dijo la sentenciosa voz de Dusty, el fiel compañero.

»—¿Qué quiere que hagamos nosotros? —preguntó Smallfry, el muchacho ayudante.

»—Permanecer aparte —replicó Dusty—; esto es peligroso. ¿No oísteis a Grif estornudar tres veces?

Eve escuchaba distraídamente. Aquél era un programa local, que fomentaba juegos y discusiones locales y todos los chiquillos de la ciudad estaban extasiados con él. Un juego, pensó Eve. Como los movimientos en un tablero de damas. Blanco contra negro. Y un arma representaba el poder. El último hombre que aparecía en escena con un arma era el mejor, siempre. Eve se estremeció.

Nunca en su vida, antes de entonces, se había hallado ante una tragedia brutal y no sabía si se sentiría con fuerzas de afrontar aquélla valientemente.

Cuando el programa de Grif Griffin se terminó empezaron a radiar noticias. Perdida en sus pensamientos, Eve no escuchó ninguna de ellas, hasta que de pronto oyó su nombre:

«Se siente cierta alarma por la seguridad de miss Eve Ames, profesora de cuarto grado en la escuela elemental de Jefferson.»

Eve se irguió en su asiento, la voz siguió diciendo:

»Mrs. Mariot, de treinta y tres años, cuyo hijo de nueve años, Daniel, ayer resultó muerto por accidente en el patio del colegio, pareció volverse loco hoy a las cuatro de la tarde. Atacó a su mujer y la hirió gravemente, en su casa. Los vecinos que oyeron los gritos de la mujer, Susan, avisaron a la policía. Mrs. Susan Mariot, de treinta años, fue conducida al hospital, inconsciente, pero Mariot consiguió escapar y aún no ha sido hallado.

»Mrs. Mariot recobró el sentido a las cinco cuarenta y cinco, con tiempo para

decirle al oficial de la policía James Lord que su marido había jurado venganza en la persona de la profesora del muchacho, miss Eve Ames. El hombre parece creer que la tardanza de la profesora en llamar a un médico fue la causa de la muerte del muchacho. Mrs. Mariot ha dicho que su marido llevaba un arma, gemela de la pequeña pistola de calibre 22 con la cual el muchacho se hirió a sí mismo ayer durante la hora de la comida. Se cree que el padre, que estaba fuera de la ciudad cuando la tragedia tuvo lugar, se ha vuelto loco a causa del choque y del dolor. El teniente Lord ha declarado que el muchacho murió instantáneamente, pues la bala le hirió en el corazón, pero, de acuerdo con lo que ha dicho la madre, el padre no cree que eso sea verdad.

»Se da el caso curioso de que el hijo, de nueve años, del teniente Lord, Terry, fuera ayer testigo de la repentina muerte del muchacho de Mariot. La policía se presentó rápidamente en el apartamento de miss Ames, en Hermosa Street, pero no la halló en la casa. Se desconoce en absoluto el paradero de miss Ames; la policía está interrogando a cuantas personas conocen a miss Ames para averiguar donde se halla y ponerse en contacto con ella en el acto.

»El hombre, Martin Mariot, está armado y, dado su estado de demencia, puede ser peligroso. Mide un metro ochenta, delgado pero fuerte y nervioso, tiene el pelo negro y los ojos oscuros; le falta la primera falange del dedo índice de la mano izquierda. Si alguien viera a este hombre se suplica se avise rápidamente a la policía. Nuestra estación, KYOS, volverá a radiar las últimas informaciones sobre el caso».

Eve se levantó de un salto.

—Vendrán aquí de un momento a otro —dijo Frances Connor —. La policía, claro; Geoffrey les habrá hablado.

—Le mentí —dijo Eve—. No sabe que estoy con usted. Le dije que no pensaba venir, de ninguna de las maneras.

—¡Oh, Eve! ¡Y yo aún no tengo teléfono!

—No se lo podía explicar. Necesitaba estar sola para pensar en todo esto y no quería herir sus sentimientos.

—Sí, lo comprendo. Pero la policía tiene que saber dónde estás.

—Sí, ya lo sé… No deseo, en absoluto, verme envuelta en esto… Pobre hombre —convino Eve.

—Él es el culpable —sentenció Frances—. Hay demasiados «síes» en contra suya; tenía que comprenderlo así.

Eve estuvo de acuerdo. Frances empezó a agitarse.

—No podemos consentir que venga a asesinarte, Eve; tenemos que irnos a la tienda de ultramarinos que hay al pie de la colina.

—No es necesario que venga usted, miss Connor. ¿Está abierta la tienda?

—Permanece abierta hasta las siete. Es mejor que corras. —Frances Connor volvió a dejar caer su pesado cuerpo en la silla—. Irás más de prisa sola. Anda, vete, date prisa.

Eve se puso el abrigo, cogió el bolso y las llaves del coche de miss Connor. ¡Era absurdo que alguien quisiera matarla! No tenía más que ir a la tienda, que estaba a menos de un kilómetro, colina abajo, llamar a la policía desde el teléfono del pequeño almacén y tal vez esperar allí a que la policía llegase. Podría hacerlo. Y no tenía que pensar más en Martin Mariot.

Pero seguía pensando en él a pesar de todo. No dejaba de pensar: «Un hombre armado, y yo lo comprendo y siento una pena enorme por él. ¿Pero de qué me va a servir el comprenderle y compadecerme? Tengo que avisar a la policía; ellos también van armados».

Salió de la casa y echó a correr hacia el coche de miss Connor. Lo llevó en marcha atrás hacia la calzada y luego maniobró para darle la vuelta y ponerlo de morro a la colina. Como había oscurecido, quiso encender los faros delanteros; había encendido el tablero y lo miraba fijamente, para buscar el interruptor de los faros; estaba concentrada en ello cuando una voz de hombre dijo roncamente:

—¿Miss Connor?

—¿Sí? —contestó ella secamente, con impaciencia. Después de todo, tenía una prisa espantosa y no tenía tiempo de entretenerse con aquel hombre que estaba en la carretera, mirándola y murmurando algo.

—Mi mujer me dijo que había construido usted esta casa aquí. Y pensé…

—¿Quién es usted? —Eve levantó la cabeza y habló en voz muy alta. Ya sabía quién era porque su mano izquierda se había asido al cristal de la ventanilla, en el lado derecho del coche, y le faltaba la primera falange del dedo índice.

—No importa quién soy yo —murmuró él, y sacó la mano derecha del bolsillo. Llevaba un arma, no cabía duda. Su cara parecía llena de sombras extrañas y manchas negras, iluminada como estaba, desde abajo, por la luz del tablero.

—¿Dónde está miss Ames? —preguntó el hombre ásperamente—. Es amiga suya, ¿verdad? ¿Dónde está? Será mejor que me lo diga usted, miss Connor.

Sólo entonces comprendió Eve que la había confundido con miss Connor. Cuando antes la llamó miss Connor, había contestado: sí, por reflejo.

—No lo sé —contestó—. Perdóneme, pero tengo que marcharme. —En aquel momento, su cerebro, trabajando a una velocidad increíble, le dijo: «Si consigo engañarle y me voy en el coche, él se dirigirá a la casa y encontrará a miss Connor, y puede que la confunda con miss Ames». Aquel pensamiento le resultó intolerable.

—Espere un momento. —El hombre estaba mirando a la casa por encima de ella. Eve se dio cuenta de que una pequeña parte de la habitación era visible por los lados del biombo. ¿Qué estaría viendo?

—Hay una señora en la casa —dijo el hombre—. No pretenda engañarme. Una señora mayor, con la pierna vendada. ¿Quién es?

—Mi madre —respondió Eve prontamente y con cierto deje de reproche, como dando a entender que él debería haberlo sabido—. ¿Qué desea usted? ¿Quiere que le lleve a algún sitio? —Dijo esto, fingiendo no haber visto el arma, porque a su cerebro

extrañamente sensibilizado se le ocurrió que como no había hecho más que decir mentiras y miss Connor no estaba al tanto de ellas, podía resultarle peligroso si el hombre le hablaba. No podía dejar a aquel hombre allí, por los alrededores de la casa. Y ella estaba segura, porque él no sabía quién era. Y en cuanto llegaran a la tienda…

—Sí, me iré con usted —dijo él de pronto, metiéndose en el coche—. Vámonos, miss Connor —añadió, casi tímidamente—. No hay necesidad ninguna de que la señora mayor se asome a mirar por la ventana.

Eve arrancó. No parecía haber otra cosa que se pudiera hacer. El coche se movió por la recta que llevaba al jardín y luego descendió rápidamente por una curva.

—Necesito un coche —dijo el hombre en voz muy alta. El volumen de su voz subía y bajaba como en oleadas y aquello producía un efecto muy extraño—. Los policías se llevaron el mío.

—¿Los policías? —repitió ella con dificultad.

—Ya debería usted saberlo. He matado a mi mujer esta tarde. No tengo nada que perder, no se preocupe. Y ahora voy a matar a su amiga miss Ames.

La carretera descendía en una pendiente muy inclinada, en un recodo del camino, y estaba oscura y solitaria. Pero sólo un poco más abajo estaba la tiendecita, en la concurrida carretera del cañón.

—¿Pre… —Eve tragó saliva—, pretende usted que yo le ayude? —Su voz era tan débil como un susurro.

—Sí. Llevo un arma.

Su cerebro perdió la claridad. Los pensamientos empezaron a alborotársele como pájaros en una jaula. ¿Qué podría hacer? ¿Calmarle? ¿Explicarle lo ocurrido? ¿Obligarle a ir al hospital? ¿O intentar quitarle el arma, como en los cuentos de Grif Griffin?

Le pareció que era el volante del coche el que temblaba y no sus manos. De pronto llegaron a la carretera asfaltada y empezaron a correr entre hileras de casa, no muy lejos de la tienda.

—¿Adónde va usted? —preguntó él, abruptamente.

—Yo… iba a telefonear. —La voz le salió con bastante facilidad, sólo un poco asustada.

—¿No tienen ustedes teléfono aún en la casa?

—No.

—Espere un momento. Pare el coche. Tengo que pensar un poco.

El coche disminuyó su marcha y se paró a un lado de la carretera. Eve dejó el volante y se llevó las manos, heladas, a las mejillas. La tienda se hallaba sólo a unos metros más allá, todavía iluminada y abierta. Y muchos coches pasaban por la carretera; los conductores iban y venían a sus quehaceres normales.

—Escúcheme ahora —dijo el hombre—, y no se mueva. —Sostenía la pistola en su mano derecha y no dejaba de apuntarla—. ¿Dónde hay un teléfono?

—E… n la tienda.

—Esa miss Ames, vive en este lado de la carretera de la costa, en el número 1215 de Hermosa Street, ¿verdad?

—S… sí.

—¿Cree usted que estará allí?

—No lo sé. Escúcheme, Mr. Mariot.

Él volvió la cabeza y la miró en un profundo silencio.

—Lo dijo la radio —explicó Eve.

—¿Habló de mí? La policía, supongo. —Parecía aceptar el hecho sin la menor alarma—. ¿Y por qué me ha reconocido?

—Su dedo.

—¿Por eso? O sea que han radiado mi descripción.

—Mr. Mariot —dijo Eve apasionadamente—, no mató usted a su mujer. Está viva, en el hospital; por lo menos, pudo…

—Ha hablado —la interrumpió él rápidamente—. O sea que la policía sabe que ando detrás de miss Ames…, ¿no es eso? Por eso la vi correr llorando. —Pareció relajarse un poco—. Pensé que se sorprendía usted demasiado poco.

Podía parecer más tranquilo pero era muy astuto. Su cerebro, se dijo Eve, seguía trabajando firme e independientemente, a pesar de su corazón destrozado. Tenía que obrar con muchísimo cuidado porque su vida podía correr un gran peligro. Eve comprendió que aquel hombre era terriblemente peligroso.

Eve dijo lo más tranquilamente que pudo:

—Mr. Mariot, ¿por qué…?

—Cállese —la interrumpió—; estoy pensando. —La mano que sostenía la pistola se agitó amenazadoramente—. O sea que la vieja señora no tiene teléfono, ni coche, y tiene una pierna vendada. Por tanto, no puede ir a decirle a la policía que usted no está en casa.

—¿Y… yo?

—Escuche, miss Connor —dijo el hombre, tristemente—. Siendo miss Ames amiga suya, probablemente no querrá usted ayudarme, pero va a hacerlo, a pesar de todo. Podría dejarla aquí y arreglármelas de forma que no pudiera usted hablar demasiado pronto. Podría muy bien, ¿comprende? Pero necesito un coche y puede que la necesite a usted para que me lleve hasta su amiga. Nadie sabe que viajo en su coche. Y creo que la necesito para que haga una llamada telefónica; puede ser una buena idea.

—¿Una llamada?

—Quiero que vaya a esa tienda y llame a casa de miss Ames, para comprobar si está allí. Pero no debe usted poner al dueño en guardia contra mí, porque la estaré apuntando con la pistola. El teléfono estará en una cabina, ¿no?

—No. Es un teléfono de pared.

—¿No está en una cabina? —parecía decepcionado.

Eve negó con la cabeza. Necesitaba pensar en algo. Aquello no podía durar. Ni siquiera cinco minutos más. Lo malo era que Mr. Johnson, el dueño de la tienda, la conocía perfectamente y además una hija suya iba a su clase. En cuanto la viera entrar en la tienda diría: «¡Hola, miss Ames!» ¿Y qué haría el hombre entonces? Aquel hombre armado, que ahora estaba meditando el problema, en silencio. Eve empezó a hablar desesperadamente:

—Mr. Mariot, yo estaba allí y, realmente, miss Ames…

—Ya lo sé. Lo sé todo, exactamente —la interrumpió él, con dureza—, por tanto no me hable de eso.

Pero le había obligado a él a hablar y ahora parecía no poder callarse:

—Miss Ames no quiso que se hiciera demasiado alboroto sobre lo que había ocurrido. El pobre chiquillo se hirió y cayó al suelo; pero miss Ames no quiso que hubiera demasiado jaleo y no llamó a un médico para que asistiera al muchacho. Sólo la llamó a usted. Ya sé que fue usted la que, por fin, llamó a un médico. Pero entonces era demasiado tarde. Sé muy bien lo que pasó; he obligado a mi mujer a que me lo contara. Y si no maté a mi miserable y perezosa mujer…

Su boca se torció en un gesto cruel.

—… que viva con sus recuerdos —concluyó—. Pero voy a matar a miss Ames y no me importa nada lo que me pueda pasar luego a mí. Nunca más, ¿comprende? Nunca más. Es lo último que me queda por hacer y eso es todo. Ni tampoco me importa lo que le pase a usted. O sea que cállese, ¿quiere?

Supuso que Eve iba a hablar y levantó aún más la voz, hasta convertirla en un grito desagradable:

—¡Podía haber llamado a un médico y no lo hizo! ¡Fue un asesinato! Y ahora seré yo el que le meta un balazo en el corazón, y nadie llamará a un médico, ni le prestará ninguna ayuda. Y usted cállese. Eve permanecía callada. No podía, no se atrevía a decir que el chiquillo murió instantáneamente. Uno no puede llevar la contraria a un obseso. No podía hacer más que quedarse quieta, en la semioscuridad.

¿Y qué podía hacer con Mr. Johnson? Era un hombre agradable y cordial y podía recibir un balazo también, a causa suya… No, no ocurriría aquello, ni ella tampoco recibiría balazo alguno, gritó su cerebro. No, mientras ella pudiera evitarlo. El valor la invadió, sin haber sido llamado. Como quiera que fuera, tenía que ser más lista que aquel hombre obsesionado y con el corazón destrozado. Mariot no mataría a nadie. Ella tenía que poner en contribución todas sus fuerzas, todas y cada una de las células de su cerebro, toda su capacidad de dominio y autocontrol para impedirlo.

—¿De modo que la policía lo sabe todo? —preguntó el hombre—. ¿Y ahora tengo que hacerlo a pesar de que la policía lo sabe?

—Lo saben, desde luego —contestó ella, tranquilamente.

—¿Lo dijeron por la radio?

—Sí.

Él lanzó un gruñido casi animal; luego apretó el botón de la radio del coche. No

estaban transmitiendo noticias y una agradable música se dejó oír en el acto. Ella pensó en lo extraño que era estar sentada en el coche, al lado del hombre que se proponía matarla, escuchando la música.

Eve vio la figura de una mujer que salía de la tienda y cruzaba la carretera delante de ellos. No era posible equivocarse en identificar aquel anadeo, ni aquel largo cuello de gallina entre unos pesados hombros. Se trataba de Mrs. Peasley, una gran fuerza en el PTA[1]. Mrs. Peasley estaba precisamente guiñando los ojos, a causa de los faros encendidos y no era una mujer capaz de pasar ante un coche aparcado sin echar un vistazo. Y Mrs. Peasley se enorgullecía de recordar siempre los nombres. Dentro de unos momentos, diría: «Buenas noches… miss Ames», con su melosa voz.

Eve se sintió paralizada. Tuvo una visión de su propio cuerpo proyectado fuera del coche, mientras éste arrancaba y desaparecía. Rechazó la visión. No podía ocurrir semejante cosa; no quería ni imaginarlo siquiera.

—Ponga en marcha el coche —dijo Mariot a su oído—, y tuerza a la izquierda. Vámonos.

Sus manos y pies se lanzaron a los controles. El coche arrancó, asustando a Mrs. Peasley al pasar, rechinó al dar la vuelta a la izquierda y se alejó de la ciudad, en dirección al cañón.

—No vaya tan de prisa ahora —dijo Mariot, nerviosamente. Su boca estaba tan cerca de ella que pudo notar su respiración—. Despacio. Hay un puesto de gasolina, a un par de kilómetros de aquí, que estará cerrado ahora. Fuera tienen una cabina telefónica. No sé —añadió con extraña simplicidad— cómo hubiera podido seguir apuntándole con la pistola, en la tienda, sin parecer extraño.

¿Y a qué distancia se hallaba ahora del balazo?, pensó Eve; pero no era una idea grata y la rechazó.

—Además —añadió Mariot salvajemente—, aquella Mrs. Peasley me conoce.

—¿Le… conoce?

—El viejo tonel ha tenido que meter las narices en mis asuntos —dijo Mariot, lleno de exasperación.

Eve notó que le subía la risa por la garganta y procuró ahogarla. ¡Se había salvado por un pelo! Lo que al principio le pareció un desastre resultó luego su salvación, por lo menos temporal. Pero Eve comprendió que no podía perder el tiempo pensando en el pasado. Tenía que mirar sólo hacia adelante, llena de esperanza. Muy bien, telefonearía a su propia casa y nadie contestaría. Y después de eso no sabía qué iría a pasar, pero, por lo menos, así ganaba algo de tiempo. Y podía ser que Mrs. Peasley hubiese visto algo…

Geoffrey Taggart subió precipitadamente las escaleras de la casa de Eve y llamó a la puerta. Ésta se abrió rápidamente y una fuerte mano de hombre le arrastró hacia adentro.

—¿Quién es usted? —preguntó el teniente Lord, con acritud.

—Me llamo Taggart y soy amigo de miss Ames; ¿está aquí? —contestó Geoffrey con su voz agradable y cultivada.

—¿No me dijo usted por teléfono que no sabía adonde había ido miss Ames?

—No dije eso, exactamente; dije que le había pedido una cita y me contestó que no.

Era un hombre delgado, de unos treinta años. James Lord, con sus duras facciones y su aire de hombre práctico parecía un tanto estólido, al lado de la extraordinaria delgadez de Geoffrey.

—¿Qué le hizo suponer que miss Ames estaría aquí? Si sabe usted algo, dígamelo —le preguntó el teniente.

—Supuse que a lo mejor quería lavarse la cabeza —dijo Geoffrey abruptamente —. Quiero decir que…

—Bueno, pues no está lavándose la cabeza —replicó Lord—. ¿Está usted pensando en alguna otra amiga, tal vez? Escuche, Taggart: Miss Ames se halla en un gran apuro; en un apuro tremendo, créame. Los ojos del teniente eran fríos y firmes. La excitación de Geoffrey se calmó un poco.

—Ya lo sé. Estoy preocupado; por eso he venido.

El teniente le había vuelto la espalda, como si no esperase obtener ayuda alguna de su parte. Geoffrey añadió.

—Sé que no está en casa de miss Connor, como ya le dije. Pero Eve puede haber ido a San Diego; tiene unos parientes allí…

—Se llama tía Marie. Eso es todo lo que… —La voz de Geoffrey se apagó mientras se encogía de hombros, abatido.

—¿Esa tía es parienta carnal suya? ¿Está casada? —La voz del teniente era muy precisa y rápida.

—Creo que sí.

—Entonces no sabemos su apellido.

—Después de todo, Eve no dijo nada de ir a San Diego. Puede que haya ido a comer algo; es ahora de cenar.

—Esperemos que sea así —dijo el teniente.

—¿Está vigilada la casa?

—Sí, la casa está vigilada, no se preocupe por eso. Si quiere quedarse aquí, estese quieto y cállese; nuestro hombre puede venir de un momento a otro. Eso si no se ha encontrado ya con ella.

—Pero seguramente no… —se inquietó Geoffrey.

—Sí, seguro, seguro —replicó Lord, fríamente—. Pero él va a pie y puede meterse por cualquier parte. Perdóneme; quédese aquí, oculto, hasta que yo vuelva para dejarle salir.

El teniente salió de la casa y cerró la puerta. Geoffrey se quedó dentro y miró en torno suyo, pestañeando. Las cortinas de la salita de Eve estaban echadas. La

habitación estaba cerrada, vacía, silenciosa. Geoffrey se sentó…

Fuera, Lord anduvo por la calle, lentamente, sin dar la menos sensación de urgencia. Al volver la esquina se paró, encendió un cigarrillo y le dirigió la palabra a una sombra que se hallaba oculta entre dos casas.

—¿No hay novedad?

—Nada.

El teniente Lord miró hacia el cielo.

—Es una persona encantadora esta miss Ames, mi hijo la quiere mucho.

—¿Cómo va a poder encontrarla él, si no lo hemos conseguido nosotros? —dijo la voz, desde las sombras.

—A lo mejor es por eso por lo que no la encontramos —contestó Lord—. ¿Qué hora es?

—Las seis cincuenta y cinco.

El teniente juró en voz baja…

El teléfono sonó en el apartamiento de Eve. Geoffrey Taggart, asustado, lo contempló durante un momento, luego se levantó, lo cogió cautelosamente y dijo:

—¡Diga!

—Soy Frances Connor —dijo una voz, rápidamente.

—¡Oh, Frances! —contestó Geoffrey, con gran alivio—. ¡O sea que ha oído usted la radio! ¿Dónde está Eve? ¿Lo sabe usted? ¿No está con usted, verdad?

—No, ¿no está ahí? —La voz parecía tensa.

Naturalmente, se dijo Geoffrey, también su propia voz sonaba tensa.

—No. Nadie sabe dónde está. ¿Dónde puede haber ido? —No esperó a que le respondiera—. Frances, ¿sabe usted dónde viven sus parientes de San Diego?

—No, yo…

—He pensado que a lo mejor se había ido allí. Sabía que no estaba con usted. Y yo, estúpido de mí, pensé que necesitaba lavarse la cabeza. Todas las mujeres… —De pronto se dio cuenta de que aquélla no era la ocasión de mostrarse ingenioso—. Me gustaría saber dónde ha ido, qué podría yo hacer. La policía opina que a lo mejor ha ido a un restaurante. ¿Dónde está usted, Frances?

—En una cabina telefónica en… —La voz se calló de pronto y Geoffrey, frunciendo el ceño, escuchó. La voz pareció recuperar vida de nuevo.

—¿Dijo usted que la policía estaba ahí?

—Sí. En la casa no, pero están rondando por la calle. Dicen que el hombre ese, Mariot, va a pie y es muy escurridizo y que seguramente intentará venir aquí. ¿Está usted sola, Frances? —Tampoco esta vez esperó la respuesta—. ¿Le gustaría venir aquí? Tal vez sería mejor que usted y yo reuniéramos nuestras fuerzas.

—¿Entonces usted cree que ella irá allí? —dijo la voz.

—No podemos estar seguros, pero esperamos que sí.

—Puede que vaya.

—Muy bien, estupendo.

—Adiós, Adam —dijo la voz, que de pronto se hizo más alta, diferente. La comunicación se cortó de repente. Geoffrey colgó el aparato, frunciendo el ceño.

Se metió las manos en los bolsillos. *Adam.* No era propio de Eve contarle eso a Frances Connor. Si un hombre se interesa un poco por una chica llamada Eve y sugiere que a lo mejor alguna vez se convierte en su Adam, eso son cosas muy íntimas; no son para reírse de ellas con una confidente amiga. Claro que era muy posible que Eve considerara a Frances como una madre, en cierto modo. Geoffrey trató de borrar de su mente la ofensa. No era aquél el momento de sentirse puntilloso. Eve se hallaba en un apuro… un apuro terrible había dicho el teniente.

A Geoffrey no se le ocurría qué cosa podría hacer. Todo el asunto era tan violento y tan… extraño. Parecía no haber manera de solucionar el problema, de encontrar a Eve, de salvarla. ¿Qué otra cosa podía hacer él o…, en todo caso, la policía… más que esperar? Se paseaba sin descanso por la habitación vacía y silenciosa…

Eve colgó el teléfono precipitadamente, para evitar que Geoffrey reaccionara a aquella insinuación de *Adam.* Se sentía apretujada en la cabina, teniendo al lado al hombre y su arma. Pasó un rato malísimo, después de que el hombre marcara el número, cuando, a pesar de confiar en que nadie contestaría su llamada, Geoffrey cogió el teléfono. Pero ahora se sentía agradecida; agradecida a que su propia voz hubiese sido firme y decidida, agradecida a que Geoffrey no la hubiese traicionado, agradecida a que dijera que sabía que ella no iba a ir a ver a miss Connor. Mariot tenía que haberse convencido por completo de que ella *era* Frances.

Y se sentía agradecida sobre todo por haber podido establecer contacto con un amigo. ¿Habría conseguido establecerlo? ¡Oh, Geoffrey tenía que darse cuenta! El nombre de Adam tenía que haberle demostrado plenamente con quién estaba hablando. ¿Pero qué ventaja iba a resultar de que él captara su mensaje? No había podido decirle nada útil, con el arma pegada a un costado y Mariot escuchando la conversación, con el oído tan cerca del suyo que casi estuvieron mejilla contra mejilla.

Se sintió encantada de salir de la cabina al aire libre. El coche estaba aparcado cerca de los postes de gasolina, completamente silencioso, ya que Mariot había cerrado la radio. Ninguna de las personas que pasaron por allí les prestó la menor atención, ni a ellos ni a la cabina telefónica cuya puerta dejaron entornada para que les llegara un poco de luz. Ella, el hombre y el arma habían estado apretujados en la semioscuridad y ahora andaban en la semioscuridad, hombro con hombro, dirigiéndose hacia el coche. Los coches seguían su camino y ningún motorista se entretenía en mirar más allá de donde llegaban los rayos de luz de sus faros. Se hallaban de nuevo en el coche de Frances Connor y la policía, por lo que había dicho Geoffrey, creía que los dos iban a pie.

Una vez más, Eve se sobrepuso al miedo que la invadía. Dócilmente, se introdujo en el coche, en el asiento del conductor, esperando hallar una ocasión favorable. Era

Frances quien debía estar ya impacientándose e inquietándose. Y también tenía que contar con Geoffrey, que debía haber captado el mensaje. Y todavía quedaba Mrs. Peasley e incluso quizá Mr. Johnson, si hubiera dado la casualidad de que se asomara a la ventana justo a tiempo de ver pasar el coche de miss Connor, dando aquellos salvajes bandazos. Toda una serie de pequeños puntos de contacto que pronto o tarde la policía acabaría por relacionar. Su salvación estaba en ganar tiempo. Eve se sentó en silencio, con las manos apoyadas suavemente en el volante.

—Tengo que ir a su casa —dijo Mariot. Era un hombre de ideas fijas. Todo, según él, debía desarrollarse según su propósito. Y en la prosecución de su idea se mostraba astuto y frío.

—¿Por qué—preguntó Eve suavemente—, si ella no está allí?

—La esperaré.

—La policía irá allí.

—Al diablo con la policía. Y aunque fuera una trampa, yo la veré primero y luego, ¿qué importa? —Se movió en su asiento de un lado a otro—. Sólo tengo que adelantarme a ellos una vez, eso es todo. ¿Tiene garaje?

—No tiene coche.

—Todas las casas tienen una especie de garaje —repuso él, ásperamente.

—Hay un garaje —admitió Eve—. Su apartamiento está sobre un garaje doble.

—Ya —dijo él con satisfacción—. ¿Hay escalera interior?

—Hay una escalera. —La puerta que daba a su apartamiento, desde el garaje, estaba siempre cerrada con llave, para protegerse. No supo si decirlo o no.

—¿Hay algún coche en el garaje?

—Uno —admitió Eve.

—Pues lleve éste hasta allí.

—Me pararán —murmuró ella.

—Puede usted decir en voz alta quién es. El tipo aquel cree que va a ir usted, ¿no es cierto? Tiene que ir.

—¡Pero es imposible! ¿Y si las puertas no están abiertas? ¿Y si…? ¡No, es imposible!

Para sorpresa suya, él comprendió su punto de vista, igual que si fueran colaboradores.

—Muy bien. Entonces nos quedaremos por los alrededores; aparcaremos en algún lugar cercano y cuando ella llegue…

Eve no respondió, pero él parecía leer sus pensamientos y se sintió alarmada.

—La *reconocerá usted* —dijo—; sabe usted perfectamente cómo es.

—¿Yo?

—Y me lo dirá —añadió. Estaba sonriendo cruelmente.

—Puede que no llegue nunca —replicó Eve, débilmente—. Puede que haya ido a San Diego.

—Arranque —ordenó Mariot.

Eve arrancó y condujo el coche hacia la ciudad.

—¿Qué…? —empezó Eve.

—¿Sí?

Era extraño pero a veces parecía que estaban del mismo lado, tratando de dar juntos solución al problema. Tal vez fuera así porque ella tenía que llenar su pensamiento con algo más que su propia identidad. Eve sentía un miedo atroz a la intuición del hombre y tenía que procurar adivinar lo que estaba pensando.

—Iba a decir que qué hacemos con el hombre que contestó al teléfono.

—Al diablo con él.

Mariot no parecía atemorizado; se sentía más allá de eso. Barrió de su mente la idea de Geoffrey. Mariot tenía un arma, por tanto también Geoffrey podría hallarse en peligro. Eve pensó en la delgada figura de Geoffrey y su faz inteligente. ¿Sería capaz de afrontar con salvaje valor un peligro salvaje? ¿Podría hacerse algo más? ¿Habría algún sistema de vencer la furiosa desesperación de aquel hombre?

—Mr. Mariot —dijo, en un susurro—. ¿No se dio usted cuenta del dolor de su mujer? ¿No comprendió lo que ella estaba sufriendo?

Fue como si un choque eléctrico estremeciera su cuerpo.

—No me importa nada que sufra —contestó; luego estuvo un rato maldiciendo monótonamente. Corrían a lo largo del cañón, pasando por delante de la tienda de Johnson que ahora estaba cerrada y oscura—. ¡Si a ella no le hubiera dado pereza levantarse de la cama caliente! —se enfureció—. ¡Pero no! ¡Cuando yo no estoy no se levanta! ¡Y el muchacho tuvo que prepararse su propia comida…! ¡Pero a ella qué le importaba!

—¿Se levantó y guisó cuando usted se fue? —preguntó Eve, un poco irónicamente.

—Sí, a las tres en punto —gruñó Mariot—, porque yo la obligué.

La obligó, ¿eh?, pensó Eve. Pero no es necesariamente fatal para un chiquillo prepararse su comida una vez en la vida. Y no hubiera sido fatal para éste… a no ser por la falta de cuidado de *su padre*. ¡Y usted lo sabe muy bien!

Eve no dijo nada.

—No había razón para que se pasara toda la mañana en la cama —siguió gruñendo Mariot—. Tenía que ocuparse del chico. Y no lo hizo; no se preocupó por el niño. Y yo *la llamé*. —Su voz se quebró—. La llamé por teléfono en cuanto llegué a casa de Jasper. Me di cuenta de que no llevaba la pistola y la llamé. Y no era demasiado tarde aún, miss Connor, no era demasiado tarde.

—¿Qué hora era cuando llamó usted, Mr. Mariot? —preguntó Eve suavemente.

—La una en punto. Justo después de mediodía. Sólo la una, ésa era la hora. Y ella me dijo que estaba todo en orden. Acababa de levantarse de la cama, ¿comprende?, pero no quiso que yo lo supiera. Y no era demasiado tarde, para prepararle la comida al chico.

Lanzó un profundo suspiro, cargado de angustia.

Sí era demasiado tarde, pensó Eve, ¡desgraciado! Ya era demasiado tarde y él lo sabía también.

Pero no se atrevió a decir nada. Tuvo entonces la sensación de que la energía le abandonaba un poco y que su loco propósito se hacía más débil a medida que la presión iba cediendo. Cuando más le hiciera hablar, tal vez la tensión cedería con mayor rapidez.

—Piense usted, Mr. Mariot, en que quizás ha matado a su mujer. La policía dijo que estaba herida muy gravemente.

—¿Sí? —respondió el hombre; no parecía importarle mucho.

—¿No le parece suficiente?

Pero Mariot estaba otra vez moviéndose de un lado a otro, en desesperada inquietud.

—Me había ido con mis amigos, a cazar. Y ni siquiera recibí el mensaje hasta las diez de aquella noche. Nos habíamos ido a un parador, a bebemos unas cervezas. Es algo que me pone fuera de quicio, miss Connor.

—Lo comprendo —contestó Eve; su voz temblaba y sintió un profundo dolor en el pecho, de compasión por él.

—Mis amigos me dijeron que me quedase allí a descansar —gritó Mariot—. ¿Cómo podría dormir? A medianoche no pude más y me vine hacia aquí.

—¿Es un viaje muy largo?

—Diez horas.

—¿Diez horas de ida y diez de vuelta? Debe estar usted muy cansado.

—Sí, muy cansado.

Se sintieron unidos, en cierto modo. Él empezó, por fin, a sentir la genuina simpatía de Eve.

—¿No hay aquí ningún lugar donde pueda usted dormir unas pocas horas? —sugirió Eve.

Pero Mariot contestó con extraña solemnidad:

—Ya dormiré en la tumba. O en la cárcel, lo mismo me da. Siga adelante, miss Connor —añadió con dureza—; todavía nos falta mucho.

—Dudo que lleguemos —replicó Eve—. Nos estamos quedando sin gasolina.

—Pare entonces. Párese en aquel solar. —Su voz era enérgica, perentoria; el nuevo problema parecía infundirle bríos.

Eve se las arregló para llegar al lugar indicado. Aparcaron bajo los árboles. Él se inclinó hacia adelante para ver el indicador de gasolina. Una mano, la izquierda, en la que le faltaba la falange, estaba tanteando el asiento, a su espalda. Mariot la miró a la cara y su expresión era recelosa. Eve le devolvió la mirada, inocentemente.

—Miss Connor —dijo Mariot—, no me fío de usted. Está usted tratando de ayudarme demasiado. No importa, ya he pensado en la manera de seguir apuntándole con el arma para que todo vaya bien. Coja usted todo esto y podremos conseguir más gasolina.

Le tendió la caja de gasas y el esparadrapo que habían comprado para curar la pierna de Frances Connor.

—Vamos —dijo Mariot. Su mano izquierda apuntaba directamente a la joven—. Vamos, véndeme; vende la mano, la pistola y todo. Parecerá como si estuviese entablillado o algo así, pero la pistola podrá funcionar perfectamente porque tendré siempre el dedo puesto en el gatillo y nadie podrá darse cuenta de ello, más que usted. Y no intente apretar demasiado el esparadrapo o hacer algún truco, miss Connor. Recuerde que podría arreglármelas yo solo y que este solar podría estar aguardándola.

Estaban dentro de la ciudad, en una calle en la que había pocas tiendas y todas estaban cerradas. No había cines en aquel sector, ni nada que atrajera la atención; no pasaba un alma por la calle.

Eve cogió la caja de gasas y el esparadrapo.

—No puedo fiarme de usted —repitió él, casi como si lo sintiera—. No quiere usted ayudarme a matar a miss Ames. Nadie quiere ayudarme, pero lo haré, a pesar de todo.

—No soy enfermera —dijo Eve—. Probablemente le haré un revoltijo con todo esto.

Mariot permaneció en silencio. Su mano parecía tan metálica como la pistola cuando Eve empezó a vendarla, dejando la venda un poco floja. Luego, con la mano libre, Mariot encendió la radio y buscó en el dial una emisora que transmitiese noticias.

La emisión de noticias de las siete en punto, en la KYOS, estaba acabándose. El locutor terminó una frase: «… bien vestida, con aspecto muy airoso». Se interrumpo para respirar y continuó: «Se suplica a todos cuantos hayan visto a una mujer cuyas señas correspondan con esta descripción que lo comuniquen a la policía. Repetimos: Cualquiera que sepa el paradero de miss Eve Ames debe ponerse en contacto con la policía en seguida. Y aquí terminan las noticias transmitidas por nuestra estación». A continuación empezaron a radiar música.

Mariot soltó un juramento:

—¡Ya podían haberme dicho cómo era miss Ames!

Eve, empleando las dos manos para cortar el esparadrapo y ocultar su temblor, dijo con un estremecimiento nervioso:

—Debería usted haber ido a las reuniones de la PTA alguna vez en la vida.

Le pareció que algo parecido al sonido de una risa salió de la garganta del hombre. Le miró directamente a los ojos, pero éstos no se reían. Era imposible. En realidad estaban como muertos.

—Siga vendando —gruñó Mariot—. No haga tanto aspaviento…

—Ya son más de las siete —dijo Lord—. ¿Quiere usted quedarse aquí o salir

afuera?

Geoffrey se levantó.

—Miss Connor va a venir a encontrarse conmigo aquí; le hablé por teléfono. Si hay algo que pudiéramos hacer…

—¿Qué coche lleva?

—Un sedán de dos plazas. Azul oscuro.

—Muy bien. Se encontrará con mis hombres a la entrada de la manzana. Estamos parando a toda alma viviente que intenta entrar en esta manzana.

—¿Tiene algo que objetar a que me quede aquí? ¿Hay algo que pudiera hacer?

—No sé qué puede hacerse —contestó Lord, con un deje de simpatía.

—Tal vez sea mejor que salga fuera.

—Muy bien; baje las escaleras tranquilamente. Conduzca hacia el norte; mis hombres le dejarán pasar.

—Sí. ¿Le importaría mucho que volviera luego por aquí? Tengo que encontrarme con miss Connor; está tardando demasiado.

—Váyase. Y vuelva luego si quiere —respondió Lord, con cansancio.

—Todo esto me pone fuera de mí —confesó Geoffrey—. Me siento deprimido. Las cosas como ésta… Supongo que ustedes, los profesionales, estarán acostumbrados. ¿Quiere ser franco conmigo? ¿Tiene usted alguna esperanza?

—Hacemos todo lo que podemos —contestó el teniente.

Después de acompañar a Geoffrey hasta su coche, se volvió a la ventana, rascándose la nuca. Hacían su trabajo. Cierto, pero eso no garantizaba el éxito. El hombre enloquecido intentaría llegar a la casa, ¿no es eso? ¿Debía el teniente haber hecho transmitir por radio que miss Ames estaba en su casa? ¿O hubiera sido demasiado obvia la trampa?

¿Dónde demonios estaba la muchacha? Una chica encantadora. El teniente casi podía asegurar que no se paseaba una sola chica por las calles de la ciudad sin estar vigilada estrechamente. Pero si miss Ames se hallaba a salvo, aterrorizada y escondida en cualquier lugar, ¿por qué no les avisaba? El teniente se decía que, como quiera que fuera, ella debería ponerse en contacto con ellos. Temía que ella no estuviese segura donde estaba. A menos que se hubiese ido a San Diego. Pero uno no podía llamar a todas las mujeres de San Diego que se llamaran Marie. E incluso desde allí podía miss Ames haberse enterado de lo que pasaba, y llamarles…

Con el corazón en la boca, Eve condujo el coche hasta la estación de servicio y se acercó a la bomba. Un empleado salió a atenderles. Eve sintió que se le paralizaba el corazón; el hombre era desconocido.

¿Pero y si era uno de los que había oído su descripción por la radio? Pero no debía desechar toda esperanza. La había transmitido la estación local y aquélla era la hora de los niños… ¿Cuántos adultos habrían estado escuchando? ¿Y habría transmitido la noticia también la red nacional? Eve pensó que no. O, más bien, deseó

que no; porque si el empleado decía de pronto: «¿No es usted la profesora que la policía anda buscando?», no le cabían muchas dudas de que el arma se pondría en funcionamiento.

Claro que si el hombre tenía algún control sobre sí mismo y reconocía también a Mariot, no diría ni una palabra. Pero Mariot tenía los dedos de la mano izquierda hacia adentro y no se le notaba la falta de la falange. Mariot estaba sentado tranquilamente, con la mano derecha, cubierta de vendajes, apoyada en el brazo izquierdo; tenía la expresión concentrada y tensa y la pistola estaba en perfecta posición para herirla a ella fatalmente.

—¿Lleno el depósito del todo? —dijo el empleado, alegremente.

—Sí, por favor.

El hombre fue a la parte trasera del coche.

—Pague usted —gruñó Mariot. No quería enseñar sus manos.

Eve cogió el bolso, que se hallaba en el asiento, entre los dos. Recordó de pronto que en la cartera llevaba su seguro de vida, su carnet de identidad y su licencia de conducir.

Abrió la cartera volviendo el lado en que se hallaba su licencia metida en su departamento de plástico, de forma que el hombre no pudiera verla. Sacó un billete de diez dólares, cerró la cartera nerviosamente, la dejó sobre su falda y jugueteó con el billete. Si Mariot pudiera disponer del libre uso de sus dos manos hace ya mucho tiempo que hubiera registrado el bolso.

¡No más «síes», Eve! ¡Deja ya de atormentarte por los riesgos pasados!

¿Cómo podría usar su nombre y dirección para ponerse en comunicación con la policía? ¿Enseñárselo al empleado de la estación? El hombre podía no darse cuenta de su significado; y podía darse demasiada. No debía correr ese riesgo. No podía explicar que Mariot era un asesino que iba armado. ¿Dejar caer la cartera, entonces? Pero allí no; a lo mejor el empleado la veía demasiado pronto y echaba a correr detrás de ellos, gritando.

—¿Quieren que mire cómo están de aceite?

—No; no vale la pena —dijo Mariot; su voz era tan dura como el metal—. Ni hace falta tampoco que limpie el parabrisas.

-—Como ustedes quieran.

Eve le entregó el billete. Mientras el hombre contaba el cambio, le dijo a Mariot, amablemente:

—¿Qué, se ha herido el brazo?

—Me lo he roto.

—¡Ah, mala cosa!

—Sí.

Eve tomó el cambio y lo metió en el bolso; sus manos se movían rápida y nerviosamente.

—Muy bien; vámonos —dijo Mariot en voz baja.

El coche arrancó. El bolso resbaló de su pierna izquierda y de nuevo volvió a caer sobre el asiento, entre los dos, pero la cartera estaba en su falda, escondida entre los pliegues de la chaqueta.

Eve retiró el pie del acelerador, porque acababa de ver a Geoffrey Taggart. Iba en su convertible negro y se dirigía hacia el cañón, conduciendo muy de prisa. La postura y todo su aspecto denotaban que se hallaba bajo una gran tensión. La estaba buscando a ella, claro. Y no la había visto. Eve no sabía si alegrarse o lamentarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Mariot; era tanta su concentración que podía leer sus pensamientos.

Eve hizo un esfuerzo para olvidarse de Geoffrey.

—Quisiera que apartara usted un poco la mano vendada. ¡Me pone tan nerviosa! Me resbaló el pie.

Mariot no respondió. El coche arrancó de nuevo. Ahora estaban al lado de la acera, forzados a esperar a que cambiaran las luces de tráfico.

—El hombre de la estación de servicio nos está mirando —dijo Eve con los ojos fijos en el espejo retrovisor.

Mariot tuvo que volver la cabeza para mirar atrás. Eve metió la cartera entre el asiento y la rendija que dejaba la portezuela.

—Tengo la falda cogida en la puerta —dijo con irritación—; me está poniendo medio loca.

—Ya —gruñó Mariot, volviendo la cabeza, receloso—. No sueñe usted en salir del coche. Por ahora no. Entérese bien, miss Connor.

—Si pudiera dejar libre mi falda —insistió ella, suavemente—. Por favor.

—Estamos a casi cuatro manzanas de nuestro destino y vamos a llegar hasta allí; y yo la necesito a usted.

—Por favor. —Eve levantó las dos manos del volante.

—Bueno, muy bien. Pero de prisa; la luz va a cambiar y podrá volver la esquina.

Eve quitó el pie del freno y el coche se movió un poco. Eve abrió la portezuela con la mano izquierda y dio un tirón a su falda con la derecha. La cartera cayó sobre la acera. Eve cerró la puerta rápidamente, agarró el volante y giró de prisa hacia la derecha, haciendo que su pasajero se cayera hacia un lado, por la violencia de la vuelta.

—¡Por poco me rompe el cuello! —gruñó Mariot—. ¡Las mujeres conduciendo! Y ahora escuche.

Pero ella no le prestó la menor atención, estaba meditando en sus posibilidades.

Geoffrey iba a ver a Frances; pronto se enteraría de que ella se había ido en el coche de miss Connor. Y la policía recibiría en seguida la información. O sea que el coche se pondría… ¿cómo lo llamaban? «Caliente». Encontrarían su cartera y así podrían localizarla en la ciudad. Todo aquello era muy bonito… o por lo menos lo deseaba así, frenéticamente.

Mientras tanto, no podía imaginar siquiera lo que ocurriría cuando llegaran cerca

de su apartamiento. Si se las arreglaba para llevar el coche hasta el garaje y Mariot se encontraba allí metido en la trampa, sin salida…

No, pensó Eve, aquello no era posible. Tendrían que esconderse en la oscuridad y esperar a que apareciera miss Ames, andando hacia su casa. Miss Ames no aparecería nunca y eso era todo.

—Tuerza a la derecha —dijo Mariot.

Eve obedeció, esperando encontrar algún peatón, aunque sin grandes esperanzas. Nadie mira a la cara de un conductor, en la oscuridad. Sólo pasaban automóviles y no gente; los faros son ojos, y las cubiertas del motor, narices. Y tiene uno tentaciones de decir: «¿Qué irán a hacer estos coches?».

Eve torció la esquina, se dirigían hacia el norte, a una manzana de casas de distancia de la carretera principal. Su apartamiento estaba tres calles más allá.

—Escúcheme —dijo Mariot con voz preocupada—; tuerza suavemente a la izquierda en la próxima manzana y diríjase hacia el espacio de aparcamiento que hay detrás de aquel restaurante de la carretera.

—¿Por qué…?

—*Obedezca*. Policías.

Eve lo hizo.

Mientras daba la vuelta, echó un vistazo a las luces de dos coches de la policía, que estaban atravesados en la calle, impidiendo el paso. Al mismo tiempo, una mirada automática por el espejo retrovisor le demostró que un policía en moto estaba detrás de ellos y se quedaba en la misma posición.

Eve siguió hacia la derecha, conduciendo lentamente y con precaución. El policía parecía no tener prisa y no les pasó. Eve no podía imaginar cómo se las arreglaría el policía para coger al arma o siquiera saber dónde estaba escondida, todo ello en un segundo. Prefirió no pensar en nada.

—Diríjase hacia el solar —dijo Mariot. Se había dado cuenta que el policía estaba detrás.

Eve saltó a la acera y la cruzó para meterse en el espacio que había detrás del parador. Mariot hizo que se pusiera en el rincón más apartado, contra un paredón. Cuando apagó el motor, Eve se dio cuenta de que estaba temblando. El policía seguía detrás.

Mariot pasó el brazo por sus hombros y la estrechó con fuerza. La pistola, entre las gasas, le apretaba contra las costillas, dolorosamente. La áspera piel de la cara de Mariot le raspaba en la suya; la mano izquierda del hombre le impedía echar la cara hacia atrás.

El policía de la moto dio la vuelta, lentamente, por todo el perímetro del solar; iba ligeramente inclinado hacia la derecha y miraba a la pared como si anduviera buscando algún agujero. No prestó la menor atención a sus siluetas abrazadas. Luego se fue más allá a inspeccionar los vados, bajo los soportes que sostenían el gran letrero, al borde de la carretera. Acabó su inspección y se fue en seguida.

El coche de Frances Connor todavía no estaba «caliente».

Eve se sintió exhausta. Yacía inmóvil, con su mejilla contra la cara del asesino. El hombre empezó a separarse un poco y la pistola aflojó su presión. Durante el espacio de dos minutos permanecieron apoyados uno en el otro, como buscando ayuda, y aquel fue un momento de paz.

Esto es demasiado, se dijo Eve, estoy rendida… y él debe estar aún más cansado. Tendrá que abandonar la idea. No tengo que hacer más que permanecer aquí hasta que ya no pueda más…

En el puesto de gasolina, un hombre que estaba esperando que le examinaran las bujías, se paseaba tranquilamente por el sendero. Recogió la cartera de Eve pero no le prestó atención ninguna y se la metió en el bolsillo.

Cuando su coche estuvo listo, arrancó y se fue. Viajaba solo. Al entrar en la carretera de la costa se encontró la luz roja. Mientras esperaba que cambiase se entretuvo echando un vistazo a la cartera y sacó el dinero que había. No era mucho: un billete de cinco dólares y tres de uno. Se encogió de hombros y se metió los billetes en el bolsillo. La luz cambió y él arrancó y se dirigió hacia el sur. Cuando salía de la ciudad tiró por la ventanilla la cartera que acababa de saquear…

A Geoffrey Taggart le dolían ya las mandíbulas de tanto apretarlas. *¡Adam!* Demasiado tarde, se dio cuenta de lo que podía significar en realidad aquella palabra. ¿Era posible que fuera la propia Eve la que le habló por teléfono? Ya no creía que hubiera sido Frances Connor, porque entonces se la hubiera encontrado en la carretera. Frances no había salido a encontrarle, era demasiado tarde. Por eso él se dirigía a toda velocidad a casa de Frances.

Cruzó a toda marcha la carretera del cañón, luego el coche trepó colina arriba y cuando llegó a lo alto los faros iluminaron la silueta de Frances Connor, con el abrigo echado por encima, como un manto, cojeando entre las roderas del barro. Geoffrey frenó.

—¡Geoffrey! Ya era hora. Eve está bien, ¿verdad?

—Nadie lo sabe, Frances. —Había salido del coche y la ayudaba a andar—. ¿Qué le ha pasado?

—Me torcí el pie, pero no es nada. ¿Qué quiere decir eso de que nadie sabe cómo está Eve? Se fue de aquí hace más de una hora. Yo creía que te había enviado para darme noticias suyas.

—¿Que se fue de aquí? ¿Eve?

—Claro que sí. Oímos lo que dijo la radio y ella se fue para llamar a la policía.

—Entonces fue cuando me llamó *a mí.* —Geoffrey se sentía desesperado.

—¿Qué te llamó a ti? ¿Dónde estaba? ¿Qué dijo?

—No reconocí su voz. Por alguna razón que no conocemos, se hizo pasar por

usted.

Le hizo un resumen de lo que había ocurrido. Todo menos lo de la palabra Adam; aquello no pudo decirlo; se sentía demasiado mal por la sensación de culpabilidad. Pero le había cogido de sorpresa, no estaba preparado para señales crípticas.

—No tiene más remedio que haber sido Eve —dijo Frances, asombrada, cuando él acabó.

—¿Pero por qué no me decía la verdad? —contestó Geoffrey, irritado, a causa de la preocupación—. Y si estaba en un teléfono, ¿por qué no llamó a la policía? ¿Qué le ha pasado?

—Yo tampoco lo entiendo —continuó Frances—, pero estamos perdiendo el tiempo.

—Eve no ha llamado a la policía y no saben nada de ella. ¿Por qué no…?

—Ayúdame a llegar a tu coche y dale la vuelta.

Geoffrey maniobró con el coche.

—Tenía entendido —dijo, un tanto molesto— que ella no iba a venir aquí. Me duele. Eve, no se sabe por qué, me ha dejado a un lado.

—Eso no tiene importancia ahora —replicó Frances—. Estoy temiendo que se ha encontrado con Mariot. Vamos a la tienda.

—Está cerrada.

—Entonces despertaremos a Johnson.

La mente de Geoffrey dio de pronto con una explicación.

—Frances, ¿y si Mariot estaba en la tienda cuando ella entró? ¿Y si ella no se atrevió a dar su nombre… o no quiso que la oyera llamar a la policía?

—… Entonces tú le fallaste, le dijo su propia mente, inexorable.

—En ese caso no podremos despertar a Johnson —contestó Frances, lúgubremente—, ni a Eve, tal vez. Lo siento —añadió, mirándole a la cara—. Corramos.

La pequeña tienda estaba silenciosa y tenía la puerta cerrada con llave. Frances Connor gritó y alguien se asomó al piso superior.

—¿Mr. Johnson? Baje.

—¿Qué pasa?

Frances no se lo quiso decir y el hombre bajó. Las luces se encendieron y Mr. Johnson abrió la tienda.

No, miss Ames no había ido allí, pero él la había visto en el coche de miss Connor.

—Se dirigía hacia el cañón… y muy de prisa. Le vi dar la vuelta. Me quedé asombrado.

—¡Pero qué diablo! ¿Hacia el cañón?

—Eso es, miss Connor.

—Cuéntele lo que está pasando —le dijo a Geoffrey—, mientras yo voy a hablar

con la policía.

Frances echó una moneda en el aparato. El corazón le latía con fuerza.

Geoffrey le contó cuanto sabía a Mr. Johnson y éste, asombrado, dijo:

—No iba sola en el coche. No reconocí quién era, porque no le vi bien. Me parece que era un hombre. Desde luego, *alguien* iba con ella.

—¿Policía? —decía Frances en el teléfono—. ¿Han encontrado ustedes ya a miss Eve Ames?

—No, señora —contestó una voz cansada.

—Viaja en mi coche.

—¡Espere un momento! —La voz se avivó en el acto.

Una voz diferente dijo un momento después:

—El teniente Lord al aparato, ¿con quién hablo?

—Soy Frances Connor, directora del colegio Jefferson. Eve Ames se fue de mi casa, que está en el número 115 de Plum Terrace, hace alrededor de una hora, en mi coche. Tenía intención de llamarle a usted desde una tienda. Y el dueño de la tienda dice que la vio dar la vuelta, en dirección al cañón y que alguien iba con ella.

—¿Puede describir a esa persona?

—No, pero cree que era un hombre.

—No fueron muy lejos por el cañón —dijo Lord—. La cartera de miss Ames ha sido hallada hacia el sur de la ciudad, en la carretera de la costa. No había dentro ningún dinero; alguien debió saquearla, probablemente.

Frances, lanzó un profundo suspiro.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. Nada bueno.

—Puede que ella tratara de… —dijo Frances—. Una mujer llamó a Mr. Taggart y dio mi nombre. No era yo.

—¿Cuándo ocurrió eso? ¿Dónde recibió él la llamada?

—En el apartamiento de miss Ames.

—¿Qué dijo ella? Mr. Taggart no me habló de eso. —La voz del teniente sonaba seca por la exasperación.

Frances se lo explicó.

—¿La mujer dijo que iba a ir al apartamiento? —dijo Lord—. No me enteré.

—Pues ha habido tiempo —replicó Frances, débilmente.

—Deme la descripción de su coche —pidió el teniente.

Frances se la dio.

—Gracias —dijo Lord—. Es un placer hablar con usted. ¿Cómo iba vestida miss Ames?

—Un abrigo marrón, sin sombrero, un vestido de lana gris oscuro, zapatos marrones y un bolso marrón.

—Espere un momento.

Pasó un minuto y luego Lord habló de nuevo:

—Tenía entendido que miss Ames no iría a verla —dijo, con cierta severidad.

—Teniente… Eve dijo una mentira social.

—Comprendo —murmuró el teniente—. Muchas gracias, miss Connor. Haremos todo lo que podamos. —Colgó.

—Una mentira social —repitió Geoffrey; estaba temblando—. Eve no quería verme, por eso es por lo… ¿Dónde está ahora?

Frances sintió pena por él.

—O sea —le decía un oficial de policía al teniente Lord—, que puede que ella se haya ido a San Diego sola, presa de pánico. ¿Pero por qué mintió a Taggart? ¿Por qué tiró su cartera vacía? Y, si no está sola, ¿quién está con ella? ¿Mariot?

—Puede que Mariot la oyera cuando hizo aquella llamada. Ella intentaba llegar a su apartamiento, pero él la encontró antes.

—Y se fue hacia el sur solo.

—Y por tanto, tendremos que buscar un cuerpo vestido con un abrigo marrón, en la carretera del cañón.

—Está muy oscuro allí.

—Miss Ames era… una chica encantadora —dijo Lord, jugueteando con un lápiz —. Yo solía hablar con ella, en las reuniones de PTA, a propósito de mi hijo Terry.

—¿Va usted a las reuniones de PTA, teniente?

—No tengo más remedio, puesto que Alice murió. —Lord se levantó—. Será mejor que digamos a algunos de los hombres que están en el apartamiento que se vengan.

—¿Cuántos dejamos allí, teniente?

—Los suficientes para cubrir la casa.

—¿Cree usted en la posibilidad de que él no la haya encontrado?

—Al hablar con su mujer saqué la conclusión de que a él no le importaba nada su seguridad.

—¿Cree usted que piensa sólo en coger a la profesora y luego suicidarse? ¿O entregarse? ¿Eso es lo que usted cree?

—El hombre no tiene ya ningún interés por la vida —dijo Lord—. Dígame entonces, para qué necesitaba el dinero de miss Ames.

Detrás del parador, en el oscuro rincón del solar de aparcamiento, los coches llegaban y se iban, pero en menos número cada vez. El movimiento en el parador languidecía. Un coche permanecía en su sitio y la pareja que estaba en su interior no se movía mucho.

Eve había abrazado el volante y tenía la cabeza apoyada en los brazos. A la izquierda, el tráfico de los coches en la carretera de la costa era incesante. Y sin embargo allí, en el tranquilo rincón del solar de aparcamiento todo estaba

absolutamente quieto. El hombre que estaba al lado de Eve no se movía y parecía muy lejano. Podía haberse quedado dormido. Eve se preguntó si sería así y qué oportunidades le proporcionaría eso a ella. Moverse, hacer girar la manecilla, abrir la puerta y deslizarse fuera del coche parecía un proyecto formidable.

—Mr. Mariot —llamó en voz muy baja, al fin.

—¿Qué? —No se había dormido.

—¿Por qué no coge usted el coche y se va? Váyase a Los Ángeles. Allí no le encontrarán; yo no diría nada…

—Sí me encontrarán —dijo él distraídamente—. Claro que me encontrarán. —No parecía muy interesado.

—Mr. Mariot. —Eve intentó otra cosa—: ¿No le gustaría saber cómo está su esposa? ¿No le gustaría llamar al hospital? ¿O dejar que lo haga yo? ¿O ir a verla?

—¿Por qué? —preguntó él.

—Porque si no ha muerto; si está mejor, entonces…

Mariot empezó a moverse inquieto de nuevo.

—Estaba intentando ayudarle —dijo Eve.

Mariot no respondió.

—¿Qué placer se saca de la venganza —siguió Eve, en un susurro—, cuando se ha conseguido? ¿Se siente usted contento de haber herido a su mujer?

—Sí, me siento —contestó él—, como un chiquillo.

—Y después de que mate a miss Ames —dijo Eve lentamente, su voz era muy baja—, ¿qué? Sólo habrá conseguido que ella… muera.

—No haga usted eso —dijo él, casi con pena—. Ha sido usted muy buena, miss Connor. No empiece ahora a hablarme de todo eso. No intente convencerme.

—Me gustaría conseguirlo —replicó Eve desesperadamente.

—Ha sido usted muy buena —repitió el hombre—. Sue dijo que usted era una señora encantadora y yo también lo creo así.

¿Lo he conseguido? pensó Eve, como galvanizada. ¿Le habré enternecido? ¿Servirá de algo la compasión? ¿Me salvará? ¿Y a él también? Tuvo un momento de exaltación y temor. ¿Le habría desaparecido la loca obsesión, allí en aquella silenciosa paz? ¿Sabía que ella estaba a su lado, en cierto modo, que le comprendía?

Mariot dijo:

—Tiene usted muy buena reputación en esta ciudad.

—Por favor… —Eve levantó la cabeza, sonriendo, aunque tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Por tanto puedo usarla para protegerme. Ningún policía querrá herirla a usted.

El corazón de Eve se sintió desfallecer.

—Estoy pensando que podíamos dejar el coche y echar a andar por la calle; y cuando llegásemos a donde está la policía la pondría a usted entre ellos y yo y a lo mejor lograba pasar. Lo malo es…

—¿Malo? —le interrumpió Eve, un poco sarcásticamente.

—… Que todavía no sé dónde está ella. —Mariot volvió la cabeza impaciente—. ¿No estará en este parador, verdad?

—No —contesto Eve firmemente.

Era la verdad, el parador era un poco del estilo figón, apto sólo para los que transitaban por la autopista de la costa. Eve no había entrado nunca. Pero… ¡Oh! ¿Por qué no había dicho «Tal vez»? Algún ser humano que estuviera en el parador podía haberle ayudado.

Mariot estaba mirando el reloj.

—Bueno —dijo Eve, deseando de pronto hacer alguna otra cosa—, ¿qué hacemos ahora? ¿Qué está usted esperando?

—Las noticias de las siete y media.

—¡Las noticias! ¡Qué estupidez! —se burló ella—. ¿Cree usted que le van a decir dónde está ella, para que usted pueda encontrarla?

—Dirán si no saben dónde está todavía —le informó él, pacientemente—, y eso me demostrará que aún no ha ido a su casa, ¿no es verdad? O a lo mejor dicen que ha ido a San Diego. Faltan dos minutos.

Apretó el botón; un programa estaba terminando, con unos anuncios. Pero la mente de Eve se sintió presa de pánico. La policía *no sabía* dónde estaba ella. Nadie lo sabía. No obstante, su descripción podía volver a radiarse. Y aunque la torturada mente de Mariot no la relacionara con ella, había algo más. Geoffrey y Frances debían haberse encontrado ya. ¡Y la radio podía decir qué ella estaba en aquel coche! ¡Aquello tenía que notarlo! ¡Y sería su perdición!

—Me gustaría tomar una taza de café —dijo en voz alta, por encima del ruido de la radio—. No le van a decir dónde está miss Ames. —Eve hablaba sin apenas darse cuenta de lo que decía—. Y yo puedo averiguar si ha ido a San Diego. Escuche. —Audazmente, apagó la radio y volvió la cara hacia él—. Ahora recuerdo.

—¿Sí?

Eve observó que Mariot pestañeaba, dando claras muestras de la fatiga que sentía.

—Recuerdo ahora el nombre y las señas de la tía de miss Ames. Lo único que tiene que hacer usted es llamar por larga distancia.

—¿Sí? —dijo él, bastante débilmente—. ¿Y qué?

—Puede que miss Ames esté allí. Yo puedo llamar a su tía y averiguarlo.

—¿Desde dónde llamaría usted? —preguntó él, mecánicamente.

—Desde el parador.

Mariot estaba pensando, lentamente tal vez, pero conservando toda su astucia.

—Y si está en San Diego no podrá usted hacerle nada —exclamó Eve, con una nota de triunfo—, ¿no es eso?

—¿Por qué no? —replicó él en el acto, ásperamente—. Este coche puede llegar hasta San Diego, ¿verdad? En un par de horas.

Se rascó la barbilla con la mano izquierda; con el muñón del dedo índice se acarició el labio.

—No tenga miedo de ir al parador —dijo Eve apresuradamente—. ¿Por qué no podemos vendar el índice también? Entonces nadie le reconocería. Y la venda no le estorbaría para coger una taza de café, por ejemplo.

—Sí; véndelo —decidió él de pronto, tendiéndole el dedo.

Eve se puso a trabajar ansiosamente. Mientras estuviera manipulando en su mano izquierda, como la derecha la tenía también vendada, no podría apretar el botón de la radio. Claro que podía pedirle a ella que lo hiciera. ¿Cómo se las arreglaría entonces?

—Yo creo que Eve está en San Diego —empezó a decir, para distraerle—. La pobrecilla estaba tan aterrorizada que aquél es el lugar más a propósito para haber ido. Naturalmente, la gente en esos momentos piensa en la familia. Usted dice que yo soy muy amiga suya y es verdad, pero una amiga no es lo mismo que la propia familia.

—Puede ser —convino él.

—Espere un momento —dijo Eve, al ver que Mariot se movía—. Necesita un poco más de esparadrapo.

Ahora que Mariot tenía la mano izquierda colgando, Eve pudo advertir que estaba temblando.

—Mr. Mariot —dijo Eve poniendo sus dos manos sobre la temblorosa mano del hombre y atreviéndose por fin a hablar—; quiero que sepa una cosa. —Trató de mostrar simpatía, de encontrar un tono de voz convincente—. Todas *queríamos* al pobre muchacho. Nadie deseaba su muerte. Nadie. Y usted lo sabe.

—¡Cállese! —El hombre estaba ciego de rabia otra vez, la llaga estaba todavía demasiado al vivo; no debía haber intentado conmoverle.

Eve lanzó un largo y tembloroso suspiro.

—Muy bien; vamos al parador. Tomaremos una taza de café y usted llamará a la tía. Y si está en San Diego, el camino es demasiado largo y, como usted lo dijo, estoy cansado. Usted lo hará.

—¿Yo?

—Usted es su amiga. Miss Ames se sentirá enferma; sabrá ahora lo que es sufrir.

Eve aún tenía la mano del hombre entre las suyas; le miró a la cara en silencio.

—Y puede que ésa sea suficiente venganza —dijo Mariot, retirando la mano—. ¡Y ahora muévase!

»Si no está en San Diego —dijo un momento después—, haremos lo que ya dije. Iremos a su casa. Ya la tengo casi cogida, en cierto modo, pero si no… —Su boca se torció en un gesto cruel—. Me gustaría saber si está esperando alguna oportunidad, si espera que vaya usted… igual que esperó a que Danny muriera.

Eve comprendía el impulso que le movía. La muerte del chiquillo, aquella inaudita afrenta era la fuente de su rabia y de su energía.

Eve comprendió que en la mente del hombre ella no era una persona, sino un símbolo. Dijo, suavemente, porque no tenía más remedio que intentarlo y no se le presentaría, quizá, otra ocasión:

—Danny murió instantáneamente. Nadie podía hacer nada por él.

—¡No me mienta! —gritó—. ¡No me venga con esa excusa! ¡Cállese!

Eve esperó en silencio, convencida de que iba a recibir todas las balas del cargador de la pistola.

El hombre dijo, furiosamente:

—¡Salga!

Eve salió del coche, pensando: «En realidad no desea matarme. Está confuso y no sabe qué hacer. Si me estoy callada, el cansancio y la desesperación harán que ceda en cualquier momento».

No quería abandonar las esperanzas; ahí estaba el coche, alguien podría identificarlo. Y quedaba también su cartera; la policía la estaba buscando por la ciudad; habría gente en el parador y ella podía ser reconocida por cualquiera de ellos. Las manos vendadas del hombre llamarían la atención también. Tener heridas en las dos manos era una cosa poco corriente y puede que alguien le reconociera a él, tan pronto como a ella. La policía no estaba muy lejos, sólo a dos manzanas a la derecha y una hacia arriba. Si alguien entraba en sospechas podían llamarlos en seguida… Y, además… cuando la pistola disparara, puede que no la matara…

Aún le quedaban esperanzas. Tenía que mantenerlas, y para ello había que cansar al hombre.

El parador estaba en el otro extremo del solar. Eve y su compañero anduvieron hasta la entrada. Eve estaba segura de que el término de su extraña cautividad tenía que ocurrir muy repentinamente, como una explosión. Compuso su expresión lo mejor que pudo, porque sabía que Mariot la estaba mirando con curiosidad. Con el codo, él abrió el batiente de la puerta y entraron. Se hallaron de pronto bajo la luz.

La atmósfera estaba viciada por el humo y los -olores de las comidas. No había nadie sentado en la barra, ni tampoco en ninguna de las mesas, a lo largo de la pared. No tenían ni un solo parroquiano. El hombre del bar estaba leyendo las páginas de deportes del periódico y les miró sin especial amabilidad; Eve no pudo leer en sus ojos señal alguna de haberles reconocido, no demostró la menor curiosidad, ni tampoco alarma…

Frances Connor le dijo a Geoffrey:

—No corras tanto.

—No lograremos nada —dijo Geoffrey con desesperación—. Este es un trabajo para la policía.

—Yo conozco a mi coche mucho mejor de lo que puedan hacerlo ellos —insistió la dama, enérgicamente.

—Tendríamos que estar cerca de un teléfono.

—Da la vuelta aquí, Geoffrey, y despacio, por favor. Está muy oscuro debajo de esos árboles.

—Sigo creyendo que tendríamos que estar junto a un teléfono —insistió Geoffrey.

—¿Para qué nos iba a servir el teléfono? No hay ninguna necesidad de ser los primeros en oír que Eve está a salvo… suponiendo que esté a salvo.

—No diga eso —dijo Geoffrey, rechinando los dientes.

Ninguno de los dos se había sentido muy a gusto en aquel viaje por la carretera del cañón, donde detrás de cada seto podía hallarse el horror, tendido en el suelo o en el coche, abandonado.

—En lo que debemos confiar es en la policía —dijo. Geoffrey amargamente—, con sus coches patrulla y sus comunicaciones por radio. Es inútil que usted y yo, dos personas pacíficas e inexpertas, vayan vagando por la ciudad, registrando las sombras de las calles oscuras.

—Puede resultar útil, si encontrase mi coche.

—Su coche puede estar a cientos de kilómetros de aquí.

—Es cierto.

—Tenemos que afrontar los hechos tal como son, Frances. ¿Qué probabilidades tiene una débil muchacha, como Eve, contra un hombre enloquecido, que está armado?

—Puede que Eve sea más fuerte de lo que tú supones —dijo Frances—. No podemos perder las esperanzas.

—Nos estamos engañando a nosotros mismos —replicó Geoffrey, con pesadumbre.

Eve quiso echar una mirada en torno a la habitación, en busca de un teléfono, pero Mariot pasó su mano izquierda bajo el codo de la muchacha y la obligó a avanzar hasta el mostrador. Se sentaron en la barra, Mariot en la derecha, con la pistola descansando en el hueco de su mano izquierda.

—¿Qué va a ser? —preguntó el hombre del bar, mirando a la mano vendada.

—Café —contestó Mariot—. Para mí, sin leche, ¿y para usted?

—Sin leche —dijo Eve, débilmente.

El hombre se volvió para coger las tazas.

—¿Se rompió la mano, amigo? ¿Cómo ha sido eso? —preguntó.

—Me caí. Estuve a punto de romperme las dos —contestó Mariot en tono malhumorado. Luego levantó la mano izquierda y mostró el dedo también vendado.

El hombre del bar levantó las cejas cortésmente.

Eve estaba casi segura de que en la cocina del parador había un cocinero, u otra persona, vestida de blanco. Parte de su silueta se veía a través del agujero del torno por el que se pasaban las comidas del bar. Pero su cabeza estaba demasiado alta. Calculando el ángulo de visibilidad, Eve supuso que el hombre, o quienquiera que fuese, sólo podía ver la parte interior del mostrador. A ella y a Mariot no les veía.

El encargado del bar puso las tazas ante ellos. Eve lanzó una mirada de través a la

cara de Mariot; era la primera vez que le veía a plena luz. Tenía unas pestañas muy espesas, que escondían los ojos; la cara era delgada y seca y tenía ahora una expresión casi de paz. Cogió la taza con la mano izquierda, desmañadamente.

—Hay muy poca gente a esta hora de la noche —dijo. Había algo casi patético en el vulgar comentario. Era como si hubiera dado descanso a su tensión, como si hiciera un alto en el camino hacia su propia destrucción. Eve sintió una oleada de pena y también otra de esperanza. Algunas veces, una actitud que se asume momentáneamente se consolida y se convierte en real.

—Nunca se puede saber —dijo el encargado del bar, amablemente—. ¿Van ustedes de paso?

Mariot se encogió de hombros.

—¿Quieren un pedazo de tarta para acompañar al café? Les aseguro que es exquisita.

—No, gracias.

Eve probó el caliente líquido; era reconfortante. Pensó que para Mariot sería muy conveniente; era también un detalle trivial, cotidiano.

—¿Quiere que telefonee?

—Espere un momento. Estoy intentando pensar.

El hombre del bar tomó aquellas palabras por una insinuación de que querían hablar de algo en privado y se alejó a una prudente distancia.

—¿Cuándo la vio usted por última vez? —preguntó Mariot en voz baja.

Durante un momento de aturdimiento, Eve no supo de quién hablaba.

—¿A quién? ¡Ah! Se refiere usted a miss…

—Sí —la interrumpió secamente—. ¿Cuándo?

—Creo que fue esta mañana.

—¿Dijo algo de San Diego?

—No; pero si no está en la ciudad… —Eve no sabía qué pretexto dar.

—¿Y cómo ha ido? Ya sabe usted que no tiene coche. ¿Habrá ido en autobús?

—Supongo.

—Lo que estoy tratando de deducir es si ha tenido tiempo de…

—¿De llegar allí? Por supuesto, tiempo de sobra, diría yo —contestó Eva distraídamente—. Todo el día.

Tenía que pensar en cómo solucionaría lo de llamar a San Diego. Tía Marie podía reconocer su voz y echarlo todo a rodar. Claro que podía llamar a un número equivocado y ganar tiempo, pero ¿de qué serviría el tiempo?

El hombre del bar había vuelto a sumergirse en las páginas deportivas del periódico y no les prestaba la menor atención. Pero tenía que haber alguien más.

Y entonces, a través de la abertura que unía la cocina con el bar, Eve vio una cara. Su corazón saltó. Era una cara que estaba justo a la altura del nivel del mostrador y podía verles. Se trataba de un niño, de un muchacho. ¡Y la estaba mirando!

Eve cogió la taza y se quemó la boca con el café.

—¡Uff! —gritó—. ¡Oh, qué horror! —Escupió parte del café.

Los ojos de Mariot la miraron con acritud y Eve comprendió que se ponía en tensión. Vio que Mariot miraba alrededor para ver qué le había asustado. ¡Y entonces vio al niño!

Todo su cuerpo acusó el golpe. Él también se atragantó con el café y tuvo que escupir. Mariot puso la, taza en el mostrador.

—Será mejor que nos vayamos —dijo en el acto.

Eve intentaba reflexionar. Estaba segura de haber visto al niño aquel antes de entonces. No era un niño del cuarto grado, pero estaba en el patio, tenía que haber estado. Pero ¿sabría el niño cómo se llamaba ella? ¿Habría oído el episodio de aquella tarde de Grif Griffin y escuchado luego las noticias? Seguro que no las había oído, porque les miraba sin expresión alguna. Pero lo más probable era que conociera a Grif Griffin. ¡Y Grif Griffin tenía un código de señales! Todos los muchachos conocían el código.

—Bébase el café de prisa y nos iremos al coche —dijo Mariot.

—¿No quiere usted que telefonee? —replicó Eve ansiosamente.

—No. No vale la pena.

Vio que los atormentados ojos de Mariot se posaban en la cara del niño, luego empezó a mover la cabeza de un lado a otro, tratando de pensar rápidamente. Empezó a hablarle deprisa y en voz baja, mirando al mostrador.

—Una llamada podría ponerla sobre aviso. Creo, en efecto, que está en San Diego, y que lo que usted dijo sobre la familia era verdad. Por eso vamos a ir a San Diego.

—Pero…

—Bueno —le interrumpió él en el mismo tono bajo—. La policía no la había encontrado hace media hora y tendría que haberla hecho, si ella está en la ciudad. Y si está en la ciudad —añadió—, la policía no irá a dejarla sola en su apartamento.

Eve tragó saliva, porque pensó que aquello era cierto.

—Pero usted sabe el nombre y las señas de la tía —siguió diciendo Mariot—. ¡Y nadie más la sabe! Podemos ir allí muy bien y ella no me estará esperando en San Diego. —Mariot rechinó los dientes—. Quiero verla. Ella se lo ha buscado; métase esto en la cabeza.

Eve pensó: hace diez minutos estaba dispuesto a matarme, *a mí,* no a miss Ames, y ahora no quiere privarme de mi café.

Se dijo que no podría resistir el viaje por la autopista con aquel hombre; ya no podría resistir mucho más. ¿Cuánto tiempo la dejaría permanecer en el parador? Unos minutos. Segundos, tal vez.

¿Qué señales podría hacerle al único ser humano que se daba cuenta de su presencia, el niño? En aquel momento no podía acordarse del código de señales de Grif Griffin. Aunque las conocía todas perfectamente, se habían borrado de su mente. Sólo recordaba la última, la que consistía en darse golpecitos en los dientes, con los

dedos, y que significaba: «Tengo noticias».

Eve dejó la taza en el mostrador y haciendo un gesto dejó al descubierto sus dientes, se dio unos golpecitos con los dedos.

—El café estaba demasiado caliente —comentó, sin atreverse a mirar al niño.

El chiquillo tendría poco más o menos la misma edad que Danny. Mariot no levantaba la vista del mostrador, y eso le dio una oportunidad a Eve.

Pero no podía recordar ninguna señal más. Precisamente aquella misma tarde había hablado de una que tenía que ver con el peligro. ¿Cómo era la señal de peligro en el código de Grif Griffin? No podía recordarlo, sencillamente. Y los segundos pasaban.

Miró directamente al niño y juntó las dos manos, palma con palma, con los dedos apuntando hacia arriba. Aquella seña no estaba en el código de Griffin, era un gesto tan antiguo como el hombre, significaba una plegaria, quería decir: «Ayúdame». ¿Se daría cuenta aquel niño, que ahora la estaba mirando con gran expectación, de la clásica señal? ¿Sería aquél un niño que rezara?

Eve no pudo saber si el niño había comprendido; separó las manos y volvió a coger la taza. Cerró el puño izquierdo y se lo llevó a la oreja. *¡Telefonea, muchacho, telefonea! ¡Telefonea a alguien! ¡Cuéntaselo!* Suponiendo que nunca hubiera rezado, tenía que reconocer el gesto de telefonear.

Pero no se atrevió a volverle a mirar. También fijó la vista en el mostrador. Debían parecer, se dijo, dos míseros pecadores, meditando en sus faltas, silenciosamente, uno al lado de otro.

—Ya no podemos esperar más —dijo Mariot.

Eve levantó la vista. El niño se había ido.

El niño se llamaba Gino. Se fue del parador por la puerta trasera. No valía la pena contarle nada a su tío, que era el cocinero. Tío Joe tenía mal genio; trabajaba demasiado, decía su padre. Pero Gino vivía en la calle de al lado, sólo dos puertas más allá del lugar de estacionamiento. Y su padre estaba en el jardín, cuidando a sus petunias, que crecían a los lados del sendero, bañado en el chorro de luz que salía de la puerta de la casa.

—Papá, ha pasado algo muy extraño.

—¡Ah, hola hijo! Ya era hora de que vinieras; he salido a esperarte.

—Papá, en el parador está una de las profesoras del colegio, con un hombre. Papá, ella necesita que alguien le ayude.

—¿De qué estás hablando, hijo? —El padre revolvió la cabellera del niño, cariñosamente.

—Es una de las profesoras, papá; de verdad —insistió Gino—. Hizo así, papá, mira. Hizo así.

—Vaya, ya estás inventando una historia, como siempre. Será mejor que te vayas

para dentro.

—No papá. —El muchacho lo dijo en un tono de voz que obligó a su padre a empujarlo hacia la luz para iluminarle la cara del todo.

—¿De qué se trata? —dijo, medio en broma, medio en serio.

—La profesora intentó ponerse en contacto conmigo —dijo Gino—. Sé que quería hacerlo. —Gino no podía explicar todo lo de Grif Griffin en unas palabras—. ¡Papá! ¡Estoy seguro de que el hombre estaba armado!

—¡Ah, Gino! —se tranquilizó el hombre—. Mostró sus blancos dientes en una sonrisa.

—Papá. Si no hacemos nada y pasa algo malo… ¿eh, papá?

El padre cogió al niño por los hombros y vio que estaba temblando, lo cual le dio qué pensar. El niño hablaba en serio, aunque la cosa no fuera cierta. Y para un niño el padre representa la fuerza, el socorro, la sabiduría. No puede uno reírse de los niños, los niños confían en sus padres. ¿En quién si no?, se dijo orgullosamente. Por eso dijo, para tranquilizar al niño:

—Bueno; iremos allí a echar un vistazo, ¿te parece bien? —Y oyó un suspiro de alivio. Pero el chiquillo le empujaba con la mano.

—Papá, si el hombre tiene un arma, ¿no tendrías que llamar a la policía? Y, además, no quiero que te hieran, papá.

—Echaremos un vistazo antes de avisar a la policía, hijo —dijo—. A lo mejor no pasa nada malo. Tú no has visto el arma, ¿verdad?

—No —contestó el niño, honradamente.

Echaron a andar en dirección al parador. El solar donde aparcaban los coches estaba prácticamente vacío. No debía haber mucha gente dentro. El padre iba pensando: «¡Qué ideas tan absurdas tienen los chicos!». Pero charlaré un rato con Joe y el muchacho se quedará contento.

Era un hombre fuerte y musculoso, pero pacífico; se dirigió al parador con dignidad, como debe hacerlo la sabiduría, sin precipitaciones…

Mariot pagó los cafés y empujó a Eve por el codo para obligarla a seguirle; él se cambió de sitio para ponerse a su derecha. Eve no podía estar nunca fuera del alcance de la pistola.

La resistencia de Mariot se estaba desmoronando visiblemente. No resistiría durante mucho tiempo el viaje a San Diego. Tal vez la vista del niño le había hecho comprender la verdad de que él era el principal culpable de la tragedia, dejándole destrozado. Aunque él lo negaba, tenía que comprender que era así. Ya sólo le sostenía la desesperación. En cualquier momento, cuando estuvieran en la carretera, se derrumbaría. Y esto podía ocurrir suavemente o con violencia, y la violencia redundaría en daño para ella. Aunque, en su mente, ella no era más que una figura secundaria. No llegarían muy lejos.

Eve abrió la puerta del parador y salieron afuera. Eve vio las dos figuras en el

callejón, el hombre y el chiquillo. Supuso que Mariot los había visto también, porque le apretó el arma contra la espalda.

—Yaya al coche —le dijo apresuradamente.

Sentía ahora, al parecer, una prisa obsesionante; Eve apretó el paso y se tambaleó un poco.

El padre se paró y apretó los brazos, en gesto de protección, contra su hijo.

—Se van —dijo Gino.

—Calla —le contestó el padre.

Observó a la pareja que salía y que, efectivamente, ofrecía un aspecto sospechoso; la muchacha daba trompicones, el hombre iba demasiado cerca de ella, en una actitud extraña. Les vio llegar al coche, y entonces se sintió preocupado; no había demasiado motivo de sospecha para llamar a un guardia, pero, desde luego, todo parecía muy raro. El padre reconoció la sensatez de su hijo. ¿Pero qué sería lo sensato?

—Arranque —dijo Mariot—. Vámonos de aquí.

Eve se dijo que el muchacho *había* comprendido. ¡Oh, que muchacho tan maravilloso! Ahora tenía esperanzas y había alguien sobre su pista. «No podía irse de allí —pensó—, no podía perderse de nuevo. Tenía que quedarse. ¡Y si él iba a emplear la pistola, sería mejor que fuera allí!».

Unos faros iluminaron aquel oscuro rincón del solar, mientras un coche se dirigía hacia allí, procedente de la calle.

—Vámonos de aquí —dijo Mariot—. Coja la calzada lateral; no se puede torcer a la izquierda, hacia la carretera.

El motor estaba ya en marcha. Antes de avanzar, Eve volvió la cabeza hacia atrás por encima de los hombros; sabía que Mariot también la volvería, por reflejo. Estaba ya preparada para salir, pero esperaría a que el coche que venía hacia ellos entrara, para dejarle paso. Con un movimiento precipitado de la mano izquierda, dio un tirón al mando de la cubierta del motor, para soltarla. Al mismo tiempo, apretó, con fuerza el acelerador. El coche dio un brinco y sacudió a Mariot, en su asiento. La cubierta del motor se levantó de golpe. La parte delantera del coche parecía bostezar como un cocodrilo.

Mariot dio un grito. Con la cubierta del motor abierta, Eve no podía ver, ni Mariot tampoco; pero Eve, calculando a ciegas, se precipitó contra el coche que venía.

—¡Oh, lo siento! —gritó—. ¡Cuánto lo siento!

La piel se le erizó, y sintió un estremecimiento que le llegó hasta el tuétano. Mariot dispararía. O tal vez se deslizaría del coche, sin hacer daño alguno, y huiría a ponerse a salvo en la oscuridad. Eve deseaba…

Pero no hizo nada de eso; los dedos de su mano izquierda le apretaron fuertemente la pierna y el arma permaneció firme, apuntándola. La frente de Mariot estaba perlada de sudor, sus ojos tenían un brillo extraño y se movían en sus órbitas. Pero dijo, para calmarla:

—No se preocupe. Yo hablaré con ellos. No se preocupe en absoluto, saldremos de esto.

Eve se dijo, asombrada: «¿De modo que no se ha dado cuenta de que abrí la cubierta?».

Mariot parecía no saberlo. Suponía, por lo visto, que había sido un accidente. Claro que es que estaba a punto de desfallecer de cansancio. Sólo su afán de venganza le mantenía en pie.

En el extremo a donde alcanzaba la vista de Eve, el hombre y el niño se dirigían al parador. No se habían acercado a ver la pequeña colisión, sino que siguieron su camino. Luego, había esperanzas.

El conductor del otro coche se acercó por la izquierda, diciendo la frase corriente:

—¡¿Por qué no mira usted por dónde va?! —Tenía la cara redonda y de expresión bondadosa, pero los labios se le distendían ahora por la indignación.

—Nadie tiene la culpa de que se levantara de pronto la cubierta —contestó Mariot —. Tranquilícese. ¿Le ha hecho muchos destrozos?

El hombre se adelantó y puso un pie en el parachoques. Algo produjo un chirrido desagradable.

—No ha sido gran cosa, ¿verdad? —preguntó Mariot—. ¿Tiene la bondad de bajar la cubierta, señor?

—La cubierta, la cubierta —repitió el hombre, de muy mal humor, pero la bajó y cerró de golpe.

—Retroceda —gritó.

Eve retrocedió.

—¡Basta!

—¿Cómo están nuestros faros? —preguntó Mariot.

El hombre miró hacia atrás de muy malos modos, como si fuera a decir: «¿Por qué no baja usted y lo mira?».

—Tira hacia adelante, cariño —le dijo a su mujer. Luego se puso deliberadamente delante del coche de Frances Connor, mientras que el suyo propio avanzaba a saltos nerviosos. Después se volvió de nuevo a Eve.

—Deme su nombre, dirección, número de licencia de conducir y el nombre de su compañía de seguros —dijo—. Yo le daré los míos. —Sacó un cuadernito y un lápiz —. Pero usted ha sido la culpable, y no lo olvide.

—Dejemos que las compañías de seguros discutan eso —terció Mariot, con frenética impaciencia—. ¿Cómo están nuestros faros?

El hombre le lanzó una mirada.

—Muy bien. Y me están dando ganas de darles una patada. ¿Vamos a ver, señora?

—No tengo lá… piz —tartamudeó Eve—. Y no llevo la licencia. —Hablaba con un pánico espantoso, porque la licencia estaba en su cartera, que tiró a la calle mucho antes—. Lo siento enormemente. Estoy muy nerviosa —acabó diciendo, en voz muy alta, con la esperanza de llamar su atención.

—De modo que no tiene licencia, ¿no es eso? ¿Está asegurada? ¿Este coche es suyo?

—Sí. Y estoy asegurada. En la Farmers —se atrevió a decir.

—¿Su nombre?

—Frances Connor.

—¿Dirección?

—Plum Terrace, 115.

El hombre echó un vistazo al papel del registro, arrollado delante del parabrisas. Eve se echó a temblar. ¿Qué ponía? No podía recordarlo. ¿Y si pusiera: edad, 50 años, pelo blanco? Pero el hombre se conformó con una ojeada.

—¿Conduciendo sin licencia, eh? Por Dios, me gustaría que hubiera un guardia por aquí.

Eve hubiera querido decirle que había verdaderos enjambres de ellos un par de manzanas más allá.

—Miss Connor no ha dicho que no tenga licencia —intervino Mariot—, sino sólo que no la lleva encima.

—¿Ah, sí? Yo he oído eso antes de ahora.

Volvió a la parte delantera del coche, se colocó allí con las piernas abiertas y copió, lenta y cuidadosamente, el número de la matrícula. Mariot maldecía con todas sus fuerzas; el hombre estaba alargando la operación todo lo que podía.

En el parador, en la habitación trasera, el cocinero y el padre de Gino miraban lo que ocurría, por una estrecha mirilla.

—¿Qué hacen, papá, pasa algo? —preguntaba Gino.

—¿No notaste algo extraño, Joe? —preguntó el padre.

—No pude verles. Probablemente el niño exagera. Harvey no vio ni rastro de pistola.

—Es miss Ames; la conozco —dijo Gino—. Y ella me conoce también. Hizo así ¿ves? —El niño juntó las manos, como si rezara—. Y, además, hizo otra cosa. —Pero no pudo seguir porque no sabía cómo resumir en unas palabras la historia de Grif Griffin.

—¿Qué opinas tú, Harvey? —preguntó el padre.

—¿Es miss Ames?

—Sí, seguro. Es una profesora de mi colegio.

—Entonces —dijo el hombre del bar—. Tenemos que avisar a la policía cuanto antes. Un hombre armado la anda persiguiendo, lo he oído decir por la radio. La policía lleva horas buscando a miss Ames.

—Corre, llama —dijo el padre.

Cogió al niño por los hombros y lo estrechó fuertemente. Un hombre tiene que ser sabio cuando su hijo piensa que lo es. ¿Debería ahora salir del parador e intentar detener a aquella gente? ¿Lanzarse contra un arma? ¿Qué sería lo más sensato?

Fuera, en el solar, el hombre acabó de copiar la matrícula y se retiró a un lado.

—Vámonos —dijo Mariot.

El coche empezó a avanzar. No llegaba ninguna ayuda.

El teniente Lord estaba en el coche de la policía sesenta segundos después de recibir el mensaje. Arrancaron en el acto.

—¿Toco la sirena, señor?

—No; es mejor no ponerles nerviosos.

La cosa iba a ser un poco complicada. El hombre tenía a la chica y llevaba un arma. Algunas veces, un policía tenía una sola oportunidad de hacer las cosas bien. ¿Cuál sería ésta?

—Frances —dijo Geoffrey con cansada paciencia—, si su coche estuviera tan cerca del apartamiento de Eve la policía lo habría visto.

—Creo que tienes razón —contestó ella, con desmayo—. ¿Quieres que telefoneemos, entonces? —Se sentía cansada y vieja.

—Me gustaría saber dónde hay un teléfono.

—Aquello, al final de la manzana, ¿no es un parador?

Geoffrey vio el parador, en una esquina. No podía soportar ya más aquella pesadilla, aquella persecución sin fin, recorriendo calles y más calles, por toda la ciudad. Era absurdo continuar.

No. Eve había sucumbido a la locura, a la violencia. Quizá cuando llamaran se enterarían de un horrible final.

—Vamos al bar —dijo de pronto—. Necesito un trago.

Eve empezó a avanzar. La salida de la calle lateral estaba a la izquierda. De pronto, al otro lado de la calle, vio el coche de Geoffrey, acercándose. Vio la cabeza descubierta de Geoffrey y la blanca de miss Connor, a su lado. Seguro que la verían, si llevaba el coche de Frances por su camino. Pero en cuanto la vieran la llamarían por su nombre.

Y, como quiera que fuera, no podía parar. Mariot se hallaba en tensión, y el arma casi le rozaba el pecho. No podía cambiar de dirección, tenía que seguir adelante. Geoffrey era capaz de parar su coche y gritar. ¡Y entonces Mariot dispararía!

De pronto, el hombre del coche averiado empezó a gritar:

—¡Llamaré a la policía!

—¡Siga adelante! —dijo Mariot—. ¿Qué le pasa a usted ahora? —le gritó al hombre del coche.

El convertible de Geoffrey pasó de largo; las cabezas no se volvieron. No lanzaron una mirada siquiera al lugar de estacionamiento de los coches ni prestaron atención a la extraña discusión de los conductores. Además, el hombre se apoyaba en

la ventanilla de Eve.

—No se irá usted por ahí, conduciendo, sin llevar licencia —gruñía—. ¡No, mientras yo pueda evitarlo! ¿Quién se ha creído usted que es? ¿No sabe que existe una ley?

—¡Oh!, por… —Mariot vibraba como un alambre tenso.

—Si tiene usted licencia, señor —decía el hombre gordo—, será mejor que conduzca usted, o si no llamaré a la policía. Y, además, tengo que ver su número de licencia. ¡Esta es la ley!

—No haga caso y vámonos —dijo Mariot a Eve, de mal humor—. Este idiota…

—¡Idiota yo…! —El hombre gritaba rabioso—. ¡Ya le daré yo! ¿Qué se ha creído que es, para saltarse así la ley?

La cara de Mariot estaba negra por la rabia. Su mano derecha se movió, y Eve pensó que aquel pobre hombre iba a recibir un balazo también.

—Fíjese en sus manos —terció Eve—. ¿No comprende que tengo que conducir yo, porque él se ha roto la mano?

—¿Es verdad? —Sus ojos se fijaron, al parecer por primera vez, en los vendajes.

—Sí —gruñó Mariot. —Y esta señorita… En fin, conduciré yo si insiste. Y ahora quite de aquí su cabezota.

—Oiga; lo siento…

Pero Mariot estaba ya saltando por encima de Eve, y ésta se deslizó al otro asiento, sintiendo que ya la iniciativa se había escapado de sus manos para siempre. Mariot apoyó los pies en los pedales y tiró del embrague, torpemente, con la mano izquierda; la derecha yacía en el asiento, entre los dos, en una postura forzada, a causa de la pistola que llevaba entre el vendaje.

El coche arrancó de nuevo. ¿Qué harían ahora? ¿A dónde se dirigirían? Un coche de la policía se dirigió a toda prisa hacia ellos y Eve vio al teniente Lord, que la conocía muy bien. ¿Iría a llamarla miss Ames?… Entonces moriría, porque Mariot, decepcionado y traicionado, reaccionaría con la máxima violencia.

«No es posible que me mate ahora — se dijo—, cuando está tan cansado, cuando se encuentra a punto de ceder, cuando un poco de descanso le evitaría la necesidad de asesinarme». Eve no sentía miedo, sino una gran pena. Puso su mano izquierda en el volante. Dijo:

—Si tuerce a la izquierda de prisa puede que podamos salir. Yo le ayudaré a girar. Adelante.

El coche siguió avanzando, y Mariot la creyó. Aquello parecía la verdad, porque era verdad. También ella quería irse. Los dos juntos manejaron el volante. Llevado por un movimiento reflejo, la derecha de Mariot se agarró también al volante.

Cuando Eve observó cómo la pistola apuntaba al parabrisas; comprendió que tendría que traicionarle. Con sus dos manos sujetó la del hombre y la pistola contra el borde del volante, y empujó con toda su fuerza. El coche chocó contra el bordillo.

El teniente Lord, sin decir nada, bajó de su coche con la velocidad del rayo, llegó

corriendo por la izquierda y tiró del freno de mano. En la otra llevaba un arma.

—¿Está usted bien? —preguntó Lord.

Mariot se estremeció, y pareció que iba a desmayarse.

—Sí; estoy muy bien —contestó Eve—. Oh, por favor, *ayúdenle.* —Sus ojos encontraron los del teniente Lord, que estaba sacando la pistola de dentro del vendaje.

—Tómeselo con calma, Mariot —dijo—. Se pondrá usted bien pronto. —Luego, amablemente, se dirigió a Eve—: Salga usted del coche, miss Ames.

Mariot volvió la cabeza.

—¿Miss Ames? —dijo, casi con cortesía, como si les estuvieran presentando, o como si ya lo hubiese sabido desde mucho antes. Toda su energía le había abandonado. Estaba vencido.

—¡Pero esto ha ocurrido también a otros! —le dijo Eve, casi gritando—. Y la gente lo soporta, de un modo u otro. En el mundo ocurren cosas terribles, ya se sabe. ¡Otras personas, antes que usted, han dejado un arma al descuido, y otros chiquillos han muerto!

—Sí. Eso fue lo que hice. —En su voz se notaba la agonía que sufría.

—No se preocupe, miss Ames, y váyase a su casa. Nosotros nos lo llevaremos y nos ocuparemos de él —dijo el teniente Lord, amablemente.

Se hallaban en el apartamento de Eve.

—Jamás me he sentido tan desesperado —decía Geoffrey. Tenía los ojos enrojecidos por el cansancio—. No comprendo, Eve, cómo no perdiste la cabeza cuando le viste.

—Si hubiéramos sabido que iban en el coche, le hubiéramos podido ahorrar unos cuantos malos tragos —dijo el teniente Lord.

—No estoy tan segura. Mariot podía haber matado a alguien. Hizo falta tiempo para… fatigarle.

Geoffrey frunció las cejas, pero el teniente aprobó con la cabeza.

—Su mujer está mejor, ¿no es eso? —preguntó Frances. Estaba sentada con la pierna extendida, otra vez.

—Lo peor es su depresión mental; pero yo creo que se sobrepondrá.

—Pobre gente —dijo Frances.

—Yo no puedo sentir compasión por él —aseguró Geoffrey duramente—. ¡Ir por ahí atropellando a la gente, y tratando de asesinarla! Supongo que le tendrán bajo vigilancia, ¿no? —Su voz sonaba muy airada; consideraba todo el asunto como una afrenta.

El teniente Lord no le prestó la menor atención.

—Buen trabajo ha hecho usted en la cuerda floja. Es una gran prestidigitadora.

—Y usted *no me llamó* por mi nombre.

Parecían entenderse muy bien uno a otro.

—Ciego instinto. Yo no sabía que él creía que usted era miss Connor, pero no

siempre es prudente gritar cuando alguien tiene un arma. Un arma es una cosa muy sensible, y siempre tiene uno que pensar en lo que está detrás de esa arma. Usted se ha portado… maravillosamente.

—Es una muchacha muy valerosa —dijo miss Connor, con orgullo.

—¡Ha sido una experiencia terrible! —murmuró Geoffrey.

Los ojos del teniente relampaguearon. Se dirigió hacia la puerta.

—¡Teniente Lord! —le llamó Eve.

—Diga, miss Ames.

—¿Quién dio a la radio mi descripción?

—¿Por qué? Fui yo. —El teniente enrojeció.

—Airosa —dijo Eve, como para sí misma.

—Iba a decir dulce, pero no me atreví —añadió él, un poco tímidamente—. Si no le gustó lo siento.

Se miraron a los ojos durante un rato.

—Eve; si la policía ha terminado contigo —intervino Geoffrey—, recuerda que necesitas una buena cena y un poco de música suave.

Eve seguía mirando a los ojos del teniente.

—Una buena cena y un poco de música suave —repitió, en un murmullo—; parece una estupenda combinación. —Eve se sonrojó.

—La veré otra vez —dijo Lord, enrojeciendo a su vez—. Yo no… —Miró a Geoffrey y luego a aquella valiente muchacha que no había perdido la cabeza, que no se había entregado, que había pasado por una experiencia terrible y salido triunfante… que tenía, para su gusto, la clase de valor que es necesario en este mundo —. No he terminado con usted, en absoluto.

—Siempre que usted quiera —contestó Eve con dulzura—. Buenas noches, teniente Lord.

—Eve, pobrecilla —exclamó Geoffrey—; debes estar exhausta.

—¡Oh, cállate un rato, Geoffrey! —dijo Frances, con cierta rudeza.

Geoffrey Taggart no parecía darse cuenta de nada. Para él la terrible experiencia ya se había acabado, y todo volvía a estar como antes; no se daba cuenta de que todo había cambiado; no veía los matices. Pero Eve estaba apoyada en el marco de la puerta y no parecía exhausta, sino radiante.

—Chiquillos —murmuró Eve, como en sueños—. ¡Cómo me gustan los muchachos!

—Por supuesto… Gino —empezó Geoffrey—. Parecía un héroe, un personaje de película.

Pero Frances Connor la comprendió perfectamente y comentó:

—Terry es un muchacho estupendo.

—¿Quién es Terry? ¿Se han dado cuenta de que me han abandonado? —Geoffrey intentó ser gracioso.

Las mujeres le miraron, y se sonrieron ligeramente.

MUCÍLAGO

Joseph Payne Brennan

ERA un gran capuchón negrogrisáceo de horror moviéndose sobre el fondo del mar. Se deslizaba a través del blando légamo como un monstruoso manto de mucílago impúdicamente animado de vida. Era alternativamente viscoso y fluido. A veces se aplastaba y flotaba a través de la alfombra de cieno como una enorme mancha de tinta; de cuando en cuando se detenía, parecía encogerse sobre sí mismo y se alzaba sobre el légamo hasta adquirir la forma de un cono irregular o de un gigantesco capuchón. Aunque no tenía ojos, poseía un sentido del tacto maravillosamente desarrollado y captaba las vibraciones con una sensibilidad casi telepática. Era plástico, esencialmente desprovisto de forma. Podía disparar unos largos tentáculos y adquirir el aspecto de un horrendo pulpo o de una inmensa estrella de mar; podía contraerse y adoptar la forma de un disco aplastado, o comprimirse en una joroba hasta parecer un negro peñasco hundido en el fondo del mar.

Había merodeado interminablemente por las negras aguas. Había sido formado cuando la tierra y los mares eran todavía jóvenes; era casi tan viejo como el mismo océano. Se movía a través de una noche sin principio ni fin. Las negras profundidades del mar donde habitaba habían estado oscuras desde que el mundo empezó: un lugar sólo un poco menos hostil que los abismos del espacio interplanetario.

Estaba animado por un impulso único, incesante, nunca satisfecho: un hambre feroz, insaciable. Podía sobrevivir meses enteros sin alimento, pero inmediatamente después de haber comido volvía a mostrarse tan voraz como siempre. Su apetito era espantoso e incalculable.

En el helado y negro fondo del mar, la lucha por la supervivencia era salvaje, terrible… y habitualmente breve. Sin embargo, para la masa de mucílago informe no había lucha. Engullía todo lo que encontraba en su camino, independientemente de su tamaño, de su forma y de su naturaleza. Absorbía plankton microscópico y pulpos gigantes con la misma facilidad. Si su superficie hubiese sido menos fluida, podría haber retenido los rasguños circulares producidos por las desesperadas succiones de los pulpos de aguas profundas en sus salvajes esfuerzos por librarse de su aprehensor, o las huellas de las dentelladas de los anacrónicos escualos; pero, siendo como era, no conservaba ninguna evidencia de su absorción. Cuando la cortina de mucílago viviente se cerraba en torno a sus presas, todos los esfuerzos resultaban inútiles.

El horror no conocía el miedo. No había nada que pudiera asustarle. Comía todo lo que se movía, o trataba de no moverse, y nunca había encontrado nada que pudiera comérselo a él. Si la succión de un pulpo, o la dentellada de un escualo, desgarraban la masa de su viscosidad, la herida quedaba inmediatamente cerrada. Si llegaban a arrancarle un trozo de mucílago, no tardaba en recuperarlo y absorberlo de nuevo.

El negro manto era dueño y señor en su salvaje mundo de légamo y silencio. Se deslizaba afanosa e incansablemente a través del cieno, comiendo, sin dormir nunca, sin descansar nunca. Si permanecía inmóvil, era únicamente para atrapar algún alimento que de otro modo podía perderse. Si se deslizaba con terrorífica velocidad a través del cenagoso fondo, nunca lo hacía para huir de un enemigo, sino para dejar

caer su espantosa masa sobre su única e inevitable presa: el alimento.

Había surgido del légamo y del fiemo del primitivo fondo del mar, y era tan ajeno a la vida terrestre ordinaria como los fantásticos pobladores de cualquier planeta de una distante galaxia. Era un anacrónico experimento de la naturaleza, comparados con el cual el tigre de diente de sable, el lanudo mamut e incluso el Tyrannosaurus, rey de los grandes reptiles terráqueos, no eran más que animalitos domésticos.

De no haber sido por un enorme cataclismo volcánico submarino, el negro horror hubiera pasado toda su existencia en el silencioso cieno del fondo del mar, sin manifestar nunca al género humano sus espantosos poderes.

El destino, en forma de una violenta explosión subterránea que cubrió amplias zonas del fondo del océano, le arrancó de su negro mundo de légamo y le envió hacia la superficie.

De haberse tratado de un pez de aguas profundas normal, no hubiera sobrevivido a la experiencia. La misma explosión, la drástica presión del agua al dispararle hacia la superficie, le hubieran destrozado. Pero el negro horror no era un pez normal. Su viscosidad, o plasticidad, o cualesquiera que fuesen las características que constituían su estructura esencialmente amiboidea, le permitieron sobrevivir.

Llegó a la superficie ligeramente aturdido y flotó sobre las aguas como una gran burbuja de negra espuma de ballena. Las grandes olas provocadas por la explosión subterránea le arrastraron rápidamente hacia la playa, y su aturdimiento no le permitió resistir a la presión de las enormes montañas de agua.

Mezclado con los cadáveres de peces muertos y de desperdicios de todas clases, el negro horror fue arrastrado hacia una playa. Las inmensas olas le llevaron a más de una milla de distancia de la orilla, mucho más allá de la franja de playa arenosa, hasta depositarle en el centro de una zona pantanosa.

Afortunadamente para el negro horror, la explosión submarina tuvo lugar durante la noche, librándole con ello de verse sometido a una nueva y espantosa experiencia: la luz.

Aunque la oscuridad nocturna de la zona pantanosa no tenía punto de comparación con las profundas negruras del fondo del mar, las cuales no podían ser penetradas ni siquiera por los rayos ultravioleta del espectro, no dejaba de ser, al fin y al cabo, oscuridad. Mientras el agua de la enorme ola retrocedía, para integrarse de nuevo en el mar, el negro horror trepó a un banco de fango rodeado por una hilera de grandes espadañas. Tenía consciencia del repentino y sorprendente cambio que se había producido a su alrededor, y durante algún tiempo permaneció inmóvil, concentrada su atención en el oscuro reajuste interno que la ausencia de una fuerte presión y de un manto de frígida agua marina exigían. Su adaptabilidad era increíble y horripilante. En unas horas alcanzó lo que un animal normal sólo hubiera alcanzado a través de un proceso de gradual evolución. Tres horas después de que la titánica ola le dejara flotando sobre el banco de fango, el negro horror había experimentado unos sorprendentes cambios orgánicos que le permitirían desenvolverse con relativa

facilidad en su nuevo medio.

En realidad, se sentía más ligero y más móvil que en su anterior existencia submarina.

A medida que sus nuevos órganos sensoriales le permitían recoger las menores vibraciones y emanaciones de la zona pantanosa, su innata voracidad resurgía en él con apremiante urgencia. Una extraña excitación se apoderó del monstruo. De repente sintió que el marjal estaba lleno de apetecibles bocados… en mayor cantidad y mucho más variados que los que tenía a su alcance en el helado fondo del mar.

La salvaje sensación de hambre se le hizo insoportable. Su masa mucilaginosa se vio sacudida por un estremecimiento de anticipado placer.

Deslizándose sobre el fango, cruzó la hilera de espadañas y se encontró en un terreno en el cual las profundas charcas negras alternaban con montoncillos de hierba anegadas en agua. Los podridos troncos de los árboles caídos flotaban medio sumergidos en las grandes charcas.

Apremiado por el hambre, el negro horror alargó sus fluidos tentáculos. Al cabo de unos instantes había atrapado varias ranas y cierta cantidad de pequeños peces. Pero aquellos insignificantes bocados no hicieran más que acrecentar su apetito. Su hambre se convirtió en una especie de furor. Inició una sistemática caza, sumergiéndose en el fondo de cada charca y explorando rápida pero cuidadosamente cada pulgada de su fangoso fondo. El primer animal de cierto volumen que encontró fue una rata almizclera. Una enorme cortina de mucílago adhesivo surgió repentinamente de la oscuridad, se cerró sobre el animal… y apretó.

Animado por su hallazgo, el capuchón de horror recorrió las charcas con renovado celo. Cuando emergía a la superficie, exploraba cuidadosamente los montoncillos de hierba en busca de lo que pudiera habérsele escapado en el agua. En un momento determinado atrapó a un pájaro que había construido su nido en la húmeda hierba.

Se estaba acercando a una zona menos pantanosa y más poblada de árboles cuando empezó a darse cuenta de que se estaba produciendo un sutil cambio en su nuevo ambiente. Se detuvo, vacilante, sin salir del todo de una pequeña charca situada muy cerca de los primeros árboles.

Aunque había absorbido veinticinco o treinta libras de alimento en forma de ranas, peces, serpientes de agua, la rata almizclera y unos cuantos animales más pequeños, su voraz apetito no estaba saciado. Su monstruosa hambre le impulsaba a salir de la charca, pero había ocurrido algo que le obligó a permanecer anclado a ella.

Lo que sintió, aunque no pudiera verlo literalmente, fue el sol naciente esparciendo una luz grisácea sobre el marjal. El horror no había visto nunca ninguna iluminación, excepto la producida por los grotescos apéndices luminosos de varios peces de aguas profundas. La luz natural le era completamente desconocida.

A medida que la luz del amanecer se hacía más intensa, surgiendo a través de las nubes tormentosas que cubrían el cielo, el negro monstruo mucilaginoso recién

llegado del oscuro fondo del mar sintió qué algo totalmente desconocido caía sobre él. La luz le resultaba odiosa. Alargó rápidamente sus tentáculos, con la esperanza de atrapar y aplastar a la luz. Pero, cuanto más frenéticos eran sus esfuerzos, más intensa se hacía la execrable aura que le rodeaba.

Finalmente, mientras el sol surgía visiblemente por encima de los árboles, el horror, más irritado que atemorizado, volvió a sumergirse en la charca y se enterró en el blando cieno de su fondo. Allí permaneció mientras el sol brillaba y los pequeños pobladores del marjal salían precavidamente de sus madrigueras.

A unas cuantas millas de distancia del Marjal de Wharton, en la pequeña ciudad de Clinton Center, Henry Hossing salió con aire soñoliento de la destartalada casa que le había servido de refugio durante la noche, se rascó la poblaba barba que cubría sus mejillas y parpadeó indiferentemente al recibir en sus ojos la caricia del sol. Había dormido mal; la tormenta de la noche anterior le había mantenido despierto. Además, se había acostado hambriento, lo cual aumentó su malestar.

Dirigiendo una mirada furtiva a lo largo de la calle, echó a andar lentamente, con la cabeza baja y los ojos clavados en el suelo, con la insensata esperanza de descubrir una moneda perdida por algún descuidado transeúnte.

Clinton Center no le había sido propicio. Las limosnas eran escasas, y el día anterior el jefe de policía le había advertido que debía marcharse de la ciudad.

Murmurando palabras ininteligibles, llegó al final de la calle y se dispuso a cruzarla. Repentinamente, se detuvo y se inclinó a recoger algo del suelo.

Era un arrugado billete verde, y los ojos de Henry Gossing se abrieron con asombro al contemplarlo. ¡Diez dólares! ¡Más dinero del que había poseído durante meses!

Introduciéndolo cuidadosamente en el único bolsillo útil de su grasienta chaqueta, cruzó rápidamente la calle. En vez de mirar al suelo, sus ojos recorrían ahora las hileras de tiendas y restaurantes.

Se detuvo ante uno de estos últimos, vaciló, y finalmente echó a andar hasta encontrar otro más modesto unas cuantas manzanas más lejos.

Cuando se hubo sentado, el hombre del mostrador sacudió la cabeza.

—Largo, amigo —dijo—. No servimos café gratis.

Con una amplia sonrisa, el vagabundo sacó su billete de diez dólares y lo extendió sobre el mostrador.

—Puedo pagar un buen desayuno con esto, ¿no?

El hombre del mostrador pareció irritado.

—Bueno —gruñó—. ¿Qué es lo que desea?

Contempló el billete con ojos suspicaces.

Henry Hossing encargó jugo de naranja, tostadas, huevos con jamón, gachas de avena, melón y café.

Cuando se lo sirvieron, se lo comió todo, hasta la última migaja, se tomó tres tazas adicionales de café, pagó la cuenta como si los desayunos de dos dólares fueran algo corriente para él y salió de nuevo a la calle.

Poco después del mediodía se regaló con una comida de tres dólares. Entonces fue cuando vio la bodega. Durante unos minutos paseó arriba y abajo por la calle, acariciando su billete de cinco dólares. Finalmente, con una sonrisa abstraída, entró en la bodega y compró una botella de *whisky* de centeno.

De nuevo en la acera, se preguntó si debía volver a la casa destartalada que le había servido de refugio la noche anterior. Tras unos momentos de indecisión, decidió alejarse de Clinton Center y encaminarse hacia el Marjal de Wharton. La policía local podía mostrarse quisquillosa si se quedaba en la ciudad, y puesto que el cielo se estaba aclarando y la temperatura volvía a ser agradable, no existía para Henry Hossing la inmediata necesidad de un techo.

Apartándose de la carretera que bordeaba el marjal por espacio de varias millas, cruzó un prado pantanoso, se adentró a través de una franja de arbustos y se sentó a la sombra de un ocozol en el límite de una zona bastante poblada de árboles.

Al atardecer, Henry Hossing había alcanzado, con la ayuda del *whisky* de centeno, un estado de dulce beatitud. Se sentía muy poco inclinado a regresar a Clinton Center. Sustrayéndose por unos instantes a sus sueños, se puso en pie y recogió trabajosamente un poco de leña para encender una pequeña fogata. Luego volvió a ocupar su rústico asiento debajo del ocozol.

Descabezó un sueño mientras descendía el crepúsculo, pero finalmente se despabiló para encender un fuego, cuando las sombras de la noche se abatían ya sobre el marjal. A continuación dio un par de tientos más a la botella, cuyo contenido disminuía rápidamente. Se hallaba sumergido en una nube de exaltada fantasía cuando algo vino a quebrar bruscamente sus ensueños y le devolvió a la tierra.

El fuego se había convertido ahora en un montón de brasas que esparcían unos reflejos fantasmagóricos sobre la zona inmediata al ocozol. Henry Hossing no vio nada, ni oyó nada de momento, pero no obstante se sintió invadido por una repentina y profunda sensación de aterradora amenaza.

Se puso en pie, vacilante, se apoyó en el ocozol y sus nublados ojos trataron de taladrar las sombras que le rodeaban. En la profunda oscuridad, más allá del débil resplandor de la fogata, no pudo distinguir nada que tuviera forma o color.

Luego detectó el hedor y se estremeció. A pesar del vaho de *whisky* barato que flotaba a su alrededor, el fétido olor lo llenaba todo. Era un olor nauseabundo, que recordaba vagamente al del pescado podrido, pero que no podía ser comparado con nada.

Mientras permanecía temblando debajo del ocozol, Henry Hossing pensó en algo muerto que hubiera estado durante siglos en el fondo del mar.

Su sensación de miedo iba en aumento. Miró a su alrededor en busca de algún leño que pudiera añadir al moribundo fuego. Pero todo lo que pudo encontrar sin

alejarse fueron unas cuantas ramitas. Las arrojó a la fogata, y las llamas se alzaron para morir unos segundos después.

Henry Hossing escuchó y oyó —o imaginó oír— un extraño sonido entre los arbustos más próximos. Un sonido que se hizo más intenso a medida que crecían las llamas y que murió con ellas.

Un intenso terror se apoderó del vagabundo. Sabía que no se hallaba en condiciones de huir… y acababa de llegar a la terrible conclusión de que la amenaza que le acechaba en la oscuridad sólo aguardaba, para materializarse, a que se extinguiera del todo el débil reflejo de su pequeño fuego.

Miró frenéticamente a su alrededor en busca de más leña. Pero allí no había ninguna. Ninguna, se entiende, dentro del pequeño radio iluminado por el rescoldo de la fogata. Y Henry Hossing no se hubiese atrevido, por nada del mundo, a aventurarse más allá.

Perdió el control de sí mismo y sus temblores se hicieron epilépticos. Trató de gritar, pero ni el más leve sonido salió de su angustiada garganta.

El fantasmal hedor se hizo más intenso. De las negras sombras más inmediatas llegó un sonido estremecedor, una especie de ansioso jadeo…

Henry Hossing permaneció inmóvil, helado por el pánico, incapaz de hacer el menor movimiento, mientras el débil rescoldo de la fogata se convertía en oscuridad.

De repente, una ramita sin arder estalló en un chorro de luz y a su breve reflejo Henry Hossing pudo ver al horror.

Había salido ya de su refugio de los arbustos y corría a través del pequeño claro con alucinante velocidad. Era la encarnación final de todos los temores, estremecedoras aprensiones y malos sueños que Henry Hossing pudiera haber sufrido en el curso de su vida. Era un diablo surgido del infierno para apoderarse finalmente de él.

Un terrible grito asomó a su garganta, pero quedó ahogado antes de materializarse, mientras la negra masa de mucílago caía sobre Henry Hossing con irresistible fuerza.

Giles Gowse —el viejo Gowse— se levantó después de ocho horas de toser y de sufrir espantosas pesadillas y se dirigió a la cocina de su destartalada granja, situada a orillas del Marjal de Wharton, para prepararse el desayuno. Durante la noche, un hedor a agua de mar corrompida había invadido la casa.

Sin dejar de hablar consigo mismo, desayunó, cogió una jarra de la despensa y se encaminó al granero, donde guardaba a su única vaca.

A medida que se acercaba al granero, el extraño hedor se hizo más intenso.

«¡El Marjal de Wharton!», se dijo a sí mismo, blandiendo en el aire un puño amenazador.

Cuando entró en el granero, el hedor era más intenso que nunca. Rezongando en

voz baja, el viejo Gowse se dirigió al establo ocupado por la vaca, «Sarey».

El viejo Gowse se detuvo ante el establo, sorprendido. «Sarey» había desaparecido. El establo estaba vacío.

Salió del granero y gritó: «¡“Sarey”!».

Volviendo a entrar en el granero, inspeccionó el establo. El nauseabundo olor era allí más fuerte, y Gowse se dio cuenta, además, de que en el suelo había una especie de brillo. Se inclinó y vio que se trataba de un rastro de reluciente légamo, como si un monstruoso animal cubierto de cieno hubiese entrado y salido del establo.

Este descubrimiento, unido a la extraña desaparición de «Sarey», fue demasiado para los destrozados nervios del anciano. Lanzando un aullido salvaje, salió corriendo del granero y emprendió a toda marcha el camino hacia Clinton Center, situada a dos millas de distancia.

La acogida que le dispensaron en la ciudad le enfureció. Cuando trató de contar a la gente lo que le había ocurrido —la desaparición de «Sarey», el inmundo hedor y el rastro que había descubierto en su granero—, se rieron en sus propias barbas. Los oyentes mal educados, se entiende. La mayoría de los otros le escucharon pacientemente… y cuando el anciano estuvo fuera del alcance de su vista se llevaron significativamente el dedo índice a la sien.

Un hombre, Jim Jelinson, el droguero, pareció sinceramente interesado en el relato del viejo Gowse. Dijo que la noche anterior, mientras se hallaba en el patio trasero de su casa, había oído un espantoso chillido procedente de algún lugar en la distante oscuridad. Le pareció que procedía del Marjal de Wharton. Pero no se había repetido, y el droguero olvidó el incidente.

Cuando el viejo Gowse regresó a su casa, por la tarde, su corazón estaba inundado de amargura. Creían que estaba loco, ¿eh? Bueno, «Sarey» *había* desaparecido; y nadie podía explicar aquella desaparición, ¿no es cierto? El hedor lo atribuían a los peces muertos que la tormenta de la noche anterior había arrojado al marjal. Bueno… era posible. Y en cuanto al rastro de su granero, decían que sería obra de los caracoles. *¡Caracoles!* ¡Cómo si existieran caracoles capaces de dejar un rastro de légamo como aquél!

Cuando se hallaba cerca de su casa, el viejo Gowse se encontró con Rupert Barnaby, su vecino más próximo. Rupert llevaba un rifle e iba acompañado por «Jibbe», su perro de caza.

Aunque entre los dos vecinos, ambos solterones, existían unas relaciones más que tirantes desde hacía algún tiempo, el viejo Gowse, ante la sorpresa de Barnaby, se detuvo y le interpeló:

—¿Vamos de caza, vecino?

Barnaby asintió.

—Vamos a darnos una vueltecita por el marjal. «Jibbe» puede cazar con los ojos cerrados. Y creo que esta noche tendremos luna.

—Mi vaca ha desaparecido —dijo el viejo Gowse repentinamente—. Si por

casualidad tropezaras con ella… —se interrumpió—. Aunque no creo que llegues a verla…

Barnaby, intrigado, le miró fijamente.

—¿De qué estás hablando?

El viejo Gowse repitió lo que había estado contando durante todo el día en Clinton Center.

Al terminar sacudió la cabeza, añadiendo:

—No iría a cazar de noche a ese marjal, ni que me dieran… diez mil dólares.

Rupert Barnaby se echó a reír. Era un hombre alto, musculoso, lleno de recursos y con la cabeza muy equilibrada. Un hombre poco aficionado a dejar volar la imaginación.

—¡Vamos, Gowse! —exclamó—. ¡No me vengas con historias! Tu vaca se habrá perdido y estará dando vueltas por ahí. En ese marjal no hay ni siquiera un mal lince…

El viejo Gowse sonrió amargamente.

—Tal vez esta noche veas algo peor que un gato salvaje en ese marjal —murmuró, mientras se alejaba.

Sacudiendo nuevamente la cabeza, Barnaby echó a andar tras su impaciente perro. El viejo Gowse se estaba volviendo cada vez más extravagante. Uno de aquellos días tendrían que encerrarlo, probablemente.

«Jibbe» corría alegremente, husmeando en todos los matojos. A la caída de la tarde, Barnaby se apartó de la carretera principal y echó a andar por un camino secundario que conducía al Marjal de Wharton.

Le gustaba cazar. Prefería desgarrarse los pantalones entre la maleza que quedarse dormitando en una mecedora. No le importaba regresar de vacío, aunque la mayoría de las veces volvía a casa con alguna pieza que le ayudaba a mejorar su menú.

Cuando se alzó la luna, Barnaby estaba en pleno marjal. Por dos veces, «Jibbe» salió disparado detrás de un conejo, pero en ambas ocasiones regresó rápidamente, pareciendo algo asustado.

La conducta del perro empezó a intrigar a Barnaby. El animal no parecía inclinado a seguir adelante, y andaba pegado a las piernas de su dueño. En un momento determinado, Barnaby tropezó con el perro, y estuvo a punto de dar con sus huesos en tierra.

El cazador terminó por detenerse, con el ceño fruncido, y miró hacia adelante. El marjal tenía el mismo aspecto de siempre. Desde luego, el ambiente estaba impregnado de un hedor muy poco agradable, pero esto era simplemente consecuencia de las grandes olas provocadas por la tormenta de la noche anterior. Probablemente, las olas habían depositado un gran número de peces muertos en las charcas que cubrían el marjal.

Barnaby habló a su perro en tono irritado.

—¿Qué es lo que te pasa, muchacho? ¡Muévete un poco! ¡Si me haces tropezar

otra vez, vas a ganarte un puntapié!

El perro se adelantó unos pasos, pero con aire de visible disgusto. Parecía haber perdido todo interés en la caza.

La exasperación de Barnaby iba en aumento. Incluso cuando descubrieron las huellas recientes de un mapache en el blando barro, junto a una pequeña charca, «Jibbe» se limitó a mover la cola, sin gran entusiasmo.

Sin embargo, echó a correr, y Barnaby pensó que finalmente el perro iba a recobrar su acostumbrado entusiasmo.

Pero, se equivocaba. Cuando se acercaban a una zona cubierta de árboles y de espadañas, el animal volvió a su actitud anterior y se negó a avanzar.

Barnaby estaba seguro de que el mapache había buscado refugio en aquella espesura. La inesperada conducta del perro acabó de enfurecerle.

Tras recibir un par de puntapiés, «Jibbe» se decidió a avanzar, con todo su pelo erizado como la melena de un león.

Rezongando en voz baja, Barnaby penetró en la espesura detrás del perro.

Bajo los árboles, la oscuridad era completa a pesar de la luz de la luna, y Barnaby avanzó precavidamente a fin de evitar el meterse en una charca.

Repentinamente, con un salvaje aullido de terror, «Jibbe» dio un salto frenético y emprendió una veloz huida, sin atender a los gritos de su dueño.

Por primera vez aquella noche, Barnaby sintió un escalofrío de temor. «Jibbe» no había vuelto nunca la cara a un enemigo. En cierta ocasión, se había lanzado incluso contra un oso de regular tamaño.

En medio de la profunda oscuridad que le rodeaba, Barnaby no podía ver nada. El peligro que le acechaba no tenía ojos relucientes.

Mientras sus propios ojos trataban de taladrar las negruras que le rodeaban, Barnaby recordó la advertencia del viejo Gowse con una amarga mueca. Si el viejo loco acertaba a ver a «Jibbe» huyendo como alma que lleva el diablo del marjal, se troncharía de risa.

La idea le llenó de rabia. Se lanzó hacia adelante, dispuesto a acabar con lo que había aterrorizado al perro. Un buen disparo de rifle resolvería el misterio.

De repente, se detuvo y tendió el oído. Procedente de la oscuridad más inmediata, captó un extraño sonido, como si una masa enorme se arrastrara sobre las espadañas.

Vaciló, incapaz de ver nada, resistiendo obstinadamente un estúpido impulso de echar a correr. La negra oscuridad y el nauseabundo olor de las charcas de agua estancada parecían sofocarle.

Su corazón empezó a latir fuertemente mientras el deslizante sonido se acercaba más y más. Todos sus instintos le aconsejaban dar media vuelta y echar a correr, pero una especie de desesperada obstinación le mantenía con los pies clavados en el suelo.

El sonido se hizo más intenso y, súbitamente, Barnaby tuvo la certeza de que algo mortal y formidable estaba avanzando hacia él a través de la espesura, con velocidad cada vez mayor.

Alzando su rifle, apuntó en la dirección del sonido y disparó.

El breve reflejo del disparo le permitió ver algo negro y enorme y reluciente, como una gran caperuza, avanzando a través de la espesura. Parecía *rodar* hacia él, y se movía con una rapidez de pesadilla.

Barnaby quiso gritar y correr, pero comprendió que la huida era ya imposible. Aunque la sangre parecía haberse helado en sus venas, alzó nuevamente el rifle y siguió disparando.

Los disparos no produjeron más efectos visibles que unas piedrecillas lanzadas con un tirador de goma. En el último instante, los nervios de Barnaby estallaron y trató de huir, pero la monstruosa caperuza cayó sobre él, ahogando en su garganta un definitivo grito de terror.

El viejo Gowse se levantó temprano, después de otra noche de pesadillas, y salió a dar una vuelta por los alrededores de su destartalada granja. Todo parecía completamente normal, pero no había el menor rastro de «Sarey». Y aquel detestable hedor seguía azotando su olfato cada vez que llegaba una alenada de viento en la dirección del Marjal de Wharton.

Después de desayunar, Gowse decidió dirigirse a casa de Rupert Barnaby, situada a una milla de distancia de su propia granja. El anciano no estaba seguro de lo que esperaba encontrar.

Cuando llegó a la pequeña pero limpia casa de Barnaby, todo estaba quieto. Demasiado quieto. Habitualmente, Barnaby se levantaba inmediatamente después de la salida del sol.

Obedeciendo a un repentino impulso, Gowse se acercó a la casa y llamó a la puerta delantera. Nadie respondió a su llamada. Tras aguardar unos instantes, se encaminó al porche de la parte trasera.

«Jibbe», el perro de Barnaby, estaba echado en el suelo. Normalmente, la presencia de un forastero le hacía prorrumpir en furiosos ladridos. Pero ahora permanecía inmóvil —o casi inmóvil, ya que estaba temblando— y se quedó mirando fijamente a Gowse. El animal tenía un aspecto asustado y un aire de culpabilidad muy extraños en él.

—¿Dónde está Rup? —le preguntó Gowse—. ¡Vamos! ¡Busca a tu amo!

El perro se limitó a alzar la cabeza y a emitir un prolongado y fúnebre aullido.

Gowse se estremeció. Dirigiendo una temerosa mirada a la casa silenciosa, emprendió el camino de regreso.

«*Ahora* tendrían que escucharle», pensó. El día anterior se habían reído cuando les habló de la desaparición de «Sarey». Tal vez no se reirían tanto cuando les dijera que Rupert Barnaby había ido al marjal de Wharton con su perro… ¡y que el perro había regresado solo!

Cuando el jefe de Policía Miles Underbeck vio entrar al viejo Gowse en la Comisaría de Clinton Center, se retrepó en su asiento y suspiró. Aquella mañana estaba muy ocupado, y seguramente el viejo Gowse venía a importunarle a propósito de la infernal vaca que había desaparecido.

El viejo Gowse, sin embargo, traía una nueva y sorprendente información. Pretendía que Rupert Barnaby había desaparecido. Había ido al marjal la noche anterior, explicó Gowse, y no había regresado.

Cuando Underbeck le interrogó minuciosamente, Gowse admitió que no tenía *la seguridad* de que Barnaby no hubiera regresado. Era posible que hubiera regresado a su casa a hora muy temprana y que se hubiera marchado de nuevo antes de la llegada de Gowse.

Pero Gowse fijó sus llameantes ojos en el Jefe y sacudió la cabeza.

—¡Le digo a usted que no ha regresado! ¡El perro no puede equivocarse! ¡Y aullaba como aúllan los perros cuando alguien ha muerto! Lo que se llevó a «Sarey»… atrapó a Barnaby en el marjal la pasada noche…

El jefe Underbeck no era un hombre que se excitara con facilidad. La melodramática declaración de Gowse no le produjo la menor impresión.

De mala gana, prometió ocuparse del asunto si Barnaby no había regresado al atardecer. Barnaby, dijo, conocía el marjal mucho mejor que cualquier otra persona de la región. Y era perfectamente capaz de cuidar de sí mismo. Probablemente, sugirió el Jefe, había enviado al perro a casa y se había marchado a otra parte después de terminada su cacería de la noche anterior. A la hora de la cena estaría en su casa.

El viejo Gowse sacudió la cabeza con una especie de fatalista escepticismo. Afirmando que los acontecimientos no tardarían en demostrar que sus temores eran más que fundados, salió refunfuñando de la Comisaría.

Transcurrió el día sin que Rupert Barnaby diera señales de vida; a las seis de la tarde, el viejo Gowse entró en «La Corona», un hotel de segunda categoría de Clinton Center, y pidió una habitación. A las siete, el jefe Underbeck envió a uno de sus subordinados a casa de Barnaby y aguardó impacientemente su regreso, tamborileando con los dedos sobre su mesa escritorio y hojeando sin el menor interés el montón de informes que se habían acumulado durante el día.

El enviado regresó poco antes de las ocho. Se trataba del sargento Grimes.

—En la casa no hay nadie, jefe —informó—. Todo está cerrado. Lo único que vimos fue al perro de Barnaby. Aullaba como si acabara de ver al mismísimo diablo.

El jefe Underbeck estaba preocupado. Si Barnaby se había extraviado, se hacía indispensable iniciar su búsqueda. Pero la noche se le echaba encima, y algunas zonas del marjal de Wharton no podían ser exploradas ni siquiera durante el día. Además, no existía ninguna prueba de que Barnaby no se hubiese marchado a efectuar alguna visita, tal vez a la cercana ciudad de Stantonville, por ejemplo, y se quedara allí a pasar la noche.

A las nueve, Underbeck había decidido aplazar cualquier gestión hasta la mañana siguiente. De noche, toda investigación resultaría estéril. El marjal presentaba demasiados obstáculos. Si Barnaby no había regresado por la mañana, y no llegaba ningún informe de que hubiese sido visto en alguna otra parte, se llevaría a cabo una sistemática búsqueda en el marjal.

Poco después de haber llegado a esa decisión, y cuando se disponía a marcharse a su casa, el jefe Underbeck recibió una nueva y alarmante información.

A eso de las nueve y media, un automóvil se detuvo ante la Comisaría con un brusco chirrido de frenos. Un hombre de edad madura descendió del vehículo sosteniendo por el brazo a una muchacha que sollozaba histéricamente. Su falda y sus medias estaban desgarradas, y en su rostro se veían numerosos arañazos.

Después de ayudarla a sentarse en una silla, el hombre se volvió hacia el jefe Underbeck y a los policías que le rodeaban.

-—La recogí en la carretera, junto al Marjal de Wharton. Estaba gritando con toda la fuerza de sus pulmones. —Se enjugó el sudor que perlaba sus sienes—. Corría frente a mi automóvil. No la atropellé por verdadero milagro. Estaba tan asustada, que me resultó imposible comprender lo que decía. Al parecer, algo agarró a su novio en los arbustos del marjal. Decidí montarla en mi automóvil y venir hacia aquí a toda marcha.

El jefe Underbeck estudió al hombre con ojos suspicaces. Era indudable que se hallaba muy impresionado, y como no parecía esconder nada el Jefe se volvió hacia la muchacha.

Le habló en tono cariñoso, esforzándose en tranquilizarla, y al final la muchacha se recobró lo bastante para contar lo que le había sucedido.

Se llamaba Dolores Rell y vivía en la cercana ciudad de Stantonville. Al atardecer de aquel mismo día había salido a dar un paseo en automóvil con su novio, Jason Bukmeist, de Clinton Center. Mientras avanzaban por la carretera adyacente al Marjal de Wharton, ella había sugerido que la luz de la luna sobre el majar sería un espectáculo muy romántico y digno de verse. Jason había detenido el automóvil y sugerido a su vez que, puesto que la noche era cálida, un breve «paseo a la luz de la luna» sería algo muy divertido.

Dolores se había resistido a bajar del automóvil, pero finalmente se dejó convencer para efectuar un corto paseo a lo largo de la orilla del marjal, donde el terreno era relativamente firme.

Mientras la pareja paseaba bajo los árboles, a unos cincuenta metros de distancia del automóvil, Dolores percibió un desagradable olor y rogó a su novio que dieran por terminado el paseo. Jason se rio de las aprensiones de la muchacha e insistió en seguir adelante. Los árboles se espesaban y la pareja andaba en fila india, con Jason en cabeza.

De repente, los dos jóvenes oyeron algo que se movía entre la maleza y que parecía avanzar hacia ellos. Jason le dijo a su novia que no se asustara, ya que

probablemente se trataba de alguna vaca. Pero, fuera lo que fuese lo que se movía ante ellos, lo hacía con increíble rapidez. Y no emitía la clase de sonido que podía hacer una vaca.

En el último momento, Jason profirió un grito de terror y le dijo a su novia que huyera. Pero, antes de que pudiera moverse, la muchacha vio surgir una forma monstruosa de entre los árboles, apenas distinguible a la débil claridad lunar. Por un instante, sus pies quedaron clavados al suelo; luego dio media vuelta y echó a correr. Le pareció oír a Jason correr detrás de ella. No podía estar segura. Pero inmediatamente después oyó el grito de horror proferido por su novio.

A pesar del miedo que la embargaba, se volvió a mirar detrás de ella.

Al llegar a este punto de la historia, la muchacha estalló de nuevo en histéricos sollozos, y pasaron varios minutos antes de que se hallara en condiciones de continuar su relato.

No podía describir exactamente lo que había visto cuando miró por encima de su hombro. La forma monstruosa que había divisado surgiendo de entre los árboles había caído sobre Jason. Le cubría casi por completo. Todo lo que pudo ver de su novio fue su rostro agónico y parte de un brazo, casi tocando el suelo, como si el monstruo le mantuviera suspendido debajo de él. No podía describir al monstruo. Era negro, desprovisto de forma, bestial y al mismo tiempo no bestial. Era… la clase de indescriptible horror que de pequeña la había hecho estremecer al quedarse sola en su cuarto por las noches.

La muchacha se estremeció ahora y se cubrió los ojos con las manos mientras trataba de describir lo que había visto.

—*¡Dios mío! —exclamó—*. ¡La oscuridad cobró vida! ¡La oscuridad cobró vida!

No sabía cómo había conseguido llegar a la carretera. Estaba tan aterrorizada, que no se dio cuenta de que se acercaba un automóvil.

No cabía duda de que dolores Rell era presa de un verdadero pánico. El jefe Underbeck se puso rápidamente en movimiento. Después de ordenar que la muchacha fuera conducida al hospital más cercano para que curaran sus arañazos y le administraran un sedante, reunió a todos los hombres disponibles y los equipó con carabinas, rifles y linternas de gran potencia. Montaron en cuatro automóviles y se dirigieron al Marjal de Wharton a toda velocidad.

El vehículo de Jason Bukmeis fue localizado en el mismo lugar donde el joven lo había aparcado. Una minuciosa búsqueda en la zona adyacente, efectuada a la luz de las linternas, resultó infructuosa. Quienquiera que hubiese atacado a Buckmeist lo había arrastrado, al parecer, hacia el interior del marjal.

Después de dos horas de inútiles esfuerzos, el jefe Underbeck reunió a sus hombres y decidió suspender la búsqueda hasta la mañana siguiente.

Cuando las primeras luces del amanecer se encendieron sobre el Marjal de Wharton, se reemprendió la búsqueda con la ayuda de varios voluntarios llegados de Clinton Center.

Al filo del mediodía, lo único que habían podido encontrar era un viejo sombrero y una botella de *whisky* de centeno, al pie de un ocozal. El sombrero, muy estropeado, había sido arrojado al marjal durante la tormenta que descargó en aquellos lugares unos días antes. Pero la botella de *whisky* tenía la etiqueta completamente nueva; de hecho, conservaba todavía unos sorbos de licor. El hombre que la encontró informó al jefe Underbeck que junto al mismo ocozal se veían los restos de una pequeña fogata.

Con la esperanza de que el hallazgo pudiera estar relacionado con la desaparición de Jason Bukmeist, Underbeck ordenó una investigación en todas las tiendas de Clinton Center que vendían licores, con el fin de averiguar quién había adquirido una botella de *whisky* de centeno de la marca encontrada debajo del ocozal.

La búsqueda continuó, y a media tarde desembocó en otro ominoso descubrimiento. Uno de los hombres, investigando en una zona rodeada de espadañas, encontró un rifle medio, enterrado en el barro.

Después de limpiarlo, dos de los componentes del grupo afirmaron que el arma pertenecía a Rupert Barnaby. Uno de ellos había cazado con él y recordaba perfectamente una muesca grabada en la culata del rifle.

Mientras el jefe Underbeck trataba de sacar consecuencias de este hecho, llegó el informe de las gestiones efectuadas en las tiendas de Clinton Center que vendían licor. Todos los que habían adquirido recientemente una botella de *whisky* de centeno de la marca encontrada debajo del ocozal habían sido interrogados. Sólo uno de ellos no había podido ser localizado: un vagabundo que estuvo merodeando durante unos días por la ciudad y al que el propio jefe Underbeck había ordenado abandonar la ciudad.

Al atardecer, la mayoría de los exhaustos componentes de la pequeña tropa estaban convencidos de que el vagabundo, probablemente en estado de embriaguez, había asesinado a Rupert Barnaby y a Jason Bukmeist y arrojado sus cadáveres a alguna de las charcas del marjal. Lo más seguro era que el asesino estuviera durmiendo aún su borrachera en lo más profundo de la espesura.

La mayoría de los hombres que componían la expedición eran bastante escépticos en lo que respecta a la melodramática historia que había contado Dolores Rell. A la débil claridad lunar, decían, un vagabundo borracho podía haberle parecido un monstruo a una muchacha aterrorizada.

La noche se había echado encima y el jefe Underbeck decidió suspender la caza, aunque de mala gana. Sin embargo, teniendo en cuenta que el asesino debía permanecer escondido en algún punto del marjal, decidió establecer un sistema de patrullas nocturnas a lo largo de la carretera que bordeaba el marjal. Si el vagabundo estaba oculto entre los árboles y la maleza de la zona pantanosa, no podría salir a la carretera sin caer en manos de alguna de las patrullas. La otra vía de escape consistía en cruzar millas y millas de terreno cenagoso, bordeando la playa, y era más que improbable que el fugitivo se decidiera a huir en aquella dirección.

Las patrullas, que debían relevarse cada tres horas, se componían de dos hombres

fuertemente armados y equipados con poderosos faros. Recibieron la orden de investigar todo sonido o movimiento que captaran en la maleza que bordeaba la carretera. Si el intruso no obedecía a la primera orden de detenerse, debían disparar a matar. Varios automovilistas curiosos que se detuvieron para enterarse de lo que ocurría fueron invitados a continuar su camino, después de ser advertido de que no montaran a nadie en su vehículo y que informaran a la autoridad más próxima acerca de las personas que solicitaran el «auto-stop».

Fred Storr y Luke Matson, componentes de una de las patrullas, pasaron sin novedad las dos primeras horas de su turno. Era cerca de medianoche y Matson terminó por sentarse en un tronco caído a unas cuantas yardas del borde de la carretera.

—Estoy rendido —comentó, dejando su rifle apoyado en el tronco—. Voy a descansar unos instantes.

Fred Storr asintió.

—Creo que es lo mejor que podemos hacer, Luke. Me parece que no… —Súbitamente se volvió hacia la negra oscuridad del marjal—. ¿Has oído algo, Luke? —inquirió.

Luke tensó el oído, incorporándose ligeramente en su improvisado asiento.

—Creo que sí —dijo—. Me ha parecido oír el sonido de algo que se arrastrara.

Se puso en pie y empuñó de nuevo su rifle.

—Voy a echar un vistazo —sugirió Fred en voz baja.

Se encaminó hacia la maleza que bordeaba la carretera, y Luke le siguió a unos pasos de distancia.

Cuando habían andado unos metros, los dos hombres se detuvieron. El sonido era ahora más audible. Era una especie de deslizamiento, como el que podía producir un cuerpo pesado arrastrándose sobre un terreno desigual.

—Parece una… una serpiente —susurró Luke—. ¡Una serpiente condenadamente grande!

—Vamos a acercarnos un poco más —sugirió Fred—. Prepárate a disparar, mientras yo alumbro…

Avanzaron unos cuantos pasos. Luego, un poderoso rayó de luz amarilla taladró la oscuridad, primero en una dirección y luego en otra.

Luke inclinó un poco su rifle, con el ceño fruncido.

—No se ve nada —dijo—. Nada más que una mancha de negra espuma…

Antes de que Fred pudiera contestar, la mancha de negra espuma cobró una horrible vida. En un segundo, adoptó la forma de un horrible capuchón y se lanzó hacia adelante con espantosa rapidez.

Luke Matson gritó y disparó simultáneamente mientras el monstruoso montón de mucílago saltaba hacia adelante. Un instante después el monstruo caía encima, de él.

Fred Storr, horrorizado, trató de echar a correr, pero dio un traspiés y cayó cuán largo era… para volverse en el instante preciso y ser testigo de una escena que heló la

sangre en sus venas.

El monstruo había caído sobre Luke Matson, envolviéndole con su enorme masa. Literalmente paralizado por el terror, Fred contempló el leve estremecimiento de las extremidades de su compañero. A continuación, el monstruo se hinchó hasta formar una especie de capuchón y luego volvió a aplastarse sobre sí mismo: el estremecimiento cesó por completo.

En cuanto el monstruo se irguió de nuevo y saltó en dirección a él, Fred Storr, poseído de frenético terror, se sacudió la parálisis que había invadido todos sus miembros.

Agarrando el rifle que había caído a su lado, apuntó al montón de mucílago viviente y empezó a disparar. Su terror se hizo indescriptible al ver que los disparos no producían el menor efecto. El monstruo seguía avanzando hacia él, completamente insensible a los proyectiles que atravesaban su viscosa masa.

Instintivamente, Fred Storr dejó caer el rifle y empuñó de nuevo el faro, proyectando un chorro de luz sobre el negro monstruo.

La masa de mucílago viviente se detuvo y pareció vacilar. Se deslizó rápidamente hacia un lado, pero el cono de luz le siguió de un modo implacable. Finalmente, el monstruo se aplastó sobre sí mismo como si tratara de evitar la luz por medio de esa artimaña, pero Fred Storr sostuvo el faro con mano firme, intuyendo vagamente que el amarillo cono de luz era lo único que podía librarle de una espantosa muerte.

Se oyeron disparos en la cercana oscuridad y otros haces de luz empezaron a taladrar las sombras. Los miembros de las patrullas contiguas, alarmados por el sonido de los disparos, habían acudido corriendo a investigar lo que ocurría.

De repente, el negro horror recobró su forma de capuchón y desapareció en la oscuridad.

Con las primeras luces del amanecer el jefe Underbeck subió a un automóvil de la policía que esperaba en la carretera que bordeaba el Marjal de Wharton y regresó a Clinton Center. Había tomado una decisión y estaba dispuesto a ponerla en práctica inmediatamente.

Al llegar a la Comisaría, hizo dos llamadas telefónicas en rápida sucesión, una al gobernador del Estado y otra al comandante jefe del cercano Campamento Militar Evans.

El horror del Marjal de Wharton —ésta era la conclusión a que había llegado— no podía ser destruido con los limitados recursos y los escasos hombres de que disponía.

Rupert Barnaby, Jason Bukmeist y Luke Matson habían perecido sin duda alguna en el marjal. El anónimo vagabundo, lejos de ser el asesino, había sido otra víctima más. Y Fred Storr… Bueno, Storr no había desaparecido. Pero los otros miembros de las patrullas le habían encontrado sentado en el suelo, cerca del borde de la carretera,

poseído de un frenético terror que le había reducido, al menos temporalmente, a una idiotez casi total. Horas después de haber sido llevado a su casa y acostado en su cama, se había negado a soltar el faro que agarraba frenéticamente con una mano. Cuando apagaron la luz del faro, Storr profirió un grito de indecible terror y hubo que encenderlo de nuevo. Su relato había sido tan melodramático, que difícilmente podía ser aceptado por una mente sana. Y, sin embargo… lo mismo habían opinado del histérico relato de Dolores Rell. Y Fred Storr no era ninguna excitable muchacha; siempre había sido un hombre ecuánime, nada inclinado a las exageraciones. Cuando el jefe Underbeck se disponía a subir de nuevo a su automóvil para regresar al Marjal de Wharton, vio al viejo Gowse que avanzaba por la acera.

Con un repentino escalofrío de horror, Underbeck recordó la historia de la vaca perdida. Antes de que el anciano llegara a su altura, el jefe de policía abrió la portezuela del coche y dio rápidas instrucciones al conductor. Mientras el automóvil salía disparado calle adelante, el jefe Underbeck miró por el espejo retrovisor.

El viejo Gowse estaba inmóvil en la acera, delante de la Comisaría de policía.

«¡Vieja Casandra!», murmuró el jefe Underbeck. El conductor le dirigió una mirada de reojo y apretó el acelerador.

Un par de horas más tarde, la carretera contigua al Marjal de Wharton aparecía llena de vehículos: automóviles de las patrullas de policía, automóviles de los curiosos de la población y camiones del Ejército procedentes del Campamento Evans.

A las nueve de la noche, más de trescientos soldados, policías y ciudadanos voluntarios, todos armados, penetraban en el marjal para llevar a cabo una minuciosa búsqueda.

Al anochecer, la mayoría de ellos habían llegado al mar al otro lado del marjal. Sus esfuerzos habían resultado completamente inútiles. Un soldado, dándose cuenta de que unos ojos brillantes le observaban por entre las ramas de un árbol, había disparado contra una lechuza, y uno de los policías del Estado había abatido a una cría de lince. Otro había pisado una culebra venenosa y tuvo que ser evacuado con una mordedura de muy mal aspecto. Pero no había ni rastro de un monstruo, de un vagabundo asesino ni de ninguno de los hombres desaparecidos.

Frente al creciente escepticismo, el jefe Underbeck permaneció firme. Arguyendo que, por lo que sabían, el asesino actuaba solamente de noche, ordenó un descanso de cuatro horas para comer algo y reponer fuerzas, antes de proseguir la búsqueda.

Varios helicópteros que habían sobrevolado la zona durante la tarde aterrizaron en la franja de playa portando alimentos y suministros. Por iniciativa del jefe Underbeck, se alzaron alambradas de espino artificial entre la playa y el marjal. Se establecieron puestos de vigilancia a lo largo de toda la carretera y se instalaron poderosos reflectores. Otro camión llegado del Campamento Evans trajo una ametralladora y varios lanzallamas.

A las once de la noche todo estaba listo: las alambradas tendidas, los centinelas en sus puestos y los grandes reflectores, instalados cerca de la carretera, inundaban el

oscuro marjal con sus amplios conos de luz.

A las once y cuarto, varias patrullas compuestas de diez hombres armados hasta los dientes penetraron de nuevo en el marjal.

Apremiado por el hambre, el capuchón de horror abandonó el suelo fangoso del fondo de una charca y salió a la superficie. Moviéndose fácilmente en la oscuridad, se deslizó a través de la húmeda hierba con increíble rapidez. Le impulsaba, como siempre, un salvaje y enorme apetito.

Aunque la caza en aquel nuevo medio había sido bastante buena, su inmensa voracidad seguía insatisfecha. Cuanto más alimento tragaba, más parecía necesitar.

Mientras avanzaba, atento a las casi imperceptibles vibraciones localizadoras de alimento, el monstruo captó varias emanaciones poco satisfactorias. Aunque era la hora de la oscuridad en el extraño mundo que ahora le rodeaba; la oscuridad se veía ahora taladrada a intervalos por el enemigo más odiado del monstruo: la luz. Las vibraciones reveladoras de alimento eran más intensas que nunca. Llegaban de todas partes, poderosas, insinuantes, moviéndose en muchas direcciones. Pero el aparato sensorial del monstruo le dijo también que los rayos de luz llegaban igualmente de muchas partes.

Súbitamente, un terrible rastro de luz taladró la oscuridad más cercana y se estrelló contra el capuchón de horror. Inmediatamente, el monstruo se dejó caer en el fango con un estruendoso ¡plop! Las vibraciones aumentaron en intensidad. Los dispersos rayos de luz empezaron a concentrarse en un mismo punto.

Lleno de rabia, el monstruo se deslizó por el fango y huyó rápidamente en dirección opuesta.

Pero esto no fue más que un momentáneo respiro. Las vibraciones volvieron a crecer en intensidad. La oscuridad casi desapareció, taladrada por ríos de luz.

Por primera vez en su incalculable existencia, el monstruo experimentó algo vagamente parecido al temor. La luz no podía ser agarrada, estrujada y absorbida. Era un extraño enemigo contra el cual el capuchón de horror sólo había aprendido a defenderse de un modo: huyendo, escondiéndose.

Y en aquel momento, mientras su mundo de oscuridad iba reduciéndose cada vez más con la llegada de sucesivas oleadas de luz, el monstruo recordó instintivamente el vasto refugio que podía ofrecerle la negra sima de la cual había surgido.

Aplastándose contra el suelo, deslizándose rápidamente por el cenagoso terreno y las húmedas hierbas, emprendió el camino de regreso al mar.

Las patrullas estacionadas a lo largo de la playa fueron alertadas por el sonido de los disparos de aviso procedentes del interior del marjal y prepararon sus armas mientras el clamor se acercaba rápidamente al mar.

La playa estaba iluminada de lleno por la luz de los reflectores. Las olas lamían incesantemente la arena, levantando crestas de espuma. A la claridad de los reflectores, las oscuras aguas brillaban con oleosa iridiscencia.

Los gritos de alarma aumentaron. Los patrulleros esperaban, con todo el cuerpo en tensión. Y, repentinamente, una forma de pesadilla apareció ante ellos, dejándoles clavados en sus puestos, inmóviles de horror.

Un montón de mucílago negro, un ser sin forma esencial, sin ninguna característica terrestre, avanzaba rápidamente hacía ellos. Era un gran capuchón flotante, que un segundo después se había convertido en una charca viscosa de légamo viviente, y que se deslizaba con increíble velocidad.

Algunos de los centinelas permanecieron inmóviles donde estaban, demasiado aterrorizados para apretar los gatillos de sus armas. Otros superaron su momentáneo terror y empezaron a disparar. Los proyectiles de media docena de rifles se clavaron en el fango, después de atravesar la masa del negro monstruo.

Las patrullas procedentes del marjal llegaron corriendo y advirtieron a sus compañeros de la playa.

—¡Cuidado! ¡Se dirige hacia el mar! ¡No le dejéis escapar!

Los patrulleros redoblaron sus disparos, pero de repente se dieron cuenta, con indecible horror, que el monstruo no acusaba los impactos de los proyectiles. Sin detenerse una sola vez, cruzó la última hilera de espadañas y avanzó por la arena de la playa.

Como en una espantosa pesadilla, los centinelas le vieron bordear las dunas de arena y deslizarse hacia el mar. En seguida recordaron, sin embargo, la alambrada de espino, artificial que el jefe Underbeck se había empeñado en hacer levantar.

Animados por el recuerdo, corrieron hacia el lugar donde iba a producirse el encuentro del monstruo con el espino.

Alguien que iba en cabeza profirió una exclamación de triunfo:

—¡Está atrapado! ¡Ha quedado cogido en el espino!

Los reflectores concentraron sus haces de luz sobre la alambrada.

El monstruo había chocado contra la alambrada de espino y, al parecer, se debatía impotente contra ella. Se retorcía como un enorme gigante submarino atrapado en la red de un pescador.

Los patrulleros corrieron hacia adelante, seguros de su victoria. Sin embargo, el hombre que iba en cabeza prorrumpió de repente en un grito de alarma:

—¡Cuidado! ¡Está a punto de soltarse! ¡Va a escapar!

A la intensa luz de los reflectores vieron, consternados, que el monstruo parecía *fluir* a través del alambre, como una burbuja de cieno líquido.

Una vez cruzada la alambrada, nada le detendría ya en su carrera hacia el mar.

Un grito de horror salió de todas las gargantas mientras el monstruo, con un definitivo empujón, se deslizaba a través de la alambrada. Al llegar al otro lado se detuvo unos instantes, retorciéndose, como si quisiera desprenderse de los trozos de su masa prendidos todavía en el alambre espinoso.

En aquel momento, uno de los centinelas echó a correr hasta colocarse junto a la alambrada. Arrodillándose, apuntó cuidadosamente al capuchón de horror, a punto ya

de escapar a la persecución. Un segundo después, una enorme llama brotó de su arma y fue a estrellarse contra el monstruo, al otro lado de la barrera de espino.

La noche se llenó de un denso humo negro. Un espantoso hedor flotó sobre la playa. Los patrulleros vieron una llameante masa de horror desprendiéndose de la alambrada. El soldado que sostenía el lanzallamas volvió a disparar implacablemente.

El humo se hizo más denso, y el indescriptible hedor se convirtió en insoportable.

Cuando el soldado soltó finalmente el lanzallamas, no vio más que los alambres enrojecidos por el fuego de la alambrada y una gran mancha de arena ennegrecida.

El manto de mucílago había tenido motivos para odiar a la luz, ya que su ejecutor fue el fuego… el desconocido enemigo al cual ni siquiera el negro capuchón de horror podía atrapar y devorar.

MUERTE EN EL PERÚ

Joseph Payne Brennan

HENDERSON se abrió paso impacientemente por la estrecha calle, sorteando a los tranquilos asnos cargados con grandes seras, a las furiosas y perpetuamente irritadas llamas, y a la multitud de indios descalzos balanceando enormes cestos sobre sus cabezas. Entró en una casa de adobe de techo bajo, pasó al patio interior a través de la única habitación de la casa y penetró en otra estructura de adobe medio a oscuras.

Cuando su sombra se proyectó en el umbral, una decrépita mujer india, de aspecto semejante al de una momia, apareció en la puerta.

Los fatigados ojos de Henderson estudiaron el rostro de la vieja.

—¿Cómo está? —inquirió.

La mujer escupió su rumia de hojas de coca y sacudió la cabeza.

—Ha pasado la noche temblando de frío; hoy le ha vuelto la fiebre.

Henderson entró en la habitación y se detuvo un momento hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra interior.

En un rincón ardía una lámpara de parafina, esparciendo ineficaces destellos, y junto a ella, en un catre de confección casera, yacía Larrifer, tosiendo y gimiendo como había venido haciéndolo durante los últimos tres días. Tenía una intensa fiebre, sufría alucinaciones y no reconocía al hombre que había sido su socio y su mejor amigo por espacio de cinco años. Una semana antes era un hombre jovial, con una salud de hierro; ahora no era más que un montón de huesos revestidos de piel.

Henderson se acercó al catre y contempló a su amigo con una preocupada expresión en los ojos. Cuando se apartó del lecho, maldecía en voz baja al negocio que les había llevado a aquella inaccesible aldea peruana. Pasarían algunos días, quizás incluso semanas, antes de que el mensajero regresara con el único médico blanco que habitaba en las cercanías. Y Larrifer empeoraba visiblemente a cada hora que transcurría.

Dio algunas breves instrucciones a la mujer india, salió de nuevo al patio interior, bañado por un implacable sol, y se inclinó para pasar a través de una arcada que daba acceso al jardín, en la parte trasera del edificio. Apartándose del sendero cubierto de hierba, fue a sentarse a la sombra de un gigantesco araucaria.

El lugar encajaba a las mil maravillas con su estado de ánimo. En días pretéritos, más prósperos, el jardín había albergado delicadas rosas capuchinas y hermosas sarracenias amarillas, pero ahora era la morada de nopales polvorientos, de higueras silvestres de horrible aspecto y de negros y espinosos arbustos.

Henderson dirigió una desolada mirada a su alrededor y trató de concentrarse en sus pensamientos.

Al principio se había tranquilizado a sí mismo diciéndose que Larrifer habría contraído alguna enfermedad tropical, cuyo germen se encontraba en algún alimento, en el agua o en el propio clima. Pero Larrifer había pasado años enteros en los trópicos. Y las medicinas habituales no habían mejorado su estado como en ocasiones anteriores. Y en el caso presente había, además, la actitud de los indios.

Desde luego, Henderson sabía lo que pensaban los indígenas… lo que se susurraban el uno al otro. Los indígenas creían que Larrifer estaba embrujado.

La historia se había iniciado dos semanas antes cuando Larrifer, con su exceso de vitalidad, se había enamorado de la jovencísima hija de unos pobres cultivadores de maíz que habitaban en las afueras de la aldea. La muchacha era poco más que un niña de acuerdo con la psicología de un blanco, pero Larrifer no había encontrado grandes dificultades para satisfacer su deseo. Los padres de la muchacha, con aquella curiosa mezcla de fatalismo y resignación que caracterizaba a los indígenas, habían dado su consentimiento, aunque en su interior no se aprobasen a sí mismo. Pero eran muy pobres, y un poco de oro representaba para ellos una inmensa fortuna.

Pero sucedió que la muchacha tenía un admirador, un joven indígena que vagabundeaba como una vicuña por las montañas cercanas y de cuando en cuando visitaba la aldea. Unos días después de la desgracia provocada por Larrifer, el joven había bajado de las montañas con un ramo de azules flores silvestres para la hija de los cultivadores de maíz.

Desde luego, se había enterado inmediatamente de lo que andaba de boca en boca.

No había hecho nada… es decir, nada que a un hombre blanco pudiera aparecer como especialmente amenazador o siniestro. Se había limitado a esperar ante el alojamiento de Larrifer hasta que Larrifer apareció. Entonces fijó en el hombre blanco una mirada de extraña intensidad y, sin pronunciar una sola palabra, dio media vuelta y desapareció.

Larrifer, intrigado, se había encogido de hombros, para olvidarse inmediatamente del asunto. Pero al día siguiente cayó enfermo. Y seguía enfermo desde entonces. Y, a cada hora que pasaba, su estado empeoraba.

Henderson se resistía a admitir el hecho… pero en realidad empezaba a estar de acuerdo con los indígenas. Durante su estancia en los trópicos había sido testigo involuntario de más de un inexplicable acontecimiento. Existían algunas cosas que siempre se negaría a admitir, cosas que negaba con su mente pero que creía con otra parte de sí mismo, con su corazón, con sus instintos, con alguna parte elemental y primitiva de su ser, la cual no razonaba, sino que se limitaba a aceptar sin explicaciones.

Aquella noche, su agotado cerebro siguió especulando incluso en sueños. Soñó en Larrifer. En Larrifer saliendo de su alojamiento de adobes y encontrándose con el joven indio que vivía en las montañas como una vicuña. Vio cómo la satisfecha sonrisa de Larrifer se convertía en una mueca de repentina irritación mientras el joven le miraba fijamente, vio el indígena dar media vuelta y alejarse lentamente sin pronunciar una sola palabra, vio un ramillete de flores azules tirado en el suelo, pisoteado por los viandantes, marchitándose al sol.

Al día siguiente, Henderson visitó a escondidas al brujo de la aldea, un anciano centenario que se dedicaba a confeccionar sandalias y vendía corazones de sapo y

garras de cóndor. De acuerdo con la leyenda local, efectuaba una peregrinación anual a un templo de los antiguos dioses, las desaparecidas deidades incas, perdido en las montañas.

El arrugado anciano surgió de la parte trasera de su tienda semejante a una enorme araña, y entrecerró los ojos como si el débil reflejo solar que se filtraba a través de las polvorientas ventanas le resultara insoportable.

Apresuradamente, Henderson contó su historia. Mencionó la elevada recompensa que estaba dispuesto a dar por la curación de su amigo, y aguardó la respuesta lleno de esperanza.

Cuando el anciano habló, su voz fue tan inexpresiva y tan lejana como un viento nocturno soplando sobre las copas de los distantes árboles.

—El sol quema a las montañas durante el día; por la noche, las montañas quedan heladas por el viento.

Empezó a dar media vuelta y de pronto añadió, como pensándolo mejor:

—Toma el sendero abierto por las llamas que conduce a la cumbre de la montaña. Al final del camino, antes de llegar al manto de nieve, la tierra ha sido removida. Debes cavar allí.

Henderson le pagó, se marchó tan furtivamente como había llegado y regresó apresuradamente a su alojamiento. Una vez allí preparó un ligero desayuno, lo metió en un morral y partió en dirección a las montañas. Llevaba un pequeño pico en el cinto y, oculto bajo su brazo izquierdo, una pistola automática del calibre 32.

No le gustaba cabalgar y, en realidad, tenía muy poca fe en el consejo del brujo. Nunca hubiera admitido ante un hombre blanco que iba a trepar a la cumbre de una montaña siguiendo el consejo de un viejo peruano que confeccionaba sandalias, adoraba a los dioses incas y vendía artículos tales como corazones de sapo y garras de cóndor. Ni siquiera a sí mismo quería confesarse el verdadero objeto de su pequeña excursión. Se dijo que necesitaba respirar un poco de aire fresco y hacer ejercicio. Y desde la cumbre de la montaña, además, se gozaría de una espléndida vista.

Cruzó los campos de maíz de las afueras de la aldea y no tardó en encontrarse al pie de la montaña. Al principio, los cantos de mil pájaros ocultos amenizaron su ascensión y el verde de la hierba alegró sus ojos, pero paulatinamente la hierba de color esmeralda fue convirtiéndose en liquen grisáceo y Henderson acabó por hallarse rodeado de un profundo silencio.

El sendero bordeaba unos peligrosos barrancos y Henderson no podía distraer su vista en el panorama, sino que debía mantener los ojos fijos en el terreno que pisaba a fin de evitar un traspiés que resultaría fatal. De cuando en cuando, las rocas crujían en el helado aire, pero el sonido no hacía más que aumentar el creciente silencio. En un momento determinado, una enorme sombra planeó sobre el sendero, y Henderson sintió un escalofría de terror. Los fríos ojos de un cóndor se clavaron en él desde las alturas, y luego el mayestático animal cruzó tranquilamente el contiguo barranco.

A pesar de sí mismo, Henderson se estremeció. Empezó a tener consciencia de

una creciente sensación de horror. Le pareció que había penetrado en otro mundo, un mundo compuesto de silencio y espacio, un extemporáneo mundo de misterio donde ni siquiera los eones dejaban apenas señal.

Henderson recordó al anciano brujo con una sensación de temor, y empezó a desear no haber ido a consultar al canoso dispensador de encantos.

Acabó, sin embargo, por llegar al final del sendero, el cual se hallaba tan cerca de la cumbre de la montaña que sólo una vicuña podía llegar allí. Henderson recordó entonces las palabras del brujo: «Al final del sendero, antes del manto de nieve, la tierra ha sido removida. Debes cavar allí».

Inmediatamente delante de él, un capuchón de nieve brillaba al sol. Henderson empezó a inspeccionar el terreno. Aunque no había huellas recientes de pies humanos ni de pezuñas de animales, Henderson decidió efectuar una minuciosa búsqueda.

Avanzó con los ojos clavados en el suelo y, finalmente, sus esfuerzos se vieron recompensados. A unos tres metros de distancia del borde de la nieve, descubrió un lugar donde la tierra había sido removida recientemente.

Mientras se sacaba el pico del cinto y empezaba a cavar, sintió que sus pelos se ponían de punta. En todo aquel asunto había algo fantasmagórico y sobrenatural. ¿Cómo podía saber un decrépito sandaliero de la aldea que en aquel lugar preciso de la montaña iba a encontrar Henderson un trozo de tierra removida recientemente? ¿Cómo podía saber que…?

El pico tropezó en algo que no era tierra. Dejando la herramienta a un lado, Henderson empezó a extraer cuidadosamente tierra con las manos.

Lo que encontró le dejó boquiabierto de asombro. Era una muñeca de aspecto repelente, de unas ocho pulgadas de altura, moldeada con una sustancia parecida a la cera. Se trataba, probablemente, de grasa de llama mezclada con harina de maíz. Aunque la punta del pico había dañado seriamente la cabeza, los rasgos burdamente tallados en el rostro no dejaban lugar a dudas: la muñeca era una reproducción de Larrifer.

Al contemplarla más de cerca, Henderson se dio cuenta de que la muñeca llevaba pegados a la cabeza unos cuantos cabellos. Cortos, crespos, de color castaño rojizo. Cabellos de Larrifer.

Las palabras del anciano sandaliero resonaron de nuevo en los oídos de Henderson con todo su pleno significado:

«El sol quema a las montañas durante el día; por la noche, las montañas quedan heladas por el viento».

¡De modo que era eso! Larrifer ardiendo de fiebre durante el día… Larrifer helado de frío durante la noche… Una muñeca confeccionada a imagen de Larrifer enterrada en la montaña, cocida por el sol durante el día, helada por los frígidos vientos que batían aquellas cumbres durante la noche…

Desde luego, se trataba de una coincidencia, pero, sin embargo…

Cuidadosamente, Henderson colocó la muñeca en su morral, recogió el pico y

emprendió el camino de regreso. Echó una ojeada a su reloj y vio que eran algo más de las tres de la tarde. De repente, Henderson se sintió mucho más solo y echó a correr, a pesar de las graves consecuencias que podía tener un mal paso. Casi deseó ver al cóndor que tanto le había asustado antes. Se olvidó por completo de la comida que había traído consigo. En aquellas montañas había algo de misterioso y horrible. En otras circunstancias tal vez hubiera gozado en medio de su solitaria grandeza, pero la caricatura de Larrifer mirándole fijamente al surgir de la tierra recién removida había sacudido fuertemente los nervios de Henderson. Empuñó la pistola y más de una vez miró temerosamente hacia atrás por encima de su hombro.

En cuanto llegó al pie de la montaña, sin embargo, todas sus aprensiones se desvanecieron. Se sintió avergonzado de sí mismo, y sonrió al pensar en la divertida historia que algún día podría contar a su propia costa. ¡La vez que una pequeña muñeca de cera le había hecho correr montaña abajo como un chiquillo asustado!

Decidió ir inmediatamente a ver a Larrifer. Por alguna razón desconocida se sentía optimista. Tal vez Larrifer no tendría la habitual fiebre y se habría sumido en un sueño tranquilo…

En el instante en que pisó el patio de la casa de adobes, sin embargo, supo que algo iba mal. Casi una docena de indígenas permanecían de pie ante la puerta de la habitación de Larrifer. Estaban en silencio, y cuando Henderson se acercó a ellos inclinaron los ojos.

Henderson inquirió:

—¿Qué sucede?

La anciana masticadora de hojas de coca, parecida a una momia, miró temerosamente hacia el interior de la habitación e hizo un gesto como para ahuyentar a los demonios. A continuación empezó a murmurar palabras ininteligibles en su lengua natal.

Henderson frunció el ceño impacientemente, apartó a la anciana a un lado y entró en la habitación sumida en la penumbra.

La lámpara de parafina seguía ardiendo en un rincón, y, al acercarse al catre, los vacilantes reflejos permitieron a Henderson contemplar un espectáculo que le inmovilizó, como si hubiese echado raíces en el suelo.

Larrifer estaba tendido en el catre, con el cráneo abierto como si alguien le hubiese golpeado salvajemente, y una expresión de indescriptible terror en el rostro. La sangre empapaba el catre, y en el mortal silencio Henderson pudo oír el tétrico sonido de las gotas que iban cayendo sobre el charco formado en el suelo.

Apartó los ojos de la fantasmal escena y, lentamente, su horror inicial fue convirtiéndose en creciente rabia. ¡Ahora lo veía todo claro! ¡El astuto sandaliero le había engañado deliberadamente! Le embaucó con su cháchara enviándole a la montaña a fin de que no pudiera intervenir cuando el vengativo joven indio llevara a cabo el asesinato de Larrifer. No cabía duda de que el hechicero había informado al joven de la visita de Henderson y del consejo que le había dado.

Salió al patio y empezó a lanzar maldiciones a los asombrados indígenas. Agarrando fuertemente por los hombros a la anciana india que cuidaba a Larrifer en su enfermedad, Henderson la acusó de haber ayudado al asesino.

La presión de las manos de Henderson y sus acusaciones parecieron despertar a la anciana del letargo que hasta entonces había agarrotado su lengua.

Dando un violento tirón para librarse de la mano que oprimía su hombro, negó con vehemencia haber tenido parte en aquel espantoso asunto. Pero Henderson no se dejó convencer. ¿Por qué motivo —le preguntó— había abandonado la casa? Si no se hubiese movido de la habitación —para eso le pagaban—, tal vez no hubiera ocurrido el terrible suceso.

Pero la anciana sacudió de nuevo la cabeza. Estaba dispuesta a jurar por los dioses de los incas que no se hallaba a más de dos pasos de distancia de la puerta de la habitación cuando Larrifer profirió un horroroso grito de agonía. Nadie había entrado en la habitación antes de que se oyera aquel espantoso alarido; nadie salió de ella después.

Repentinamente, una terrible idea cruzó por la mente de Henderson. Su voz era temblorosa cuando dirigió otra pregunta a la anciana.

—¿A qué hora, exactamente, había sonado aquel terrible alarido?

La anciana se encogió de hombros.

—En el preciso instante en que las campanas de la iglesia daban las tres de la tarde, *señor.*

Henderson se la quedó mirando fijamente, aterrorizado, enfermo, helado de frío bajo los rayos del cálido sol…

¡Larrifer había gritado y muerto casi en el mismo instante en que el pico de Henderson había tropezado contra la cabeza de la pequeña muñeca enterrada en la montaña!

LEVITACIÓN

Joseph Payne Brennan

EL Circo Ambulante Morgan llegó a Riverville para dar una función de noche, y plantó sus tiendas en el parque situado en uno de los extremos del pueblo. Era un cálido atardecer de primeros de octubre, y a eso de las siete una gran multitud se había congregado ante la barraca principal del Circo, dispuesta a divertirse.

El espectáculo viajero no era nada del otro jueves en cuanto a presentación y calidad, pero su aparición fue saludada con alborozo en Riverville, una aislada comunidad montaraz que no contaba con cinematógrafos, ni teatros, ni campos de deporte, como los que existen en las grandes ciudades.

Los habitantes de Riverville no eran exigentes en sus diversiones; en consecuencia, la inevitable Mujer Gorda, el Hombre Tatuado y el Muchacho Mono les hicieron pasar un buen rato. Mientras contemplaban el espectáculo, masticaban cacahuetes y rosetas de maíz, bebían vaso tras vaso de limonada y mantenían ocupados sus dedos con los coloreados papeles que envolvían los caramelos.

Todo el mundo se hallaba en un relajado y tolerante estado de ánimo cuando el locutor empezó a anunciar la actuación del Hipnotizador. El locutor, un hombre pequeñito y rechoncho que vestía una americana a cuadros, aullaba a través de un improvisado megáfono, mientras el Hipnotizador permanecía en último plano sobre la plataforma de madera levantada delante del barracón, con aire indiferente y burlón, sin dignarse mirar a la multitud de espectadores.

Al final, sin embargo, cuando unas cincuenta almas se habían reunido ante la plataforma, el Hipnotizador avanzó hasta quedar a plena luz. Un murmullo se elevó de la multitud.

Iluminado por la lámpara suspendida sobre su cabeza, el Hipnotizador ofrecía un aspecto impresionante. Era un hombre alto, delgadísimo, con una tez sorprendentemente pálida. Pero lo que más llamaba la atención en él eran sus ojos, oscuros, hundidos en las cuencas, enormes y brillantes. El usado traje negro que vestía, y la corbata de lazo, también negra, que llevaba anudada al cuello, acababan de conferirle un aire mefistofélico.

Contempló a la multitud fríamente, con una expresión a la vez resignada y desafiante.

Su voz sonora llegó a todos los oídos.

—Para mi experimento, necesito un voluntario —dijo—. Si alguno de ustedes es tan amable como para subir a la plataforma…

Todo el mundo miró a su alrededor, o dio con el codo a su vecino, pero nadie se movió.

El Hipnotizador se encogió de hombros.

—No puedo trabajar —dijo—, a menos que uno de ustedes se preste al experimento. Les aseguro, damas y caballeros, que la demostración es completamente inofensiva y no reviste el menor peligro.

Miró a su alrededor con aire expectante, y de pronto un joven empezó a abrirse

paso entre la multitud y avanzó hacia la plataforma.

El Hipnotizador le ayudó a subir los escalones de madera y le invitó a sentarse en una silla.

—Relájese —dijo el Hipnotizador—. Ahora va usted a dormirse, y hará exactamente lo que yo le ordene.

El joven se movió en la silla, al tiempo que dirigía una burlesca mueca a la multitud.

El Hipnotizador reclamó su atención, fijando en él sus enormes ojos, y el joven dejó de moverse.

Súbitamente, uno de los espectadores lanzó una bolsita de rosas de maíz hacia la plataforma. La bolsita describió un arco y fue a aterrizar exactamente en la cabeza del joven sentado en la silla. El impacto aturdió al joven, que estuvo a punto de caer de la silla, y la multitud, callada un momento antes, estalló en ruidosas carcajadas.

El Hipnotizador estaba furioso. Su pálida tez enrojeció y parecía a punto de estallar de rabia al enfrentarse con los espectadores.

—¿Quién ha sido el gracioso? —preguntó, en tono irritado.

La multitud guardó silencio.

El Hipnotizador continuó mirándoles fijamente. Al final, el color abandonó su rostro y dejó de temblar, pero sus brillantes ojos mantenían una expresión amenazadora.

Al cabo de unos segundos se volvió hacia el joven sentado en la silla, le despidió dándole las gracias por su colaboración y se encaró de nuevo con la multitud.

—Debido a la interrupción —anunció en voz baja—, será necesario volver a empezar la demostración… con un nuevo sujeto. Tal vez a la persona que lanzó la bolsita no le importaría subir a la plataforma.

Una docena de espectadores se volvieron a mirar a alguien que permanecía medio escondido detrás de la multitud.

El Hipnotizador clavó en él sus oscuros ojos, y al hablar su tono era francamente burlón.

—Quizá —dijo— la persona que interrumpió el espectáculo tiene miedo de subir. ¡Prefiere esconderse detrás de la gente y lanzar bolsitas de maíz!

El culpable profirió una exclamación y luego avanzó con aire beligerante hacia la plataforma. Su aspecto no tenía nada de notable; en realidad, tenía un vago parecido con el joven que había subido anteriormente, y cualquier observador casual les hubiera catalogado a los dos como típicos campesinos.

El segundo joven subió a la plataforma y se sentó en la silla con un visible aire de reto, y por espacio de unos minutos se hizo evidente que se negaba a relajarse, tal como le sugería el Hipnotizador. De pronto, sin embargo, su agresividad desapareció y se quedó mirando obedientemente los imperiosos ojos situados delante de los suyos. Al cabo de unos instantes se puso en pie, obedeciendo la orden del Hipnotizador, y se tendió de espaldas sobre el entarimado de la plataforma. Los

espectadores se quedaron boquiabiertos.

—Ahora va usted a dormirse —le dijo el Hipnotizador—. Va usted a dormirse. Va usted a dormirse. Va usted a dormirse. Va usted a dormirse y hará todo lo que yo le ordene. Todo lo que yo le ordene. Todo…

Su voz se convirtió en una especie de zumbido, repitiendo incansablemente las mismas frases, y la multitud cayó en un religioso silencio.

De repente, en la voz del Hipnotizador apareció una nota completamente nueva, y el auditorio contuvo la respiración.

—Ahora, va usted a alzarse sobre la plataforma —ordenó el Hipnotizador—. ¡Álcese sobre la plataforma!

Sus oscuros ojos brillaban con extraña intensidad, y la multitud se estremeció.

—¡Álcese! ¡Arriba!

El suspiro colectivo de la multitud fue perfectamente audible.

El joven tendido en la plataforma, completamente rígido, sin mover un músculo, empezó a ascender horizontalmente. Subía con lentitud, casi imperceptiblemente al principio, pero su ascensión no tardó en hacerse más rápida.

—¡Arriba! —ordenó la voz del Hipnotizador.

El joven continuó ascendiendo, hasta quedar a unos pies por encima de la plataforma, y siguió ascendiendo…

Los espectadores estaban convencidos de que existía algún truco, pero a pesar de ello contemplaban la ascensión del joven con la boca abierta. El joven parecía estar suspendido y moverse en el aire sin ninguna clase de apoyo físico.

Repentinamente, la atención de la multitud se vio distraída por otro suceso: el Hipnotizador se llevó una mano al pecho, dio un traspiés y se derrumbó sobre la plataforma.

Se oyeron gritos reclamando la presencia de un médico. El locutor de la americana a cuadros subió rápidamente a la plataforma y se inclinó sobre la inmóvil figura.

Le tomó el pulso, sacudió la cabeza y frunció el ceño.

Alguien le ofreció una botella de *whisky,* pero el locutor se limitó a encogerse de hombros.

De pronto, una mujer lanzó un grito.

Todo el mundo se volvió a mirarla, y un segundo después todos los ojos se fijaron en un mismo punto.

El grito de horror fue unánime: el joven a quien el Hipnotizador había dormido, seguía ascendiendo. Mientras la atención de la multitud se había distraído con el fatal colapso del Hipnotizador, el joven había continuado subiendo. Se hallaba ahora a más de dos metros de altura por encima de la plataforma y moviéndose inexorablemente hacia arriba. Incluso después de la muerte del Hipnotizador continuaba obedeciendo aquella orden final: «*¡Arriba!*».

El locutor, con los ojos a punto de salírseles de las órbitas, dio un frenético salto

tratando de agarrar al joven, pero fracasó en su intento. Sus dedos sólo pudieron rozar a la moviente figura antes de caer de bruces sobre la plataforma.

La rígida forma siguió flotando hacia arriba, como atraída por una especie de invisible imán.

Las mujeres empezaron a gritar histéricamente; los hombres vociferaban. Pero nadie sabía que hacer. Una expresión de terror llenó los ojos del locutor al mirar hacia arriba.

—¡Baja, Frank! ¡Baja! —gritó la multitud—. ¡Frank! ¡Despierta! ¡Baja! ¡Párate, Frank!

Pero la rígida forma de Frank se movía incesantemente hacia arriba. Arriba, arriba, hasta que alcanzó el nivel del techo del barracón, hasta que alcanzó la altura de las copas de los árboles más altos, hasta que sobrepasó los árboles y siguió ascendiendo en dirección al despejado cielo de aquella noche de primeros de octubre.

La mayoría de los espectadores se cubrieron los horrorizados rostros con las manos.

Los que continuaron mirando vieron a la forma flotante ascender hacia el cielo hasta que no fue más que una leve mancha, como un diminuto cilindro acercándose cada vez más a la luna.

Luego desapareció del todo.

EL BAÚL DE MADERA PRECIOSA

JOSEPH PAYNE BRENNAN

¡PROCEDE de la India, caballero! —dijo el comerciante, oprimiendo una contra otra las palmas de sus manos—. ¡De auténtica madera preciosa! ¡Una buena compra, caballero!

—Bueno… me quedo con él —replicó Ernest Maax, tras una leve vacilación.

Había estado deambulando ociosamente por la tienda de antigüedades y objetos de segunda mano, y aquel baúl había llamado poderosamente su atención. Tenía un aspecto suntuoso y exótico que le complació. La madera, de color castaño oscuro, con vetas negras, parecía ébano. Y era bastante grande: por lo menos, dos pies de ancho por cinco de longitud, con una profundidad de casi tres pies.

Cuando se enteró de que el comerciante estaba dispuesto a desprenderse de él por sólo doce dólares, no pudo resistir a la tentación de comprarlo.

Lo que le hizo vacilar un poco fue lo bajo del precio señalado por el comerciante y la indudable satisfacción con que acogió el interés del cliente por aquel baúl. ¿Sería una imitación aquella madera tan finamente labrada? ¿Tendría el baúl algún defecto oculto?

Cuando al día siguiente lo depositaron en su habitación, no consiguió descubrir nada anormal. La madera era sólida y buena, y el baúl se hallaba en perfectas condiciones. La tapa encajaba exactamente y la gran llave de hierro giraba con facilidad en la cerradura.

Desvanecidas por completo sus aprensiones, Maax frotó cuidadosamente la oscura madera y luego colocó el baúl en un rincón desocupado de su habitación. La próxima vez que tuviera que cambiar de alojamiento, el baúl le prestaría un inestimable servicio. Entretanto, pondría una nota exótica en su cuarto, alegrándolo un poco.

Pasaron varias semanas, y aunque Maax dirigía aún miradas ocasionales de admiración a su nueva pertenencia, empezó a olvidarse del precioso baúl.

Una noche, sin embargo, su atención se vio atraída hacia el mueble de un modo sorprendente. Estaba sentado en la cama, leyendo, cuando por algún motivo desconocido su mirada se alzó del libro y se paseó por la habitación hasta detenerse en el rincón donde se encontraba el baúl.

Un largo dedo blanco asomaba por debajo de la tapadera.

Maax quedó completamente paralizado por el horror, con las pupilas fijas en aquella sorprendente visión.

El dedo colgaba inmóvil, largo y pálido, con un recio nudillo y una uña ennegrecida.

Pasada la primera impresión, Maax sintió que una sorda cólera se apoderaba de él. No había ningún motivo para que el dedo estuviera allí; era algo absurdo… y estúpido. A Maax le enfureció, como le podía haber enfurecido la repentina intrusión de un desagradable huésped que se hubiese equivocado de puerta. Su apacible y cómoda velada se había echado a perder a causa de aquel inesperado suceso.

Profiriendo una exclamación de enojo, lanzó el libro que estaba leyendo contra el

dedo.

El dedo desapareció. Al menos, Maax dejó de verlo. Girando la lamparilla de la mesita de noche de modo que iluminara de lleno el rincón donde estaba colocado el baúl, Maax se levantó, se acercó al mueble y alzó la tapadera.

Estaba completamente vacío.

Dejando caer la tapadera, recuperó su libro y volvió a acostarse. Tal vez había leído con exceso en los últimos días, pensó. Y sus ojos protestaban haciéndole ver visiones.

Por espacio de algún tiempo siguió entregado a la lectura, pero de cuando en cuando alzaba la vista y miraba a través de la habitación hacia el rincón ocupado por el baúl. El dedo no reapareció, y finalmente Maax se quedó dormido.

Pasó una semana y Maax empezó a olvidarse del dedo. Dedicó menos tiempo a la lectura y acabó por convencerse de que había sido víctima de una simple alucinación provocada por la fatiga de sus ojos.

Finalmente, a comienzos de la segunda semana, estimó que sus ojos habían gozado ya de un buen descansó, y compró algunas revistas con la intención de pasar aquella velada en su habitación.

Poco después de haber abierto la primera revista, miró en dirección al baúl y vio que todo estaba en orden. Cómodamente sentado en su sillón, se absorbió en la lectura durante más de una hora. Cuando finalmente soltó la revista y se disponía a coger otra, sus ojos se fijaron indiferentemente en el baúl… y allí estaba el dedo.

Colgaba como la vez anterior, por debajo de la tapadera, inmóvil, con su recio nudillo y su repulsiva uña ennegrecida.

Reprimiendo un repentino impulso de echar a correr, Maax alargó lentamente el brazo hasta una mesilla situada muy cerca del sillón en que estaba sentado y cogió un pesado cenicero de metal. Mientras su mano se cerraba sobre el cenicero, sus ojos permanecían clavados en el dedo.

Poniéndose en pie muy lentamente, empezó a andar hacia el baúl. Estaba convencido de que el cenicero, manejado con fuerza, era un arma eficaz: era de sólido metal y tenía un borde muy afilado.

Cuando se hallaba a un metro escaso de distancia del baúl, el dedo desapareció. Cuando Maax alzó la tapadera, el baúl, tal como suponía, estaba vacío.

Sintiéndose intensamente impresionado, Maax volvió a sentarse en el sillón. Aunque el dedo no reapareció, no podía apartar su espantosa imagen del pensamiento. Antes de acostarse, decidió que debía desprenderse del baúl.

Su salud era perfecta y sus ojos habían gozado de una semana de descanso. En consecuencia, razonó, la extraña visión no tenía origen en él, sino en el propio baúl.

Ahora se explicaba el interés del comerciante por venderle el baúl a un precio tan bajo. El mueble debía de tener ya mala fama cuando el comerciante lo adquirió. Y, sabiéndolo, el poco escrupuloso mercader se había apresurado a desprenderse del baúl por una suma muy módica.

Maax, un joven práctico, admitió la posibilidad de una explicación no física de evidente mala gana, pero comprendió que no se hallaba en situación de discutir el asunto. Lo esencial era no dejarse dominar por los nervios. Todo lo demás resultaba secundario.

Al día siguiente, antes de marcharse al trabajo, dio instrucciones a la dueña de la casa de huéspedes para que buscase a un par de hombres que se encargaran de recoger el baúl, llevárselo a un descampado en las afueras de la ciudad y quemarlo.

Sin embargo, al regresar aquella noche a su habitación, la primera cosa con que tropezó la mirada de Maax fue con el baúl. Furioso, se dirigió rápidamente al piso ocupado por la dueña de la casa y exigió una explicación. ¿Por qué motivo no había cumplido su encargo?

La paciente señora le explicó que el baúl había sido sacado del cuarto y llevado a un descampado, tal como había ordenado. Sin embargo, uno de los hombres encargados del transporte decidió por su cuenta que se había producido algún error. Nadie en su sano juicio, afirmó, ordenaría destrozar un mueble tan hermoso y tan caro. De modo que regresaron con el baúl a su punto de partida, creyendo que en la habitación encontrarían otro baúl de menos precio y que este último sería el que el huésped había ordenado destruir.

Una vez en la habitación, y tras comprobar que no había ningún otro baúl, decidieron dejarlo allí para que el dueño confirmase la orden, puesto que ya era muy tarde para llevárselo de nuevo.

Completamente aturdido por la anterior información, Maax murmuró unas frases de disculpa y se encaminó a su habitación. Una vez allí, se dejó caer en el sillón y permaneció sentado, mirando fijamente el baúl. Finalmente, decidió conservarlo en su poder unos días más. Si no ocurría nada durante aquellos días, se quedaría con el mueble; en caso contrario, tomaría inmediatas y drásticas medidas para desprenderse de él para siempre.

Aunque había planeado asistir a un concierto aquella noche, poco después de las seis empezó a llover, y Maax se resignó a pasar la velada en su habitación.

Antes de ponerse a leer, cerró el baúl con la llave de hierro y se guardó la llave en el bolsillo. Era absurdo que no se le hubiese ocurrido antes aquella idea. Esto, pensó, sería la prueba decisiva.

Mientras leía, mantenía un ojo vigilante sobre el baúl, pero no ocurrió nada hasta poco después de las once, cuando Maax dio por terminada su lectura. Entonces, mientras cerraba el libro y empezaba a levantarse de su asiento, miró en dirección al baúl… y allí estaba el dedo.

Su aspecto era el de siempre. Sin embargo, en vez de colgar lacio e inmóvil, como las veces anteriores, parecía dotado de una leve vida. Temblaba ligeramente y parecía efectuar débiles esfuerzos para rascar la madera con su larga uña ennegrecida.

Cuando consiguió reunir el valor suficiente, Maax cogió el cenicero de metal, como en la ocasión anterior, y se acercó al baúl. Esta vez consiguió alzar el cenicero

antes de que el dedo se desvaneciera. Le pareció que se encogía rápidamente para meterse en el interior del baúl.

El corazón de Maax empezó a latir tumultuosamente. Alzó la tapa con mano temblorosa: el baúl estaba vacío. De pronto recordó la llave de hierro que llevaba en el bolsillo y un nuevo escalofrío de horror recorrió su espinazo. ¡El espantoso dedo había abierto la cerradura del baúl! A no ser que él estuviera perdiendo la razón…

Completamente destrozado, cerró el baúl por segunda vez y luego se sentó en el sillón y permaneció allí, desvelado, hasta las dos de la mañana. Al final, exhausto e impresionado, decidió acostarse. Pero antes de apagar la luz comprobó que el baúl estaba cerrado.

En cuanto se quedó dormido, Maax tuvo una espantosa pesadilla. Soñó que le despertaba un persistente ruido, como si alguien arañase una madera, y que se levantaba, encendía una vela y miraba hacia el baúl. El dedo asomaba por debajo de la tapa, y esta vez aparecía galvanizado por un exceso de vida. Giraba, se retorcía, tamborileaba con su recio nudillo, arañaba frenéticamente la madera con su ennegrecida uña. Finalmente, como si se diera repentina cuenta de la presencia de Maax, quedó completamente inmóvil… y a continuación empezó a moverse haciendo una seña a Maax para que se acercara. El terror de Maax llegó al colmo, pero se sintió incapaz de desobedecer la imperiosa llamada del dedo. Dejó la vela sobre la mesilla de noche y se acercó al baúl andando como un autómata. El monstruoso dedo le atraía con una especie de diabólico magnetismo, como un imán que atrajera a la carne humana en vez de atraer al metal.

Cuando Maax llegó junto al baúl, el dedo desapareció en su interior e inmediatamente se alzó la tapa. Aterrorizado, pero incapaz de detenerse a sí mismo, Maax se metió en el baúl, se sentó, dobló las rodillas hasta colocarlas contra su barbilla y se tumbó de lado. Un instante después oyó caer la tapa y el ruido de la llave de hierro al girar en la cerradura.

En aquel momento se despertó profiriendo un grito de terror. Se incorporó en la cama y se dio cuenta de que tenía el rostro empapado de sudor. A pesar de la pesadilla —o quizás a causa de ella—, no se atrevió a levantarse y encender la luz. Por el contrario, se cubrió hasta la cabeza con la ropa de la cama y permaneció inmóvil y despierto hasta que se hizo de día.

Los primeros rayos del sol le devolvieron algo de valor. Se aseó y salió a la calle. Después de tomarse una taza de café bien cargado, en vez de dirigirse a su trabajo como de costumbre, se encaminó hacia el modesto hogar del dueño de un camión que se dedicaba a las mudanzas y cuyos servicios había utilizado algunas veces. Después de informarle minuciosa y detalladamente de lo que deseaba, le entregó diez dólares y le prometió otros diez cuando hubiera llevado a cabo el trabajo que acababa de encargarle. Después de almorzar, mucho más tranquilo, Maax se dirigió a su trabajo.

Aquella noche entró en su habitación con un aire confiado, pero en cuanto hubo echado una ojeada a la estancia su corazón dejó de latir: contrariamente a lo que

esperaba, el transportista no se había llevado el baúl, que estaba en el mismo rincón de siempre.

Esta vez, Maax se sintió más deprimido que furioso. Llamó por teléfono al transportista, el cual se deshizo en excusas. Su camión había sufrido una avería en el preciso momento en que se disponía a ir a recoger el baúl. La reparación, sin embargo, era cosa de poca monta, y a la mañana siguiente, a primera hora, cumpliría el encargo.

La cosa no tenía remedio, y Maax colgó el receptor tras encarecer al transportista la urgencia del trabajo. No sentía el menor deseo de quedarse en su habitación, y decidió cenar en un restaurante próximo. Luego entró en un cine. A la salida, fue a tomar una taza de chocolate caliente. Cuando regresó a su habitación era casi medianoche.

A pesar de la pesadilla que había tenido la noche anterior, decidió acostarse. Había perdido casi una noche entera de sueño y estaba rendido.

Después de comprobar que el baúl estaba bien cerrado, colocó la llave de hierro debajo de la almohada y se acostó. No tardó en quedarse dormido.

Unas horas más tarde despertó repentinamente y se sentó en la cama. Su corazón latía aceleradamente. Por un instante no tuvo consciencia de lo que le había despertado. Pero no tardó en oírlo: un furioso rasgueo, un sonido tamborileante que procedía de un rincón de la habitación.

Temblando violentamente, Maax saltó de la cama, cruzó la habitación y dio vuelta al interruptor de la luz. No ocurrió nada. O habían cortado la corriente, o se había fundido la bombilla.

Abrió el cajón de la mesilla de noche en busca de una vela. Cuando la hubo encontrado y encendido, el rasgueo había redoblado su intensidad. Toda la habitación parecía llena del extraño sonido.

Con un estremecimiento, Maax se acercó al baúl sosteniendo la vela en la mano. Cuando la vacilante luz de la vela iluminó el rincón más alejado de la habitación, Maax vio el dedo.

Asomaba por debajo de la tapa y aparecía animado de un extraño frenesí. Se agitaba y retorcía, tamborileaba en la madera con su horrible y ennegrecida uña, sin darse un instante de reposo.

Repentinamente, mientras Maax avanzaba, quedó completamente inmóvil, con la yema vuelta hacia afuera. Poseído de terror, Maax quedó convencido de que el dedo se había dado cuenta de su presencia y estaba contemplándole.

De pronto, el dedo se alzó lentamente y empezó a hacer señas a Maax para que se acercara. Maax recordó entonces, con renovado horror, los espantosos acontecimientos de su pesadilla. Pero —tal como le ocurrió en sueños— se sintió completamente incapaz de desobedecer a la diabólica llamada. Avanzó como un hombre en estado de trance.

A la mañana siguiente, a primera hora, el transportista y su ayudante fueron acompañados a la habitación de Maax por la dueña de la casa de huéspedes. Al parecer, Maax se había marchado ya al trabajo, pero su presencia no era necesaria, puesto que había dado al transportista detalladas instrucciones acerca del baúl.

El baúl, cerrado, pero sin llave, estaba en un rincón de la habitación. Los restos de una vela que había ardido hasta el final de su torcida, estaban junto al mueble.

La patrona sacudió la cabeza.

—Un bonito sistema para prender fuego a una casa —comentó en tono de disgusto—. Tendré que llamar la atención de Mr. Maax. No me gusta que sea tan descuidado.

Los transportistas, ocupados con el baúl, no prestaron atención a las palabras de la buena señora. Mientras empezaban a bajar la escalera, el ayudante comentó:

—Debe estar lleno de plomo. ¡Nunca me encontré con un baúl que pesara tanto!

—Buena madera —replicó brevemente su compañero, no deseando malgastar su aliento.

—Me preguntó por qué querrá ese hombre desprenderse de un baúl de tan buena calidad —comentó poco después el ayudante del transportista, mientras el camión se acercaba a una zona solitaria en las afueras de la ciudad.

El transportista le miró de reojo y murmuró:

—Creo que conozco el motivo. Lo compró en la tienda de Jason Kinkle, y éste no le contó la historia del baúl. Pero, imagino que más tarde se enteraría de ella… y por eso quiere desprenderse del baúl.

El ayudante sintió que se despertaba su curiosidad.

—¿Qué historia es ésa? —inquirió.

El conductor paró el camión y los dos hombres se apearon.

—Kinkle lo compró casi regalado en una subasta —explicó el transportista, mientras alzaban el baúl—. En la subasta de los muebles del viejo Henry Stubberton.

Los ojos del ayudante se abrieron como platos.

—¿Se refiere usted al Stubberton que encontraron asesinado en un…?

—*¡En un baúl!* —le interrumpió el transportista—. *¡En este baúl!*

No volvieron a pronunciar palabra hasta que hubieron descargado el baúl del camión y lo transportaron hasta el borde escarpado del terraplén de una cantera.

Mirando hacia el lago de aguas profundas que se abría debajo del terraplén, el transportista se enjugó el sudor que cubría su rostro.

—Fue un caso que dio mucho que hablar. El viejo apareció completamente doblado. Al parecer, cuando los asesinos lo metieron en el baúl no estaba completamente muerto. Y dicen que el viejo trató de escapar… Cuando abrieron el baúl, se dieron cuenta de que uno de los dedos del viejo se había deslizado por debajo de la tapa, muy cerca de la cerradura. ¡Trataba de forzar la cerradura con el dedo índice!

El ayudante se estremeció.

—Terminemos de una vez —murmuró—. Seguro que este baúl trae mala suerte…

El transportista asintió.

—A la una, a las dos…

Un segundo después el baúl volaba al encuentro de las negras aguas. Se produjo un terrorífico chasquido, y luego se hundió en el lago como una piedra.

—Bueno… Me he ganado otros diez dólares —comentó el transportista, con aire satisfecho.

Sin embargo, el transportista no llegó a cobrar aquellos diez dólares, ya que Mr. Ernest Maax había desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra. Nunca más volvieron a verle ni se oyó hablar de él. El defraudado transportista no se hallaba en muy buenas relaciones con la policía y dio por perdidos los diez dólares —al fin y al cabo había cobrado otros diez—, sin informar a las autoridades de lo ocurrido. Y como la dueña de la casa de huéspedes desconocía el nombre del transportista ni sabía el destino que el desaparecido Mr. Maax había asignado al baúl, su información resultó completamente inútil para los investigadores.

La policía llegó a la conclusión de que Ernest Maax se había visto en algún apuro y, después de cambiar de nombre, había decidido cambiar también de residencia.

CORAZONES PERDIDOS

M. R. James

SI no estoy mal informado, corría el mes de septiembre del año 1811 cuando la silla de postas se detuvo ante la casa de Aswarby Hall, en pleno corazón de Lincolnshire. Un chiquillo, único pasajero del vehículo, saltó inmediatamente al suelo y avanzó hacia la puerta de la casa. Hizo sonar la campanilla, y mientras esperaba que acudieran a abrirle miró ante sí con la más intensa curiosidad. Vio una casa alta, cuadrada, de ladrillo rojo, edificada durante el reinado de Ana; al inmueble le habían añadido un porche con columnas de piedra en el más puro estilo clásico de 1790; abundaban las ventanas, altas y estrechas, de pequeños paneles y recio maderamen. Una cornisa, en cuyo centro se abría una ventana redonda, coronaba la fachada. A derecha e izquierda veíanse unas curiosas galerías encristaladas, sostenidas por columnas y rematadas por una cúpula ornamental, con una veleta dorada.

En el interior del edificio las luces estaban encendidas, haciendo brillar como faroles los numerosos paneles de las ventanas. Detrás de la casa se extendía un amplio parque: junto a los achaparrados robles, los abetos erguían al cielo sus gráciles siluetas. El reloj de la torre de la iglesia escondida entre los árboles en un extremo del parque, asomando solamente el gallo de su veleta, estaba dando las seis, y el sonido de las campanadas, en aquel atardecer de principios de otoño, produjo una impresión agradable, aunque mezclada con una especie de melancolía, en el chiquillo que se hallaba de pie en el porche, esperando que le abrieran la puerta. La silla de postas le había traído a este lugar desde Warwickshire, donde, seis meses antes, había quedado huérfano. Ahora, en respuesta al generoso ofrecimiento de su primo lejano, Mr. Abney, había venido a vivir a Aswarby. El ofrecimiento resultó inesperado, ya que todos los que conocían a Mr. Abney sabían que llevaba una vida de austera reclusión y que la presencia de un chiquillo en su casa significaría un elemento nuevo y, al parecer, incongruente. Lo cierto es que se sabía muy poco acerca de las ocupaciones y del carácter de Mr. Abney. El profesor de griego de la Universidad de Cambridge había declarado en más de una ocasión que el dueño de Aswarby sabía más que nadie acerca de las creencias religiosas de los últimos paganos. Desde luego, su biblioteca contenía todos los libros que podían obtenerse entonces acerca de los Misterios, los poemas órficos, el culto a Mithras y el neoplatonismo. En el vestíbulo de losas de mármol veíase un delicado grupo escultórico de Mithras sacrificando un toro, importado de Levante por el dueño de la casa y a un precio elevadísimo. Mr. Abney había publicado una descripción de aquel grupo en el *Gentleman's Magazine,* y había escrito una serie de artículos en el *Critical Museum* sobre las supersticiones de los romanos del Bajo Imperio. Mr. Abney estaba considerado, en resumen, como un hombre embebido en sus libros, y a sus vecinos les extrañó más el hecho de que hubiese oído hablar de su primo huérfano, Stephen Elliot, que el de haberle aceptado como huésped de Aswarby Hall.

Cualquiera que pudiese ser la opinión de sus vecinos, lo cierto es que Mr. Abney —el alto, delgado y austero Mr. Abney— pareció inclinado a ofrecer a su joven primo una cariñosa acogida. En el momento en que se abrió la puerta principal de la

casa, Mr. Abney salió de su estudio frotándose las manos con expresión satisfecha.

—¿Cómo estás, muchacho? —inquirió—. ¿Qué edad tienes? Bueno, supongo que no estarás demasiado fatigado por el viaje y que te apetecerá cenar.

—Muchas gracias, señor —respondió Master Elliot—. Me encuentro perfectamente.

—Me alegro, me alegro —dijo Mr. Abney—. Dime, ¿qué edad tienes, muchacho?

Parecía un poco rara aquella pregunta acerca de la edad repetida por dos veces en los dos primeros minutos de sus relaciones.

—Voy a cumplir doce años, señor —respondió Stephen.

—Y, ¿cuándo celebras tu cumpleaños, mi querido muchacho? El once de septiembre, ¿no es cierto? Bien, muy bien… Me gusta… sí, me gusta llevar anotadas esas cosas en mi libro. ¿Seguro que cumplirás doce años?

—Sí, señor. Completamente seguro.

—Bien, bien… Parkes, lleva al muchacho a la habitación de Mrs. Bunch y llévale el té… la cena… o lo que sea.

—Sí, señor —respondió el serio Mr. Parkes; y acompañó a Stephen a las regiones inferiores de la casa.

Mrs. Bunch era la persona más amable y cariñosa que Stephen debía encontrar en Aswarby. Le acogió como una madre; al cabo de un cuarto de hora se habían convertido en grandes amigos: y continuaron siéndolo a través de los años. Mrs. Bunch había nacido en la vecindad unos cincuenta y cinco años antes de la llegada de Stephen, y llevaba veinte años residiendo en Aswarby Hall. Por lo tanto, si alguien conocía a fondo la casa y el distrito, ese alguien era mistress Bunch; y no le disgustaba comunicar a los demás las informaciones que poseía.

Stephen era un chiquillo de temperamento aventurero y fisgón, y estaba realmente ansioso porque alguien le explicara una gran cantidad de cosas acerca del Hall y de los jardines del Hall. «¿Quién edificó el templo al final del paseo de los laureles?» «¿Quién era el anciano cuyo retrato estaba colgado en el hueco de la escalera, sentado ante una mesa, con una calavera debajo de su mano?» Esas y otras muchas preguntas similares recibieron una respuesta satisfactoria de Mrs. Bunch. Hubo otras, sin embargo, que recibieron respuestas mucho menos convincentes.

Una tarde de noviembre, Stephen estaba sentado ante el fuego en la habitación del ama de llaves reflexionando sobre lo que le rodeaba.

—Mrs. Bunch, ¿cree usted que Mr. Abney es un hombre bueno y que irá al cielo? —preguntó repentinamente, con la confianza que los chiquillos depositan en la capacidad de los mayores para resolver problemas cuya decisión final está reservada a otros tribunales.

—¡Válgame Dios! —exclamó Mrs. Bunch—. ¡Qué cosas se te ocurren! El señor es el alma más buena que he conocido nunca. ¿Le he hablado alguna vez del chiquillo que recogió en la calle, por así decirlo, hace siete años? ¿Y de la chiquilla, dos años después de que yo entrara en esta casa?

—No. Cuéntemelo todo. Mrs. Bunch… ¡Ahora mismo!

—Bien —dijo Mrs. Bunch—. De la chiquilla no me acuerdo mucho. Sé que el señor la trajo a casa un día, al regreso de uno de sus paseos, y que le encargó a Mrs. Ellis, que en aquella época era el ama de llaves, que cuidara de ella. La pobrecilla no tenía a nadie en el mundo y vivió aquí con nosotros cosa de tres semanas. Recuerdo que dijeron que era de raza gitana, pero lo cierto es que una mañana se levantó antes de que ninguno de nosotros se hubiese despertado y desapareció sin dejar rastro. El señor tuvo un gran disgusto, pero yo creo que la chiquilla se marchó con los gitanos, ya que la noche de su desaparición había una tribu acampada cerca de la casa, y Parkes dijo que les había visto merodear por el parque la tarde anterior. ¡Pobrecilla! Era una niña muy silenciosa y obediente, y me sorprendió mucho que se marchara con los gitanos.

—¿Y qué ocurrió con el niño? —preguntó Stephen.

—¡Ah! ¡Pobrecito! —suspiró Mrs. Bunch—. Era extranjero —italiano, según decía él mismo—, y pedía limosna tocando una pequeña gaita. Se presentó aquí un día de invierno, y el señor se compadeció de él y le preguntó de dónde venía, y dónde estaban sus padres, y a dónde se dirigía. El chiquillo estaba helado de frío, y el señor lo hizo entrar en la casa y decidió que se quedara a vivir con nosotros. Pero una mañana desapareció tan misteriosamente como la chiquilla. Nunca supimos por qué se había marchado, dejando abandonada su gaita, la cual continúa en aquel estante.

Stephen pasó el resto de aquella tarde interrogando a Mrs. Bunch acerca de los temas más diversos y tratando de arrancar algún sonido de la pequeña gaita.

Por la noche tuvo un sueño muy raro. Al final del pasillo del piso superior de la casa, en el cual estaba situado su dormitorio, había un viejo cuarto de baño que no se utilizaba nunca. Siempre estaba cerrado con llave, pero la mitad superior de la puerta era de cristal y la cortinilla de muselina que debía cubrirla había desaparecido hacía mucho tiempo, de modo que a través de aquella mirilla podía verse la bañera forrada de plomo adosada a la pared, a mano izquierda, con la cabecera hacia la ventana.

La noche a que me refiero. Stephen Elliot se encontró a sí mismo mirando a través del cristal de la puerta del cuarto de baño. La claridad de la luna penetraba por la ventana, y Stephen pudo ver a un ser humano tendido en la bañera.

Su descripción de lo que vio me recuerda lo que yo mismo contemplé en cierta ocasión en las famosas criptas de la iglesia de San Miguel, en Dublín, las cuales poseen la espantosa propiedad de conservar incorruptos los cadáveres durante siglos. Un ser humano indeciblemente delgado y patético, de color plomizo, envuelto en una especie de mortaja, con los delgados labios torcidos en una leve y terrible sonrisa y las manos cruzadas sobre el pecho, a la altura del corazón.

Mientras Stephen miraba a aquel ser, un lejano y casi inaudible gemido pareció surgir de sus labios, y los brazos empezaron a moverse. El espectáculo aterrorizó a Stephen, obligándole a retroceder unos pasos… para despertar inmediatamente y encontrarse de pie en el frío pasillo, iluminado por la luz de la luna. Con una valentía

inesperada en un chiquillo de su edad, se dirigió hacia la puerta del cuarto de baño para comprobar si la imagen de su sueño estaba realmente allí. No había nada, y Stephen volvió a meterse en la cama.

A la mañana siguiente, Mrs. Bunch quedó muy impresionada por el relato de Stephen, y se apresuró a colocar otra cortinilla de muselina sobre la mirilla encristalada de la puerta del cuarto de baño. Mr. Abney, en cambio, se mostró sumamente interesado por aquella experiencia, que Stephen le confió a la hora del desayuno, y la anotó en lo que él llamaba «su libro».

El equinoccio de primavera se estaba acercando, como Mr. Abney le recordaba con frecuencia a su primo, añadiendo que se trataba de una época que los antiguos habían considerado siempre como muy crítica para los jóvenes: no estaría de más que cerrara cuidadosamente la ventana de su dormitorio al acostarse. Censorinus había hecho algunas notables observaciones acerca de aquel tema. Dos incidentes que ocurrieron en aquella época causaron una fuerte impresión en Stephen.

El primero tuvo lugar después de una noche especialmente opresiva… aunque Stephen no podía recordar ningún sueño particularmente significativo.

Al día siguiente, Mrs. Bunch estaba ocupada en remendar el camisón de dormir de Stephen.

—¡Vamos, señorito Stephen! —exclamó de repente, en tono casi irritado—. No puede decirse que duerma usted como como un angelito… ¿Cómo se las ha arreglado para destrozar su camisón de este modo? ¡Vaya manera de dar trabajo a las pobres criadas!

El camisón mostraba varios desgarros, todos en la parte izquierda del pecho y de unas seis pulgadas de longitud. Parecían arañazos, algunos de los cuales no habían llegado a desgarrar el tejido. Stephen ignoraba cómo había podido ocurrir aquello: de lo único que estaba seguro era de que la noche anterior el camisón estaba impecable.

—Le juro que no sé cómo ha podido ocurrir, Mrs. Bunch —dijo—. Pero estos arañazos son iguales que los que he visto en la parte exterior de la puerta de mi dormitorio: y esos ¡sí que estoy seguro de no haberlos hecho yo!

Mrs. Bunch se le quedó mirando con expresión intrigada; luego encendió una vela y salió de la habitación. No tardó en regresar.

—Bueno —dijo—, señorito Stephen, confieso que no comprendo quién ha podido arañar la puerta de ese modo… los arañazos están demasiado altos para que puedan ser obra de un gato o de un perro, y mucho menos de una rata… No lo entiendo, pero si fueran de usted no le diría nada al señor y procuraría cerrar con llave la puerta del dormitorio antes de acostarme…

—Siempre la cierro, Mrs. Bunch, en cuanto termino de rezar mis oraciones.

—Eso está muy bien, señorito: rece siempre sus oraciones y no podrá sucederle nada malo.

Después de aquello, Mrs. Bunch se dedicó de nuevo a repasar los destrozos del camisón, con intervalos de meditación, hasta la hora de acostarse.

Esto ocurrió la noche de un viernes del mes de marzo de 1812.

A la noche siguiente, el habitual dúo de Stephen y mistress Bunch se vio aumentado por la repentina llegada de Mr. Parkes, el mayordomo, el cual tenía un carácter más bien retraído y no solía alternar con los otros sirvientes. Empezó a hablar, sin darse cuenta de la presencia de Stephen.

—Sí el señor quiere vino por la noche, tendrá que bajar a buscárselo él mismo —fue su primera observación—. No pienso bajar a la bodega más que de día, Mrs. Bunch. No sé qué puede ser: parecen ratas, o el gemido del viento; pero no soy ya tan joven como era, ni puedo hacer lo que hacía en otras épocas.

—Vamos, Mr. Parkes, sabe usted de sobra que en esta casa no hay ratas…

—Hasta ahora también yo lo había creído así; y me había reído de las leyendas de los marineros acerca de las ratas que hablan. Pero, después de haber bajado esta noche a la bodega, he cambiado radicalmente de opinión: ¡las he oído hablar!

—¡No me diga, Mr. Parkes! ¿Quiere hacerme creer que ha oído hablar a las ratas en la bodega?

—Mire, Mrs. Bunch, no deseo discutir con usted. Si no cree mis palabras, baje a la bodega, aplique el oído a la puerta y se convencerá en seguida.

—No dice usted más que tonterías, sin tener en cuenta que le está oyendo un chiquillo. Conseguirá usted asustar al señorito Stephen…

—¡Cómo! ¿El señorito Stephen? —inquirió Parkes, dándose cuenta repentinamente de la presencia del chiquillo—. El señorito Stephen sabe perfectamente que estoy gastándole una broma, Mrs. Bunch.

En realidad, el señorito Stephen estaba convencido de que Mr. Parkes había hablado completamente en serio. Estaba interesado, aunque no de un modo agradable, en la situación; pero todas sus preguntas, encaminadas a obtener más detalles de las experiencias del mayordomo en la bodega, se estrellaron contra la impasibilidad de Mr. Parkes.

Hemos llegado ahora al 24 de marzo de 1812. Fue un día de curiosas experiencias para Stephen: un día de mucho viento, que azotaba la casa y los árboles del parque. Mientras miraba al exterior, al resguardo de una ventana, Stephen experimentaba la extraña sensación de que una interminable procesión de seres invisibles era arrastrada por el viento y gemía desesperadamente tratando de agarrarse a algo que pudiera detener su vuelo y ponerle nuevamente en contacto con el mundo viviente del cual habían formado parte aquellos seres. Aquel día, después del almuerzo, Mr. Abney dijo:

—Stephen, hijo mío, ¿crees que podrás arreglártelas para acudir a mi estudio esta noche, a eso de las once? Estaré muy ocupado hasta esa hora, y deseo enseñarte algo relacionado con tu vida futura, algo muy importante y que debes conocer. No menciones este asunto a Mrs. Bunch ni a ninguna otra persona; y será mejor que

subas a acostarte a la hora de costumbre.

La cosa resultaba muy excitante, y Stephen se agarró ávidamente a la oportunidad de permanecer levantado hasta las once de la noche. A la hora de acostarse, cuando subía a su dormitorio, miró a través de la puerta de la biblioteca y vio un brasero, el cual solía estar en uno de los rincones de la estancia, colocado delante de la chimenea; sobre la mesa veíanse una antigua copa de plata llena de vino tinto y algunas cuartillas escritas. En el momento en que pasaba Stephen, Mr. Abney estaba echando en el brasero unos granos de incienso que sacaba de una redonda cajita de plata, pero no pareció darse cuenta de la curiosidad del chiquillo.

El viento había amainado y la noche era tranquila. En el cielo brillaba la luna llena. A eso de las diez, Stephen se hallaba de pie ante la abierta ventana de su dormitorio, contemplando el paisaje exterior. Por tranquila que fuese la noche, los misteriosos pobladores del mundo de las sombras no se habían retirado aún a descansar. De vez en cuando resonaban unos extraños gemidos como de almas en pena vagando desesperadamente en la oscuridad. Podían ser los gritos de los mochuelos o de las lechuzas, aunque tenían un sonido distinto. Y cada vez parecían acercarse más… De repente, dejaron de oírse; pero en el preciso instante en que Stephen se disponía a cerrar la ventana y reanudar su lectura de *Robinson Crusoe*, su mirada cayó sobre dos sombras que permanecían en pie en la enarenada terraza que corría a lo largo de la parte de la casa que daba al parque. Con un sobresalto, Stephen reconoció en aquellas sombras las figuras de un muchacho y de una niña; estaban uno junto al otro, con la mirada alzada hacia las ventanas. Algo en la forma de la muchacha recordó inmediatamente a Stephen la figura que había visto en sueños, tendida en una bañera. El muchacho le inspiró un terror más intenso.

Mientras la niña permanecía inmóvil, medio sonriente, con las manos cruzadas sobre su corazón, el muchacho, una forma delgada, de pelo negro y ropas andrajosas, alzaba sus brazos al aire con aspecto amenazador. La luna brillaba sobre sus casi transparentes manos, y Stephen vio que las uñas eran espantosamente largas y afiladas. El espectáculo que ofrecía, en pie y con los brazos levantados, era terrorífico. En el lado izquierdo de su pecho veíase un negro boquete. En aquel momento, el cerebro de Stephen captó, sin que lo captaran sus oídos, uno de aquellos desolados gemidos que habían cruzado el aire durante toda la noche. Unos instantes después, la espantosa pareja había desaparecido.

Indeciblemente asustado, Stephen decidió, a pesar de todo, coger su palmatoria y bajar al estudio de Mr. Abney, ya que la hora de la cita estaba próxima. El estudio o biblioteca se abría al vestíbulo de la casa por uno de sus lados y Stephen, apremiado por su terror, no tardó en encontrarse ante la puerta. Pero sus repetidas llamadas no obtuvieron respuesta. La puerta no estaba cerrada con llave, ya que ésta se hallaba colocada en la cerradura por la parte exterior, como de costumbre. Pero Mr. Abney estaba ocupado: estaba hablando. De repente, Stephen le oyó proferir un grito, grito que quedó estrangulado en su garganta. ¿Qué había ocurrido? ¿Acaso había visto

también a los misteriosos chiquillos? Pero ahora todo estaba tranquilo y la puerta cedió a la frenética y aterrorizada presión de la mano de Stephen.

Sobre la mesa del estudio de Mr. Abney se encontraron algunas cuartillas, las cuales explicaron la situación a Stephen Elliot cuando tuvo edad para comprenderlas. Los párrafos más importantes eran los siguientes:

«Entre los antiguos —de cuya sabiduría en tales materias estoy convencido hasta el punto de prestar entero crédito a sus afirmaciones— existía la creencia de que, utilizando determinados procedimientos que a los hombres modernos nos parecen bárbaros, podía alcanzarse una notable mejora de las facultades espirituales del ser humano; que, por ejemplo, absorbiendo las personalidades de un determinado número de individuos, un ser humano podía alcanzar una completa ascendencia sobre las fuerzas elementales que dominan nuestro universo.

»Tenemos el caso de Simon Magnus, capaz de volar, de hacerse invisible o de asumir cualquier forma deseada por él, por mediación del alma de un chiquillo al cual, para utilizar la calumniosa frase empleada por el autor de las *Ciementine Recognitions,* había *asesinado.* Sin embargo, en los escritos de Hermes Trismegistus se dice que pueden obtenerse los mismos resultados absorbiendo los corazones de tres seres humanos que hayan cumplido los veintiún años. Para comprobar la veracidad de la receta de Trismegistus, he dedicado la mayor parte de los últimos veinte años a seleccionar como *corpora vilia* de mis experimentos a personas cuya desaparición no pudiese producir un grave quebranto a la sociedad. La primera etapa la cubrí haciendo desaparecer a una tal Phoehe Stanley, una muchacha de procedencia gitana, el día 24 de marzo de 1792. La segunda, consistió en la desaparición de un chiquillo italiano, llamado Giovanni Paoli, la noche del 23 de marzo de 1805. La última "víctima" —para emplear un término que me resulta sumamente desagradable — debe ser mi primo, Stephen Elliot. La fecha elegida es la del 24 de marzo de 1812.

»El mejor sistema para efectuar la necesaria absorción consiste en extraer el corazón del sujeto *vivo,* reducirlo a cenizas y mezclarlas con un cuartillo de vino tinto, con preferencia de oporto. Los restos de los dos primeros sujetos, al menos, deberán esconderse perfectamente: un cuarto de baño que haya dejado de utilizarse o una bodega servirán para el propósito. Es posible que se presenten algunas dificultades causadas por la porción física de los sujetos, a los cuales el lenguaje popular ha dado el nombre de fantasmas. Pero el hombre de temperamento filosófico —el único que puede permitirse tal experimento— no concederá la menor importancia a los débiles esfuerzos de esos seres para vengarse de él. Me siento satisfechísimo al meditar en la dilatada y emancipada existencia que me aguarda si el experimento tiene éxito; no sólo me hallaré fuera del alcance de la llamada "justicia humana", sino que veré eliminadas en gran parte las perspectivas de la propia

muerte».

Mr. Abney fue encontrado en su silla, con la cabeza caída hacia atrás, su rostro crispado con una expresión de rabia, miedo e insoportable dolor. En su costado izquierdo se abría una horrible herida que dejaba al corazón al descubierto. No había sangre en sus manos, y el largo cuchillo que se veía sobre la mesa estaba completamente limpio. Las heridas parecían haberle sido infligidas por un gato montés. La ventana del estudio estaba abierta, y el *coroner* opinó que Mr. Abney había encontrado la muerte a causa del ataque de un animal salvaje. Pero Stephen Elliot, tras haber leído las cuartillas que acabo de reproducir, llegó a una conclusión muy distinta.

Notas

[1] «El camino del infierno está empedrado de buenas intenciones» <<

[2] Los minos pertenecen a la familia de los gorriones y tienen la característica de imitar perfectamente el lenguaje humano. <<

[3] Especie de cotorras. <<

[4] Los cuadrilleros reciben este nombre porque son unos pájaros que siempre vuelan agrupados, en cuadrillas; también se les conoce por el nombre de oropéndolas de América. <<

[5] Variedad de mirlo americano. <<

[1] «Los dos forman la pareja». Literalmente, Michele con Lokis, ambos del mismo modo. *Michaelivm cum Lokis, ambo (dúo) ipsissimi* (Nota del Autor). <<

[2] Es el Reinhart Fuchs del alsaciano Heinrich (1185), Inspirado en el Román de Renart. <<

[3] El moreno. <<

[1] Carlos XI heredó la corona de Suecia en 1660. Tenía solamente cinco años, y no ejerció el poder más que a partir de 1672. Murió en 1697. <<

[2] Estocolmo está edificada sobre ocho islas y dos penínsulas, entre el mar y el lago Moeler. <<

[3] Alabarderos de guardia real. <<

[4] Gustavo II, rey de Suecia desde 1611 a 1632. <<

[5] La nobleza, el clero, los burgueses y los campesinos. <<

[6] Gustavo Wasa (1496-1560) libró a Suecia de la opresión danesa en 1523 <<

[7] Gustavo III, nacido en 1746, rey en 1771, asesinado en 1792. <<

[1] Se trata de un juego de palabras: Carrot quiere decir zanahoria y Spinach espinacas. <<

[1] Iniciales de una especie de asociación de padres de familia. <<